PREMIO NOBEL DE LITERATURA

TONI MORRISON

BELOVED

Una madre: Sethe, la esclava que mata a su propia hija para salvarla del horror, para que la indignidad del presente no tenga futuro posible. Una hija: Beloved, la niña que desde su nacimiento se alimentó de leche mezclada con sangre, y poco a poco fue perdiendo contacto con la realidad por la voluntad de un cariño demasiado denso. Una experiencia: el crimen como única arma contra el dolor ajeno, el amor como única justificación ante el delito y la muerte como paradójica salvación ante una vida destinada a la esclavitud. Con este dolor y este amor en apariencia indecibles, la ganadora del Premio Nobel de Literatura 1993 ha construido una soberbia novela, que en 1988 le valió el Premio Pulitzer.

Toni Morrison

Beloved

ePub r1.1

Horus 16.04.17

Título original: *Beloved*
Toni Morrison, 1987
Traducción: Iris Menéndez

Editor digital: Horus
Corrección de erratas: Malice
ePub base r1.2

Sesenta millones y más

Llamare al que no era mi pueblo,
pueblo mío.
Y a la no amada, amada.

EPÍSTOLA A LOS ROMANOS, 9:25

UNO

En el 124 había un maleficio: todo el veneno de un bebé. Las mujeres de la casa lo sabían, y también los niños. Durante años, todos aguantaron la malquerencia, cada uno a su manera, pero en 1873 Sethe y su hija Denver eran las únicas víctimas. Baby Suggs —la abuela— había muerto; los hijos, Howard y Buglar, se largaron al cumplir los trece años… en cuanto bastó con mirar un espejo para que se hiciera trizas (ésta fue la señal para Buglar), en cuanto aparecieron en el pastel dos huellas de manos diminutas (ésta lo fue para Howard). Ninguno de los dos esperó a ver más: ni otra olla llena de garbanzos humeando en el suelo, ni las migajas de galleta esparcidas en línea recta junto al umbral. Tampoco aguardaron la llegada de otro período de alivio: las semanas, incluso meses, en que no había perturbaciones. No. Cada uno de ellos huyó al instante… en cuanto la casa profirió el único insulto que para ellos no debía soportarse ni presenciarse por segunda vez. En el plazo de dos meses y en pleno invierno dejaron solas a su abuela, Baby Suggs, a Sethe, su madre, y a su hermanita Denver en la casa agrisada de Bluestone Road. Entonces la casa no tenía número, porque Cincinnati no se prolongaba tan lejos. De hecho, sólo hacía setenta años que Ohio se atribuía el nombre de «estado» cuando primero un hermano, y luego el otro, rellenó con trozos de acolchado su sombrero, agarró sus zapatos y escapó a la rastra de la ojeriza activa que le prodigaba la casa.

Baby Suggs ni siquiera levantó la cabeza. Desde su lecho de enferma los oyó irse, pero no era esa la razón de su inmovilidad. Lo que le extrañó fue que sus nietos hubieran tardado tanto en darse cuenta de que las demás casas no eran como la de Bluestone Road. Suspendida entre lo grosero de la vida y lo mezquino de la muerte, ella no podía interesarse en abandonar la

vida o vivirla, y menos aún por el terror de dos chicos que se marchaban sigilosamente. Su pasado había sido como su presente —intolerable—, y dado que sabía que la muerte no significaba olvido, empleaba la poca energía que le quedaba para estudiar los colores.

—Trae algo de lavanda, si tienes. Si no, que sea rosa.

Y Sethe la complacía, mostrándole cualquier cosa, desde un trozo de tela hasta su propia lengua.

El invierno en Ohio era especialmente penoso si uno tenía hambre de colores. El cielo proporcionaba el único espectáculo y contar con el horizonte de Cincinnati como principal atractivo de la vida era, cuando menos, temerario. De modo que Sethe y la pequeña Denver hacían lo que podían, y lo que la casa permitía, por ella. Juntas libraron una somera batalla contra el ultrajante comportamiento de esa vivienda, contra las tinajas de lavazas volcadas, las palmadas en la espalda, las rachas de aire viciado. Porque ellas comprendían el origen de la afrenta, como comprendían la fuente de luz.

Baby Suggs murió poco después de que se largaran los hermanos, sin el menor interés por la partida de ellos o la propia; inmediatamente, Sethe y Denver decidieron poner fin a la persecución invocando al fantasma que las fustigaba. Tal vez una conversación, pensaron, un intercambio de puntos de vista, algo, ayudaría. Se cogieron de la mano y dijeron:

—Ven. Ven. Harías bien en presentarte.

El aparador dio un paso al frente, pero fue lo único que se movió.

—Grandma Baby debe de estar impidiéndolo —dijo Denver, que tenía diez años y estaba enfadada con Baby Suggs porque se había muerto.

Sethe abrió los ojos.

—Lo dudo —dijo.

—¿Entonces por qué no viene?

—Olvidas que es muy pequeña —dijo su madre—. Ni siquiera tenía dos años cuando murió. Demasiado pequeña para entender. Demasiado pequeña hasta para hablar.

—A lo mejor no quiere entender —dijo Denver.

—A lo mejor. Pero si viniera, yo se lo haría comprender claramente. —Sethe soltó la mano de su hija y entre las dos volvieron a apoyar el aparador

contra la pared. Afuera, un cochero azotó a su caballo para que se pusiera al galope que los lugareños consideraban necesario cuando pasaban frente al 124.

—Para ser un bebé tiene un hechizo muy potente —dijo Denver.

—No más potente que el amor que yo sentía por ella —respondió Sethe, y una vez más todo se hizo presente.

El fresco acogedor de las lápidas sin escoplear; la que eligió y en la que se apoyó de puntillas, con las rodillas abiertas como una tumba. Rosa como una uña era. Jaspeada con lascas relucientes. Diez minutos, dijo él. Tiene diez minutos de mi tiempo gratis.

Diez minutos para siete letras. ¿Con otros diez habría podido agregar «Querida»? No se le ocurrió preguntárselo y aún la fastidiaba pensar que quizás habría sido posible… que por veinte minutos, por media hora, digamos podría haberlo puesto todo, todas las palabras que oyó decir al predicador en el funeral (y todas las que se podían decir, por cierto), en la lápida de su bebé: Querida Beloved [1]. Pero lo que logró poner, lo que acordó, fue la única palabra que importaba. Le pareció que sería suficiente, recorriendo las lápidas con el grabador, bajo la mirada colérica del joven hijo de éste, una mirada colérica en un rostro de viejo, una nueva avidez. Seguro que eso sería suficiente. Suficiente para responder a otro predicador, a otro abolicionista y a una ciudad plena de asco.

Contando con la quietud de su propia alma, había olvidado la otra: el alma de su niñita. ¿Quién hubiera pensado que un bebé tan pequeño pudiera albergar tanta furia? Andar entre las lápidas bajo la mirada del hijo del grabador no fue suficiente. No sólo tuvo que pasar el resto de esos años en una casa paralizada por la ira de la criatura que vio su cuello cortado, sino que los diez minutos que pasó apretada contra una piedra del color de la aurora salpicada de estrellas, con las rodillas abiertas como la tumba, fueron más largos que la vida misma, más vivos, más palpitantes que la sangre del bebé que había corrido por sus dedos como si fuera aceite.

—Podríamos mudarnos —sugirió una vez a su suegra.

—¿De qué nos serviría? —preguntó Baby Suggs—. No hay una sola casa que no esté llena hasta el techo con el pesar de un negro muerto. Tenemos la suerte de que este fantasma sea un bebé. ¿El espíritu de mi

marido volvería aquí? ¿O el del tuyo? No me hables de eso. Tienes suerte. Te quedan tres. Tres que se cuelgan de tu falda y una sola que alborota desde el más allá. Deberías estar agradecida. Yo tuve ocho. Todos alejados de mí. Cuatro cogidos, cuatro perseguidos y todos, espero, merodeando por alguna casa. —Baby Suggs se frotó las cejas—. La primera. Todo lo que recuerdo de ella es cuánto le gustaba la costra quemada del pan. ¿No te parece el colmo? Ocho hijos y eso es lo único que recuerdo.

—Eso es lo único que te permites recordar —le había dicho Sethe, pero también a ella le había quedado una sola.

Una sola viva… Los chicos habían huido perseguidos por la muerta y su recuerdo de Buglar se esfumaba rápidamente. Al menos, la cabeza de Howard tenía una forma que nadie podía olvidar. En cuanto al resto, se esforzaba por recordar lo menos posible. Lamentablemente, su cerebro era tortuoso. Podía estar cruzando deprisa un campo, prácticamente corriendo, para llegar en seguida a la bomba, y enjuagarse la savia de manzanilla de las piernas. Nada más ocupaba su mente. La imagen de los hombres que fueron a atenderla era tan inconsistente como los nervios de su espalda, donde la piel se torcía como una tabla de lavar. Tampoco había el menor aroma a tinta o a la resina de cerezo y corteza de roble con que estaba hecha. Nada. Sólo la brisa enfriando su cara mientras corría hacia el agua. Y mientras quitaba la manzanilla con agua de la bomba y con trapos, su mente se concentraba en quitar hasta el último residuo de savia… en la imprudencia de haber seguido un atajo a campo traviesa sólo para ahorrar unos metros, sin notar cuánto habían crecido las malezas hasta que el picor le llegó a las rodillas. Luego, algo. La salpicadura del agua, la mirada de soslayo a los zapatos y las medias en el sendero, donde los había tirado; o Here Boy [2] lamiendo el charco a sus pies, y de pronto Sweet Home [3] rodando, rodando, extendiéndose ante sus ojos, y aunque en esa granja no había una sola hoja que no la hiciera chillar, rodaba frente a ella con descarada belleza. Nunca le pareció tan terrible como en realidad era y eso la llevó a preguntarse si el infierno no sería también un lugar bonito. Fuego y azufre, sí, pero oculto entre bosquecillos de encaje. Los chicos colgados de los sicomoros más hermosos del mundo. Se avergonzó: recordaba mejor los bellos árboles susurrantes que a los chicos. Por mucho que intentara lo

contrario, los sicomoros resaltaban más que los chicos y ella no podía perdonarle eso a su memoria.

Cuando desapareció hasta el último vestigio de manzanilla, dio la vuelta hasta el frente de la casa, recogiendo los zapatos y las medias por el camino. Para mayor castigo por su fatal memoria, sentado en el porche, a unos doce metros de distancia, estaba Paul D, el último de los hombres de Sweet Home. Y aunque ella jamás confundiría su rostro con el de otro, preguntó:

—¿Eres tú?

—Lo que queda. —Él se levantó y sonrió—. ¿Cómo estás, chica, además de descalza?

La risa de Sethe sonó relajada y juvenil.

—Me hice un desastre en las piernas. Manzanilla.

Él hizo una mueca, como si paladeara una cucharada de algo amargo.

—No quiero ni oír hablar de eso. Siempre odié esas hierbas.

Sethe arrolló sus medias y se las guardó en el bolsillo.

—Entra.

—En el porche se está bien, Sethe. Corre el aire fresco. —Volvió a sentarse y fijó la vista en el prado, al otro lado del camino, sabedor de que el ansia que sentía se le notaría en los ojos.

—Dieciocho años —dijo ella en voz baja.

—Dieciocho —repitió Paul D—. Y juro que los he caminado día a día. ¿Te molesta si hago lo mismo? —Señalo con la cabeza los pies de ella y comenzó a desatarse los cordones de los zapatos.

—¿Quieres remojarlos? Te prepararé una palangana con agua. —Se acercó a él para entrar en la casa.

—No, no, no. No puedo mimarlos. Aún tienen mucho que andar.

—No puedes irte ahora mismo, Paul D. Tienes que quedarte un rato.

—Bien, sólo lo suficiente para ver a Baby Suggs. ¿Dónde está?

—Muerta.

—Oh, no. ¿Cuándo?

—Hace ocho años. Casi nueve.

—¿Fue duro? Espero que no le costara morir.

Sethe meneó la cabeza.

—Blando como la crema. Lo duro era estar viva. Lamento que no puedas verla. ¿Por eso has venido?

—En parte. El resto eres tú. Pero si he de decir la pura verdad, en estos tiempos voy a cualquier lado. A cualquier lado donde me permitan sentarme.

—Tienes buen aspecto.

—Así confunde las cosas el diablo. Me deja tener buen aspecto mientras me sienta mal. —La miró y la palabra «mal» adquirió otro significado.

Sethe sonrió. Así eran… así habían sido ellos. Todos los hombres de Sweet Home, antes y después de Halle, la trataban con un leve coqueteo fraternal, tan sutil que había que calar hondo para percibirlo. Con excepción de un montón más de pelo y un resquicio de espera en los ojos, estaba casi igual que en Kentucky. Cutis de hueso de melocotón, la espalda erguida. Siendo un hombre de expresión inmutable, resultaba sorprendente su buena disposición a sonreír, a encenderse o a compadecerse. Como si bastara con que llamaras su atención para que él plasmara el mismo sentimiento que tú sentías. Con algo menos que un parpadeo, su rostro parecía cambiar… allí subyacía un mundo de actividad.

—No tendría que preguntarte por él, ¿verdad? Si hubiera algo que decir me lo dirías, ¿verdad? —Sethe se miró los pies y volvió a ver los sicomoros.

—Te lo diría. Claro que te lo diría. No sé más ahora de lo que sabías entonces. —Salvo la mantequera, pensó, y eso no tienes por qué saberlo—. Debes pensar que sigue vivo.

—No. Pienso que está muerto. Lo que lo mantiene vivo es que no estoy segura.

—¿Qué pensaba Baby Suggs?

—Lo mismo, pero si la escuchabas, todos sus hijos estaban muertos. Según afirmaba, había sentido cómo se iba cada uno, qué día y a qué hora.

—¿Cuándo dijo que desapareció Halle?

—En mil ochocientos cincuenta y cinco. El día que nació mi bebé.

—¿Tuviste ese bebé? Creí que no lo lograrías. —Rio entre dientes—. Huiste preñada.

—Tuve que hacerlo. No podía esperar. —Bajó la cabeza y pensó, como él, que era increíble. Y de no haber sido por esa chica que buscaba terciopelo, no lo habría conseguido.

—Y sola. —Paul D estaba orgulloso de ella y fastidiado con ella porque no había necesitado a Halle ni a él en el quehacer.

—Casi sola. Pero no del todo. Me ayudó una blanca.

—En ese caso también se ayudó a sí misma. Dios la bendiga.

—Podrías quedarte a pasar la noche, Paul D.

—Tu invitación no suena del todo firme.

Sethe miró por encima del hombro de él, en dirección a la puerta cerrada.

—Lo digo de veras. Sólo espero que sepas disculpar mi casa. Pasa. Conversa con Denver mientras cocino algo.

Paul D ató un zapato con el otro, se los echó sobre el hombro y la siguió al otro lado de la puerta, entrando directamente en una fuente de luz roja y ondulante que le inmovilizó.

—¿Tienes compañía? —susurró, con el ceño fruncido.

—De vez en cuando.

—Dios mío. —Retrocedió de espaldas hacia el porche—. ¿Qué clase de maleficio tienes aquí?

—No es maleficio sino tristeza. Entra. Bastará con que des un paso.

Entonces la miró atentamente. Más que cuando la vio dar vuelta a la casa con las piernas húmedas y brillantes, los zapatos y las medias en una mano, las faldas en la otra. La chica de Halle… la de los ojos de acero e igual carácter. Nunca había visto su pelo en Kentucky. Y aunque ahora su cara tenía dieciocho años más que la última vez que la viera, era más suave. A causa de los cabellos. Un rostro demasiado impasible para expresar consuelo; el iris del mismo color que la piel, algo que en esa cara inmóvil solía hacerle pensar en una máscara con los ojos misericordiosamente perforados. La mujer de Halle. Todos los años embarazada, incluido aquel en que se sentó junto al fuego para contarle que iba a huir. Ya había despachado a sus tres hijos en una caravana de carretas con otros negros que iban a cruzar el río. Debían quedarse con la madre de Halle, en las cercanías de Cincinnati. Ni siquiera en esa pequeña choza, inclinada tan

cerca del fuego que se olía el calor en su vestido, sus ojos reflejaban un toque de luz. Eran como dos pozos en los que no podía asomarse. Incluso perforados necesitaban ser cubiertos, tapados, marcados con alguna señal de advertencia sobre la vaciedad que contenían. Entonces fijó la vista en el fuego, mientras se lo contaba, porque no estaba su marido para decírselo a él. Mr. Garner había muerto y su esposa tenía en el cuello un bulto del tamaño de un boniato y no podía hablar con nadie. Se inclinó tan cerca de las llamas como se lo permitía su tripa embarazada y se lo contó a él, a Paul D, el último de los hombres de Sweet Home.

Habían sido seis los que pertenecían a la granja, y Sethe era la única mujer. Mrs. Garner, llorando como un bebé, había vendido todo a su hermano para saldar las deudas que salieron a la superficie en cuanto enviudó. Entonces llegó el maestro para poner las cosas en orden. Pero lo que hizo destrozó a otros tres hombres de Sweet Home y perforó el acero destellante de los ojos de Sethe, dejando dos pozos abiertos que no reflejaban la luz del fuego.

Ahora el acero había retornado, pero el rostro suavizado por el pelo le hizo confiar en ella lo suficiente para cruzar la puerta justo en medio de una fuente de ondulante luz roja.

Sethe tenía razón. Era triste. Al atravesarla, le penetró una oleada de pesar tan intensa que sintió ganas de llorar. Tuvo la impresión de recorrer un largo camino para llegar a la luz normal que rodeaba la mesa, pero lo logró… con los ojos secos y mucha suerte.

—Has dicho que murió suavemente. Como la crema —le recordó.

—Ésa no es Baby Suggs —replicó Sethe.

—¿Quién es, entonces?

—Mi hija. La que mandé por delante con los niños.

—¿No vivió?

—No. Sólo me queda la que llevaba en las entrañas cuando huí. Los chicos también se fueron. Los dos se largaron antes de que falleciera Baby Suggs.

Paul D miró el punto donde lo había penetrado la tristeza. El rojo había desaparecido pero una especie de lamento se aferraba al aire.

Probablemente sea mejor, pensó. Si un negro tiene piernas, debe usarlas. Si se queda sentado mucho tiempo, alguien se las ingeniará para atarlo. Sin embargo… si sus chicos se habían ido…

—¿No hay hombre? ¿Vives sola aquí?

—Con Denver.

—¿Y eso te va?

—Eso me va.

Sethe notó el escepticismo de Paul D y siguió adelante.

—Cocino en un restaurante de la ciudad. Y coso un poco a hurtadillas.

Entonces Paul D sonrió, recordando el vestido que se había hecho para la cama. A su llegada a Sweet Home, Sethe tenía trece años y los ojos ya eran acerados. Fue un presente oportuno para Mrs. Garner, que había perdido a Baby Suggs en aras de los elevados principios de su marido. Los cinco hombres de Sweet Home miraron a la chica nueva y decidieron dejarla en paz. Eran jóvenes y estaban tan hartos de la ausencia de mujeres que se habían aficionado a las terneras. No obstante, dejaron en paz a la chica de ojos acerados para que ella eligiera, pese a que cualquiera habría hecho picadillo a los demás para tenerla. A ella le llevó un año escoger… un año largo y duro en que ellos se revolvieron en sus jergones, carcomidos por ella en sus sueños. Un año de deseo, un año en que la violación parecía el único don de la vida. La represión que habían ejercido solo fue posible porque eran hombres de Sweet Home… aquellos de los que se jactaba Mr. Garner mientras los otros granjeros movían sus cabezas de un lado a otro a modo de advertencia.

—Todos vosotros tenéis sirvientes —les decía—. Sirvientes jóvenes, sirvientes viejos, sirvientes difíciles, sirvientes fáciles. En Sweet Home, todos mis negros son hombres. Así los compré, así los eduqué. Hombres.

—Lamento disentir, Garner. Un negro no es un hombre.

—Si le tienes miedo, no. —Garner sonrió de oreja a oreja—. Pero si tú mismo eres un hombre, querrás que todos tus negros lo sean.

—Yo no permitiría que un negro anduviera cerca de mi esposa.

Esa era la reacción que Garner esperaba, la reacción que le encantaba.

—Yo tampoco —decía—. Yo tampoco. —Y siempre se producía una pausa hasta que el vecino, o el forastero, o el vendedor ambulante, o el

cuñado, o quien fuese, comprendía lo que había querido decir. Entonces se desataba una discusión encarnizada, a veces una pelea, y Garner volvía a casa con cardenales y contento, habiendo demostrado una vez más cómo era un auténtico hombre de Kentucky: alguien lo bastante fuerte e inteligente como para hacer hombres de sus propios negros y llamarlos hombres.

Y eso eran. Paul D Garner, Paul F Garner, Paul A Garner, Halle Suggs y Sixo, el impetuoso. Todos en la veintena y sin mujeres, follando vacas, soñando con la violación, revolcándose en sus jergones, frotándose los muslos y esperando a la chica nueva… la que ocupó el lugar de Baby Suggs después de que Halle comprara su libertad con su trabajo de todos los domingos durante cinco largos años. Tal vez por eso lo eligió a él. Un hombre de veinte años tan encariñado con su madre como para renunciar a los domingos de cinco años enteros sólo por verla sentada, era una excelente recomendación.

La chica nueva esperó un año. Y los hombres de Sweet Home se aprovechaban de las vacas mientras la esperaban. Escogió a Halle y para la primera encamada se cosió un vestido a hurtadillas.

—¿Por qué no te quedas un tiempo? Nadie puede recuperar dieciocho años en un día.

Desde la palidez del espacio que ocupaban, una escalera blanca ascendía hacia el empapelado azul y blanco del piso de arriba. Paul D sólo veía el principio del papel: discretas motas amarillas salpicadas entre una ventisca de copos de nieve, todo con fondo azul. El blanco luminoso de la barandilla y los peldaños atraía su mirada. Todos sus sentidos le decían que el aire de encima de la caja de la escalera estaba encantado y enrarecido. Pero la chica que bajó en medio de ese aire era real y morena, tenía el rostro de una muñeca precavida.

Paul D miró a la chica y después a Sethe, que dijo sonriente:

—Ésta es mi Denver. Éste es Paul D, cariño, de Sweet Home.

—Buenos días, señor D.

—Garner, niña. Paul D Garner.

—Sí, señor.

—Me alegro de verte. La última vez que vi a tu mamá, tú empujabas la parte delantera de su vestido.

—Y todavía lo hace cuando logra ponérselo —dijo Sethe, otra vez sonriente.

Denver se paró en el último escalón y de pronto se sintió acalorada y tímida. Hacía mucho tiempo que nadie (ni una blanca de buena voluntad, ni un predicador, ni un portavoz, ni un periodista) se sentaba a su mesa, desmintiendo las palabras que decía con la repulsión evidente en la mirada. Durante doce años, muchos antes de que muriese Grandma Baby, no habían recibido visitas de ningún tipo ni tampoco amigos. Ninguna persona de color, sin duda ningún moreno rojizo de pelo demasiado largo y sin libreta, ni carbón, ni naranjas, ni preguntas. Nadie con quien su madre quisiera hablar y encima lo hiciera descalza. Con el aspecto, con la actitud de una cría y no de la mujer serena y majestuosa que Denver conocía de toda la vida. La que nunca apartaba la mirada, la que cuando una yegua mató a un hombre a patadas frente al restaurante de Sawyer, no apartó la mirada; la que cuando una cerda comenzó a comerse su propia mierda, tampoco aparto la mirada. Y cuando el espíritu del bebé cogió a Here Boy y lo estampó contra la pared con tanta tuerza que le quebró dos patas y le desencajó un ojo, con tanta fuerza que el perro tuvo un ataque de convulsiones y se mordió la lengua, ni siquiera entonces su madre había apartado la mirada. Empuñó un martillo, golpeó a Here Boy hasta dejarlo inconsciente, le limpió la sangre y la saliva, volvió a encajarle el ojo en la cabeza y le enderezó los huesos de las patas. El animal se recuperó, mudo y desequilibrado, más a causa de su ojo indigno de confianza que de las patas torcidas, pero en invierno y verano, con lluvia o con sol, no hubo modo de convencerlo de que volviera a entrar en la casa.

Y ahora, esa mujer, que tuvo presencia de ánimo para curar a un perro enloquecido de dolor, se mecía con los tobillos cruzados y apartaba la mirada del cuerpo de su propia hija. Como si el tamaño de ese cuerpo fuese más de lo que su visión podía soportar. Y ninguno de los dos llevaba los zapatos puestos. Acalorada y tímida, ahora Denver estaba sola. Tantos abandonos: primero sus hermanos, después la abuela… pérdidas graves, dado que ningún chico quería formar corro con ella en un juego ni colgarse

de las rodillas en la barandilla del porche de su casa. Nada de eso le habría importado mientras su madre no apartara la mirada como la apartaba en ese mismo momento, haciendo que Denver ansiara, lisa y llanamente *ansiara*, una señal de maldad del bebé fantasma.

—Es una joven de muy buen ver —dijo Paul D—. Muy guapa. Tiene en la cara la expresión tierna de su padre.

—¿Conoce a mi padre?

—Lo conocía. Lo conocía bien.

—¿Lo conocía, ma? —Denver luchó contra el impulso de realinear sus afectos.

—Claro que conocía a tu papá. Ya te dije que es de Sweet Home.

Denver se sentó en el peldaño de abajo. No había otro sitio al que pudiera ir airosamente. Esos dos eran una pareja, diciendo «tu papá» y «Sweet Home» de una manera que dejaba claro que ambos pertenecían a eso y no a ella. Que la ausencia de su propio padre no era suya. Una vez esa ausencia había pertenecido a Grandma Baby: un hijo, profundamente llorado porque fue el que había comprado su libertad para sacarla de allá. Luego fue el marido ausente de su madre. Ahora era el amigo ausenté de ese moreno rojizo. Sólo los que lo conocían («lo conocía bien») podían reivindicar su ausencia para sí. Así como los que habían vivido en Sweet Home podían recordarla, nombrarla y mirarse de reojo mientras susurraban. Volvió a ansiar la presencia del bebé fantasma: ahora le emocionaba esa cólera que solía agobiarla. Agobiarla.

—Aquí tenemos un fantasma —dijo, y la cosa funcionó. Dejaron de ser una pareja. Su madre dejó de balancear los pies y de comportarse como una niña. El recuerdo de Sweet Home desapareció de los ojos del hombre para el que se mostraba infantil. Éste levantó la vista rápidamente, siguiendo con la mirada los escalones blanco-relámpago que ascendían por detrás de Denver.

—Eso he oído —dijo el forastero—. Pero triste, ha dicho tu mamá. No maligno.

—No, señor —respondió Denver—, no es maligno. Pero tampoco triste.

—¿Qué es?

—Reprochón. Solitario y reprochón.

—¿Es así? —preguntó Paul D a Sethe.

—No sé si solitario —dijo la madre de Denver—. Loco tal vez, pero no veo cómo puede sentirse solo si convive minuto a minuto con nosotras dos.

—Debe de querer algo que vosotras tenéis.

Sethe se encogió de hombros.

—Sólo es un bebé.

—Mi hermana —dijo Denver—. Murió en esta casa.

Paul D se rascó el pelo que le crecía bajo la barbilla.

—Me recuerda a la novia descabezada de atrás de Sweet Home. ¿Te acuerdas, Sethe? Solía rondar por el bosque.

—¿Cómo podría haberla olvidado? Tan inquietante…

—¿Cómo es que todos los que huyeron de Sweet Home no pueden dejar de hablar de esa granja? Me parece que si era tan dulce os tendríais que haber quedado allí.

—¿Con quién te crees que estás hablando, chica? —la regañó su madre.

Paul D se echó a reír.

—Es cierto, es cierto. La chica tiene razón, Sethe. No era dulce y sin duda no era un hogar. —Meneo la cabeza.

—Pero allí estábamos —dijo Sethe—. Todos juntos. Vuelve tanto si nos gusta como si no. —Se estremeció: una ligera ondulación de la piel en el brazo, que acarició para volver a dormirlo—. Denver, aviva ese fogón. No podemos recibir a un amigo y no darle de comer.

—Por mí no te molestes —dijo Paul D.

—El pan no es ninguna molestia. El resto lo traje del trabajo. Lo menos que puedo hacer, si cocino desde el amanecer hasta el mediodía, es traer la cena a casa. ¿Tienes algo que decir del pescado?

—Si él no dice nada de mí, yo no diré nada de él.

Otra vez, pensó Denver. De espaldas a ellos, empujó la leña y el fuego estuvo a punto de perderse.

—¿Por qué no se queda a dormir, señor Garner? Así usted y ma podrán hablar de Sweet Home toda la noche.

Sethe dio dos pasos rápidos hacia el fogón, pero sin darle tiempo a tironearle del cuello, Denver se inclinó hacia delante y se largó a llorar.

—¿Qué te pasa? Nunca te he visto comportarte de esta manera.

—Déjala en paz —dijo Paul D—. Para ella soy un extraño.

—Por eso. No tiene ningún motivo para portarse así con un desconocido. Nenita, ¿qué pasa? ¿Ocurrió algo?

Pero ahora Denver se sacudía y sollozaba tanto que no podía hablar. Las lágrimas que no había derramado en nueve años humedecían sus pechos de mujer.

—No puedo más. No puedo más.

—¿No puedes qué? ¿Qué es lo que no puedes?

—No puedo vivir aquí. No sé adónde ir ni qué hacer, pero no puedo vivir aquí. Nadie nos habla. Nadie viene. No les gusto a los chicos. Y tampoco a las chicas.

—Cariño, cariño…

—¿Qué es eso de que nadie os dirige la palabra? —preguntó Paul D.

—Por la casa. La gente no…

—¡Mentira! No es la casa. ¡Somos nosotras! ¡Eres tú!

—¡Denver!

—Basta, Sethe. Para una chica joven es difícil vivir en una casa hechizada. No puede ser fácil.

—Es más fácil que otras cosas.

—Piensa un poco, Sethe. Yo soy un adulto al que no le queda nada por ver o hacer, y te digo que no es fácil. Quizá deberíais mudaros. ¿De quién es esta casa?

Por encima del hombro de Denver, Sethe dedicó a Paul D una mirada gélida.

—¿A ti qué te importa?

—¿No permitirán que te marches?

—No.

—Sethe…

—Nada de mudanzas. Nada de largarnos. Todo está bien.

—¿Pretendes decirme que todo está bien con esta chica a punto de perder el juicio?

Algo cobró ánimo en la casa, y en el atento silencio que siguió, Sethe dijo:

—Tengo un árbol en la espalda y un espíritu en mi casa, y nada entre una cosa y otra salvo la hija que estoy abrazando. Basta de huir… de nada. Jamás en la vida volveré a huir de nada. Ya hice un viaje y pagué el billete, pero permíteme decirte algo, Paul D Garner: ¡costó demasiado! ¿Me oyes? Costó demasiado. Ahora siéntate y come con nosotras o déjanos en paz.

Paul D rebuscó en su chaleco una bolsita de tabaco, concentrándose en su contenido y en el nudo del cordel mientras Sethe llevaba a Denver al cuarto que daba a la gran sala en la que estaba sentado. No tenía papel de fumar, por lo que se dedicó a toquetear la bolsa y a escuchar a través de la puerta abierta cómo Sethe tranquilizaba a su hija. Al volver, ella evitó su mirada y fue directamente hasta una mesa pequeña, junto al fogón. Estaba de espaldas a él y Paul D vio todo el cabello que quiso sin que la cara lo distrajera.

—¿Qué es eso de un árbol en tu espalda?

—Hummm. —Sethe puso un cuenco sobre la mesa y sacó la harina.

—¿Qué es eso de un árbol en tu espalda? ¿Te está creciendo algo en la espalda? Yo no veo nada.

—Pero está.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La chica blanca. Eso dijo. Yo nunca lo vi y nunca lo veré. Pero eso es lo que ella dijo que parecía. Un cerezo silvestre. El tronco, las ramas, incluso hojas. Pequeñitas hojas de cerezo salvaje. Pero eso fue hace dieciocho años. Por lo que sé, ya podría haber dado cerezas.

Sethe se humedeció el índice con la punta de la lengua y, rápida y ligeramente, tocó el hornillo. Luego pasó los dedos por la harina, partiéndola, separando pequeñas ondulaciones y crestas en busca de bichitos. Como no encontró ninguno, volcó bicarbonato y sal en el pliegue de su mano doblada y los echó en la harina. Después metió la mano en una lata y saco un puñado de manteca de cerdo. Diestramente la mezcló con la harina y, salpicando agua con la mano izquierda, formó la masa.

—Yo tenía leche —dijo—. Estaba embarazada de Denver pero tenía leche para mi niñita. No había dejado de darle la teta cuando la mandé por delante con Howard y Buglar.

Ahora estiró la masa con un rodillo de madera.

—Cualquiera me olía antes de verme. Y cuando me viera notaría las gotas en la pechera de mi vestido. Yo no podía hacer nada con eso. Lo único que sabía es que debía llevarle mi leche a mi niña. Nadie la alimentaría como yo. Nadie se la llevaría a tiempo o se la quitaría cuando tuviera suficiente y no se diera cuenta. Nadie sabía que no soltaba el aire si la alzabas sobre el hombro, sino sólo si estaba echada sobre mis rodillas. Nadie lo sabía salvo yo y nadie tenía su leche salvo yo. Se lo dije a las mujeres del carro. Les pedí que pusieran agua azucarada en un trapo y se lo hicieran chupar, para que cuando yo llegara, unos días después, no me hubiese olvidado. Allí estaría la leche, conmigo.

—Los hombres no entienden mucho —dijo Paul D mientras volvía a guardar la bolsita en el bolsillo del chaleco—, pero saben que a un niño de teta no se lo puede separar mucho tiempo de su madre.

—Entonces saben lo que es que alejen a tus hijos cuando tienes los pechos llenos.

—Estábamos hablando de un árbol, Sethe.

—Después de que tú y yo nos despedimos, entraron esos muchachos y cogieron mi leche. Por eso fueron allí. Me sujetaron y me la quitaron. Los denuncié a Mrs. Garner. Ella tenía el bulto y no podía hablar, pero se le llenaron los ojos de lágrimas. Los muchachos supieron que los había delatado. Maestro hizo que uno me abriera la espalda a latigazos y cuando se cerró se formó un árbol. Todavía crece.

—¿Te azotaron con un látigo de cuero?

—Y se llevaron mi leche.

—¿Te golpearon y estabas embarazada?

—¡Y me quitaron mi leche!

Los círculos blancos formaban hileras en la placa. Una vez más, Sethe tocó el fogón con un dedo húmedo. Abrió la puerta del horno y metió la placa con bollos. Al erguirse sintió a Paul D detrás, con las manos bajo sus pechos. Se enderezó y supo —aunque no lo sintió— que él tenía la mejilla apretada contra las ramas de su cerezo silvestre.

Sin siquiera intentarlo, Paul D se había convertido en el tipo de hombre que entraba en una casa y hacía llorar a las mujeres. Porque con él, en su presencia, podían. Era un don natural en su manera de ser. Las mujeres lo

veían y sentían ganas de llorar… de contarles que les dolía el pecho y también las rodillas. Mujeres fuertes y sensatas lo veían y le decían cosas que sólo se decían entre sí: que al pasar la edad crítica, en ellas el deseo se había vuelto repentinamente inmenso, ávido, más indómito que a los quince años, y que eso las turbaba y las entristecía; que en secreto ansiaban morir —para verse libres de eso—, que el sueño era más precioso que el despertar. Las chicas jóvenes se acercaban a él para confesarse o describir lo bien vestidas que iban las apariciones que las seguían desde sus sueños. En consecuencia, y aunque no entendía por qué las cosas eran así, no le sorprendió que Denver derramara sus lágrimas junto al fogón, ni que quince minutos más tarde, después de contarle que le habían robado la leche, su madre también llorara. A espaldas de ella, con su cuerpo inclinado en un arco de bondad, abarcó sus senos en las palmas de las manos. Frotó la mejilla contra su espalda y así supo de sus pesares, de las raíces de sus pesares, en el tronco ancho y las ramas intrincadas. Llevó los dedos a los corchetes de su vestido y sin oír siquiera un suspiro comprendió que estaba llorando. Y cuando la blusa de su vestido rodeó sus caderas y él vio la escultura que ahora era su espalda, como la obra decorativa de un herrero demasiado apasionado, pensó aunque no dijo: «Ah, Señor, chica». Y no halló la paz hasta haber tocado todos los surcos y hojas con su boca, aunque Sethe no sintió nada porque la piel de su espalda llevaba años muerta. Lo que sí supo es que la responsabilidad de sus pechos, por fin, recaía en otras manos.

Sethe se preguntó si habría un pequeño espacio, un instante, alguna forma de aplazar los acontecimientos, de arrinconarlos en la sala y permanecer allí uno o dos minutos, desnuda desde los omoplatos hasta la cintura, aliviada del peso de sus pechos, oliendo otra vez la leche robada y el placer del pan en el horno. Quizás entonces pudiera permanecer inmóvil durante la cocción de una comida —sin siquiera alejarse del fogón— y experimentar el dolor que debía sentir su espalda. ¿No podría confiar en las cosas y recordarlas porque el último de los hombres de Sweet Home estaba allí para sustentarla si se hundía?

El fogón no se estremeció al adaptarse al calor. Denver no se agitaba en el cuarto contiguo. La palpitación de luz roja no había vuelto y Paul D no

temblaba desde 1856, cuando lo había hecho durante ochenta y tres días seguidos. Encerrado y encadenado, sus manos se estremecían tanto que no podía fumar ni rascarse. Ahora temblaba otra vez, pero en las piernas. Le llevó un rato darse cuenta de que no le temblaban las piernas por la preocupación, sino porque las tablas se movían, y el suelo chirriante sólo formaba parte de una totalidad. La casa propiamente dicha arremetía. Sethe se dejó caer al suelo, luchando por volver a acomodarse el vestido. Y en cuatro patas, como si estuviese sujetando la casa contra el terreno, Denver salió del cuarto de servicio, con los ojos aterrados y una vaga sonrisa en sus labios.

—¡Maldición! ¡Calla! —gritaba Paul D mientras caía, buscando un ancla—. ¡Deja en paz esta casa! ¡Fuera de aquí! —Una mesa se abalanzó en su dirección y él le cogió una pata. De alguna manera logró mantenerse en equilibrio y, sujetando la mesa por dos patas, golpeó todas las cosas, destrozándolas, devolviéndole a la casa sus gritos—. ¡Si quieres pelea, ven! ¡Maldición! ¡Ella ya tuvo bastante sin ti! ¡Ya ha tenido bastante!

El temblor se aplacó hasta parecer un bandazo ocasional, pero Paul D no dejó de estrellar la mesa hasta que todo estuvo quieto. Sudando y respirando con dificultad, se apoyó contra la pared en el espacio que había dejado libre el aparador. Sethe seguía agachada junto al fogón, apretando los zapatos contra el pecho. Los tres —Sethe, Denver y Paul D— respiraban al mismo ritmo, como una sola persona fatigada. Había otra respiración, igualmente cansada.

Desapareció. Denver se tambaleó hasta el fogón en medio del silencio. Echó cenizas sobre el fuego y sacó del horno la fuente con bollos. El aparador estaba volcado y su contenido formaba una pila en el rincón del último estante. Cogió un tarro de jalea, buscó un plato con la mirada y encontró uno partido junto a la puerta. Se lo llevó todo a los peldaños del porche, donde se sentó.

Los dos habían subido. Con pasos ligeros, descalzos, subieron la escalera blanca, dejándola abajo. Quitó el alambre de la parte de arriba del tarro y luego la tapa. Debajo había un paño y más abajo aún, una delgada capa de cera. Lo extrajo todo y echó la jalea en medio plato. Cogió un bollo

y le quitó la parte de arriba, ennegrecida. Subía humo en espiral desde la miga blanca.

Echaba de menos a sus hermanos. Ahora Buglar y Howard tendrían veintidós y veintitrés años. Aunque habían sido amables con ella en los buenos momentos y le habían cedido la cabecera de la cama, recordó cómo habían sido las cosas antes: el placer que les proporcionaba sentarse muy juntos en la escalera blanca —ella entre las rodillas de Howard o de Buglar — mientras inventaban cuentos de brujas en los que intercalaban formas probadas de dejarla muerta. Y recordó a Baby Suggs diciéndole cosas en el cuarto de servicio. Olía a corteza de día y a hojas durante la noche, y Denver lo sabía porque no quiso volver a dormir en su vieja habitación después de que sus hermanos huyeron.

Ahora, su madre estaba arriba con el hombre que la había privado de la única compañía que le quedaba. Denver hundió un trozo de pan en la jalea. Lenta, metódica, desdichadamente, se lo comió.

No con prisas, pero sin perder tiempo, Sethe y Paul D subieron la escalera blanca. Colmado tanto por la buena suerte de haber encontrado su casa y a ella dentro, como por la certeza de que le brindaría su sexo, Paul D se desprendió de veinticinco años de su memoria reciente. Un peldaño delante de él iba el reemplazo de Baby Suggs, la chica nueva con la que soñaban de noche y por la que follaban terneras al amanecer mientras esperaban su elección. El mero hecho de besar el hierro forjado de su espalda había sacudido toda la casa, le había forzado a destrozarla. Ahora iría más lejos.

Sethe lo guió a lo alto de la escalera, donde la luz penetraba directamente desde el cielo, porque en esa casa las ventanas de la planta alta estaban encajadas en el techo y no en las paredes. Había dos habitaciones y lo llevó a una de ellas, con la esperanza de que no le importara que no estuviese preparada, que aunque recordaba el deseo hubiese olvidado cómo funcionaba. Que disculpara el agarre y la impotencia de sus manos, la alteración que sólo le permitía buscar con la mirada un sitio dónde echarse, pues todo lo demás —los pomos de las puertas, los tirantes, los corchetes, la tristeza que acechaba en los rincones y el paso del tiempo— eran interferencias.

Todo terminó sin darles tiempo a desnudarse. Semivestidos y sin aliento, yacieron resentidos el uno con el otro y los dos con la claraboya. Los sueños de él se habían prolongado excesivamente. La carencia de ella consistía en no haber tenido nunca sueños propios. Ahora se mentían pesarosos y demasiado abochornados para hablar.

Sethe estaba boca arriba, con la cabeza apartada de él. Por el rabillo del ojo, Paul D vio la masa flotante de sus senos y le disgustó la expansión, la

chata redondez de lo que decididamente podía prescindir, aunque abajo los hubiese sostenido como si fueran la parte más cara de sí mismo. Y el laberinto de hierro forjado que había explorado en la cocina como un buscador de oro que separa la tierra del metal precioso no era, en realidad, más que un repulsivo grumo de cicatrices. No un árbol, como ella había dicho. Tal vez con una forma parecida, aunque no a la de ningún árbol que conociera, porque los árboles eran invitadores, cosas en las que podías confiar y a las que podías acercarte, hablarles si querías, como él hacía con frecuencia en los tiempos de la comida del mediodía en los campos de Sweet Home. Siempre en el mismo lugar si podía, y escogerlo había sido difícil porque los árboles de Sweet Home eran más bonitos que los de cualquier granja de los alrededores. Dio el nombre de Hermano al árbol elegido y se sentaba debajo, a veces solo, a veces con Halle o los otros Paul, pero más a menudo con Sixo, que entonces era afable y todavía hablaba inglés. De color añil y con la lengua roja como una llamarada, Sixo hacía experimentos con patatas cocidas por la noche, tratando de calcular el momento exacto para poner piedras calientes y humeantes en un hoyo, patatas encima, y luego cubrirlo todo con ramitas, de modo que a la hora de comer, después de atar a los animales, abandonar el campo y llegar a Hermano, las patatas estuviesen en su punto. Era capaz de levantarse a medianoche andar hasta allí y comenzar a remover la tierra a la luz de las estrellas; en ocasiones ponía piedras no tan calientes y las cubría con las patatas del día siguiente inmediatamente después de comer. Nunca le salieron bien, pero de todos modos comían esas patatas poco cocidas, demasiado cocidas, resecas o crudas, riendo, escupiendo, dándole consejos.

El tiempo nunca operaba como Sixo creía, por lo que sus cálculos nunca salían bien. En una ocasión calculó al minuto un trayecto de cincuenta kilómetros para ver a una mujer. Partió un sábado, cuando la Luna estaba situada donde él quería que estuviese, y llegó a la choza de ella el domingo justo antes de misa, sólo con tiempo suficiente para decirle buenos días y echar a correr de nuevo en sentido contrario con el propósito de estar en el campo a tiempo, el lunes a la mañana. Había caminado diecisiete horas, permaneció sentado sesenta minutos, dio la vuelta y anduvo otras diecisiete horas. Halle y los Paul pasaron el día entero encubriendo la fatiga de Sixo

para que no la notara Mr. Garner. Ese día no comieron patatas, ni tiernas ni secas. Despatarrado cerca de Hermano, con su lengua roja oculta y la cara añil apretada, Sixo durmió como un cadáver durante la comida. *Allí* había un hombre y *aquello* era un árbol. El mismo ser tendido en la cama y el «árbol» echado a su lado no tenían punto de comparación.

Paul D miró por la ventana de encima de sus pies y cruzó las manos detrás de la cabeza. Un codo rozó el hombro de Sethe. El contacto de la tela en su piel la sobresaltó. Había olvidado que él no se había quitado la camisa. Como un perro, pensó, pero en seguida recordó que ella no le había dado tiempo a quitársela. Tampoco se dio tiempo a sí misma para quitarse las enaguas, y teniendo en cuenta que había empezado a desvestirse antes de verlo en el porche, que ya tenía los zapatos y las medias en la mano y no había vuelto a ponérselos, que él había mirado sus pies desnudos y húmedos y le había pedido permiso para hacer lo mismo, que cuando se levantó para cocinar él la había desvestido un poco más; teniendo en cuenta con qué premura habían comenzado a desnudarse, hubiera parecido lógico que ya estuviesen en cueros. Pero quizás un hombre sólo era un hombre, que es lo que siempre decía Baby Suggs. Te estimulan a dejar algo de tu peso en sus manos y en cuanto sientes el encanto de la ligereza, estudian tus cicatrices y tribulaciones y después hacen lo que había hecho él: ahuyentar a sus niñas y destrozar la casa.

Necesitaba levantarse, ir abajo y recomponerlo todo. Él le había dicho que dejara esa casa como si una casa fuese una nadería… una blusa o una cesta de costura que podías abandonar o regalarle a una vieja conocida. Ella, que nunca había tenido otra casa excepto ésa; ella, que dejó un suelo de tierra para trasladarse allí; ella, que todos los días tenía que llevar un puñado de salsifíes a la cocina de Mrs. Garner para poder trabajar allí, para sentir que una parte era suya, porque quería amar el trabajo que hacía, quitarle la fealdad, y la única forma de sentirse como en su casa en Sweet Home consistía en recoger algo bonito y llevarlo consigo. El día que lo olvidaba, la mantequilla se cortaba o la salmuera del tonel le ampollaba los brazos.

Al menos, eso parecía. Unas pocas flores amarillas sobre la mesa, un ramito de mirto atado alrededor del mango de la plancha que sujetaba la

puerta abierta para que pasara la brisa, esas cosas la serenaban y, cuando ella y Mrs. Garner se sentaban para seleccionar hierbas o preparar tinta, se sentía bien. Bien. Sin miedo a los hombres que estaban más allá. Los cinco que dormían cerca, pero nunca aparecían por la noche. Apenas se llevaban la mano a los andrajosos sombreros cuando la veían, boquiabiertos. Y si les llevaba comida al campo, bacon y pan envueltos en un trozo limpio de tela de sábana, no lo cogían de sus manos. Retrocedían y esperaban a que lo dejara en el suelo (al pie de un árbol) y se marchara. O no querían aceptar nada de ella, o no querían que los viera comer. Dos o tres veces se rezagó y escondida detrás de las madreselvas, los espió. ¡Qué distintos eran sin ella, cómo reían y jugaban y orinaban y cantaban! Todos menos Sixo, que sólo rio una vez… al final. Halle era el mejor, por supuesto. El octavo y último hijo de Baby Suggs, que se había empleado los domingos de un lado a otro del distrito para sacarla de allí. Pero también él, tal como resultaron las cosas, era sólo un hombre.

—Un hombre sólo es un hombre —decía Baby Suggs—. Pero un hijo… bien, un hijo ya es alguien.

Y eso tenía sentido por muchos motivos, porque en la vida de Baby, como en la de Sethe, hombres y mujeres eran movidos como piezas de juego de damas. De todos los que Baby Suggs conoció —para no hablar de los que amó—, el que no se había fugado ni lo habían ahorcado, fue alquilado, prestado, comprado, devuelto, conservado, hipotecado, ganado, robado o arrestado. Por eso los ocho hijos de Baby tenían seis padres. Lo que ella llamaba lo grosero de la vida era el choque que recibió al enterarse de que nadie dejaba de jugar a las damas sólo porque entre las piezas estuviesen incluidos sus hijos. Al que logró retener más tiempo fue a Halle. Veinte años. Toda una vida. Un don, sin duda, para compensarla por haberse enterado de que sus dos niñas, que aún no habían cambiado los dientes de leche, habían sido vendidas y se las habían llevado sin darle siquiera la oportunidad de despedirse de ellas. Para compensarla por haber fornicado cuatro meses seguidos con un patrón de paja a cambio de conservar a su tercer hijo, un varón… sólo para ver cómo lo cambiaban por madera en la primavera del año siguiente y encontrarse embarazada del hombre que le había prometido no hacerlo y lo hizo. No podía querer a ese chico y no

quiso querer a los demás. «Que sea lo que Dios quiera», decía. Y Dios se los llevaba, se los llevaba, se los llevaba, y después le dio a Halle, que compró su libertad cuando ya no significaba nada.

Sethe tuvo la sorprendente fortuna de vivir seis años de matrimonio con aquel *alguien* que fue el padre de todos sus hijos. Una bendición que ella cometió la imprudencia de dar por sentada, de apoyarse en ella, como si Sweet Home fuera realmente un dulce hogar. Como si un puñado de mirto sujeto al mango de una plancha que sujetaba la puerta de la cocina de una blanca pudiera volver suyo ese hogar. Como si la menta en la boca modificara el aliento además del olor. Nunca conoció a nadie tan estúpido como ella misma.

Sethe hizo amago de ponerse boca abajo pero cambió de idea. No quería llamar la atención de Paul D, de modo que se conformó con cruzar los tobillos.

Pero Paul D percibió el movimiento y también un cambio en su respiración. Se sentía obligado a intentarlo de nuevo, más lentamente esta vez, pero el deseo se había apagado. De hecho era buena la sensación de no desearla. Veinticinco años y ¡plaf! Las cosas que Sixo era capaz de hacer… como aquella vez que concertó una cita con Patsy, la Mujer Cincuenta Kilómetros. Le llevó tres meses y dos viajes de cincuenta kilómetros, ida y vuelta, conseguirlo. Convencerla de que caminara un tercio del recorrido, hasta un lugar que él conocía. Una estructura de piedra, abandonada, que solían usar los Hombres Rojos en los tiempos en que creían que la tierra era suya. Sixo la descubrió en uno de sus gateos nocturnos y pidió permiso para entrar. Una vez dentro, habiendo sentido lo que sintió, preguntó a la Presencia del Hombre Rojo si podía llevar allí a su mujer. La respuesta fue afirmativa y, con todo detalle, Sixo le indicó cómo llegar, el momento exacto en que debía partir, le mostró como sonaba su silbido de bienvenida y el de advertencia. Dado que ninguno de los dos estaba autorizado a salir por cuestiones personales, y que la Mujer Cincuenta Kilómetros ya había cumplido catorce años y estaba destinada a otros brazos, el peligro era real. Él llegó antes que ella. Silbó y no obtuvo respuesta. Entró en la vivienda abandonada. Tampoco estaba allí. Volvió al lugar prefijado. Ella no estaba. Siguió esperando. No la oyó llegar. Tuvo miedo por ella y recorrió el

camino en la dirección por la que debía llegar. Unos cinco kilómetros y se detuvo. Era inútil seguir en esa dirección, de modo que se paró ante el viento y pidió socorro. Escuchando atentamente en espera de alguna señal, oyó un gemido. Se volvió, aguardó y volvió a oírlo. Ahora sin la menor cautela, gritó su nombre. Ella respondió con una voz que a él le sonó a vida: no estaba muerta. «¡No te muevas!», grito. «Respira hondo para que pueda encontrarte». La halló. Ella creía que ya había llegado al lugar y lloraba porque él no había cumplido su promesa. Ahora era tarde para reunirse en la vivienda de los Hombres Rojos y se dejaron caer donde estaban. Después él le pinchó la pantorrilla simulando una mordedura de serpiente, para que ella pudiera justificarse por no llegar a tiempo a sacudir los gusanos de las hojas del tabaco. Le dio instrucciones detalladas para que acortara el camino siguiendo el riachuelo y la siguió con la mirada. Cuando él llegó al camino era pleno día y tenía toda la ropa en la mano. De pronto apareció un carro en un recodo. El conductor, con ojos desorbitados, levantó un látigo mientras la mujer que iba a su lado se tapaba la cara. Pero Sixo había desaparecido en el bosque antes de que la fusta se desenrollara sobre su trasero de color añil.

Contó toda la historia a Paul F, a Halle, a Paul A y a Paul D, en ese estilo peculiar que les hacía llorar de risa. De noche Sixo se internaba entre los árboles. Para bailar, decía, para mantener la sangre caliente, decía. Y en la intimidad, a solas, lo hacía. Ninguno de ellos lo vio hacerlo, pero todos lo imaginaron, y lo imaginado les llevaba a reírse de él… con la luz del día, cuando no había peligro.

Aunque todo ocurría antes de que dejara de hablar inglés porque no le veía futuro. Gracias a la Mujer Cincuenta Kilómetros, Sixo era el único que no estaba paralizado de deseo por Sethe. Pero nada podía ser mejor que el sexo con ella, había pensado intermitentemente Paul D durante veinticinco años. Su propia insensatez le hizo sonreír y pensar cariñosamente en sí mismo mientras se volvía de costado, de cara a ella. Sethe tenía los ojos cerrados y su pelo era un revoltijo. Mirada así, sin los ojos pulidos, su rostro no era tan atractivo. De manera que tenían que haber sido sus ojos los que le mantuvieron en guardia y excitado. Sin ellos, la cara de Sethe era manejable… una cara que él podía controlar. Quizá si los mantuviese

cerrados… Pero no, allí estaba su boca. Hermosa. Halle nunca supo lo que tenía.

Aún con los ojos cerrados, Sethe supo que la miraba y vio mentalmente la pinta que debía tener para él. Sin embargo no había mofa en su mirada. Suave. La sentía suave en una especie de espera atenta. No la estaba juzgando… mejor dicho, la estaba juzgando pero no comparando. Desde los tiempos de Halle ningún hombre la había mirado así: sin amor ni pasión, pero interesado, como si estuviese examinando una espiga de maíz para comprobar su calidad. Halle era más hermano que marido. Sus cuidados sugerían una relación familiar más que la de un hombre que impone sus derechos. Durante años sólo se vieron a la luz del día los domingos. El resto del tiempo hablaban, se tocaban o comían en la oscuridad. La oscuridad anterior al amanecer y la oscuridad posterior al ocaso. De modo que mirarse intensamente era un placer matinal de los domingos y Halle la estudiaba como si quisiera almacenar lo que veía a la luz del sol para la sombra que encontraba el resto de la semana. Y el tiempo era escaso. Después de sus tareas en Sweet Home, ocupaba las tardes de los domingos en pagar con trabajo la deuda contraída para liberar a su madre. Cuando Halle le pidió que fuera su esposa, Sethe aceptó contenta y luego se quedó atascada, sin saber cuál era el paso siguiente. Tendría que haber una ceremonia, ¿no? Un predicador, un baile, una fiesta, algo. Como ella y Mrs. Garner eran las únicas mujeres del lugar, decidió preguntárselo a ella.

—Halle y yo queremos casarnos, Mrs. Garner.

—Eso he oído decir —sonrió—. Él ya hablo con Mr. Garner al respecto. ¿Estás esperando un bebe?

—No, señora.

—Pues pronto lo estarás. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Halle es bueno, Sethe, y lo será contigo.

—Pero lo que le estoy diciendo es que queremos casarnos.

—Ya lo has dicho. Y a mí me parece bien.

—¿Habrá una boda?

Mrs. Garner dejó la cuchara de cocinar. Rio un poco, acarició la cabeza de Sethe y dijo:

—Eres un encanto de criatura.

No agregó una sola palabra más.

Sethe se cosió un vestido a hurtadillas y Halle colgó su cuerda de atar a las bestias en un clavo de la pared de la choza de ella. Allí, encima de un colchón puesto en el suelo de tierra de la choza, copularon por tercera vez; las dos anteriores se habían unido en un pequeño maizal que Mr. Garner conservaba pues era un cultivo aprovechable tanto por los animales como por los seres humanos. Halle y Sethe tenían la impresión de estar ocultos. Agachados entre las cañas no veían nada, ni siquiera las puntas del maíz que se meneaban por encima de sus cabezas, y eran visibles para todos los demás.

Sethe sonrió al recordar su estupidez y la de Halle. Hasta los cuervos se enteraron y fueron a espiar. Sin descruzar los tobillos, logró no reír en voz alta.

El salto, pensó Paul D, de una ternera a una chica no era tan extraordinario. Ni el salto que Halle creía que sería. Tomarla en el maizal y no en su alojamiento —a un metro de distancia de las chozas de los perdedores— había sido un gesto de ternura. Halle quiso darle intimidad y consiguió la exhibición pública. ¿Quién podía dejar de notar una ondulación de un maizal un día sereno y sin nubes? Él, Sixo y dos de los Paul se sentaron al pie de Hermano y volcaron sobre sus cabezas agua de una calabaza, y con ojos chorreantes de agua de pozo, observaron la confusión de borlas en el campo. Había sido difícil, difícil, muy difícil permanecer allí, con erecciones de perros, viendo bailar las cañas de maíz a mediodía. El agua que caía sobre sus cabezas sólo sirvió para empeorar las cosas.

Paul D suspiró y se volvió de lado. Sethe aprovechó la oportunidad para moverse. Mirando la espalda de Paul D recordó que algunas cañas de maíz se quebraron, cayeron sobre la espalda de Halle, y entre las cosas a que sus dedos se aferraron había farfolla y barbas de maíz.

¡Qué sueltas las sedas de la barba, qué apretado el jugo de los granos!

La celosa admiración de los mirones se disolvió con el festín de maíz nuevo que se dieron el lujo de comer esa noche. Mazorcas no del todo maduras, arrancadas de las cañas rotas, Mr. Garner no podía dudarlo, por culpa de los mapaches. Paul F quería la suya asada; Paul A la prefería

hervida y ahora Paul D no recordaba cómo cocinaron, por fin, aquellas espigas demasiado verdes para comer. Lo que sí recordaba era que él había separado las barbas para llegar a la punta, apoyando debajo el borde de la uña, para no rozar un solo grano.

El tirón hacia abajo de la vaina ceñida, el desgarrón, siempre hizo pensar a Sethe que dolía.

En cuanto una tira de la envoltura de la mazorca bajó, el resto obedeció y la espiga rindió a Paul D sus tímidas fuleras de granos, por fin al desnudo. ¡Qué suelta la seda! ¡Qué rápido saltaba el apretado jugo!

Al margen de lo que dientes y dedos húmedos anticiparan, no había forma de expresar el simple goce que estremecía.

Qué suelta la seda. Qué fina y suelta y libre.

Los secretos de Denver eran dulces y de índole fragante. Siempre acompañados de verónica silvestre hasta que descubrió la colonia. El primer frasco fue un regalo; el segundo se lo robó a su madre y lo ocultó entre bojes hasta que se congeló y resquebrajó. Fue el año en que el invierno llegó deprisa una noche a la hora de la cena y se quedó ocho meses. Uno de los años de la guerra, en que Miss Bodwin —la mujer blanca— compró en Navidad colonia para su madre y para ella, naranjas para los chicos y otro chal de buena lana para Baby Suggs. Hablando de una guerra plagada de muertos, parecía feliz… la cara arrebatada, y aunque su voz era grave como la de un hombre, olía a flores, emoción que Denver podía tener para ella sola en los arbustos de boj. Al otro lado del fondo del 124 había un descampado que se interrumpía transformándose en bosque. Y adentrándose en esa arboleda, un riachuelo. En ese bosque, entre el campito y el riachuelo, ocultos en el robledal, cinco arbustos de boj arraigados en círculo habían comenzado a buscarse entre sí en lo alto, formando así un recinto redondo y vacío, de algo más de dos metros de altura, con paredes de metro y cuarto de ancho estructuradas con hojas susurrantes.

Inclinada, Denver entraba a rastras en el recinto y una vez allí se erguía en medio de una luz de color esmeralda.

Todo empezó como si jugara a las casitas, pero a medida que cambiaban sus deseos se fue modificando el juego. Callado, primitivo y absolutamente secreto si exceptuamos la olorosa señal de la colonia que hacia estremecer a los conejos antes de confundirlos. Primero sala de juegos (donde el silencio era más benigno) y luego refugio (del miedo a sus hermanos), en breve ese lugar se convirtió en el centro de su vida. En aquel emparrado, aislada del

dolor del mundo dolorido, la imaginación de Denver creaba su propia hambre y su propio alimento, algo que necesitaba desesperadamente porque la soledad la agobiaba. *La agobiaba*. Velada y protegida por los verdes muros vivientes, supo madurar y aliviarse, y la salvación fue tan simple como un deseo.

Una vez, estando entre los bojes —un otoño, mucho antes de que Paul D se quedara en la casa con su madre—, sintió un frío repentino por la combinación del viento con el perfume de su piel. Se vistió, se agachó para salir y una vez al raso descubrió que nevaba: una nieve fina y restallante semejante a la imagen que había descrito su madre sobre las circunstancias de su nacimiento en una canoa en la que iba montada una chica blanca cuyo nombre llevaba.

Temblando, Denver se aproximó a la casa y la observó, según su costumbre, más como persona que como estructura. Una persona que lloraba, suspiraba, se estremecía y tenía berrinches. Sus pasos y su mirada eran tan cautelosos como los de un crío que se acerca a un pariente nervioso y holgazán (alguien dependiente pero al mismo tiempo orgulloso). Un peto de oscuridad ocultaba todas las ventanas menos una. Su tenue luz surgía del cuarto de Baby Suggs. Cuando Denver se asomó, vio a su madre de rodillas, en actitud de rezar, lo que no era poco común. Pero sí era insólito (incluso para una chica que había pasado toda su vida en una casa habitada por la actividad viviente de los muertos) aquel vestido blanco arrodillado junto a su madre, cuya cintura rodeaba con una manga. Y fue el tierno abrazo de la manga del vestido el que hizo recordar a Denver los detalles de su alumbramiento… eso y la fina nieve restallante en la que permanecía, como un fruto de flores corrientes. El vestido y su madre parecían dos mujeres amigas… una de las cuales (el vestido) ayudaba a la otra. Y la magia de su nacimiento, en realidad un milagro, daba testimonio de esa amistad, así como lo daba su nombre.

Con gran facilidad se introdujo en la historia narrada que se abría ante sus ojos sobre el sendero que siguió para alejarse de la ventana. Esa casa sólo tenía una puerta y para llegar a ella desde el fondo tenía que dar toda la vuelta hasta el frente del 124, más allá de la despensa, más allá de la casa fría, el retrete, el sotechado, y alrededor del porche. Y para llegar a la parte

de la historia que más le gustaba, debía comenzar muy atrás: oír los trinos de los pájaros en la espesura de la arboleda, el crujido de las hojas bajo los pies, ver a su madre trepar hacia las montañas en las que probablemente no habría ninguna casa. Ver cómo Sethe caminaba sobre dos pies destinados a permanecer inmóviles. Unos pies tan hinchados que no veía el arco ni sentía los tobillos. Su pierna terminaba en una empanada festoneada por las cinco uñas de los dedos de los pies. Pero no podía, no debía detenerse pues, cuando lo hacía, el pequeño antílope le hincaba los cuernos y con los cascos daba impacientes zarpazos al territorio de sus entrañas. En cambio, mientras andaba parecía pastar serenamente… de modo que seguía andando sobre dos pies destinados, en su sexto mes de embarazo, a estar inmóviles. Quietos, cerca de una olla; quietos, ante la mantequera; quietos, delante de la tina y la tabla de planchar. La leche, pegajosa y agria en la pechera del vestido, atraía a todo tipo de insectos, desde mosquitos hasta saltamontes. Al llegar a la vertiente de la montaña, hacía largo rato que había dejado de ahuyentarlos. El sonido metálico en su cabeza comenzó como las campanas de una iglesia oídas desde lejos, pero entonces ya era una toca apretada de repiqueteos alrededor de sus orejas. Se hundió y tuvo que bajar la vista para comprobar si estaba en un hoyo o reclinada. No había vida en ella con excepción de sus pezones y el pequeño antílope. Finalmente quedó en posición horizontal… o debió de haber quedado en posición horizontal porque unas briznas de cebollas silvestres le rasguñaban las sienes y las mejillas. Preocupada como estaba por la vida de la madre de sus hijos, le contó Sethe a Denver, recordaba que pensó: «Bien, al menos no tengo que dar un paso más». Un pensamiento letal, y esperó a que el pequeño antílope protestara, sin saber por qué se le había ocurrido eso de antílope, ya que nunca había visto ninguno. Conjeturó que debía de ser un invento de los tiempos anteriores a Sweet Home, cuando era una cría. Del lugar en que había nacido (¿Carolina? ¿O era Luisiana?), sólo recordaba las canciones y las danzas. Ni siquiera a su propia madre, que le fue señalada por la cría de ocho años que cuidaba a los más pequeños… señalada como una entre muchas espaldas vueltas hacia ella, encorvada en un campo húmedo. Pacientemente, Sethe esperó a que esa espalda concreta llegara al extremo de la fila y se levantara. Lo que vio fue un sombrero de paño, y no uno de

paja, singularidad suficiente en ese mundo de mujeres arrulladoras que respondían, en su totalidad, al nombre de ma.

—See… the.

—Ma.

—Coge al bebé.

—Sí, ma.

—See… the.

—Ma.

—Trae un poco de leña.

—Sí, ma.

Oh, cuando cantaban. Oh, cuando bailaban, y a veces bailaban la danza del antílope. Los hombres y también las ma, una de las cuales era sin duda la suya. Cambiaban las figuras y se convertían en otra cosa. Algunas sin cadenas, reclamándose otros seres cuyos pies conocían su propio pulso mejor que ella. Como el pequeño antílope que estaba en sus entrañas.

«Creo que la ma de este bebé morirá entre cebollas silvestres en la condenada orilla del río Ohio». Eso es lo que pensó y lo que le contó a Denver. Las palabras exactas. Y no parecía tan mala idea, en un sentido general, teniendo en cuenta el paso que no tendría que dar, pero pensar en ella misma muerta mientras el pequeño antílope vivía —¿una hora?, ¿un día?, ¿un día y una noche?— en su cuerpo exánime la apenó tanto que emitió un gruñido e hizo que la persona que iba por una senda a menos de diez metros de distancia interrumpiera sus pasos. Sethe no había oído el andar, pero de pronto oyó la inmovilidad y luego olió el pelo. La voz que preguntó «¿Quién anda allí?» era todo lo que necesitaba para saber que un chico blanco estaba a punto de descubrirla. Que también él tenía los dientes cubiertos de musgo y sentía hambre. Que en un cerro de pinos cerca del río Ohio, tratando de llegar hasta sus tres criaturas, una de las cuales se estaba muriendo de hambre por el alimento que ella llevaba; que después de la desaparición de su marido, después de que le robaran la leche, que le redujeran a pulpa la espalda y que sus hijos quedaran huérfanos, no tendría una muerte fácil. No.

Contó a Denver que *algo* salido de la tierra se le metió dentro… algo helado aunque móvil al mismo tiempo, como si tuviera mandíbulas en el

interior. «Creo que sólo tenía frío y me castañeteaban lo dientes», le contó. De improviso sintió hambre de los ojos de ese muchacho, quiso morderlos, roerle las mejillas.

—Tenía hambre —le contó a Denver—, tanta hambre como para querer comerme sus ojos. No podía esperar.

Así, se apoyó en un codo y se arrastró una, dos, tres, cuatro veces, hacia la voz del joven blanco que decía «¿Quién anda allí?».

—«Ven a ver», pensé yo. «Será lo último que veas», y por cierto los pies se acercaron y pensé que por allí tendría que empezar, que sea lo que Dios quiera, pero me comeré sus pies. Ahora me río, pero es la pura verdad. No sólo estaba dispuesta a hacerlo. Ansiaba hacerlo. Como una serpiente, que es pura quijada y hambre.

—No era un chico blanco. Era una chica. Un guiñapo harapiento.

—Mira tú. Una negrita. Eso lo estropea todo —dijo la recién llegada.

Y entonces venía la parte que más le gustaba a Denver:

Se llamaba Amy y estaba muy necesitada de carne y caldo. Sus brazos parecían cañas y tenía pelo suficiente para cuatro o cinco cabezas. Sus ojos se movían lentamente. No miraba nada deprisa. Hablaba tanto que era inexplicable cómo podía respirar al mismo tiempo. Y esos brazos de caña, tal como resultaron las cosas, eran fuertes como el hierro.

—Eres la cosa más asustada que he visto en mi vida. ¿Qué haces aquí arriba?

Echada en la hierba, como la serpiente que creía ser, Sethe abrió la boca, pero en lugar de colmillos y la lengua agrietada, soltó la verdad.

—Estoy huyendo —le dijo Sethe. Era la primera palabra que decía en todo el día y le salió espesa.

—¿Y con esos pies huyes? Jesús mío. —Se agachó y fijó la vista en los pies de Sethe—. ¿Tienes algo que se parezca a comida?

—No. —Sethe intentó sentarse pero no pudo.

—Tengo tanta hambre que quisiera morir. —La chica movió los ojos lentamente, examinando el verdor que la rodeaba—. Pensé que aquí habrían arándanos. Eso me pareció. Por eso subí. No esperaba encontrar a ninguna negrita. Si las hubiese por aquí, los pájaros se las comerían. ¿Te gustan los arándanos?

—Voy a tener un bebé, señorita.

Amy la miró.

—¿Significa eso que no tienes apetito? Bien, yo necesito comer algo.

Se pasó los dedos por el pelo y con gran cuidado observó el panorama una vez más. Una vez convencida de que por allí no había nada comestible, se levantó para irse y a Sethe se le paró el corazón al pensar que se quedaría sola entre la hierba, sin un colmillo en su cabeza.

—¿Adónde se dirige, señorita?

La chica se volvió y miró a Sethe con los ojos iluminados.

—A Boston. Para conseguir terciopelo. Allá hay una tienda que se llama Wilson. He visto estampas y tienen el terciopelo más bonito del mundo. Nadie cree que lo vaya a conseguir, pero lo haré.

Sethe asintió y se apoyó en el otro codo.

—¿Su ma sabe que ha salido a buscar terciopelo?

La muchacha se apartó el pelo de la cara.

—Mi madre trabajaba para esa gente, para pagar su pasaje. Pero después me tuvo a mí y como murió en seguida dijeron que yo tenía que trabajar para ellos y así saldar la deuda. Lo hice, pero ahora quiero terciopelo.

No se miraban a la cara, al menos no se miraban directamente a los ojos. Sin embargo, se deslizaron sin esfuerzo en una charla acerca de nada en particular… aunque una de ellas yacía en el suelo.

—¿Boston está lejos? —preguntó Sethe.

—Huuuy, sí. Ciento cincuenta kilómetros. Tal vez más.

—Tiene que haber terciopelo más cerca.

—No como el de Boston. Allá está el mejor. ¡Me quedaría tan bonito! ¿Alguna vez tocaste el terciopelo?

—No, señorita. Nunca toqué el terciopelo. —Sethe no sabía si era la voz, o Boston, o el terciopelo, pero mientras la chica blanca hablaba, el bebé dormía. Ni un topetazo ni una patada, por lo que pensó que su suerte se había invertido.

—¿Nunca lo viste? —preguntó a Sethe—. Apuesto a que nunca viste ni un trocito.

—Si lo vi, no sabía que era terciopelo. ¿Cómo es?

Amy arrastró la mirada por la cara de Sethe, como si no quisiera proporcionar una información tan confidencial a una perfecta desconocida.

—¿Cómo te llaman? —preguntó.

Por lejos que estuviese de Sweet Home, no veía ningún sentido en dar su verdadero nombre a la primera persona que encontraba.

—Lu —dijo Sethe—. Me llaman Lu.

—Bien, Lu, el terciopelo es como un mundo recién nacido. Limpio y nuevo y suave. El que yo vi era marrón, pero en Boston tienen de todos los colores. También carmín. Eso significa rojo, pero cuando te refieres al terciopelo tienes que decir carmín. —Levantó la vista hacia el cielo y a continuación, como si ya hubiese perdido demasiado tiempo alejada de Boston, se apartó y dijo—: Tengo que irme.

Se adentró en los arbustos y gritó a Sethe:

—¿Piensas esperar allí tirada hasta parir?

—No puedo levantarme —respondió Sethe.

—¿Cómo dices? —Se detuvo y dio vuelta a la cabeza para oír mejor.

—Digo que no puedo levantarme.

Amy se tapó la nariz con un brazo y retrocedió lentamente hasta donde estaba Sethe.

—Más allá hay una casa —dijo.

—¿Una casa?

—Hummm. Pasé por allí. No es una casa común, donde vive gente, sino una especie de cobertizo.

—¿Lejos?

—¿Qué importa? Si pasas la noche aquí te morderán las serpientes.

—Da igual. No puedo levantarme y menos andar y, que Dios me ayude, señorita, tampoco puedo arrastrarme.

—Sí que puedes, Lu. Ven —dijo Amy y después de sacudir su mata de pelo, suficiente para cinco cabezas, avanzó hacia el sendero.

Se arrastró y Amy caminó a su lado; cuando Sethe necesitaba descansar, Amy también se detenía y hablaba de Boston, del terciopelo, de exquisiteces para comer. El sonido de esa voz —como la de un chico de dieciséis años— que hablaba sin parar, mantenía en calma y pastando al

pequeño antílope. Durante el aborrecible deslizamiento de tortuga hasta el cobertizo, no corcoveó una sola vez.

Cuando llegaron, no había un solo milímetro de Sethe intacto, salvo el trapo que cubría su pelo. Debajo de sus rodillas sangrantes, no experimentaba ninguna sensación y sus pechos eran dos alfileteros. Fue aquella voz llena de terciopelo y de Boston y de cosas deliciosas para comer lo que le impulsó a seguir adelante y le permitió pensar que al fin y al cabo no era un cementerio ambulante para las últimas horas de un bebe de seis meses.

El cobertizo estaba lleno de hojas que Amy amontonó para que Sethe se tumbara. Después recogió piedras, las cubrió con más hojas e hizo que Sethe apoyara encima los pies.

—Conozco a una mujer a la que tuvieron que cortarle los pies de tan hinchados que los tenía. —Con el canto de la mano hizo el gesto de aserrar los tobillos de Sethe—. Zzz Zzz Zzz Zzz. Antes yo tenía buena pinta. Bonitos brazos y también todo lo demás. No puedes creerlo, ¿no? Eso era antes de que me encerraran en el sótano. Una vez estaba pescando en el río Beaver, donde los bagres son delicados como el pollo. Estaba allí pescando y pasó un negro flotando a mi lado. A mí no me gustan los ahogados. ¿Y a ti? Tus pies me hicieron acordar de él. Estaba todo hinchado.

Después hizo algo mágico: levantó las piernas y los pies de Sethe y los masajeó hasta que lloró lágrimas saladas.

—Ahora te dolerá —dijo Amy—. Siempre que lo muerto vuelve a la vida, duele.

Una verdad para todas las ocasiones, pensó Denver. Tal vez el vestido blanco cuyo brazo rodeaba la cintura de su madre, estaba dolorido. En tal caso, podía significar que el bebé fantasma tenía planes. Cuando Denver abrió la puerta, Sethe estaba saliendo del cuarto de servicio.

—Vi un vestido blanco abrazado a ti —dijo Denver.

—¿Blanco? A lo mejor es mi vestido de boda. Descríbelo.

—Tenía cuello alto. Y un montón de botones bajaban por la espalda.

—Botones. Eso descarta mi vestido de boda. Jamás tuve nada con botones.

—¿Y Grandma Baby?

Sethe movió la cabeza negativamente.

—No sabía abrocharlos. Ni siquiera los de los zapatos. ¿Qué más?

—Un bulto en la espalda. En la parte de sentarse.

—¿Un polisón? ¿Tenía un polisón?

—No sé cómo se llama.

—¿Una cosa amontonada? ¿Abajo de la cintura, en la espalda?

—Hummm.

—El vestido de una señora rica. ¿Seda?

—Parecía algodón.

—Hilo de Escocia, probablemente. Hilo de algodón blanco. Dices que me abrazaba. ¿Cómo?

—Como tú. Era idéntico a ti. Arrodillado a tu lado mientras rezabas. Te rodeaba la cintura con un brazo.

—Digamos.

—¿Por qué rezabas, ma?

—Por nada. Ya no rezo. Sólo hablo.

—¿De qué estabas hablando?

—No lo entenderías, nena.

—Sí lo entendería.

—Estaba hablando del tiempo. Me resulta muy difícil creer en el tiempo. Algunas cosas pasan. Otras se quedan. Antes pensaba que era mi memoria. Ya sabes, algunas cosas se olvidan, otras siempre se recuerdan. Pero no es eso. Los lugares, los lugares siguen en su sitio. Si una casa se incendia, desaparece, pero el lugar… la imagen del lugar permanece, y no solo en mi memoria sino allí, en el mundo. Lo que yo recuerdo es una imagen flotando en redondo fuera de mi cabeza. Quiero decir que aunque no la piense, aunque me muera, la imagen de lo que hice, o supe, o vi, sigue allí. Exactamente en el lugar donde ocurrió.

—¿Y los demás pueden verla? —inquinó Denver.

—Oh, sí. Oh, sí, sí, sí. Algún día irás andando por el camino y oirás o verás algo. Con toda claridad. Y pensarás que eres tú la que está pensando. Una imagen pensada. Pero no. Es cuando tropiezas con un recuerdo que le pertenece a otro. El lugar donde estuve antes de venir aquí es real. Nunca desaparecerá. Aunque toda la granja… cada árbol y cada brizna de hierba se

marchiten. La imagen seguirá allí y si vas… tú misma, que nunca estuviste allí, te paras en el lugar donde estaba, volverá a ocurrir. Estará allí para ti, esperándote. Por eso, Denver, nunca debes ir allí. Nunca. Porque aunque todo haya terminado… siempre estará allí esperándote. Por eso tuve que sacar a todos mis hijos. No importa cómo.

Denver se picoteó las uñas.

—Si sigue allí, esperando, eso significa que nada muere nunca.

Sethe miró a Denver a los ojos.

—Nada, nunca.

—Nunca me contaste todo lo que ocurrió. Sólo que te azotaron y emprendiste la fuga, embarazada. De mí.

—No hay nada que decir, excepto del Maestro. Era un pelele. Siempre usaba cuello, hasta en el campo. Decía que era maestro de escuela. A ella le cayó bien que el marido de la hermana de su marido entendiera los libros y estuviese dispuesto a atender la granja Sweet Home tras de la muerte de Mr. Garner. Los hombres podrían haberse encargado de todo, aunque Paul E ya había sido vendido. Pero era como decía Halle. Ella no quería ser la única persona blanca de la granja, y además mujer. De modo que se sintió satisfecha cuando Maestro aceptó. Llevó dos chicos consigo. Hijos o sobrinos, no sé. Lo llamaban Onka y tenían muy buenos modales. Hablaban bajo y escupían en los pañuelos. Amables en muchos sentidos. Ya sabes, de los que se tratan de tú con Jesús, pero por educación nunca pronuncian su nombre, ni siquiera delante de Él. Un granjero bastante bueno, decía Halle. No tan inerte como Mr. Garner, pero bastante hábil. Le gustaba la tinta que preparaba yo. La receta era de ella, pero él prefería que la mezclara yo y para él era muy importante porque de noche se sentaba a escribir en su libro. Era un libro sobre nosotros, aunque entonces no lo sabíamos. Pensábamos que le gustaba hacernos preguntas. Comenzó a ir por todas partes con una libreta en la mano y a escribir lo que decíamos. Todavía creo que fueron esas preguntas las que despedazaron a Sixo. Para siempre.

Se interrumpió.

Denver sabía que su madre no agregaría una sola palabra… al menos por ahora. Un lento parpadeo, el labio inferior deslizándose hasta cubrir el

superior, un suspiro por las narices como cuando se apaga una vela: señales de que Sethe había llegado al punto que no traspasaría.

—Creo que el bebé tiene planes —dijo Denver.

—¿Qué planes?

—No lo sé, pero el vestido abrazado a ti tiene que significar algo.

—Quizá —dijo Sethe—. Quizá tiene planes.

Fueran los que fuesen o pudieran haber sido, Paul D los fastidió para siempre. Con una mesa y una fuerte voz masculina, había liberado al 124 de su pretensión a la fama local. Denver se había enseñado a sí misma a enorgullecerse de la condena con que las hacían cargar los negros: el supuesto de que el hechizo era operado por una cosa maligna que nunca se saciaba. Nadie conocía el verdadero placer del encanto, no el hecho de sospechar sino el de *conocer* las cosas detrás de las cosas. Sus hermanos lo conocían, pero se asustaron; Grandma Baby lo conocía, pero se entristeció. Nadie sabía apreciar la seguridad que proporcionaba la compañía de un fantasma. Ni siquiera Sethe lo amaba. Lo daba por sentado, sencillamente… como un cambio repentino de temperatura.

Pero ahora se había ido. Espantado por el estallido del grito de un hombre moreno y rojizo que había arrasado el mundo de Denver, con excepción de un recinto esmeralda que se alzaba más de dos metros en el bosque. Su madre tenía secretos… cosas que no quería decir, cosas que decía a medias. Bien, Denver también los tenía. Y los suyos eran dulces y fragantes… fragantes como la colonia de lirio de los valles.

Sethe no pensó mucho en el vestido blanco hasta que llegó Paul D, y entonces recordó la interpretación de Denver: planes. La mañana siguiente a la primera noche con Paul D, Sethe sonrió al pensar lo que esa palabra podía significar. Era un lujo que no se había dado desde hacía dieciocho años, y entonces sólo se lo había dado una vez. Antes y después, todos sus esfuerzos estaban dirigidos no a evitar el dolor sino a pasarlo lo antes

posible. Los únicos planes que había hecho —para alejarse de Sweet Home — fracasaron tan completamente que nunca se atrevió a hacer más.

No obstante, la mañana que despertó junto a Paul D, la palabra que su hija había empleado unos años atrás ocupó su mente y pensó en lo que Denver había visto arrodillado a su lado, y también pensó en la tentación de confiar y recordar el apretón cuando permaneció frente al fogón en sus brazos. ¿Estaría bien? ¿Estaría bien seguir adelante y sentir? ¿Seguir adelante y *contar con algo*?

No podía pensar con claridad tendida a su lado y oyendo su respiración, de modo que cuidadosamente, muy cuidadosamente, se levantó de la cama.

Arrodillada en el cuarto de servicio al que habitualmente iba para hablar-pensar, comprendió por qué Baby Suggs tenía tanta hambre de color. Allí no había ninguno, excepto dos cuadrados anaranjados de una colcha que hacían resaltar la ausencia de colores. Las paredes del cuarto eran de color pizarra, el suelo pardo, la cómoda de madera del color de la madera, los visillos blancos y la característica dominante, la colcha que cubría un catre de hierro, estaba hecha con retazos de sarga azul, lana negra, marrón y gris… todo el espectro de lo oscuro y lo apagado que la economía y la humildad permitían. En ese campo de sobriedad, los dos parches anaranjados sobresalían delirantes y violentos… como la vida misma.

Sethe se miró las manos, sus mangas verde botella, y pensó qué poco color había en la casa y qué extraño era que no lo hubiese echado de menos, como Baby Suggs. Es deliberado, pensó, tiene que ser deliberado, porque el último color que recordaba era el rosa de las lascas de la lápida de su bebita. Después fue tan indiferente como una gallina a los colores. Cada amanecer hacía pasteles de fruta, platos de patatas y verduras, mientras la cocinera preparaba la sopa, la carne, lo demás. Y no se recordaba recordando una manzana roja ni una calabaza amarilla. Cada amanecer veía el amanecer, pero no reconocía ni notaba su colorido. En eso tenía que haber algo que andaba mal. Era como si un día hubiese visto sangre colorada de bebé, otro día lascas rosadas de una lápida, y nunca más hubiese visto nada.

El 124 estaba tan lleno de sentimientos profundos que tal vez era indiferente a cualquier pérdida. Hubo un tiempo en que todas las mañanas y todas las tardes escudriñaba los campos por si aparecían sus chicos. Cuando se situaba ante la ventana abierta, ajena a las moscas, la cabeza inclinada hacia el hombro izquierdo, sus ojos registraban todo lo que se extendía a la derecha, buscándolos. La sombra de una nube en el camino, una anciana, una cabra desatada y mascando zarzas: al principio todo le parecía Howard… No, Buglar. Poco a poco dejó de hacerlo y sus rostros de trece años se difuminaron completamente en sus rostros de bebés, que sólo la visitaban mientras dormía. Cuando sus sueños vagabundeaban fuera del 124, por donde querían, a veces los veía en árboles hermosos, con las piernas apenas visibles entre las hojas. Otras veces corrían riendo por la vía, riendo demasiado fuerte para oírla, aparentemente, porque nunca volvieron la cabeza.

Al despertar, la casa caía sobre ella: la puerta donde formaban fila las galletas desmigajadas, la escalera blanca que a su niñita le encantaba subir, el rincón donde Baby Suggs remendaba zapatos —aún había un montón en su cuarto—, el lugar exacto del fogón donde Denver se quemó los dedos. Y la malignidad de la casa propiamente dicha, por supuesto. No hubo lugar para otra cosa u otro cuerpo hasta que llego Paul D y la destrozo, haciendo sitio, cambiándola, trasladándola a otro lado y luego permaneciendo en el lugar que él mismo había hecho.

Así, arrodillada en el cuarto de servicio la mañana siguiente a la llegada de Paul D, la distrajeron los dos cuadrados anaranjados que indicaban lo despojado que estaba realmente el 124.

A él se lo debía. En su compañía las emociones salían a la superficie. Las cosas eran lo que eran: lo gris era monótono, el calor era caliente. Imprevisiblemente, las ventanas tuvieron paisaje. Y nunca habría dicho que además cantaba.

Pequeño arroz, pequeño fríjol
sin carne en el perol.
Trabajar duro es penoso
y el pan seco no es sabroso.

Ya se había levantado y cantaba mientras reparaba lo que había roto el día anterior. Fragmentos de canciones que había aprendido en prisión o en la guerra, después. Nada semejante a lo que cantaban en Sweet Home, donde los deseos forjaban cada nota.

Las canciones que conocía de Georgia eran clavos de cabeza chata para aporrear y aporrear y aporrear.

Apoyo la cabeza en la vía férrea.
Llega el tren y mi mente reposa.
Si tuviera mi peso en cal
mataría a golpes a mi capitán.
Moneda de cinco,
moneda de diez.
Picar piedras
perder el tiempo es.

Pero no encajaban esas canciones. Eran muy estrepitosas, tenían demasiada potencia para las pequeñas faenas domésticas que cumplía: reacomodar las patas de la mesa, acristalar.

No podía volver a *Tempestad sobre las aguas*, que cantaban bajo los árboles de Sweet Home, de modo que se contentaba con un tarareo, diciendo todo un verso si se le ocurría, y el que se le ocurrió una y otra vez era «Descalza y savia de manzanilla, me quito los zapatos, me quito el sombrero».

Era tentador cambiar las palabras «Devuélveme los zapatos, devuélveme el sombrero», porque no creía que pudiese vivir con una mujer —con ninguna mujer— más de dos meses de cada tres. Era todo el tiempo que podía soportar en el mismo lugar. Después de Delaware y antes de Alfred, Georgia, donde dormía bajo tierra y se arrastraba hasta la luz del sol con el único propósito de quitar piedras, largarse cuando estaba listo era la única forma en que podía convencerse a sí mismo de que ya no tendría que dormir, mear, comer o blandir una almádena encadenado.

Claro que aquella no era una mujer normal en una casa normal. En cuanto atravesó la luz roja supo que, en comparación con el 124, el resto del

mundo era sencillo. Después de Alfred, había clausurado una generosa porción de su cabeza, operando sobre la parte que le ayudaba a andar, comer, dormir, cantar. Si podía hacer estas cosas —con un poco de trabajo y otro poco de sexo intercalados—, no pedía más, porque más le exigía meditar en la cara de Halle y en la risa de Sixo. Recordar los temblores en una caja empotrada en tierra. Agradecido a la luz del día que pasaba trabajando como una mula en una cantera, porque no temblaba cuando tenía un martillo en las manos. La caja había logrado lo que no había logrado Sweet Home, lo que no había logrado que trabajara como un burro y viviera como un perro: le había permitido volverse loco para no perder la cabeza.

Cuando llegó a Ohio, después a Cincinnati y luego a casa de la madre de Halle Suggs, creía que ya había visto y sentido todo lo que se podía ver y sentir. Incluso ahora, mientras volvía a colocar el marco de la ventana que había aplastado, no podía explicarse el placer que le había proporcionado la sorpresa de ver viva a la mujer de Halle, descalza y con el pelo descubierto… rodeando la casa con los zapatos y las medias en la mano. La porción clausurada de su cabeza se abrió como un cerrojo engrasado.

—Estaba pensando en buscar trabajo por aquí. ¿Qué opinas?

—No hay mucho. Principalmente el río. Y las porquerizas.

—Nunca trabaje en el agua, pero soy capaz de levantar cualquier cosa tan pesada como yo, incluido un cerdo.

—Aquí los blancos son mejores que en Kentucky, pero tendrás que afanarte.

—No se trata de que me afane o no, sino dónde. ¿Dices que está bien que me afane aquí?

—Mejor que bien.

—Tu chica, Denver, a mí me parece que no piensa lo mismo.

—¿Por qué lo dices?

—Tiene un aire de espera. Está aguardando algo y no soy yo.

—No sé qué puede ser.

—Bien, sea lo que sea, está convencida de que yo lo interrumpo.

—No te preocupes por ella. Es una chica hechizada. Desde el principio.

—Hummm. Nada malo puede ocurrirle. Fíjate. Todos los que conocí están muertos o desaparecidos, o muertos y desaparecidos. Ella no. Mi

Denver no. Y hasta cuando estaba en mi vientre, cuando estaba claro que yo no lo lograría (lo que significaba que tampoco ella viviría), hizo aparecer una chica blanca en la montaña. La última cosa que podías esperar que te prestara ayuda. Y cuando Maestro nos encontró y vino aquí alardeando con la ley y un arma…

—¿Maestro te encontró?

—Tardó un tiempo, pero por fin lo consiguió.

—¿Y no te llevó de vuelta?

—Oh, no. Yo nunca volvería allá. No me importa quién encontró a quien. Cualquier vida menos ésa. Preferí ir a la cárcel. Denver sólo era un bebé, de modo que la llevé conmigo. Las ratas mordían todo lo que encontraban, pero nunca la tocaron a ella.

Paul D se volvió. Quería saber más de todo eso, pero las conversaciones de la cárcel lo retrotraían a Alfred, Georgia.

—Necesito unos clavos. ¿Hay alguien por ahí que pueda dejármelos o debo ir a la ciudad?

—Será mejor que vayas a la ciudad. También te harán falta otras cosas.

Una sola noche y ya hablaban como una pareja. Se habían saltado la cuestión del amor y las promesas, y habían pasado directamente a «¿Dices que está bien que me afane aquí?».

Para Sethe, el futuro era cuestión de mantener a raya el pasado. La «vida mejor» que ella creía vivir con Denver era simplemente cualquiera distinta de aquella otra. El hecho de que Paul D hubiese llegado de «aquella otra» hasta su cama, también era mejor; la idea de un futuro con él o sin él, si a eso vamos, comenzaba a rondarle la mente. En cuanto a Denver, lo único que importaba era la tarea de ocultarle el pasado que todavía la aguardaba.

AGRADABLEMENTE preocupada, Sethe evitaba el cuarto de servicio y las miradas de soslayo de Denver. Tal como esperaba y dado que así era la vida… no sirvió de nada. Denver navegaba en una poderosa interferencia y al tercer día preguntó directamente a Paul D cuánto tiempo pensaba seguir vagando por allí.

La expresión lo hirió tanto que no acertó a encontrar la mesa, la taza de café cayó al suelo y rodó por las tablas inclinadas hacia la puerta.

—¿Vagar? —Paul D ni siquiera echó un vistazo al desastre que había hecho.

—¡Denver! ¿Qué es lo que te pasa? —Sethe miró a su hija, más turbada que enojada.

Paul D se rascó la barbilla.

—Tal vez debería largarme.

—¡No! —Sethe se quedó sorprendida por lo alta que sonó su voz.

—Él sabrá lo que tiene que hacer —intervino Denver.

—Pero tú no —dijo Sethe—, y ni siquiera debes saber lo que tienes que hacer tú. No quiero oír una sola palabra más de tus labios.

—Sólo pregunté si…

—¡Chitón! Lárgate. Ve a sentarte a algún sitio en donde no te vea.

Denver recogió su plato y dejó la mesa, no sin antes agregar un trozo de pollo y más pan al montón que ya tenía. Paul D se inclinó para secar el café vertido con su pañuelo azul.

—Yo me ocuparé de eso. —Sethe se levantó de un salto y se acercó al fogón. Detrás colgaban varios trapos puestos a secar. En silencio, secó el suelo y levantó la taza. Le sirvió otra llena y con mucho cuidado se la puso

delante. Paul D tocó el borde de la taza pero no dijo nada… como si hasta la palabra «gracias» fuese una obligación que no pudiera cumplir, y el café un regalo que no pudiera aceptar.

Sethe volvió a sentarse y persistió el silencio. Finalmente comprendió que si alguien había de romperlo, ese alguien era ella.

—Yo no la eduqué así.

Paul D golpeteó el borde de la taza.

—Y a mí me sorprenden tanto sus modales como a ti te hieren.

Paul D la miró a los ojos.

—¿Su pregunta tiene historia?

—¿Historia? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir si tuvo que hacer esa pregunta, o quiso hacerla, a alguien antes que a mí.

Sethe cerró los puños y se puso en jarras.

—Eres tan aguafiestas como ella.

—Vamos, Sethe…

—Sí, vamos, ya voy.

—Sabes lo que quiero decir.

—Lo sé y no me gusta.

—Jesús —susurró él.

—¿Quién? —Sethe habló otra vez en voz muy alta.

—¡Jesús! ¡He dicho Jesús! ¡Todo lo que hice fue sentarme a cenar y me han insultado dos veces! ¡Una por estar aquí la otra por preguntar por qué me insultaban!

—No te insultó.

—¿No? Me dio esa impresión.

—Oye, me disculpo por ella. Estoy sinceramente…

—No puedes hacer eso. Tú no puedes disculparte por nadie. Es ella la que tiene que disculparse.

—Entonces me ocuparé de que lo haga. —Sethe suspiró.

—Lo que en realidad quiero saber es si me ha hecho una pregunta que también está en tu cabeza.

—Oh, no. No, Paul D. Oh, no.

—¿Entonces ella tiene una mentalidad y tú otra? Es decir, si se puede llamar mentalidad a lo que ella tiene en la cabeza.

—Perdona, pero no soporto que se diga una sola palabra en su contra. Yo la castigaré. Tú déjala en paz.

Arriesgado, pensó Paul D, muy arriesgado. Era peligroso que una mujer que había sido esclava amara tanto algo, especialmente si ese algo eran sus propios hijos. Él sabía que lo mejor era querer un poquito; quererlo todo, pero sólo un poquito, de modo que cuando les rompieran la espalda, o los arrojaran en un saco de desperdicios, te quedara un poco de amor para el siguiente.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Por qué habrías de pagar tú por ella? ¿Disculparte en su nombre? Ya es mayor.

—Me da igual lo que sea. Mayor no significa nada para una madre. Un hijo es un hijo. Crecen, se hacen mayores… ¿pero qué significa eso de mayor? Para mi corazón no quiere decir nada.

—Significa que ella tiene que cargar con las consecuencias de lo que hace. No puedes protegerla eternamente. ¿Qué ocurrirá cuando tú mueras?

—¡Nada! La protegeré mientras viva y la protegeré después.

—Bien, es suficiente, abandono.

—Así son las cosas, Paul D. No te lo sé explicar mejor, pero es así. Si tengo que elegir… bien, ni siquiera es una elección.

—Ésa es la cuestión. Toda la cuestión. No te estoy pidiendo que escojas. Nadie haría eso. Pensé… pensé que podías… que había espacio para mí.

—Ella me lo estaba preguntando a mí.

—No puedes dejarlo pasar como si nada. Tienes que decírselo. Explicarle que no se trata de elegir a nadie por encima de ella… sino de hacerle espacio a alguien junto con ella. Tienes que decírselo. Y si lo dices sintiéndolo de verdad, también tienes que saber que no puedes amordazarme. Yo no voy a hacerle daño ni dejaré de ocuparme de lo que necesita, si puedo, pero no voy a cerrar el pico si ella me pincha. Si quieres tenerme aquí, no me pongas una mordaza.

—Quizá debería dejar las cosas como están —musitó Sethe.

—¿Y cómo están?

—Vamos tirando.

—¿Y por dentro?

—Nunca miro a fondo por dentro.

—Sethe, si estoy aquí contigo, con Denver, puedes llegar tan a fondo como quieras. Saltar, si lo deseas, porque te cogeré, chica, te cogeré antes de que te caigas. Puedes ir tan adentro como necesites, que yo te sujetaré por los tobillos. Me aseguraré de que vuelvas. No lo digo porque necesite un sitio donde estar. Eso es lo último que necesito. Ya te he dicho que soy un caminante, pero hace siete años que vengo en esta dirección. Siempre he andado alrededor de este lugar. Por el interior, por la costa, por el este, por el oeste; he estado en territorios sin nombre y nunca me quedé demasiado en ningún sitio. Pero cuando llegué aquí y me senté en el porche a esperarte, supe que no me dirigía a este lugar sino hacia ti. Podríamos vivir, chica. Vivir una vida.

—No sé, no sé.

—Déjalo en mis manos. Veamos cómo salen las cosas. Ninguna promesa, si no quieres hacerla. Veamos qué pasa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Estás dispuesta a dejarlo en mis manos?

—Bien… en parte.

—¿En parte? —Paul D sonrió—. Bien. Aquí va una parte. En la ciudad hay una feria. El jueves, mañana, es para la gente de color y tengo dos dólares. Yo, tú y Denver gastaremos hasta el último céntimo. ¿Qué me dices?

—No. —Eso es lo que dijo… al menos lo que empezó a decir (¿cómo reaccionaría su patrón si se tomaba un día libre?), pero incluso mientras lo decía estaba pensando cuánto disfrutaban sus ojos mirando a ese hombre a la cara.

Los grillos cantaban el jueves; el cielo, carente de azules, estaba al rojo vivo a las once de la mañana. Sethe iba inadecuadamente vestida para el calor, pero tratándose de su primera salida social en dieciocho años, se sintió obligada a usar su único vestido bueno, aunque era abrigado, y sombrero. Sin dudarlo un instante: sombrero. No quería encontrarse con Lady Jones ni

con Ella con la cabeza envuelta en un trapo, como si fuera a trabajar. El vestido, de buena lana y de segunda mano, era un regalo de Navidad que Miss Bodwin —la mujer blanca que la quería— había hecho a Baby Suggs. Denver y Paul D estaban más a tono con el calor, ya que ninguno de los dos creyó que la ocasión mereciera una indumentaria especial. El gorro de Denver rozaba sus omoplatos, Paul D llevaba el chaleco abierto, no se había puesto chaqueta y tenía las mangas de la camisa arrolladas por encima de los codos. Ellos no iban de la mano, pero sí sus sombras. Sethe miró a la izquierda y vio que los tres se deslizaban por la tierra tomados de la mano. Tal vez Paul D tenía razón. Una vida. Observando sus sombras, se sintió incómoda por haberse vestido como si fuese a la iglesia. Los demás, los que iban delante y detrás, pensarían que se estaba dando aires, haciéndoles saber que era diferente porque vivía en una casa de dos plantas; más fuerte, porque podía sobrevivir a cosas a las que ellos no creían que sobreviviera. Se alegró de que Denver se hubiese resistido a sus exhortaciones a ponerse de tiros largos… de que al menos volviera a trenzarse el pelo. Pero Denver no quería hacer nada para que la excursión fuese un placer. Accedió a ir —amohinada— pero su actitud era la de quien dice: «Adelante. Esforzaos por hacerme feliz». Paul D se sentía de verdad feliz. Saludaba a todo el que veía a seis metros de distancia. Se reía de la temperatura y de sus efectos sobre él, devolvía los gritos a los cuerpos que chillaban, y fue el primero en oler las condenadas rosas. Y todo el tiempo, hicieran lo que hiciesen… tanto si Denver se secaba el sudor de la frente o se agachaba para volver a atarse los zapatos, tanto si Paul D pateaba una piedra como si alargaba la mano para acariciar la cara de un bebé apoyado en el hombro de su madre… todo el tiempo las tres sombras que se proyectaban desde sus pies hacia la izquierda, iban tomadas de la mano. Nadie lo notó, a excepción de Sethe, que dejó de fijarse cuando decidió que era una buena señal. Una vida. Quizá fuese posible.

Por arriba y por abajo de la valla del depósito de madera, los viejos rosales agonizaban. El aserrador que los plantara doce años atrás para dar un aspecto cordial a su lugar de trabajo —algo que paliara el pecado de talar árboles para ganarse el sustento— estaba sorprendido por su abundancia, por la rapidez con que trepaban por la valla de estacas y postes

que separaba el depósito del campo contiguo, donde dormían los hombres sin hogar, corrían los niños y, una vez al año, levantaba sus tiendas la gente de la feria. A medida que las rosas se marchitaban, más penetrante era su aroma, y todos los que asistían a la feria relacionaban el festejo con el hedor de las rosas podridas. Los mareaba un poco y les daba mucha sed, pero no lograba extinguir el entusiasmo de la gente de color que bajaba por el camino. Algunos iban en fila por el andén cubierto de hierbas, otros esquivaban los carros que traqueteaban por el centro polvoriento del camino. Y todos, al igual que Paul D, estaban de un humor excelente y su ánimo no se veía empañado por el olor de las rosas marchitas (sobre las que Paul D llamó la atención de todo el mundo). Mientras se apretaban para llegar a la entrada de cuerdas, fueron iluminándose como faroles. Sin aliento por la emoción de ver gente blanca desmadrada: magos, payasos, sin cabeza o bicéfalos, de seis metros o sesenta centímetros de altura, con un peso de una tonelada, completamente tatuados, comiendo vidrio, tragando fuego, escupiendo cintas, retorcidos hasta hacerse un lazo, formando pirámides, jugando con serpientes y aporreándose entre sí.

Y ésos sólo eran los anuncios leídos por los que sabían leer y oídos por los que no sabían; el hecho de que nada fuera cierto no enturbiaba su entusiasmo. El pregonero los ponía verdes a ellos y a sus hijos («¡Negritos gratis!»), pero las manchas de comida en su chaleco y el agujero de sus pantalones lo volvían inofensivo. De cualquier manera, no era caro por la diversión de la que quizá nunca volverían a disfrutar. Dos centavos y un insulto estaban bien gastados si significaba el espectáculo de ver a los blancos haciendo de sí mismos un espectáculo. Así, aunque la feria era mucho menos que mediocre (por lo que aceptaron hacer una función para la gente de color el jueves), proporcionó grandes emociones a los cuatrocientos negros del público.

La Señora Una Tonelada les escupió, pero su volumen le hizo errar la puntería y se divirtieron mucho con la impotente maldad de sus ojillos. La Bailarina de las Mil y Una Noches redujo su actuación a tres minutos en lugar de los quince que normalmente hacía… ganándose la gratitud de todos los niños, que no veían la hora de asistir al número del Encantador de Serpientes Abú, que iba a continuación.

Denver compró marrubio, regaliz, pastillas de menta y limonada en una mesa atendida por una cría blanca con zapatos de tacón alto. Aplacada por los dulces, rodeada por una multitud que no la consideraba la principal atracción y que en verdad de vez en cuando decía «Hola, Denver», estaba lo bastante contenta para considerar la posibilidad de que Paul D no fuese tan mala persona. De hecho, tenía algo —cuando los tres miraron juntos el baile de Enana— que volvía bondadosa y amable la mirada de los otros negros, algo que Denver no recordaba haber visto nunca en sus rostros. Incluso algunos inclinaron la cabeza ante su madre y le sonrieron, incapaces de resistirse a compartir el placer de que estaba gozando Paul D. Cuando Gigante bailó con Enana y cuando el Hombre de Dos Cabezas habló consigo mismo, Paul D se palmeó las rodillas. Compró todo lo que Denver pidió y muchas cosas que no pidió. Tomó el pelo a Sethe para hacerla entrar en algunas tiendas ante las que se mostró reacia. Metió entre sus labios caramelos que ella no quería. Cuando el Salvaje Africano sacudió los barrotes de su jaula y rugió «dada», Paul D contó a todo el mundo que lo conocía de Roanoke.

Paul D hizo algunas relaciones, con las que habló sobre la posibilidad de conseguir trabajo. Sethe devolvió todas las sonrisas. Denver se tambaleaba de deleite. Y camino de casa aunque ahora precediéndolos, las sombras de los tres seguían tomadas de la mano.

UNA mujer completamente vestida emergió del agua. Apenas ganó la orilla seca del riachuelo, se sentó y apoyó la espalda en una morera. Permaneció allí todo el día y toda la noche, descansando la cabeza sobre el tronco, en una postura lo bastante relajada para agrietar el ala de su sombrero de paja. Le dolía todo, pero especialmente los pulmones. Empapada y con la respiración poco profunda pasó esas horas tratando de vencer el peso de sus párpados. La brisa diurna le secó el vestido, el viento nocturno lo arrugó. Nadie la vio surgir del agua ni pasó cerca por casualidad. Y de haber sido así, es harto probable que hubiesen vacilado antes de aproximarse a ella. No porque estuviese mojada, o dormitando, o porque su respiración sonara asmática, sino porque para colmo, sonreía. Le llevó toda la mañana siguiente levantarse del suelo y atravesar la arboleda, pasando junto a un gigantesco templo de bojes, hasta el campito y luego al patio de la casa gris pizarra. Otra vez exhausta, se sentó en el primer sitio que encontró: un tocón, no lejos de los peldaños del 124. Ahora, mantener los ojos abiertos le costaba menos esfuerzo. Lo consiguió durante más de dos minutos seguidos. Su cuello, de circunferencia no más ancha que un platillo, se ladeaba, y su mentón rozaba el trozo de encaje que bordeaba su vestido.

Las mujeres que beben champán cuando no hay nada que celebrar pueden tener el mismo aspecto: el sombrero de paja con el ala rota suele inclinarse, asienten con la cabeza en los lugares públicos, llevan los zapatos desabrochados. Pero su cutis no es como el de la mujer que respiraba cerca de los peldaños del 124. Ésta tenía una piel nueva, sin una sola línea y tersa, incluidos los nudillos de los dedos.

Al atardecer, cuando terminó la feria y los negros trataban de conseguir que alguien los llevara en carro una parte del camino, o mientras iban andando si no tenían esa suerte, la mujer había vuelto a quedarse dormida. Los rayos del sol le daban de lleno en la cara, de manera que cuando Sethe, Denver y Paul D doblaron la curva todo lo que vieron fue un vestido negro, dos zapatos desabrochados debajo, y que Here Boy no estaba a la vista.

—¿Qué es eso? —preguntó Denver.

Por alguna razón que no logró explicarse de inmediato, en cuanto se acercó lo suficiente para verle la cara, Sethe sintió que su vejiga estaba a punto de reventar.

—Excusadme —dijo y salió corriendo hasta el fondo del 124.

Desde que era un bebé bajo la atención de la chica de ocho años que le señaló a su madre, no había padecido una urgencia tan incontrolable. No logró llegar al retrete. Delante de la puerta tuvo que levantarse las faldas y el agua que liberó no tenía fin. Como un caballo, pensó, pero al ver que no había modo de parar rectificó, no, como la inundación en el bote cuando nació Denver. Tanta agua que Amy dijo: «Basta, Lu. Si sigues así nos hundiremos». Pero no podía detener el agua que surgía de su matriz fluyente y tampoco ahora podía interrumpir el chorro. Abrigó la esperanza de que a Paul D no se le ocurriera ir a buscarla y la viera agachada delante del retrete, formando un charco demasiado profundo para no sentir vergüenza. Justo en el momento en que comenzó a preguntarse si en la feria aceptarían otro monstruo, el manantial se cortó. Se acomodó la ropa y volvió corriendo al porche, donde no vio a nadie. Los tres estaban dentro… Paul D y Denver de pie delante de la forastera, observándola beber taza tras taza de agua.

—Dijo que tenía sed —explicó Paul D mientras se quitaba la gorra—. Una sed insaciable, por lo que parece.

La mujer tragaba agua de un jarro de lata moteado, que tendió pidiendo más. Denver lo rellenó cuatro veces y cuatro veces la mujer bebió como si hubiese cruzado un desierto. Cuando se dio por satisfecha había un poco de agua sobre su mentón, pero no se secó. Contempló a Sethe con ojos adormilados. Mal alimentada, pensó Sethe, y más joven de lo que su ropa sugiere… un buen encaje en el cuello y sombrero de rica. Su piel era

impecable y perfecta, salvo tres rayas verticales en la frente, tan finas y delgadas que al principio parecían vello, pero de bebé antes de florecer y encordarse en matas de hilaza bajo su sombrero.

—¿Eres de por aquí? —la interrogó Sethe.

La recién llegada meneó la cabeza y se inclinó para quitarse los zapatos. Se levantó el vestido hasta las rodillas y se bajó las medias. Cuando dejó las medias metidas en los zapatos, Sethe notó que sus pies eran como sus manos: suaves y nuevos. Seguramente llegó en una carretada, pensó Sethe. Quizás una de esas chicas de West Virginia que intentan escapar a una vida de tabaco y sorgo.

Sethe se agachó para recoger los zapatos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Paul D.

—Beloved —dijo en voz tan baja y áspera que cada uno de ellos miró a los otros dos. Oyeron primero la voz… y luego el nombre.

—Beloved. ¿No tienes apellido? —insistió Paul D.

—¿Apellido? —Parecía desconcertada—. No —agregó y deletreó su nombre, lentamente, como si las letras se formaran a medida que las pronunciaba.

A Sethe se le cayeron los zapatos; Denver se sentó y Paul D sonrió. Reconoció el cuidadoso enunciado de quienes como él no sabían leer, pero habían memorizado las letras de su nombre. Estuvo en un tris de preguntarle quién era su gente, pero lo pensó mejor y cambió de idea. Una joven de color que iba sin rumbo escapaba de la ruina. Cuatro años atrás él había estado en Rochester, donde había visto llegar a cinco mujeres con catorce hijas. Todos sus hombres —hermanos, tíos, padres, maridos, hijos— habían sido eliminados uno a uno. Ellas sólo tenían un trozo de papel que las recomendaba a un predicador de De-Vore Street. Entonces hacía ya cuatro o cinco años del fin de la guerra, pero nadie, ni blanco ni negro, parecía saberlo. Ocasionales grupos de negros y negros dispersos erraban por los caminos interiores y senderos para animales desde Schenectady hasta Jackson. Aturdidos pero persistentes, se indagaban recíprocamente para saber algo de un primo, una tía, un amigo que alguna vez había dicho: «Ven a verme. Cuando estés cerca de Chicago, ven a verme». Los había que escapaban de una familia que no podía mantenerlos y otros que buscaban a

la familia; algunos huían de cosechas muertas, parientes muertos, amenazas contra su vida y tierras ocupadas. Chicos más jóvenes que Buglar y Howard; configuraciones y mezclas de familias con mujeres y niñas, mientras que en otro sitio, solitarios, cazados y cazando, había hombres, hombres, hombres. Segregados del transporte público, perseguidos por las deudas y la mugre, seguían caminos secundarios, oteaban el horizonte en busca de señales y se apoyaban fuertemente los unos en los otros. Silenciosos, excepto para las cortesías sociales, cuando encontraban a otro no describían los pesares que los llevaban de un lado a otro, ni hacían preguntas. Los blancos no soportaban que les dirigieran la palabra. Todos lo sabían.

Por eso no forzó a la joven del sombrero roto preguntándole de dónde ni cómo había llegado. Si quería que lo supieran y era lo suficientemente fuerte para expresarlo, lo haría. En ese momento se ocuparon de lo que pudiera necesitar. Pero más allá de la pregunta prioritaria, cada uno albergaba otra. A Paul D le extrañaba el estado impecable de sus zapatos. Sethe estaba profundamente conmovida por su dulce nombre y la remembranza de una lápida brillante la llevó a ser amable con ella de una forma especial. Denver, sin embargo, estaba estremecida. Observaba a la bella durmiente, pero eso no le bastaba.

Sethe colgó su sombrero de una percha y se volvió graciosamente hacia la chica.

—Es un nombre muy bonito Beloved. Quítate el sombrero, si quieres, te iré a preparar algo de comer. Acabamos de regresar de la feria en las cercanías de Cincinnati. Vale la pena ver todo lo que hay allí.

Rígida en su silla, en medio de la bienvenida de Sethe, Beloved había vuelto a dormirse.

—¿No quieres echarte un rato? —Paul D la sacudió muy suavemente.

Con los ojos entornados, la chica se puso de pie sobre sus delicados pies nuevos que, apenas capaces de sustentarla, la llevaron paso a paso hasta el cuarto de servicio. Una vez allí, se desplomó sobre la cama de Baby Suggs. Denver le quitó el sombrero y echó sobre sus pies la colcha con dos cuadrados de color. La muchacha respiraba como una locomotora.

—Eso parece un crup —dijo Paul D al cerrar la puerta.

—¿Tiene fiebre? Denver, ¿sabes si tiene fiebre?

—No. Está fría.

—Entonces sí. La fiebre pasa del calor al frío.

—Podría tener el cólera —apunto Paul D.

—¿Tú crees?

—Que tomara tanta agua es una señal inconfundible.

—Pobrecilla. Y en esta casa no tenemos nada para aliviarla. Tendrá que capearla a la buena de Dios. Es una enfermedad espantosa.

—¡No está enferma! —exclamó Denver con tanta pasión que Sethe y Paul D sonrieron.

Durmió cuatro días seguidos, despertándose e incorporándose sólo para beber agua. Denver la atendió, vigiló su sueño, escuchó su laboriosa respiración y, por amor y una posesividad suicida que la acometió, ocultó como un defecto personal la incontinencia de Beloved. Lavaba las sábanas en secreto, cuando Sethe se iba al restaurante y Paul D a buscar gabarras para descargar. Hervía la ropa interior y la empapaba en azulete, rogando que la fiebre pasara sin dejar rastros. Tanta dedicación puso que se olvidaba de comer y de visitar el recinto esmeralda.

—Beloved —susurraba Denver—. Beloved… —Cuando los ojos negros se abrían apenas un resquicio, agregaba—: Aquí estoy. Sigo a tu lado.

A veces, cuando Beloved permanecía con los ojos cargados de sueño durante mucho tiempo, sin decir nada, lamiéndose los labios y exhalando profundos suspiros, Denver era presa del pánico.

—¿Qué ocurre? —le preguntaba.

—Pesado —murmuraba Beloved—. Este lugar es pesado.

—¿Quieres sentarte?

—No —replicaba la voz áspera.

Beloved tardó tres días en notar los parches anaranjados en la oscuridad de la colcha. Denver se puso contenta porque esos parches mantenían despierta más tiempo a su paciente. Parecía totalmente absorta en esos fragmentos desteñidos e incluso hizo el esfuerzo de apoyarse en un codo para acariciarlos. Esfuerzo que inmediatamente la agotó, por lo que Denver

volvió a acomodar la colcha de manera que la parte más alegre quedara en la línea de visión de la enferma.

La paciencia, algo que Denver desconocía, se apoderó de ella. Mientras su madre no interfería, era un modelo de compasión, pero se tornaba irritable en cuanto Sethe intentaba ayudar.

—¿Tomó alguna cucharada de algo hoy? —preguntó Sethe.

—No debe comer si tiene el cólera.

—Eso sólo fue una corazonada de Paul D.

—Sea como sea, todavía no debe comer.

—Yo creo que la gente que padece el cólera vomita todo el tiempo.

—Mayor razón para que no pruebe bocado.

—Tampoco debemos dejarla morir de hambre, Denver.

—Déjanos en paz, ma. Yo me ocupo de ella.

—¿Ha dicho algo?

—En tal caso te lo habría hecho saber.

Sethe miró a su hija y pensó: Sí, ha estado sola. Muy sola.

—Me pregunto adónde habrá ido Here Boy. —Sethe consideró necesario cambiar de tema.

—No volverá —aseguró Denver.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. —Denver cogió del plato un cuadrado de lechecillas.

En el cuarto de servicio, Denver estaba a punto de sentarse cuando Beloved abrió los ojos de par en par. Denver sintió que le palpitaba el corazón. No se trataba de que estuviese viendo por primera vez ese rostro sin huellas de sueño, ni que los ojos fuesen grandes y negros. Tampoco que el blanco fuera demasiado blanco… blanquiazul. Era que las profundidades de esos grandes ojos negros carecían de expresión.

—¿Quieres algo?

Beloved miró las lechecillas y Denver se las dio. Entonces sonrió y el corazón de Denver dejó de brincar. Por fin se sentó, aliviada y tranquila como un viajero que ha llegado a casa. A partir de ese momento supo que el azúcar siempre la complacería. Era como si hubiese nacido para los dulces.

La miel y también la cera que la envolvía, pan con azúcar, las melazas pegajosas, endurecidas en el bote, la limonada, la melcocha y cualquier postre que Sethe llevara del restaurante. Roía una caña hasta hacer hilos y conservaba esos hilos en la boca hasta mucho después de haber chupado todo el almíbar. Denver reía, Sethe sonreía y Paul D aseguraba que se le revolvía el estómago.

Sethe creía que se trataba de la necesidad de un cuerpo en recuperación —después de una enfermedad—, para fortalecerse. Pero la necesidad se prolongó hasta que estuvo rebosante de salud, porque Beloved no se movió de allí. Aparentemente no tenía adónde ir. No mencionó ningún sitio, ni tenía idea de qué estaba haciendo en ese paraje del país, ni de dónde había estado antes. Supusieron que la fiebre le había afectado la memoria y que también a eso se debía su lentitud de movimientos. Pese a ser una joven de diecinueve o veinte años y además delgada, se movía como una mujer pesada y mayor, se sujetaba en los muebles y apoyaba la cabeza en la palma de la mano como si fuera demasiado pesada para que la sustentara el cuello.

—¿Piensas mantenerla también a partir de ahora? —Paul D, sintiéndose egoísta y sorprendido por este sentimiento, oyó la irritabilidad contenida en su propia voz.

—A Denver le gusta y no nos causa molestias. Pensé que podíamos esperar hasta que respirara mejor. Todavía suena cargada.

—Esa chica tiene algo raro —dijo Paul D, sobre todo para sí mismo.

—¿Raro en qué sentido?

—Se comporta como una enferma, respira mal, pero no parece enferma. Una piel tersa, los ojos brillantes y es fuerte como un toro.

—No es nada fuerte. Apenas puede andar sin sujetarse en algo.

—Eso es lo que quiero decir. No puede andar pero la he visto levantar la mecedora con una sola mano.

—Imposible.

—No me lo digas a mí. Pregúntale a Denver. Estaba con ella cuando ocurrió.

—¡Denver! Ven un momento.

Denver dejó de lavar el porche y asomó la cabeza por la ventana.

—Paul D dice que tú y él visteis a Beloved levantar la mecedora con una sola mano. ¿Es cierto?

Las pestañas largas y densas hicieron que los ojos de Denver parecieran más ocupados de lo que en realidad estaban; engañosos, hasta cuando sostenía una mirada firme, como ahora con Paul D.

—No —respondió—. Yo no vi nada de eso.

Paul D arrugó el entrecejo pero no agregó nada. Si entre ambos hubiese habido una puerta abierta, ahora se habría cerrado.

Las gotas de lluvia se aferraban a las agujas de pino para salvar la vida y Beloved no podía apartar los ojos de Sethe. Encorvada para mover el regulador de tiro de la chimenea, o partiendo ramas para hacer leña, Sethe era lamida, paladeada, engullida por los ojos de Beloved. Como si fuera de la familia, la rondaba y nunca salía de la habitación en donde estaba Sethe a menos que fuese necesario y se lo pidieran. Se levantaba temprano, en medio de la oscuridad, para estar en la cocina cuando Sethe bajaba a hacer el pan antes de irse a trabajar. A la luz de la lámpara y por encima de las llamas del fogón, sus dos sombras chocaban y se cruzaban en el techo a la manera de espadas negras. Estaba en la ventana o en la puerta a las dos, cuando volvía Sethe, luego se trasladó al porche, a los peldaños, al sendero, al camino y por último, siguiendo la costumbre, Beloved empezó a bajar por Bluestone Road, cada día un poco más adelante, para salir al encuentro de Sethe y regresar con ella al 124. Era como si todas las tardes volviera a dudar de su retorno.

Sethe se sentía halagada por la abierta y callada devoción de Beloved. La misma adoración por parte de su hija (si se presentara) la habría turbado: se habría estremecido ante la idea de haber criado a una hija ridículamente dependiente. Pero la compañía de este dulce —aunque peculiar— huésped le agradaba como complace a un ídolo la compañía de un fanático.

Llegó el momento de encender las lámparas temprano porque la noche caía cada vez más pronto. Sethe salía a trabajar en la oscuridad y Paul D volvía andando en la penumbra. Uno de esos atardeceres oscuros y fríos, Sethe cortó en cuatro un colinabo, lo dejó cociéndose a fuego lento y alcanzó a Denver un puñado de guisantes para seleccionar y dejar en

remojo toda la noche. Entonces se sentó a descansar. El calor del fogón le dio sopor y se estaba quedando dormida cuando sintió que Beloved la tocaba. Un toque más ligero que el roce de una pluma, pero cargado de deseo. Sethe se agitó y miró a su alrededor. Primero la mano suave y nueva de Beloved sobre su hombro, luego sus ojos. El ansia que vio en ellos era insondable. Un ruego apenas controlado. Sethe le acarició los dedos y miró a Denver, cuyos ojos estaban fijos en la tarea de seleccionar guisantes.

—¿Dónde están tus diamantes? —Beloved escudriñó el rostro de Sethe.

—¿Diamantes? ¿Qué haría yo con diamantes?

—En tus orejas.

—Ojalá tuviera. Una vez tuve unos de cristal, regalo de una señora para la que trabajaba.

—Cuéntame —Beloved sonrió ampliamente, dichosa—, háblame de tus diamantes.

Se convirtió en una forma de alimentarla. Así como Denver descubrió y confió en el efecto delicioso que los dulces ejercían sobre Beloved, Sethe conoció la profunda satisfacción que extraía Beloved de sus relatos. A Sethe le sorprendió (tanto como agradó a Beloved), porque toda mención a su vida pasada dolía. Todo en ella era doloroso o estaba perdido. Ella y Baby Suggs habían acordado, sin palabras, que era inenarrable; a las preguntas de Denver, Sethe daba respuestas breves o vagos ensueños inconclusos. Hasta con Paul D —que había compartido una parte y con quien podía hablar con cierta dosis de serenidad— el dolor estaba siempre presente… como un punto tierno en la comisura de sus labios, que siempre se mordía.

Pero cuando comenzó a hablar de los pendientes, descubrió que quería hacerlo, que le gustaba. Tal vez fuese por la distancia de Beloved con respecto a los acontecimientos propiamente dichos, o su sed de conocerlos… De cualquier forma, resultó un placer inesperado.

Por encima del tamborileo de los guisantes y del intenso olor a colinabo, Sethe habló de los cristales que antaño colgaron de sus orejas.

—«La señora para la que trabajaba en Kentucky me los dio cuando me casé. Lo que allá y entonces se llamaba boda. Supongo que notó lo mal que me sentí cuando descubrí que no habría ceremonia ni predicador. Nada. A mí me parecía que había que hacer algo… algo que señalara que aquello era

correcto y verdadero. Yo no quería conformarme con que sólo fuera el traslado a un jergón lleno de farfolla. O que el único cambio fuese mudar mi cubo a la choza de Halle. Pensé que tenía que haber una ceremonia. Un baile, quizás. Un ramillete en mis cabellos. —Sethe sonrió—. Nunca presencié una boda, pero vi el traje de casamiento de Mrs. Garner en el ropero y le oí contar cómo era. Un kilo de pasas en la tarta, dijo, y cuatro ovejas enteras. La gente seguía comiendo al día siguiente. Eso era lo que yo quería. Una comida, por ejemplo, en la que yo y Halle y todos los hombres de Sweet Home nos sentáramos a comer algo especial. Invitando a otra gente de color de Covington o High Trees… los lugares donde Sixo solía meterse a escondidas. Pero me enteré de que no habría nada. Dijeron que les parecía bien que fuésemos marido y mujer y eso fue todo. Todo.

»Bien, decidí que por lo menos tendría un vestido y no el saco de arpillera con el que trabajaba. Me dediqué a birlar tela y el resultado fue un vestido increíble. La blusa estaba hecha con dos fundas de almohada que saqué de su cesto para remiendos. La parte delantera de la falda había sido el tapete de una cómoda sobre el que cayó una vela encendida y se hizo un agujero, y uno de sus viejos fajines, que usábamos para probar el calor de la plancha. El problema que me llevó más tiempo resolver fue la parte de atrás de la falda. No podía encontrar nada que no echaran a faltar en seguida. Porque después tenía que descoserlo y devolver todas las cosas a su sitio. Halle fue muy paciente esperando a que lo terminara. Sabía que no sería su mujer hasta que lo tuviera listo. Finalmente cogí el mosquitero de tul que colgaba de un clavo en el cobertizo. Lo usábamos para colar jalea. Lo lavé lo mejor que pude y lo puse en la parte de atrás de la falda. No te imaginas la facha que tenía con el peor vestido del mundo. Sólo mi chal de lana impedía que pareciera un fantasma ambulante. Aún no había cumplido los catorce y supongo que por eso me sentía tan orgullosa de mi misma.

»De cualquier manera, sospecho que Mrs. Garner me lo vio puesto. Me creía muy lista para robar, pero ella sabía todo lo que yo hacía. Incluso la luna de miel, cuando Halle y yo bajamos al maizal. Allí lo hicimos la primera vez. Era un sábado por la tarde. Él dijo que estaba enfermo para no tener que ir a trabajar a la ciudad. Normalmente trabajaba los sábados y los domingos para pagar la libertad de Baby Suggs. Pero ese día se hizo el

enfermo, yo me puse el vestido y fuimos andando hasta el maizal, tomados de la mano. Aún huelo las mazorcas que se asaban más allá, donde estaban los Paul y Sixo. Al día siguiente Mrs. Garner me hizo señas de que la siguiera y me llevó arriba, a su dormitorio. Abrió una caja de madera y sacó un par de pendientes de cristal. Me dijo: "Quiero que los tengas tú, Sethe". Yo le dije: "Sí, señora." "¿Tienes perforadas las orejas?", me dijo. "No, señora", le dije. "Hazte los agujeros —dijo—, para poder lucirlos. Ahora son tuyos y quiero que sepas que espero que tú y Halle seáis felices." Le di las gracias pero nunca me los puse mientras estuve allí. Un día, cuando ya habíamos llegado a esta casa, Baby Suggs desanudó mis enaguas y los sacó. Yo estaba allí sentada, junto al fogón, con Denver en mis brazos, y dejé que Baby Suggs me agujereara las orejas para usarlos».

—Yo nunca te vi con pendientes —dijo Denver—. ¿Dónde están?

—Desaparecieron —replicó Sethe—. Hace mucho. —Y no agregó una sola palabra.

Hasta el día en que las tres volvieron corriendo a la casa con sábanas y enaguas empapadas por la lluvia. Jadeando y riendo, extendieron la ropa limpia sobre las sillas y la mesa. Beloved se sirvió agua del cubo y observó cómo Sethe frotaba el pelo de Denver con una toalla.

—¿No tendríamos que destrenzarlo? —preguntó Sethe a su hija.

—Mañana. —Denver se inclinó hacia delante de sólo pensar en un peine de púas finas tironeándole del pelo.

—Hoy está aquí —dijo Sethe—. Mañana no.

—Duele —dijo Denver.

—Si lo peinaras todos los días, no te dolería.

—¡Ay!

—¿Tu mujer nunca te peinó? —preguntó Beloved.

Sethe y Denver levantaron la vista y la miraron. Después de cuatro semanas todavía no se habían acostumbrado a la voz arenosa y a su deje sonoro. Era música con una cadencia distinta de la de ellas.

«¿Tu mujer nunca te peinó?» era una pregunta dirigida a Sethe, evidentemente, pues la miraba a ella.

—¿Mi mujer? ¿Te refieres a mi madre? Si lo hizo, no me acuerdo. Sólo la vi unas veces, en el campo, y un día que estaba haciendo tintes. Cuando

yo despertaba por la mañana, ella ya estaba en la fila. Si brillaba la luna, trabajaban con su luz. Los domingos dormía como un tronco. Debió darme la teta dos o tres semanas… como hacían todas. Después volvió al arrozal y me amamantó otra mujer, que trabajaba de eso. Que yo recuerde, no. Calculo que no. Nunca me peinó ni nada por el estilo. Por lo que sé, ni siquiera dormía en la misma choza. Estaba demasiado lejos de la formación, supongo. Pero hizo otra cosa. Un día me buscó y me llevó detrás del ahumadero. Allí abrió su vestido, se levantó el pecho y me señaló algo. Justo sobre la costilla había un círculo y una cruz quemados en la piel. «Esta es tu ma», dijo y señaló. «Ahora soy la única que tiene esta marca. El resto murió. Si me ocurre algo y no me reconoces por la cara, sabrás que soy yo por esta marca». ¡Qué susto me dio! Sólo pensé que aquello era muy importante y que tenía que contestarle algo importante, pero no se me ocurrió nada, de modo que le dije lo que pensaba. «Sí, ma —le dije—. ¿Pero cómo me reconocerás tú a mí? ¿Cómo? Márcame también a mí». «Márcame esa marca a mí también». —Sethe rio entre dientes.

—¿Te marcó? —quiso saber Denver.

—Me abofeteó.

—¿Por qué?

—Entonces no lo entendí. No hasta que a mí también me marcaron.

—¿Qué fue de ella?

—Ahorcada. Cuando la bajaron nadie podía saber si tenía o no un círculo o una cruz, y yo menos que nadie, aunque me fijé. —Sethe sacó pelo del peine e inclinándose hacia atrás lo arrojó al fuego. Los cabellos estallaron en una lluvia de chispas y el olor la encolerizó—. Oh, Jesús —dijo y se irguió con tanta prisa que el peine que había dejado en la cabeza de Denver cayó al suelo.

—Ma. ¿Qué te ocurre, ma?

Sethe se encaminó a una silla, levantó una sábana y la extendió tanto como se lo permitían sus brazos. Después la plegó, volvió a plegarla y la replegó. Cogió otra. Ninguna estaba del todo seca, pero doblarlas le hacía mucho bien y no estaba en condiciones de interrumpir la labor. Tenía que hacer algo con las manos porque estaba recordando algo que había olvidado que sabía. Algo personalmente vergonzoso que se había filtrado en una

rendija de lo más recóndito de su mente, justo detrás del bofetón en la cara y la cruz rodeada por un círculo.

—¿Por qué colgaron a tu ma? —inquirió Denver: era la primera vez que oía algo sobre la madre de su madre. Baby Suggs fue la única abuela que conoció.

—Nunca lo supe. Eran un montón —dijo, pero lo que aparecía cada vez más claro en su cabeza mientras plegaba y replegaba la ropa húmeda era una mujer llamada Nan que la cogió de la mano y la arrancó de la pira funeraria sin darle tiempo a distinguir la marca. Nan era la más conocida, la que estaba todo el día y daba la teta a los bebés, cocinaba, tenía un brazo entero y la mitad del otro. La que usaba palabras diferentes. Palabras que entonces Sethe entendía pero ahora no recordaba ni repetía. Creía que por eso recordaba tan pocas cosas con anterioridad a Sweet Home, con excepción de los cánticos y las danzas, y lo amontonados que estaban. Había olvidado lo que dijo Nan y también las palabras que empleó. El mismo idioma que hablaba su ma y que nunca recuperaría. Pero el mensaje… estaba y siempre había estado allí. Apretando las blancas sábanas húmedas contra su pecho, intentó extraer significado de un código que ya no comprendía. Era de noche. Nan la sujetaba con el brazo sano mientras agitaba el muñón del otro en el aire. «Te lo diré. Te lo estoy diciendo, pequeña chica Sethe», y se lo dijo. Le contó a Sethe que su madre y Nan habían venido juntas del mar. La tripulación abusó de ellas muchas veces. «Los tiró a todos menos a ti. Al de la tripulación lo arrojó en la isla. También tiró a los demás, de otros blancos. Los tiró sin darles nombre. A ti te puso el nombre del negro. A ése lo abrazó. A los otros no. Nunca. Nunca. Te lo digo yo. Te lo estoy diciendo, pequeña Sethe».

Como la niña pequeña que era, Sethe no se impresionó. Luego, como adulta, se enfureció, pero no sabía por qué con seguridad. Un potente deseo de Baby Suggs estalló en ella como la rompiente. En el silencio que siguió a la salpicadura de espuma, Sethe miró a las dos chicas sentadas junto al fogón: su enfermiza e impenetrable invitada, su hija irritable y solitaria. Le parecieron diminutas y distantes.

—Paul D llegará en un instante —dijo.

Denver suspiró aliviada. Durante un rato, mientras su madre doblaba la ropa limpia inmersa en sus pensamientos, apretó los dientes y rogó que pusiera punto final a la conversación. Denver detestaba las historias contadas por su madre que no se referían a ella, razón por la cual siempre hacía preguntas exclusivamente sobre Amy. El resto era un mundo brillante y poderoso, más aún por su ausencia de él. Al no pertenecer a ese mundo, Denver lo odiaba y quería que Beloved también lo odiara, aunque sabía que no existía la menor posibilidad. Beloved aprovechaba cualquier oportunidad para hacer preguntas extravagantes y conseguir que Sethe se soltara. Denver percibió lo ansiosa que estaba por oír hablar a su madre. Ahora percibió algo más. Las preguntas de Beloved: «¿Dónde están tus diamantes?» y «¿Tu mujer nunca te peinó?». Y más sorprendente aún: «Háblame de tus pendientes».

¿Cómo lo sabía?

BELOVED estaba radiante y eso a Paul D le dio mala espina. Las mujeres hacían como los fresales antes de extender sus sarmientos: la calidad del verde viraba. Luego sacaban las hebras y a continuación los brotes. Cuando los pétalos blancos se marchitaban y asomaban las bayas de color menta, el brillo de la hoja era dorado y ceroso. Y eso parecía Beloved: dorada y brillante. Paul D se aficionó a tomar a Sethe al despertar para tener la cabeza despejada al bajar la escalera blanca hasta donde ella hacía pan bajo la mirada de Beloved.

Al atardecer, cuando volvía a casa y se encontraba a las tres preparando la mesa para la cena, su resplandor era tan pronunciado que se preguntaba cómo Denver y Sethe no lo veían. O tal vez lo veían. Sin duda las mujeres sabían —como los hombres— en qué momento una de ellas estaba caliente. Paul D observaba atentamente a Beloved para ver si lo hacía a sabiendas, pero ella no le prestaba la menor atención y con frecuencia ni siquiera respondía a sus preguntas directas. Lo miraba y apretaba los labios. Llevaba cinco semanas con ellos y no la conocían mejor que cuando la encontraron dormida en el tocón.

Estaban sentados a la mesa que Paul D había roto el día de su llegada al 124 y sus patas reparadas eran más resistentes que antes. Habían dado cuenta de toda la col y los huesos de tobillo del cerdo ahumado formaban montones en sus platos. Sethe estaba sirviendo budín de pan y murmurando sus expectativas de sabor, disculpándose por adelantado, como suelen hacer los cocineros veteranos, cuando algo en el rostro de Beloved, una adoración de animalito doméstico que se apoderó de ella mientras contemplaba a Sethe, hizo hablar a Paul D.

—¿No tienes hermanos?

Beloved meneó la cuchara pero no lo miró.

—No tengo a nadie.

—¿Qué buscabas cuando llegaste aquí? —le preguntó.

—Este sitio. Estaba buscando este sitio, en el que podía estar.

—¿Alguien te habló de esta casa?

—Ella. Cuando estaba en el puente, ella me lo dijo.

—Debe de ser alguien de los viejos tiempos —intervino Sethe. Los días en que el 124 era un apeadero al que llegaban los mensajes y quienes los habían enviado. Donde los fragmentos de noticias se hinchaban como alubias secas puestas en remojo en agua de manantial… hasta adquirir la blandura necesaria para digerirlas.

—¿Cómo llegaste? ¿Quién te trajo?

Ahora le miró fijamente pero no respondió.

Paul D sintió que Sethe y Denver se contenían, apretando los músculos del estómago, emitiendo telarañas como si se tocaran. De todos modos, resolvió forzar la situación.

—Te he preguntado quién te trajo aquí.

—Vine andando. Un camino largo, largo, larguísimo. Nadie me trajo. Nadie me ayudó.

—Tenías zapatos nuevos. Si caminaste tanto, ¿por qué no se notaba en tus zapatos?

—Paul D, deja de escarbar.

—Quiero saber —replicó, apretando el mango del cuchillo como si fuese un palo.

—¡Cogí los zapatos! ¡Cogí el vestido! ¡Los cordones no sirven! —gritó Beloved y le dedicó una mirada tan malévola que Denver le tocó el brazo.

—Yo te enseñaré a atarte los zapatos —dijo Denver y obtuvo una sonrisa de Beloved como recompensa.

Paul D tuvo la sensación de que un enorme pez plateado se le había deslizado de las manos en cuanto le aferró la cola. Ahora el pez volvía a flotar en las aguas oscuras, fuera del alcance de la vista, salvo la destellante estela que marcaba su rumbo. Pero si el resplandor de Beloved no era para él, ¿a quién estaba destinado? No había conocido a ninguna mujer que se

excitara sin un destinatario concreto, que lo proclamara sólo como un anuncio general. En su experiencia, esa luz siempre aparecía cuando había un foco de concentración. Como la Mujer Cincuenta Kilómetros, apagada como el humo mientras esperaba con él en la zanja, y deslumbrante como las estrellas cuando llegó Sixo. Por lo que sabía, nunca se había confundido al respecto. Lo notó en el instante en que miró las piernas húmedas de Sethe, de lo contrario jamás habría tenido audacia suficiente para abarcarla con sus brazos y susurrarle al oído.

Aquella chica, Beloved, sin hogar, sin familia y sin conocidos, era distinta de toda la gente que conocía, aunque Paul D no sabía exactamente por qué, considerando a la gente de color con la que se había cruzado en los últimos veinte años. Durante, antes y después de la guerra había visto a negros tan estupefactos, hambrientos, cansados o desconsolados, que no era de extrañar que no recordaran ni dijeran nada. Gente que, al igual que él, había vivido escondida en cuevas y había peleado por la comida con los búhos; gente que, como él, robaba alimento a los cerdos; que como él, dormía en los árboles de día y caminaba de noche; que como él, se había enterrado en la bazofia y metido en los pozos para dar esquinazo a reguladores, atacantes, buscadores de cabezas, veteranos, montañeses, interrogadores y juerguistas. Una vez conoció a un negro de unos veinticinco años que había vivido solo en el bosque y, dijo, no recordaba haber vivido en otro lado. Vio a una negra fuera de sus cabales, encarcelada y ahorcada por robar patos que, según creía, eran sus bebés.

Avanzar. Andar. Correr. Esconderse. Robar y seguir adelante. Una sola vez le había sido posible permanecer en el mismo sitio —con una mujer o una familia— más de unos pocos meses. Fueron dos años con una tejedora de Delaware, el peor sitio para un negro fuera de Pulaski County, Kentucky, y, por supuesto, la colonia penitenciaria de Georgia.

Beloved era diferente a todos esos negros. Su destello, sus zapatos nuevos. Le molestaba. Tal vez por el hecho de que él no le molestaba a ella. O tal vez fuese cuestión de tiempo. Había aparecido y sido aceptada el mismo día que Sethe y él habían zanjado sus diferencias, salido públicamente y pasado un buen momento… como una familia. Denver se había avenido, por así decirlo; Sethe reía, él tenía una promesa de trabajo

estable, el 124 estaba libre de espíritus. Había comenzado a parecerse a una vida. ¡Y maldición! Una bebedora de agua enfermó, fue acogida, curada, y desde entonces no había bajado los humos.

Quería que se fuera, pero Sethe la había albergado y él no podía hacerla batir en retirada de una casa que no era la suya. Una cosa era espantar a un fantasma y otra muy distinta echar a una desamparada chica de color en un territorio infectado de miembros del Klan. Sediento de sangre negra, sin la que no podía vivir, el dragón nadaba a su antojo en el Ohio.

Sentado a la mesa y mascando su paja de escoba de después de cenar, Paul D decidió colocarla. Consultaría con los negros de la ciudad y le encontraría un buen lugar.

En cuanto plasmó esta idea, Beloved se atragantó con una pasa del budín de pan. Cayó hacia atrás, salió despedida de la silla y comenzó a pasearse agitada, sujetándose la garganta. Sethe le palmeó la espalda mientras Denver separaba las manos de su cuello. Beloved, en cuatro patas, vomitó toda la comida y se esforzó por recuperar la respiración.

Una vez serena y después de que Denver limpiara el vómito, Beloved dijo:

—Ahora me voy a dormir.

—Ven a mi habitación —dijo Denver—. Allí arriba podré cuidarte.

No podría haber elegido mejor momento. Denver había estado tratando de encontrar la forma de compartir la habitación con Beloved. Era difícil conciliar el sueño arriba, preguntándose si no volvería a enfermar, si no se quedaría dormida para no despertar o (No, por favor, Dios mío) levantarse y salir a los tumbos por el patio, tal como había llegado. Allí charlarían más cómodamente. De noche, cuando Sethe y Paul estuviesen dormidos, o de día, antes de que cualquiera de los dos volviera a casa. Dulces y delirantes conversaciones con oraciones a medias, ensueños y malentendidos más emocionantes que la comprensión plena.

Cuando las chicas salieron, Sethe empezó a despejar la mesa. Apiló los platos junto a una palangana con agua.

—¿Qué es lo que tanto te disgusta de ella?

Paul D se puso ceñudo pero no respondió.

—Ya tuvimos una buena bronca por Denver. ¿Ahora tenemos que tener otra por ella? —preguntó Sethe.

—No entiendo cuál es el lazo. Es evidente que ella se agarra a ti, pero no entiendo por qué tú te agarras a ella.

Sethe volvió la cabeza hacia él.

—¿Qué te importa quién se agarra a quién? Alimentarla no es ningún problema. Cojo un poco más en el restaurante y se acabó. Es una muy buena compañía para Denver. Lo sabes y yo sé que lo sabes, o sea que no veo por qué estás tan quisquilloso.

—No sé definirlo. Es una sensación.

—Pues podrías sentir otra cosa. La sensación de tener una cama para dormir y alguien que no te carga con lo que tienes que hacer todos los días para merecerla. Siente esa sensación. Y si no la entiendes, trata de sentir lo que siente una mujer de color vagando por los caminos y expuesta a que cualquier cosa le salte encima en el momento menos pensado. Siente esa sensación.

—Conozco todo eso, Sethe. No nací ayer y nunca en mi vida he maltratado a una mujer.

—Entonces ya eres uno en este mundo —le espetó Sethe.

—¿No dos?

—No, no dos.

—¿Qué te ha hecho Halle? Siempre estuvo a tu lado. Nunca te abandonó.

—¿Qué es lo que abandonó si no me abandonó a mí?

—No lo sé, pero no fue a ti. De eso pongo las manos en el fuego.

—Entonces hizo algo peor. Abandonó a sus hijos.

—No puedes saberlo.

—No estaba allá. No estaba donde dijo que estaría.

—Estaba.

—¿Entonces por qué no se dejó ver? ¿Por qué tuve que despachar a mis bebés y quedarme a esperarlo?

—No podía salir del pajar.

—¿Pajar? ¿Qué pajar?

—El que estaba por encima de tu cabeza. En el establo.

Lenta, muy lentamente, tomándose todo el tiempo del mundo, Sethe se encaminó a la mesa.

—¿Vio?

—Vio.

—¿Te lo dijo él?

—Me lo dijiste tú.

—El día que llegué. Dijiste que te robaron la leche. Yo no sabía qué le había pasado. Fue eso, supongo. Todo lo que supe fue que algo lo derrumbó. No los años de trabajo en sábados, domingos y de noche; eso no lo afectó. Pero lo que vio aquél día en ese establo, lo quebró como a una ramita.

—¿Vio? —Sethe se apretaba los codos como si quisiera evitar que salieran volando.

—Vio. Tiene que haber visto.

—¿Vio a los chicos que me hicieron eso y permitió que siguieran respirando? ¿Vio? ¿Vio? ¿Vio?

—¡Eh, un momento! Escucha. Permíteme decirte algo. Un hombre no es un hacha. No es una condenada herramienta que corta, tala y destroza todo el día. Las cosas le llegan. Hay cosas que no puede desprender porque las lleva dentro.

Sethe se paseaba de un lado a otro, de un lado a otro bajo la luz de la lámpara.

—El mensajero dijo que el domingo. ¿Me quitaron la leche y él vio y no bajó? El domingo llegó pero él no. Llegó el lunes pero Halle no apareció. Pensé que estaba muerto y por eso no venía, después pensé que lo habían prendido y por eso no venía. Después pensé que no, que no estaba muerto porque si lo estuviera yo lo sabría, y luego llegaste tú después de tanto tiempo y no dijiste que estaba muerto porque tampoco lo sabías, y entonces pensé que había encontrado otra vida mejor. Porque si estuviese cerca vendría a ver a Baby Suggs, aunque no a mí. Pero yo no sabía que él había visto.

—¿Qué importa eso ahora?

—Si está vivo y vio eso, no cruzará el umbral de mi puerta. Nunca se lo permitiré.

—Aquello lo derrumbó, Sethe. —Paul D levantó la vista y suspiró—. Será mejor que lo sepas todo. La última vez que lo vi estaba sentado junto a la mantequera. Tenía la cara cubierta de mantequilla.

No ocurrió nada y Sethe le dio gracias a Dios. Normalmente, cuando oía algo, en seguida veía la imagen. Pero ahora no podía imaginar lo que decía Paul D. Su mente estaba en blanco. Con gran cuidado pasó a una pregunta razonable.

—¿Qué dijo?

—Nada.

—¿Ni una palabra?

—Ni una palabra.

—¿Tú le hablaste? ¿No le dijiste nada? ¿Algo?

—No podía, Sethe. Yo… no podía.

—¿Porqué?

—Tenía un freno en la boca.

Sethe abrió la puerta, salió y se sentó en los peldaños del porche, ahora azules por la ausencia de sol, aunque detectó las siluetas negras de los árboles en el prado. Sacudió la cabeza de un lado a otro, resignada a su mente rebelde. ¿Por qué su mente no rechazaba nada? Ni la desgracia, ni la pena, ni una imagen detestable, demasiado corrompida para ser aceptada. Como un niño glotón, su mente engullía todo. ¿Ni una sola vez podía decir no, gracias, acabo de comer y no me cabe un solo bocado más? Estoy llena con dos chicos de dientes musgosos, uno que me chupa la teta y el otro que me sujeta hacia abajo mientras su maestro observa y escribe. Todavía estoy llena con todo eso, maldición, no puedo agregar nada. Agregar a mi marido mirando, en lo alto del pajar, oculto, el único lugar donde pensó que nadie lo buscaría, mirando lo que yo no podía mirar. Y sin poner punto final… viendo y dejando que ocurriera. Pero mi mente glotona dice: Gracias, me encantaría un poco más… Y yo lo agrego. Y en cuanto lo hago no hay forma de parar. Allí está mi marido agachado junto a la mantequera untándose la cara con mantequilla y cuajo, porque la leche que me quitaron está en su cabeza. Y en lo que a él respecta, el mundo entero podría saberlo. Si estaba tan derrumbado entonces, seguro que ahora está muerto. Y si Paul D lo vio y no pudo salvarlo ni consolarlo por el freno que tenía entre los

dientes, significa que Paul D podría decirme más cosas y mi mente las aceptaría y nunca diría: No, gracias. No quiero saber ni tener que recordarlo. Debo hacer otras cosas: preocuparme de mañana, por ejemplo, de Denver, de Beloved, de la edad y la enfermedad, para no hablar del amor.

Pero su mente no estaba interesada en el futuro. Pletórica de pasado y ansiosa de saber más, no dejaba lugar a imaginar y menos aún a planificar, el día siguiente. Exactamente como aquella tarde entre las cebollas silvestres… cuando lo único que podía ver del futuro era el próximo paso. Otra gente se volvía loca, ¿por qué no ella? La mente de otra gente se detenía, giraba y pasaba a algo nuevo, que es lo que debió de ocurrirle a Halle. Y habría sido muy tierno: los dos en el ordeñadero, en cuclillas junto a la mantequera, untándose la cara con mantequilla fría y grumosa, sin la menor preocupación. Sintiendo cómo se deslizaba, pegajosa… friccionándoles el pelo, aplastándose entre sus dedos. Qué alivio detener todo allí. Clausurar. Cerrar. Estrujar la mantequilla. Pero sus tres hijos chupaban teta azucarada bajo una manta, camino de Ohio, y ningún juego con mantequilla podía modificar esa situación. Paul D salió y le tocó el hombro.

—No pensaba contártelo.

—No pensaba oírlo.

—No puedo retirarlo, pero sí no volver a mencionarlo —dijo Paul D.

Quiere decírmelo, pensó Sethe. Quiere que le pregunte cómo fueron las cosas para él… lo ultrajada que se siente la lengua apretada por un hierro, la profunda necesidad de escupir que te hace llorar. Ella ya lo sabía, lo había visto repetidas veces en la casa anterior a Sweet Home. Hombres, chicos, niñas, mujeres. El frenesí que asaltaba el ojo en el momento en que los labios tironeaban hacia atrás. Días después de quitarlo había que frotar grasa de ganso en las comisuras de los labios, pero no había nada que aliviara la lengua ni anulara el frenesí del ojo. Sethe levantó la mirada hasta los ojos de Paul D para ver si le habían quedado rastros.

—La gente que vi de niña y que había tenido puesto el freno, parecía frenética. Ningún remedio funcionaba, porque marcaba un frenesí donde antes no lo había. Pero te miro a ti y no lo veo. No hay frenesí en tus ojos.

—Hay una forma de ponerlo y hay una forma de quitarlo. Conozco las dos y todavía no sé qué es peor —se sentó a su lado. Sethe lo miró. Bajo esa luz opaca el rostro de Paul D, cobrizo y reducido a huesos, ablandó su corazón.

—¿Quieres hablarme de eso? —le preguntó.

—No sé. Nunca he hablado de eso. Con nadie. A veces lo canté, pero no lo he hablado con nadie.

—Adelante. Soy capaz de oírlo.

—Es posible. Quizá tú puedas oírlo. Pero yo no estoy seguro de poder decirlo. Me refiero a decirlo bien, porque no se trataba del freno… no era eso.

—¿Qué era, entonces? —quiso saber Sethe.

—Los gallos —dijo él—. Pasar junto a los gallos y mirar como me miraban.

Sethe sonrió.

—¿En aquel pino?

—Sí —Paul D sonrió con ella—. Debía de haber cinco posados allí, y como mínimo cincuenta gallinas.

—¿También estaba Mister?

—Al principio no. Pero no había dado veinte pasos cuando lo vi. Bajó por el poste de la valla y se posó en la tina.

—Le encantaba esa tina —dijo Sethe al tiempo que pensaba: No, ahora no hay modo de parar.

—¿Verdad que sí? Como un trono. Fui yo quien lo sacó del cascarón, ya sabes. De no ser por mí habría muerto. La gallina se había alejado con todos los polluelos detrás. Pero quedó un huevo. Parecía vacío, pero lo vi moverse, le di unos golpecitos para abrirlo y apareció Mister, con sus patas torcidas. Vi crecer a ese cabrón y tragarse todo lo que había en el patio.

—Siempre fue detestable —comentó Sethe.

—Sí, era detestable. Un puñetero malvado. Las patas torcidas y aleteando. Una cresta grande como mi mano y encarnada. Se posó en la tina y me miró. Te juro que sonrió. Yo tenía la cabeza ocupada con lo que había visto de Halle poco antes. Ni siquiera pensaba en el freno. Sólo en Halle y antes en Sixo, pero cuando vi a Mister supe que también era yo. No sólo

ellos, yo también. Uno chiflado, uno vendido, uno desaparecido, uno quemado y yo lamiendo hierro con los brazos sujetos a la espalda. El último de los hombres de Sweet Home.

»Mister parecía tan… libre. Mejor que yo. Más fuerte, más duro. El malparido ni siquiera consiguió salir por su cuenta del cascarón pero era un rey y yo… —Paul D se interrumpió y se apretó la mano izquierda con la derecha. La retuvo el tiempo suficiente para que la mano y el mundo se serenaran y le permitieran seguir adelante.

—A Mister se le dejó ser lo que era y estar donde estaba. Pero a mí no se me permitió ser lo que era y estar donde estaba. Incluso si lo cocinaras, estarías cocinando a un gallo llamado Mister. En cambio yo nunca volvería a ser Paul D, ni vivo ni muerto. Maestro me cambió. Yo era otra cosa y esa otra cosa era menos que un gallo tomando el sol posado en una tina.

Sethe le puso una mano en la rodilla y frotó.

Paul D sólo había empezado. Lo que le estaba contando sólo era el principio cuando sus dedos sobre la rodillas, suaves y tranquilizadores, lo hicieron callar. Daba igual. Daba igual. Agregar algo podía llevarlos a ambos a un sitio sin retorno. Guardaría el resto en el lugar al que pertenecía: la lata de tabaco enterrada en su pecho, donde antes latía un corazón rojo. Con la tapa oxidada. No la abriría ahora, delante de esa mujer dulce y fuerte, pero si ella olía su contenido, él se avergonzaría. Y a ella le dolería saber que dentro de él no latía un corazón rojo brillante como la cresta de Mister.

Sethe friccionaba y friccionaba, apretando el paño y las curvas pétreas que conformaban su rodilla. Con la esperanza de que la friega lo calmara como la calmaba a ella. Como cuando amasaba pan en la media luz de la cocina del restaurante. Antes de que llegara la cocinera, en un espacio no más ancho que el largo de un banco, detrás y a la izquierda de las cántaras lecheras. Trabajando la masa. Trabajando, trabajando la masa. Nada mejor para empezar el trabajo serio del día, la tarea de abatir el pasado.

ARRIBA, Beloved bailaba. Un pequeño paso doble, otro paso doble, un pasito, deslizarse, deslizarse y pavonearse.

Sentada en la cama, Denver sonreía y hacía la música.

Nunca había visto tan feliz a Beloved. Había visto sus labios abiertos por el placer del azúcar o ante alguna noticia. Denver sentía que la piel de Beloved irradiaba una cálida satisfacción cuando oía hablar a su madre sobre los viejos tiempos. Pero nunca la había visto alegre. No habían pasado diez minutos desde que Beloved cayera al suelo con los ojos desorbitados y se tambaleara de un lado a otro apretándose la garganta. Ahora, después de haber permanecido unos segundos en la cama de Denver, se había levantado y bailaba.

—¿Dónde has aprendido a bailar? —le preguntó Denver.

—En ningún sitio. Mira cómo hago esto. —Beloved se puso en jarras y empezó a brincar sobre sus pies descalzos.

Denver rio.

—Ahora tú. Venga —dijo Beloved—. Te digo que me acompañes. —Agitó su falda negra.

Denver estaba helada cuando se levantó de la cama. Sabía que doblaba a Beloved en tamaño pero flotó, fresca y ligera como un copo de nieve.

Beloved tomó la mano de Denver con una de las suyas y apoyó la otra en su hombro. Entonces bailaron. Dieron vueltas y vueltas en la pequeña habitación y probablemente fue el mareo, o la sensación de ligereza y gelidez al mismo tiempo, lo que hizo reír tanto a Denver. Una risa contagiosa que prendió en Beloved. Y las dos se balancearon de un lado a otro, contentas como crías hasta que, agotadas, se sentaron en el suelo.

Beloved echó la cabeza hacia atrás, para recuperar el aliento y Denver vio la punta de lo que siempre veía en su totalidad cuando Denver se desnudaba antes de acostarse. Miró fijamente esa punta que asomaba y susurró:

—¿Por qué te haces llamar Beloved?

Beloved cerró los ojos.

—En la oscuridad mi nombre es Beloved.

Denver se acercó un poco más.

—¿Cómo es aquello, el sitio donde estabas antes? ¿Puedes decírmelo?

—Oscuro —contestó Beloved—. En ese lugar soy pequeña. Esta figura la tengo aquí. —Apartó la cabeza de la cama, se tumbó de costado y se acurrucó.

Denver se cubrió los labios con los dedos.

—¿Tenías frío?

Beloved se hizo un ovillo más apretado y meneó la cabeza.

—Calor. Allá no hay qué respirar ni lugar para moverse.

—¿Ves a alguien?

—Montones. Allá abajo hay mucha gente. Algunos están muertos.

—¿Ves a Jesús? ¿A Baby Suggs?

—No sé. No conozco sus nombres. —Se sentó.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Esperé y después subí al puente. Estaba en la oscuridad durante el día, permanecía siempre a oscuras. Pasó mucho tiempo.

—¿Todo este tiempo estuviste sobre un puente?

—No. Después. Cuando salí.

—¿Para qué volviste?

Beloved sonrió.

—Para ver su rostro.

—¿El de ma? ¿El de Sethe?

—Sí, Sethe.

Denver sintió cierto dolor, ofendida por no ser el motivo principal del recuerdo de Beloved.

—¿Recuerdas que jugamos junto al riachuelo?

—Yo estaba en el puente —indicó Beloved—. ¿Me viste sobre el puente?

—No, junto al riachuelo. El agua que está en el bosque.

—Ah, yo estaba en el agua. Allí vi sus diamantes. Podría haberlos tocado.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Me dejó. Sola. —Beloved levantó la vista para mirar a Denver y arrugó la frente, quizá. Quizá no. Tal vez las minúsculas rayas de su frente dieron esa impresión.

Denver tragó saliva.

—No —dijo—, no. No nos dejarás, ¿verdad?

—No. Nunca. Aquí estoy.

De improviso Denver, que estaba sentada con las piernas cruzadas, se abalanzó y cogió a Beloved de la muñeca.

—No se lo digas. No permitas que ma sepa quién eres. Por favor, ¿me oyes?

—No me digas lo que debo hacer. Jamás me digas lo que debo hacer.

—Pero yo estoy de tu lado, Beloved.

—Se trata de ella. A quien necesito es a ella. Tú puedes no estar pero a ella tengo que tenerla. —Sus ojos se abrieron al máximo, negros como el cielo nocturno.

—Yo no te hice nada. Nunca te hice daño. Nunca le hice mal a nadie —dijo Denver.

—Yo tampoco. Yo tampoco.

—¿Qué harás?

—Quedarme aquí. Éste es mi sitio.

—También el mío.

—Entonces quédate, pero nunca me digas lo que debo hacer. Jamás.

—Estábamos bailando. Hace un minuto bailábamos juntas. Sigamos.

—No quiero. —Beloved se irguió y se echó en la cama. El silencio resonaba en las paredes como el gorjeo de pájaros asustados. Finalmente la respiración de Denver volvió a la estabilidad, ante la amenaza de una pérdida insoportable.

—Cuéntame cómo te hizo Sethe en el bote —le pidió Beloved.

—Nunca me contó todo —dijo Denver.

—Cuéntame.

Denver trepó a la cama y cruzó los brazos debajo del delantal. No había estado una sola vez en el recinto arbolado desde que Beloved se sentara en el tocón, después de la feria, y hasta este desesperado momento no recordó que ya no iba por allí. En aquel sitio no había nada que esta hermana-niña no proporcionara en abundancia: un corazón palpitante, ensueño, sociabilidad, peligro, belleza. Tragó saliva dos veces como preparación para el relato, para construir una red que sustentara a Beloved con las hebras sueltas que había escuchado a lo largo de su vida.

—Tenía buenas manos, dijo. La chica blanca, dijo, tenía brazos pequeños y delgados, pero buenas manos. Eso lo notó en seguida, dijo. Pelo suficiente para cinco cabezas y buenas manos, dijo. Sospecho que las manos le hicieron pensar que lo lograría, hacernos cruzar el río a las dos. Pero fue la boca lo que le impidió asustarse. Dijo que con los blancos no hay forma de guiarse. No sabes en qué momento te caerán encima. Dicen una cosa y hacen otra. Pero si les miras la boca, a veces te puedes guiar por eso. Dijo que esa chica hablaba como una tromba, pero no había bajeza alrededor de su boca. Llevó a ma a ese cobertizo y le frotó los pies, lo que ya era algo. Y ma estaba convencida de que no la entregaría. Te daban dinero si entregabas a un fugitivo y ma no estaba tan segura de que esa chica Amy no necesitara dinero más que nada en el mundo, sobre todo porque sólo hablaba de conseguir terciopelo.

—¿Qué es terciopelo?

—Un paño, un paño espeso y suave.

—Sigue.

—De cualquier manera, devolvió la vida a los pies de ma frotándoselos, y ella lloró, dijo, de dolor. Pero le hizo pensar que lograría llegar adonde estaba Grandma Baby Suggs y…

—¿Quién es ésa?

—Acabo de decirlo. Mi abuela.

—¿La madre de Sethe?

—No. La madre de mi padre.

—Sigue.

—Allí estaban los demás. Mis hermanos y… la criatura. Los envió por delante para que la esperaran en casa de Grandma Baby. De modo que tenía

que aguantar cualquier cosa con tal de llegar. Y esa chica Amy la ayudó.

Denver se interrumpió y suspiró. Esa era la parte de la historia que más le gustaba. Ahora entraría en escena y le encantaba, porque todo se refería a ella; pero también la odiaba porque le hacía sentir que debía una cuenta y tendría que pagarla. Aunque no sabía a quién se la debía ni a quién debía pagársela. Ahora, observando el rostro alerta e interesado de Beloved, la forma en que tragaba sus palabras, haciendo preguntas acerca del color de las cosas y su tamaño, su sincero anhelo de conocimiento, Denver comenzó a comprender lo que estaba diciendo y no sólo a oírlo: una esclava de diecinueve años —apenas un año mayor que ella— atravesando el monte tenebroso para llegar hasta sus hijos, que están muy lejos. Está cansada, tal vez asustada y quizá perdida. Pero sobre todo está sola y en su cuerpo lleva otro bebé en el que también tiene que pensar. Seguida por perros, acaso; por armas, probablemente y, sin duda alguna, por dientes musgosos. En la oscuridad no tiene miedo porque es del color de la noche, pero a la luz del día cada sonido es un disparo o la pisada amortiguada de un perseguidor. Ahora Denver lo comprendía y lo sentía… a través de Beloved. Sentía lo que debió de sentir su madre. Veía el aspecto que debía de tener. Y cuantos más pormenores expresaba, cuantos más detalles proporcionaba, más le gustaba a Beloved. Así, anticipaba las preguntas infundiendo vida… y latidos a los fragmentos que su madre y su abuela le habían contado. De hecho, el monólogo se convirtió en un dúo, pues Denver nutría el interés de Beloved como un amante cuyo placer consiste en sobrealimentar al ser amado. La colcha oscura con dos remiendos anaranjados estaba en la cama, porque Beloved quería tenerla cerca cuando dormía. Olía a hierbas y tenía tacto de manos: las manos sin descanso de mujeres atareadas: secas, tibias, ásperas. Denver hablaba, Beloved escuchaba, y las dos hacían todo lo posible por recrear lo que realmente ocurrió, cómo fue realmente, algo que sólo Sethe sabía porque era la única que lo tenía en la mente y que después contó con el tiempo necesario para darle forma: el timbre de la voz de Amy, su respiración semejante a un leño ardiente. El repentino cambio de temperatura en las montañas: frío de noche, calor de día, una bruma súbita. Su temeridad en el comportamiento con esa chica blanca, temeridad nacida

de la desesperación, estimulada por los ojos esquivos de Amy y su boca compasiva.

—Usted no tiene nada que hacer en estas montañas, señorita.

—Mira quién habla. Tengo que hacer mucho más que tú. Si te cogen te cortarán la cabeza. A mí no me persigue nadie pero a ti sí, lo sé. —Amy presionó con los dedos la planta de los pies de la esclava—. ¿De quién es ese bebé?

Sethe no respondió.

—Ni siquiera lo sabes. Jesús mío, ven —suspiró Amy y sacudió la cabeza—. ¿Duele?

—Un poco.

—Eso es bueno. Cuanto más duele, más mejora. Como sabrás, nada se cura sin dolor. ¿Por qué te contorsionas?

Sethe se irguió apoyándose en los codos. Tanto tiempo tendida de espaldas le había provocado una molestia en los omoplatos. El fuego de los pies y el fuego de la espalda la hacían sudar.

—Me duele la espalda —dijo.

—¿La espalda? Chica, eres un desastre. Vuélvete hacía aquí y déjame ver.

Con tanto esfuerzo que se le revolvió el estómago, Sethe giró sobre el lado derecho. Amy le desabrochó la parte de atrás del vestido y al ver lo que vio dijo:

—Jesús mío, ven.

Sethe calculó que estaba muy mal, porque después de la apelación a Jesús, Amy se quedó un rato callada. En el silencio de una Amy insólitamente sin habla, Sethe sintió que los dedos de esas manos bondadosas le tocaban ligeramente la espalda. Oía respirar a la chica blanca, pero ésta había enmudecido. Sethe no podía moverse. Le era imposible tenderse boca abajo o boca arriba, y al seguir apoyada de costado cargaba el peso sobre sus castigados pies. Por fin Amy habló, con voz de sonámbula.

—Es un árbol, Lu. Un cerezo silvestre. Mira, aquí está el tronco… rojo y totalmente abierto, lleno de savia; ésta es la bifurcación para las ramas. Tienes una colección impresionante de ramas. También hojas, y que me

parta un rayo si esto no son brotes. Minúsculos pimpollos de cerezas, blancos como la nieve. Tu espalda tiene un árbol. En flor. Me pregunto en qué estaría pensando Dios. Yo también he recibido mis buenos azotes, pero no recuerdo nada como esto. Mr. Buddy tenía la mano pesada y era capaz de darte unos latigazos porque lo habías mirado a la cara. Una vez yo lo miré, me echó una bronca y me tiró el atizador. Sospecho que se dio cuenta de lo que yo pensaba.

Sethe gimió y Amy interrumpió sus recuerdos… el tiempo suficiente para mover los pies de Sethe de modo que el peso, en las piedras cubiertas de hojas, cayese por encima de los tobillos.

—¿Así estás mejor? ¡Dios mío! ¡Vaya muerte! Como supongo que sabes, morirás aquí. No hay forma de evitarlo. Dale las gracias a tu Hacedor de que yo haya pasado cerca y no hayas tenido que morirte entre los hierbajos. Allí te mordería la serpiente. Te comería el oso. Quizá tendrías que haberte quedado donde estabas, Lu. Pero viendo tu espalda entiendo por qué no te quedaste. El que haya plantado ese árbol le ganó con mucho a Mr. Buddy. Me alegro de no estar en tu lugar. Bien, lo único que puedo hacer por ti es ponerte telarañas. Aquí dentro no hay suficientes. Buscaré afuera. Podría usar musgo, pero a veces viene mezclado con bichitos. Creo que abriré esos capullos. Para que corra el pus, ¿entiendes? Me pregunto en qué estaría pensando Dios. Tienes que haber hecho algo serio. No te escapes ahora.

Sethe la oyó canturrear entre los arbustos mientras buscaba telarañas. Se concentró en el canturreo porque en cuanto Amy salió, el bebé comenzó a estirarse. Una buena pregunta, reconoció. ¿En qué estaría pensando Dios? Amy le había dejado el vestido desabrochado y ahora recibió un coletazo de viento en la espalda, que alivió un punto su dolor. Este alivio le permitió sentir el dolor menos intenso de su lengua inflamada. Amy volvió con las palmas llenas de telarañas; quitó los insectos presos y con ellas cubrió la espalda de Sethe, diciendo que era como tender bramantes en un árbol de Navidad.

—Teníamos una negrita en la casa. No sabía nada. Cosía para Mrs. Buddy… un encaje muy fino, aunque era incapaz de decir dos palabras seguidas. No sabía nada, como tú. Tú no sabes nada. Te morirás y eso es

todo. Yo no. Llegaré a Boston y conseguiré terciopelo. Carmín. Ni siquiera sabes lo que es eso. Y ahora nunca lo sabrás. Apuesto a que nunca dormiste con el sol en la cara. Yo lo hice un par de veces. Casi siempre alimentaba el ganado antes de que hubiera luz y me iba a dormir después de que cayera la oscuridad. Pero una vez iba en la parte de atrás del carro y me quedé dormida. Dormir con el sol en la cara es una sensación inolvidable. Me pasó dos veces. Una vez de pequeña y nadie me fastidió. La segunda fue en la parte de atrás del carro y no veas cómo se alborotó el gallinero. Mr. Buddy me azotó el trasero. Mal lugar, Kentucky. Hay que estar en Boston. Allí estaba mi madre antes de que se la traspasaran a Mr. Buddy. Joe Nathan decía que Mr. Buddy es mi papá, pero yo no lo creo. ¿Y tú?

Sethe le dijo que no creía que Mr. Buddy fuera su papá.

—¿Tú conoces a tu papá?

—No —replicó Sethe.

—Yo tampoco. Sólo sé que no es él.

Se levantó después de concluir su trabajo reparador y paseándose por el cobertizo, con sus ojos de movimientos lentos, pálidos bajo la luz del sol que iluminaba sus cabellos, cantó:

Cuando el trajín acaba
y mi niña cansada
se mece en su cuna
cuando el viento de la noche sopla
y los grillos cantan, cantan,
cantan en la cañada;
cuando en la verde pradera
en tomo a la reina danzan las hadas,
desde más allá de los cielos brumosos
llega la Dama de Ojos de Azucena.

De pronto dejó de pasearse y se sentó, con los brazos flacos alrededor de las rodillas y las manos bondadosas sujetándose los codos. Sus ojos de movimientos lentos se detuvieron en la tierra, a sus pies.

—Esta es la canción de mi mamá. Ella me la enseñó. Hizo una breve pausa y prosiguió.

Por el lodo y la niebla y la noche
a nuestra acogedora casita llega,
donde con su canto dulce y lento
mece una cuna depuro contento.
Donde el monótono reloj
dice que el día terminó,
donde rondan los rayos de luna
sobre la amorosa cuna
donde descansa mi niña llega
la Dama de Ojos de Azucena.
Y sus manos reposan
en mi niña cansada,
y esas manos blancas son un velo.
Sobre su rizado pelo,
miman y acarician sus bucles sedosos,
y cierran sus párpados
en los ojos pardos
Así de tierna, dulce y buena
es la Dama de Ojos de Azucena.

Amy se quedó callada después de la canción; luego repitió el último verso antes de incorporarse, salió del cobertizo y se alejó unos metros, para apoyarse contra un fresno joven. Cuando volvió, el sol acariciaba el valle, del que estaban muy por encima en medio de la luz azul de Kentucky.

—¿Aún no te has muerto, Lu? ¡Lu!

—Todavía no.

—Te hago una apuesta. Si logras pasar la noche, todo saldrá bien. —Amy arregló las hojas para darle comodidad y se arrodilló con el fin de masajearle otra vez los pies hinchados—. Les daré una buena fricción —dijo, y cuando Sethe inhaló aire a través de los dientes, la regañó—. Chitón. Has de tener la boca cerrada. —Con mucho cuidado, para no morderse la

lengua, Sethe se mordió los labios y dejó que las manos trabajaran al ritmo melódico de *Las abejas zumban bajo, las abejas zumban laboriosamente*. Después Amy se trasladó al otro lado del cobertizo, se sentó, inclinó la cabeza hacia el hombro y se dedicó a trenzarse el pelo, diciendo:

—No se te ocurra morirte en medio de la noche, ¿me oyes? No quiero ver tu horrible cara negra acechándome. Si te mueres, sal y hazlo en otro sitio, donde no tenga que verte, ¿me oyes?

—La oigo y haré lo que pueda, señorita —dijo Sethe.

Sethe no esperaba ver otro día, de modo que cuando sintió que los dedos de unos pies le tocaban la cadera, tardó un rato en desprenderse de un sueño en el que estaba muerta. Se sentó, rígida y tiritando, mientras Amy estudiaba su jugosa espalda.

—Estás hecha un asco pero pasaste la noche —dijo Amy—. Jesús mío, ven, Lu lo ha logrado. Gracias a mí. Tengo buena mano para las enfermedades. ¿Crees que podrás caminar?

—De alguna manera tengo que dejar salir mis aguas.

—Veamos si puedes andar.

No era fácil, pero tampoco imposible, de manera que Sethe avanzó cojeando, sujeta primero a Amy y luego a un arbolito.

—Gracias a mí. Tengo mano para las enfermedades, ¿no?

—Sí —musitó Sethe.

—Tenemos que salir de esta montaña. Vamos. Te bajaré hasta el río. Eso tiene que servirte. Yo me iré a la carretera, que me llevará a Boston. ¿Qué son esas manchas de tu vestido?

—Leche.

—Eres repugnante.

Sethe se miró el vientre y lo tocó. El bebé estaba muerto. Ella no había muerto durante la noche, pero el bebé sí. En tal caso, ahora no podía detenerse. Llevaría esa leche a su niñita aunque tuviera que ir nadando.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Amy.

—Lo único que tengo es prisa, señorita.

—Tranquila. ¿Quieres zapatos?

—¿Cómo dice?

—Se me ocurrió algo.

Amy puso manos a la obra. Rompió en dos el chal de Sethe, rellenó cada trozo con hojas y se los ató en los pies, sin parar de hablar incesantemente.

—¿Cuántos años tienes, Lu? Yo hace cuatro años que sangro pero no estoy por tener ningún bebé. A mí no me cogerán sudando leche porque…

—Ya sé, tiene que ir a Boston —la interrumpió Sethe.

Al mediodía, lo vieron y luego estuvieron lo suficientemente cerca para oírlo. A última hora de la tarde, podrían haber bebido sus aguas, de haberlo querido. Cuatro estrellas eran visibles cuando descubrieron, no una barca para meter a Sethe de polizón, ni a un barquero dispuesto a llevar a una fugitiva, ni nada semejante… sino un bote para robar. Tenía un remo, montones de agujeros y dos nidos de pájaros.

—Allá vas, Lu. Jesús cuida de ti.

Sethe fijó la vista en un kilómetro de agua oscura, que tendría que abrir con un solo remo de un cacharro inútil, contra una corriente que desembocaba en el Mississippi a gran distancia. Le pareció un hogar; el bebé (que no estaba nada muerto) debió de pensar lo mismo. En cuanto Sethe se arrimó al río rompió sus propias aguas, que se mezclaron en el caudal. A la rotura de aguas siguió el redundante anuncio del alumbramiento, con un arqueo de su espalda.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Amy—. ¿No tienes nada de sesos en la cabeza? Interrumpe eso ahora mismo. He dicho basta, Lu. Eres lo más estúpido que he conocido en esta tierra. ¡Lu! ¡Lu!

Sethe no sabía adónde ir. Aguardó el dulce latido que seguía a la ráfaga de dolor. Otra vez de rodillas, se metió a rastras en el bote, que se contoneó bajo su peso; tuvo el tiempo justo para apuntalar sus pies metidos en sacos de hojas sobre el banco, cuando otro desgarrón le quitó el aliento. Jadeante bajo cuatro estrellas estivales, abrió las piernas sobre los costados porque llegaba la cabeza, le informó Amy, como si ella no lo supiera… como si el desgarrón fuese un estallido de troncos de nogal en el fuego, o un rayo mellado a través de un cielo curtido.

Estaba atascado. Boca arriba y ahogándose en la sangre de su madre. Amy dejó de llamar a Jesús y comenzó a maldecir a Su papa.

—¡Empuja!

—Tire —susurró Sethe.

Las manos fuertes y bondadosas trabajaron por cuarta vez, justo a tiempo, porque el agua del río que se filtraba por todos los agujeros se estaba extendiendo sobre las caderas de Sethe. Alargó un brazo hacia atrás y aferró el cabo mientras Amy cogía la cabeza. Cuando un pie se elevó del lecho del río y pateó el fondo del bote y el trasero de Sethe, la parturienta supo que todo había terminado y se permitió el lujo de un breve desmayo. Al volver en sí no oyó gritos, sino los alentadores arrullos de Amy. Pasó tanto tiempo sin que ocurriera nada que ambas creyeron que lo habían perdido. De repente Sethe se arqueó y salió disparada la placenta. Luego el bebé gimoteó y Sethe se atrevió a mirar. De su tripita colgaban cincuenta centímetros de cordón y se echó a temblar bajo el aire fresco del amanecer. Amy lo envolvió con su falda y las dos mujeres, húmedas y pegajosas, gatearon hasta la orilla para ver, en efecto, en qué había estado pensando Dios.

Las esporas de helechos azules que crecían en los huecos de la ribera flotaban hacia el agua en líneas azul plata difíciles de ver salvo de muy cerca, en el borde justo del agua con los renuevos bajos y escurridos. A menudo se confunden con insectos… pero son semillas en las que toda una generación duerme confiada en el futuro. Y por un instante es fácil creer que cada una lleva a otra… que se convertirá en todo lo que está contenido en la espora: sobrevivirá, tal como la naturaleza ha planeado. Este instante de certeza no dura más que eso; apenas un poco más, quizá, que la espora propiamente dicha.

A la vera de un río, con el fresco de un atardecer estival, dos mujeres se afanan con tesón bajo un haz azul plata. No esperan volver a verse en este mundo y en ese momento nada les importa menos. Pero allí, una noche de verano y rodeadas de helechos, juntas hicieron algo oportunamente y bien. Si un buscador de cabezas hubiese pasado por allí se habría frotado las manos al ver a dos desechos humanos, dos proscritas —una esclava y una blanca descalza, con el pelo suelto— envolviendo en los trapos que llevaban puestos a un bebé nacido diez minutos antes. Pero no pasó ningún buscador de cabezas ni ningún predicador. El agua se chupaba y se tragaba

a sí misma poco más abajo. Nada las perturbó en su faena, de modo que la hicieron oportunamente y bien.

Con el crepúsculo, Amy dijo que tenía que irse, que no quería que la cogieran a la luz del día con una fugitiva en un río concurrido. Después de lavarse las manos y la cara en el río, se incorporó y miró al bebé envuelto y atado al pecho de Sethe.

—Jamás sabrá quién soy. ¿Se lo dirás? ¿Le dirás quién la trajo a este mundo? —Levantó el mentón y miró hacia donde antes brillaba el sol—. Será mejor que se lo digas. ¿Me oyes? Dile que fue la señorita Amy Denver. De Boston.

Sethe sintió que caía en un sueño que, sabía, sería profundo. Un segundo antes de dormirse, pensó: «Es bonito. Denver. Muy bonito».

HABÍA llegado el momento de poner todo sobre el tapete. Antes de que Paul D apareciera sentado en los peldaños de su porche, las palabras susurradas en el cuarto de servicio le habían permitido ir tirando. La habían ayudado a soportar el fantasma castigador; a recomponer las caras de bebés de Howard y Buglar y mantenerlas íntegras en el mundo, porque en sus sueños sólo los veía por partes, en los árboles; y a mantener a su marido en penumbras pero ahí… en algún sitio. Ahora el rostro de Halle junto a la mantequera comenzó a hincharse cada vez más, llenándole los ojos y provocándole dolor de cabeza. Lamentó la ausencia de los dedos de Baby Suggs masajeándole la nuca al tiempo que le decía: «Déjalos, Sethe. La espada y el escudo. Déjalos. Déjalos. Deja ambas cosas. En la orilla del río. La espada y el escudo». Y bajo la presión de los dedos y la serena voz instructiva, los dejó. Uno a uno dejó sus pesados cuchillos de defensa contra la desgracia, la amargura, la pena y el dolor, en una orilla bajo la que corría precipitadamente el agua clara.

Nueve años sin los dedos y la voz de Baby Suggs era demasiado. Y las palabras murmuradas en el cuarto de servicio eran muy pocas. Dios no suavizó más de lo indispensable la cara de un hombre manchada de mantequilla, no le construyó una bóveda, no le tejió una manta. No le hizo ninguna ceremonia. Sethe decidió ir al Claro, donde Baby Suggs había bailado bajo los rayos del sol.

Antes de que el 124 y todos sus habitantes se clausuraran, recluyeran y encerraran, antes de convertirse en juguete de los espíritus y hogar de la cólera, el 124 había sido una casa alegre y animada en la que Baby Suggs, bendita sea, amaba, atendía, alimentaba, castigaba y consolaba. Donde no

uno sino dos guisos se hacían en el fogón, dónde la lámpara ardía toda la noche. Allí descansaban los forasteros mientras sus hijos se probaban zapatos. Allí se dejaban mensajes, pues sus destinatarios pasarían por el 124 en breve. Sólo se hablaba en voz baja y lo pertinente… porque Baby Suggs, bendita sea, no aprobaba la charlatanería. «Todo depende de cuánto se sabe», decía, y también «Lo bueno es saber cuándo parar».

Delante de *ese* 124 Sethe se apeó de un carro, con su recién nacida atada al pecho, y sintió por vez primera los amplios brazos de su suegra, que se había establecido en Cincinnati. La que decidió que toda una vida de esclavitud le había «reventado las piernas, la espalda, la cabeza, los ojos, las manos, los riñones, el vientre y la lengua», y por tanto para vivir sólo le quedaba el corazón… al que puso a trabajar de inmediato. Sin aceptar ningún título honorífico delante de su nombre, pero dando lugar a una especie de caricia detrás, se convirtió en una predicadora sin iglesia, que visitaba pulpitos y abría su enorme corazón a quienes lo necesitaban. En otoño e invierno lo llevaba a templos de metodistas y baptistas, santificadores y santificados, redentores y redimidos. Sin haber sido llamada, ni togada, ni ungida, abría su corazón en presencia de todos ellos. Con la llegada del buen tiempo, Baby Suggs, bendita sea, seguida por todos los hombres, mujeres y niños negros que llegaban, abría su inmenso corazón en el Claro… un vasto espacio despejado en las honduras del bosque, desbrozado nadie sabía para qué, en las lindes de una senda sólo conocida por los ciervos y por quienes habían trabajado el terreno. En la canícula de los sábados por la tarde, se sentaba en el Claro mientras la gente esperaba entre los árboles.

Después de instalarse en una enorme piedra chata, Baby Suggs agachaba la cabeza y oraba en silencio. Todos la observaban desde los árboles y sabían que estaba lista cuando soltaba el bastón.

—¡Que vengan los niños! —gritaba a continuación y éstos corrían desde los árboles hasta ella.

—Que vuestras madres os oigan reír —les decía y los árboles tintineaban.

Los adultos seguían mirando y no podían dejar de sonreír.

—Que vengan los hombres adultos —gritaba después.

Y los hombres adultos se acercaban, de uno en uno, desde los árboles tintineantes.

—Que vuestras mujeres y vuestros hijos os vean danzar —les decía, y la tierra vibraba bajo sus pies.

Por último llamaba a las mujeres.

—Llorad —les decía—. Por los vivos y por los muertos. Llorad.

Y sin cubrirse los ojos, las mujeres plañían.

Así empezaba: los niños reían, los hombres bailaban, las mujeres lloraban y luego todo se mezclaba. Las mujeres dejaban de llorar y danzaban, los hombres se sentaban y lloraban, los niños danzaban, las mujeres reían, los niños lloraban y todo seguía así hasta que, exhaustos, se tumbaban en la humedad del Claro para recuperar el aliento. En el silencio que seguía, Baby Suggs, bendita sea, les ofrecía su inmenso corazón.

No les decía que se purificaran ni que dejaran de pecar. No les decía que eran los bienaventurados de esta tierra, su mansedumbre ni su gloria.

Les decía que la única gracia con que contaban era aquella que fueran capaces de imaginar. Que si no la veían no la tendrían.

—En este lugar, carne somos —decía—. Carne que llora y ríe, carne que baila con los pies descalzos en la hierba. Amadla. Amadla intensamente. Más allá no aman vuestra carne, la desprecian. No aman vuestros ojos, quisieran arrancároslos. No aman la piel de vuestra espalda. Más allá la despellejan. Y oh, pueblo mío, no aman vuestras manos. Sólo las usan, las atan, las sujetan, las cortan y las dejan vacías. ¡Amad vuestras manos! Amadlas. Levantadlas y besadlas. Tocad a otros con ellas, unidlas con otras, acariciaos la cara con ellas, pues más allá tampoco aman vuestra cara. Vosotros tenéis que amarla, ¡vosotros! Y no, no aman vuestra boca. Más allá, la verán rota y volverán a romperla. No harán caso de lo que digáis con ella. No oirán lo que gritéis con ella. Os arrebatarán lo que le pongáis dentro para alimentar vuestro cuerpo y os darán sobras, no aman vuestra boca. Vosotros tenéis que amarla. Estoy hablando de la carne. Carne que es menester amar. Pies que necesitan descansar y danzar, espaldas que necesitan apoyo, hombros que necesitan brazos, brazos fuertes, os digo. Y oh, pueblo mío, allá, oídme bien, no aman vuestro cuello sin dogal y recto. De modo que habéis de amar vuestro cuello, cubrirlo con vuestra mano y

acariciarlo, mantenerlo erguido. Y vuestras entrañas, que preferirían echárselas a los cerdos, tenéis que amar vuestras entrañas. El hígado oscuro… amadlo, amadlo, y amad también vuestro apaleado y palpitante corazón. Más que los ojos o los pies. Más que los pulmones que nunca han respirado aire libre. Más que vuestro vientre que contiene la vida y más que vuestras partes dadoras de vida, oídme bien, amad vuestro corazón. Porque éste es el precio.

Sin agregar palabra, Baby Suggs se incorporaba y danzaba con su cadera torcida el resto de lo que a su corazón le quedaba por decir, mientras los demás abrían la boca y la llenaban de música. Largas notas mantenidas hasta que la armonía para cuatro voces era lo bastante perfecta para su carne profundamente amada.

Ahora Sethe deseaba estar en el Claro. Al menos para escuchar los espacios que los cánticos de antaño habían dejado atrás. En el mejor de los casos, para que la difunta madre de su marido le diera una pista en cuanto a qué debía hacer ahora con la espada y el escudo, Jesús mío, nueve años después de que Baby Suggs, bendita sea, diera pruebas de ser una embustera, desechara su inmenso corazón y se acostara en la cama del cuarto de servicio, levantándose sólo de vez en cuando por su hambre de colores y no por otra cosa.

—Esas cosas blancas se han llevado todo lo que he tenido o he soñado —decía— y también han roto las fibras de mi corazón. En el mundo no hay mala suerte sino blancos. —El 124 se cerró y se cargó con el veneno de su fantasma. Nunca más la lámpara encendida toda la noche, nunca más las visitas constantes de los vecinos. Ni las conversaciones en voz baja después de cenar. Ni ver cómo los chicos descalzos jugaban con los zapatos de los forasteros. Baby Suggs, bendita sea, creyó haber mentido. No existía la gracia imaginaria ni real, y ninguna danza a la luz del sol en el Claro podía modificar este hecho. Su fe, su amor, su imaginación y su inmenso y viejo corazón comenzaron a derrumbarse veintiocho días después de la llegada de su hija política.

Sin embargo, Sethe resolvió ir al Claro… para rendir homenaje a Halle. Antes de que cambiara la luz, mientras todavía era el bendito espacio verde

que recordaba: brumoso con el vapor de las plantas y la podredumbre de las bayas.

Se puso un chal y pidió a Denver y Beloved que hicieran lo mismo. Las tres partieron a última hora de una mañana de domingo. Sethe ocupó la delantera, las chicas iban trotando detrás; no había un alma a la vista.

Una vez en el bosque, no tardaron en encontrar el sendero que lo atravesaba, porque ahora se celebraban regularmente fiestas tradicionales, con mesas repletas de comida, banjos y una tienda, retomando costumbres heredadas. Ahora el viejo sendero era un camino, aunque mantenía su bóveda de castaños de Indias inclinados hacia la hierba.

Sethe no podía haber hecho nada distinto de lo que hizo, pero se culpaba del derrumbamiento de Baby Suggs. Por más que Baby siempre lo había negado, Sethe sabía que en el 124 la pena comenzó cuando ella se apeó del carro con su recién nacida atada al pecho y envuelta en la ropa interior de una chica blanca que se dirigía a Boston.

Seguida por las dos niñas, bajando un brillante pasillo verde de robles y castaños, Sethe empezó a sudar un sudor semejante a aquel que la acometió al despertar, cubierta de barro, en las márgenes del Ohio.

Amy había desaparecido. Sethe estaba sola y débil pero viva, lo mismo que su bebé. Anduvo un poco río abajo y luego se detuvo con la vista fija en el agua espejeante. Más tarde apareció ante sus ojos una chalana pero no logró distinguir si las figuras que la ocupaban eran blancas o no. Comenzó a sudar a causa de una fiebre que agradeció a Dios, pues sin duda abrigaría a su bebé. Cuando la chalana desapareció de la vista, avanzó a trompicones y de pronto se encontró cerca de tres personas de color que pescaban: dos chicos y un hombre mayor. Interrumpió sus pasos y esperó a que le dirigieran la palabra. Uno de los chicos la señaló y el viejo miró por encima de su hombro… una mirada fugaz, pues todo lo que necesitaba saber sobre ella lo vio al instante.

Durante un rato nadie abrió la boca. Luego el hombre dijo:

—¿Vas a cruzar?

—Sí, señor —respondió Sethe.

—¿Alguien sabe que vienes?

—Sí, señor.

El hombre volvió la mirada y señaló una piedra que asomaba por encima de él, como un reborde rocoso. Sethe fue y se sentó. La piedra había absorbido los rayos del sol pero no estaba tan caliente como Sethe. Demasiado cansada para moverse, permaneció allí, con el sol en los ojos, mareada. Sudó copiosamente y empapó al bebé con su sudor. Debió de dormirse sentada, porque cuando volvió a abrir los ojos el hombre estaba delante de ella, con un trozo de humeante anguila frita en la mano. Le resultó esforzado cogerlo, más aún olerlo, e imposible comerlo. Le rogó que le diera agua y el hombre la recogió en el Ohio con un jarro. Sethe apuró hasta la última gota y pidió más. Otra vez le retumbaba la cabeza pero se negó a creer que había recorrido tan largo camino y soportado tantas vicisitudes para morir en la orilla opuesta del río.

El hombre observó su cara chorreante y llamó a uno de los chicos.

—Quítate la chaqueta —le dijo.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

El chico se desprendió de la chaqueta, protestando:

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué me pongo ahora?

El hombre desató al bebé del pecho de Sethe y lo envolvió en la chaqueta del chico, atándole las mangas por delante.

—¿Qué me voy a poner ahora?

El viejo suspiró y después de una pausa le dijo:

—Si quieres recuperarla, quítasela a ese bebé. Déjalo desnudo sobre la hierba y vuelve a ponerte la chaqueta. Si eres capaz de hacerlo, vete de aquí y no vuelvas.

El chico bajó la vista y fue a reunirse con su compañero. Con la anguila en la mano y el bebé a sus pies, Sethe cabeceó, con la boca seca y sudorosa. Al llegar la tarde el viejo le tocó el hombro.

Contrariamente a lo que Sethe esperaba, fueron río arriba, alejándose del bote de remos que Amy había encontrado. Cuando pensó que el hombre la estaba devolviendo a Kentucky, éste viró la chalana y cruzó el Ohio a la velocidad del rayo. Una vez allí la ayudó a trepar por la orilla empinada, mientras el chico sin chaqueta llevaba al bebé que la usaba. El hombre la

condujo hasta una choza cubierta de malezas y con el suelo completamente vencido.

—Espera aquí. Alguien vendrá de inmediato. No te muevas. Te encontrarán.

—Gracias —dijo Sethe—. Ojalá supiera su nombre para recordarlo.

—Me llamo Stamp —dijo—. Stamp Paid [4]. Cuida a ese bebé, ¿me oyes?

—Le oigo, le oigo —dijo, pero no le oía.

Horas después, apareció una mujer sin que la oyera llegar. Una mujer baja, joven y con un saco, que la saludó.

—Vi la señal hace un rato —dijo—, pero no pude llegar antes.

—¿Qué señal? —preguntó Sethe.

—Stamp deja abierta la pocilga cuando hay un cruce. Y ata un trapo blanco en el poste si también hay un niño. —Se arrodilló y vació el saco—. Me llamo Ella —dijo, al tiempo que cogía del saco una manta de lana, paño de algodón, dos boniatos asados y un par de zapatos de hombre—. John, mi marido, está lejos. ¿Adónde te encaminas?

Sethe le habló de Baby Suggs, con quien había enviado anteriormente a sus tres hijos.

Ella rodeó el ombligo del bebé con una franja de paño, atenta a los intersticios: las cosas que los fugitivos no contaban, las preguntas que no hacían. También atenta a la gente anónima, no mencionada, que había quedado atrás. Sacudió la arenilla de los zapatos de hombre e intentó meter dentro los pies de Sethe. No hubo forma. Apenadas, los abrieron a la altura del tobillo, lamentando estropear un objeto tan valioso. Sethe se puso la chaqueta del chico, sin atreverse a preguntar si había noticias de sus hijos.

—Llegaron —dijo Ella—. Stamp cruzó a algunos de aquella partida. Los dejó en Bluestone. No es lejos.

Sethe no sabía qué hacer, desbordante de agradecimiento, y lo único que se le ocurrió fue pelar un boniato, comerlo, eructar y seguir comiendo a modo de callada celebración.

—Se alegrarán de verte —dijo Ella—. ¿Cuándo nació ésta?

—Ayer. —Sethe se secó el sudor del mentón—. Espero que viva.

Ella estudió la menuda cara sucia que asomaba de la manta de lana y meneó la cabeza.

—Es difícil saberlo. Si alguien me lo preguntara, yo diría: No ames nada. —A continuación, como si quisiera quitarle hierro a sus palabras, sonrió a Sethe—. ¿Tuviste sola a este bebé?

—No. Me ayudó una chica blanca.

—Entonces más vale que emprendamos la marcha.

Baby Suggs la besó en la boca y se negó a dejarle ver a sus hijos. Estaban dormidos, dijo, y Sethe tenía muy mal aspecto para despertarlos de noche. Cogió a la recién nacida y se la entregó a una joven con cofia, advirtiéndole que no le limpiara los ojos hasta tener orina de la madre.

—¿Ya ha llorado? —preguntó Baby.

—Un poco.

—Tendrá tiempo. Ahora pongamos bien a su madre.

Llevó a Sethe al cuarto de servicio y a la luz de una lámpara de alcohol la bañó por sectores, empezando por la cara. Luego, mientras esperaba otra olla con agua caliente, se sentó a su lado para coser un paño de algodón gris. Sethe dormitaba y despertó cuando le lavó las manos y los brazos. Después de lavar cada parte, Baby la cubrió con una colcha y puso otra olla con agua en el fogón. Rompió sábanas, cosió el algodón gris, vigiló a la mujer con cofia que atendía al bebé y le gritó que cocinara.

Cuando acabó con las piernas de Sethe, Baby miró sus pies y se los secó ligeramente. Le limpió la cara interna de los muslos usando dos ollas de agua caliente y luego le envolvió el vientre y la entrepierna con sábanas. Por último se decidió a abordar los pies irreconocibles.

—¿Sientes esto?

—¿Si siento qué? —preguntó Sethe.

—Nada. Incorpórate. —Ayudó a Sethe a llegar a una mecedora e introdujo sus pies en un cubo con agua salada y enebro.

Sethe pasó el resto de la noche con los pies en remojo. Baby ablandó la costra de sus pezones con grasa y luego los lavó. Al amanecer, el bebé despertó y tomó la teta de su madre.

—Ruega a Dios que no se haya puesto mala —le dijo Baby Suggs—. Cuando termines, llámame.

Al volverse para salir, Baby Suggs vislumbró algo oscuro en la sábana de la cama. Frunció el entrecejo y miró a su nuera, inclinada hacia el bebé. Rosas de sangre florecían en la manta que cubría los hombros de Sethe. Baby Suggs se tapó la boca con la mano para sofocar un grito. Cuando la recién nacida terminó de mamar y se durmió —los ojos entornados, la lengua chupando en sueños—, sin pronunciar palabra la anciana engrasó la espalda florecida y sujetó un paño grueso al interior del vestido que acababa de coser.

Todavía no era real. Todavía no. Pero cuando sus chicos adormilados y la niñita (¿ya gateaba?) entraron, dejó de importarle que fuese real o no. Sethe permaneció en la cama, debajo, alrededor, encima y entre ellos, pero especialmente con ellos. La pequeña babeó en su cara y la risa de deleite de Sethe fue tan audible que la niñita (¿ya gateaba?) parpadeó. Buglar y Howard juguetearon con sus horribles pies, después de retarse mutuamente a tocarlos. Sethe no dejó de besarlos. Les besó el cuello, la coronilla y las palmas de las manos, y fueron ellos quienes decidieron que ya estaba bien cuando les levantó las camisas para besarles la barriga. Sólo paró cuando dijeron, y precisamente porque lo dijeron:

—¿Vino papaíto?

No lloró. Dijo «pronto» y sonrió, para que creyeran que el brillo de sus ojos sólo contenía amor. Dejó pasar un rato antes de permitir que Baby Suggs los sacara de allí para que ella pudiera ponerse el vestido de algodón gris que su suegra había empezado a coser la noche anterior. Finalmente se apoyó en la espalda y meció entre sus brazos a la niñita (¿ya gateaba?). Sostuvo el pezón izquierdo entre dos dedos de la mano derecha y la criatura abrió la boca. Pezón y boca se unieron.

Baby Suggs entró y se rio de ella y le contó lo fuerte que era la niñita, lo lista que se mostraba… y le informó de que ya gateaba. Después se agachó para recoger el bulto de trapos que había sido la vestimenta de Sethe.

—No vale la pena rescatar nada de aquí —dijo.

Sethe levantó la vista.

—Espera —la llamó—. Fíjate si todavía hay algo atado en las enaguas.

Baby Suggs revisó la tela estropeada con los dedos y tropezó con algo que parecían guijos. Se los mostró a Sethe.

—¿Regalo de despedida?

—Regalo de boda.

—Serían bonitos si hubiera un novio. —Se miró la mano—. ¿Qué crees que le habrá ocurrido?

—No sé —dijo Sethe—. No estaba donde dijo que debía encontrarme con él. Tuve que irme. Tenía que hacerlo. —Sethe observó un momento los ojos adormilados de la niña que mamaba y luego miró a Baby Suggs a la cara—. Lo logrará. Si yo llegué, Halle lo logrará.

—Bien, póntelos. Tal vez iluminen su camino. —Convencida de que su hijo estaba muerto, entregó los cristales a Sethe.

—No tengo agujeros en las orejas.

—Yo te los haré —dijo Baby Suggs—. Pronto los tendrás.

Sethe hizo sonar los pendientes para entretener a la criatura (¡ya gateaba!), que tendió varias veces la mano para cogerlos.

En el Claro, Sethe encontró la piedra donde se instalaba Baby para predicar y rememoró el olor a hojas calientes bajo el sol, los pies atronadores y los gritos que arrancaban vainas de las ramas de los castaños. Es que con el corazón de Baby al cuidado de todos, la gente se desfogaba.

Sethe había disfrutado veintiocho días —el trayecto de una luna— de vida en libertad. Desde el hilillo de saliva diáfana y pura que la niñita había babeado en su cara hasta la sangre oleosa habían transcurrido veintiocho días. Días de curación, alivio y verdadera conversación. Días de compañía: conoció los nombres de cuarenta o cincuenta negros, sus opiniones y costumbres, dónde habían estado y qué habían hecho; sintió sus alegrías y pesares con los propios. Uno le enseñó el abecedario, con otra aprendió a coser. Y todos le enseñaron lo que se sentía al despertar al alba y *decidir* qué hacer durante el día. Así logró sobrellevar la espera de Halle. Paulatinamente, en el 124 y en el Claro, con los demás aprendió a poseerse. Ser libre era una cosa, pero reivindicar la propiedad de esa libertad era harina de otro costal.

Ahora se sentó en la piedra de Baby Suggs, con Denver y Beloved mirándola desde los árboles. Nunca llegará el día en que Halle llame a la puerta, pensó. No saber era terrible, pero saberlo era mucho peor.

Sólo los dedos, pensó. Déjame volver a sentir tus dedos en la nuca y encontraré la salida de este camino sin salida. Sethe inclinó la cabeza y… los dedos se posaron allí. Más ligeros, apenas el roce de una pluma, pero inconfundiblemente dedos acariciadores. Tuvo que relajarse un poco para permitirles hacer su tarea, tan ligero era el tacto, casi infantil, más un beso que un masaje. Pero agradeció el esfuerzo de esos dedos: el amor a distancia de Baby Suggs era idéntico a cualquier amor de piel que hubiese conocido. El deseo, para no hablar del gesto, de satisfacer sus necesidades fue lo bastante bueno para levantar su ánimo hasta el sitio desde el que podría dar el próximo paso: pedir una palabra esclarecedora, algún consejo sobre la forma de arreglárselas con un cerebro sediento de noticias con las que nadie podía vivir en un mundo feliz de darlas.

Sabía que Paul D estaba agregando algo a su vida… algo con lo que quería contar aunque al mismo tiempo la asustaba. Ahora había añadido algo más: nuevas imágenes y viejas remembranzas que hicieron trizas su corazón. El vacío de no saber nada de Halle… un espacio a veces coloreado por el justo resentimiento ante lo que podía haber sido su cobardía, o estupidez o mala suerte, ese vacío sin noticias concretas comenzó a llenarse con una nueva tristeza y nadie podía saber cuántas le esperaban aún. Años atrás —cuando el 124 estaba vivo— tenía amigas y amigos en las cercanías, para compartir la pena. Después no hubo nadie, pues nadie la visitó mientras el bebé fantasma ocupaba la casa, y ella respondió a su desaprobación con el intenso orgullo de los maltratados. Pero ahora tenía con quién compartirlo y él había alejado al espíritu el mismo día que entró en la casa y desde ese momento no hubo más señales. Una bendición, aunque puso en su lugar otra clase de aparición: la cara de Halle manchada de mantequilla y también de cuajo, su propia boca atascada con hierro… y sabe Dios qué más podía contarle si quisiera. Los dedos que tocaban su cuello eran más fuertes ahora, el golpeteo más audaz, como si Baby Suggs estuviese juntando coraje. Los pulgares en la nuca y los demás dedos apretando los costados. Con más fuerza, cada vez con más fuerza, los dedos

avanzaron lentamente hacia la tráquea, formando pequeños círculos. Sethe se sintió más sorprendida que asustada al descubrir que la estaban estrangulando. O eso parecía. Sea como fuere, los dedos de Baby Suggs la sujetaban de manera tal que no podía respirar. Tambaleándose hacia delante en el asiento de piedra, aferró unas manos que no estaban allí. Pataleaba cuando Denver llegó a su lado, seguida por Beloved.

—¡Ma! ¡Ma! —gritó Denver—. ¡Mami! —chilló y la tumbó de espaldas.

Los dedos abandonaron y Sethe tuvo que tragar enormes bocanadas de aire antes de reconocer la cara de su hija al lado de la suya y la de Beloved más arriba.

—¿Estás bien?

—Alguien me asfixió —dijo Sethe.

—¿Quién?

Sethe se frotó el cuello e hizo un esfuerzo por sentarse.

—Grandma Baby, creo. Le pedí que me frotara el cuello como solía hacer, y comenzó a darme unos masajes finos, pero sospecho que después se volvió loca.

—Ella nunca te haría algo así, ma. ¿Grandma Baby? No, no.

—Ayúdame a levantarme.

—Mira. —Beloved señaló el cuello de Sethe.

—¿Qué ves? —preguntó Sethe.

—Magulladuras —dijo Denver.

—¿En mi cuello?

—Aquí —dijo Beloved—. Aquí, aquí y también aquí. —Alargó la mano y tocó las huellas más oscuras que la oscura garganta de Sethe. Sus dedos estaban helados.

—Eso no sirve de nada —dijo Denver, pero Beloved ya estaba inclinada y golpeteaba con las dos manos la piel húmeda con el tacto de la gamuza y el aspecto del tafetán.

Sethe gimió. Los dedos de la chica eran frescos y sabios. La anudada e inestable vida interior de Sethe cedió un poco suavizada, y tuvo la impresión de que el vislumbre de felicidad percibido en las sombras que iban tomadas de la mano camino de la feria era una probabilidad… sí

lograba asimilar las noticias que traía Paul D y las que se reservaba. Sólo asimilarlas. Sin quebrarse, caer o llorar cada vez que veía ante sí una imagen horrenda. Sin adquirir ningún tipo de locura permanente como la amiga de Baby Suggs, una joven con cofia cuya comida estaba llena de lágrimas. Como la tía Phyllis, que dormía con los ojos abiertos. Como Jackson Till, que dormía debajo de la cama. Lo único que ella quería era salir adelante. Como siempre había hecho. Sola con su hija en una casa hechizada se las había arreglado bien. ¿Y por qué ahora con Paul D en lugar del fantasma, se estaba derrumbando, asustando, necesitando a Baby Suggs? Lo peor había pasado, ¿no? Ya lo había superado, ¿no? Con el fantasma en el 124 había soportado, hecho y resuelto cualquier cosa. Ahora había bastado un indicio de lo ocurrido a Halle para angustiarla como a un conejito que no encuentra a su madre.

Los dedos de Beloved eran celestiales. Por debajo y recuperando la respiración normal, la angustia se fue apagando. Sethe se sintió penetrada por la paz que había ido a buscar allí.

Debemos hacernos una imagen, pensó, y cerrar los ojos para verla: las tres mujeres en medio del Claro, al pie de la roca donde Baby Suggs, bendita sea, había amado. Una sentada, ofreciendo su garganta a las benevolentes manos de una de las dos que estaban arrodilladas delante.

Denver observó las caras de las otras dos. Beloved estudió el trabajo que realizaban sus pulgares y debió de gustarle lo que vio, porque se inclinó hacia delante y besó la ternura del mentón de Sethe.

Permanecieron un rato así, porque ni Denver ni Sethe supieron cómo modificar la situación: cómo interrumpir y no amar la mirada o la sensación de los labios que seguían besando. Luego Sethe cogió a Beloved de los cabellos y, parpadeando rápidamente, se separó. Después creyó que debido a que el aliento de la chica era exactamente igual a la leche fresca, le dijo ceñuda y con tono severo:

—Ya eres grande para eso.

Miró a Denver y, al ver que el pánico estaba a punto de convertirse en algo más, se incorporó deprisa, descomponiendo el cuadro.

—¡Vamos! ¡Arriba! —Sethe hizo señas a las chicas para que se levantaran.

Al abandonar el Claro parecían las mismas que habían llegado: Sethe a la cabeza, las chicas un poco más atrás. Las tres en silencio como antes, pero con una diferencia. Sethe estaba incómoda, no a causa del beso, sino porque inmediatamente antes, cuando se sentía tan bien dejando que Beloved le hiciera masajes para aliviar el dolor, los dedos que estaba amando y los que la habían calmado antes de estrangularla, le recordaron algo que ahora se le escapaba. Pero algo era seguro: Baby Suggs no la había asfixiado como al principio pensó. Denver tenía razón y andando bajo la luz de encaje de los árboles, ahora con la cabeza despejada —fuera del encanto del Claro—, Sethe recordó el tacto de esos dedos que conocía mejor que los propios. La habían bañado por zonas, le habían envuelto el vientre, la habían peinado, engrasado sus pezones, cosido sus ropas, limpiado sus pies, untado la espalda y abandonado todo lo que tenían entre manos para masajearle la nuca cuando, especialmente los primeros días, se desanimó bajo el peso de las cosas que recordaba y las que no: Maestro escribiendo con tinta que ella misma había preparado mientras sus sobrinos se aprovechaban de ella; la expresión de la mujer con sombrero de fieltro cuando se levantó para tenderse en el campo. Si pusiesen a su alrededor todas las manos del mundo, reconocería las de Baby Suggs, así como reconocería las bondadosas manos de la chica blanca que buscaba terciopelo. Pero durante dieciocho años había vivido en una casa plagada de contactos del más allá. Y los pulgares que apretaron su garganta eran los mismos. Tal vez se había trasladado allí. Después de ser expulsado del 124 por Paul D, el fantasma se refugió en el Claro. Razonable, pensó. Ahora no le extrañaba haberse llevado consigo a Denver y a Beloved… En principio le pareció un impulso, con un vago deseo de protección. Y las chicas la habían salvado, Beloved con tanta agitación que se comportó como una cría de dos años.

Así como un leve olor a quemado desaparece cuando se apaga el fuego o cuando se abre la ventana para que entre la brisa, se disipó la sospecha de que el tacto de esa niña era exactamente igual al del bebé fantasma. De todos modos, sólo fue una pequeña perturbación… no tan fuerte como para distraerla de la ambición que ahora crecía en ella: deseaba a Paul D. Al margen de lo que él dijera y supiera, deseaba tenerlo en su vida. En

realidad, más que para homenajear a Halle, había ido al Claro a dilucidar esta cuestión, que ahora estaba dilucidada. Confianza y recuerdos, sí, tal como ella pensó que podía hacer cuando él la abrazó delante del fogón. Todo su peso y todos sus ángulos, el vello de su cuerpo, la espalda arqueada, las manos conocedoras. Sus ojos expectantes y su tremenda energía humana. La mente que conocía la suya. Su historia era soportable porque también era la de él… se podía contar, pulir y volver a contar. Las cosas que ninguno de los dos sabía sobre el otro —las cosas que ninguno de los dos sabía expresar en palabras—, bien, esas cosas llegarían con el tiempo: adonde le habían llevado a chupar hierro, la muerte perfecta de su niñita (¿ya gateaba?).

Quería volver deprisa. Poner a aquellas chicas ociosas a hacer alguna tarea que ocupara sus mentes. Avanzando precipitadamente por el pasillo verde, ahora más fresco porque no le daba el sol, se le ocurrió que las dos se parecían como hermanas. Su obediencia y absoluta fiabilidad la llenaron de sorpresa. Sethe entendía a Denver. La soledad la había vuelto reservada. Años de apariciones la habían embotado de manera increíble y también la habían agudizado increíblemente. La consecuencia era una hija tímida pero testaruda por cuya protección Sethe estaba dispuesta a morir. De la otra, Beloved, sabía menos, nada… excepto que no había nada que no fuese capaz de hacer por ella y que Denver gozaba de su compañía tanto como Beloved de la de Denver. Ahora creyó conocer el motivo. Compartían sus sentimientos de manera armoniosa. Cada una de ellas tomaba encantada lo que la otra le ofrecía. Se colgaron de los árboles que bordeaban el Claro, se acercaron corriendo, con gritos y besos, cuando Sethe se ahogó… de alguna manera así logró explicárselo a sí misma, pues no notó rivalidad entre ambas ni dominio de la una sobre la otra. Ahora iba pensando en la cena que quería prepararle a Paul D —algo difícil de pensar— para el lanzamiento de su vida nueva y fuerte con un hombre tierno. Las patatas pequeñas muy doradas y con mucha pimienta, brotes de alubias sazonadas con cortezas, calabaza amarilla condimentada con vinagre y azúcar. Tal vez granos de maíz frito con cebollas tiernas y mantequilla. Pan levado, incluso. Su mente, que registró toda la cocina antes de llegar, estaba tan ocupada con su ofrenda, que no vio de inmediato, en el espacio de abajo de la escalera

blanca, la tina de madera y a Paul D sentado dentro. Pero le bastó verlo para sonreírle, y él le devolvió la sonrisa.

—Parece que se acabó el verano —dijo ella.

—Ven aquí.

—Ejem… las chicas vienen detrás.

—Yo no oigo a nadie.

—Paul D, tengo que cocinar.

—Yo también. —Paul D se incorporó y la obligó a quedarse mientras la abrazaba.

El vestido de Sethe se empapó con el agua del cuerpo de su hombre. La mandíbula de él le rozaba la oreja. El mentón de Sethe tocaba el hombro de Paul D.

—¿Qué vas a cocinar?

—Estuve pensando en unos brotes de alubias.

—Oh, sí.

—¿Frío un poco de maíz?

—Sí.

No existía la menor duda: lo lograría. Como el día que ella misma llegó al 124: tenía leche para todos.

Beloved entró por la puerta y tendrían que haberla oído, pero no la oyeron.

Jadeaban y murmuraban, jadeaban y murmuraban. En cambio Beloved los oyó en cuanto la puerta se cerró a sus espaldas. Pegó un salto por el portazo y giró la cabeza hacia los susurros que llegaban desde atrás de la escalera blanca. Dio un paso y sintió ganas de llorar. Y estuvo a punto de hacerlo. Era mucho mejor que la ira que la dominaba cuando Sethe hacía o pensaba algo que la excluía. Soportaba las horas —nueve o diez cada día menos uno— en que Sethe no estaba. Soportaba incluso las noches, en que estaba cerca pero fuera del alcance de la vista, detrás de las paredes y puertas, tendida al lado de él. Pero ahora… hasta las horas diurnas con que Beloved contaba, con las que se había obligado a contentarse, se veían reducidas, divididas por la disposición de Sethe a prestar atención a otras cosas. Sobre todo a él. A él, que le decía algo y la hacía salir corriendo al

monte para hablar consigo misma en una piedra. A él, que la mantenía oculta de noche, detrás de una puerta. A él, que ahora la retenía y le susurraba detrás de la escalera después que Beloved le había salvado el cuello y ahora entraba para poner su mano en la de esa mujer.

Beloved giró sobre sus talones y se largó. Denver no había llegado o estaba esperando afuera. Beloved salió a buscarla, deteniéndose para observar un cardenal que daba saltitos de rama en rama. Siguió el punto rojo que se movía entre las hojas hasta perderlo pero siguió andando hacia delante, hacia atrás, todavía con ansias de volver a verlo.

Finalmente giró y corrió por la arboleda hasta el riachuelo. De pie en la orilla, contempló su reflejo. Cuando la cara de Denver se unió a la suya, las dos se observaron mutuamente en el agua.

—Fuiste tú, te vi —dijo Denver.

—¿Qué?

—Vi tu expresión. Tú la quisiste asfixiar.

—No fui yo.

—Me dijiste que la querías.

—Yo la curé, ¿verdad? ¿Acaso no la curé?

—Después. Después de acogotarla.

—Le besé el cuello, no se lo estrangulé. El círculo de hierro la asfixió.

—Te vi. —Denver apretó el brazo de Beloved.

—Vete con tiento, chica —le advirtió Beloved, soltó el brazo de un tirón y corrió a toda la velocidad que le permitían las piernas junto al riachuelo que murmuraba al otro lado del bosque.

Una vez sola, Denver se preguntó si no estaría equivocada. De hecho, ella y Beloved estaban en la arboleda, susurrando, mientras Sethe permanecía sentada en la piedra. Denver sabía que el Claro solía ser el lugar donde predicaba Baby Suggs, pero aquello ocurría cuando ella apenas era un bebé. Pero nunca había estado allí personalmente como para recordarlo. El 124 y el descampado de atrás era todo el mundo que conocía y que necesitaba o deseaba.

En una época había conocido y querido conocer más. Había recorrido el sendero que llevaba a otra casa de verdad. Se había quedado escuchando por la ventana. Lo hizo cuatro veces por su cuenta… escapaba del 124 por

la tarde, cuando su madre y su abuela tenían la guardia baja, antes de cenar y después de las faenas; la hora en blanco antes de pasar a las ocupaciones vespertinas. Denver se alejaba buscando la casa que visitaban otros niños pero no ella. Cuando la halló, se cohibió demasiado para entrar por la puerta, de modo que se quedó espiando por la ventana. Lady Jones ocupaba una silla de respaldo recto y había varios niños sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, de cara a ella. Lady Jones tenía un libro. Los niños tenían pizarras. Lady Jones dijo algo en voz demasiado baja y Denver no pudo oírla. Los niños repitieron las palabras de Lady Jones. Cuatro veces fue Denver a espiar. La quinta, Lady Jones la pescó y dijo:

—Pasa por la puerta, Denver. Esto no es una feria de atracciones.

Así, casi todo un año gozó de la compañía de sus iguales, y con ellos aprendió a escribir y a contar. Tenía siete años y esas dos horas de la tarde eran preciosas para ella. Sobre todo porque lo había hecho por cuenta propia, y le agradó y sorprendió el agrado y la sorpresa que provocó en su madre y sus hermanos. Por una moneda de cinco centavos al mes Lady Jones hacía lo que los blancos consideraban innecesario si no ilegal: abarrotaba su pequeño salón con niños de color que se interesaban por el aprendizaje y tenían tiempo para dedicarle. La moneda, atada con un nudo en un pañuelo que llevaba sujeto al cinturón, y que entregaba a Lady Jones, le emocionaba. También le emocionaba manejar expertamente la tiza evitando que chirriara, la D mayúscula, la i minúscula, la belleza de las letras de su nombre, las oraciones tristes de la Biblia que Lady Jones usaba como texto. Denver practicaba todas las mañanas y descollaba por las tardes. Era tan feliz que ni siquiera se dio cuenta de que sus compañeros de clase la esquivaban… que ponían excusas y alteraban el ritmo de su paso para no caminar con ella. Fue Nelson Lord —el niño que era tan inteligente como ella— quien puso punto final, quien le hizo una pregunta acerca de su madre que dejó fuera de su alcance para siempre la tiza, la i minúscula y el resto de lo que contenían esas tardes. Cuando Nelson la planteó tendría que haberse reído o haberlo empujado, pero no había maldad en su cara ni en su voz. Sólo curiosidad. Pero lo que brotó en ella cuando él le hizo esa pregunta, fue algo que todo el tiempo había estado latente.

Nunca volvió. El segundo día, Sethe le preguntó por qué no iba a casa de Lady Jones. Denver no contestó. Tenía miedo de hacerle a sus hermanos o a cualquier otra persona la pregunta de Nelson Lord, porque alrededor de lo que había brotado en su interior se estaban formando ciertos sentimientos extraños y aterradores acerca de su madre. Más adelante, después de la muerte de Baby Suggs, no le extrañó que Howard y Buglar se largaran. No estuvo de acuerdo con Sethe en que se hubieran marchado a causa del fantasma. En tal caso, ¿por qué tardaron tanto? Habían vivido con el fantasma tanto tiempo como ella. Pero si lo de Nelson Lord era correcto… no tenía nada de raro que siempre estuvieran malhumorados y alejados de la casa el mayor tiempo posible.

Entre tanto, los sueños monstruosos e incontrolables sobre Sethe hallaron alivio en la concentración que Denver comenzó a dedicar al bebé fantasma. Antes de la pregunta de Nelson Lord, apenas se había interesado por sus travesuras. La paciencia de su madre y de su abuela habían hecho que le fuera indiferente. Después empezó a irritarla, a agotarla con sus diabluras. Fue entonces cuando siguió a los niños que iban a la casa-escuela de Lady Jones. Ahora, el fantasma contenía toda la ira, el amor y el temor con los que Denver no sabía qué hacer. Y cuando reunió el coraje suficiente para repetir la pregunta de Nelson Lord, no supo oír la respuesta de Sethe, ni las palabras de Baby Suggs, ni nada a partir de ese momento. Durante dos años anduvo en un silencio demasiado sólido para ser penetrado, pero que dotó a sus ojos de un poder que hasta a ella le resultaba increíble. Era capaz de ver las narices negras de un gorrión posado en una rama dieciocho metros por encima de su cabeza, por ejemplo. En dos años no oyó nada, hasta que escuchó que un trueno trepaba por la escalera. Baby Suggs pensó que era Here Boy pisoteando lugares por los que nunca iba. Sethe creyó que eran los chicos jugando con la pelota de goma, haciéndola rebotar en la escalera.

—¿Ese maldito perro se ha vuelto loco? —vociferó Baby Suggs.

—Está en el porche —replicó Sethe—. Tú misma puedes verlo.

—¿Entonces qué es eso que oigo?

Sethe golpeó la tapa del fogón.

—¡Buglar! ¡Buglar! ¡Os he dicho mil veces que no juguéis dentro con la pelota! —Paseó la vista por la escalera blanca y vio a Denver en lo alto.

—Ella intentaba subir.

—¿Qué dices? —El trapo que había usado para tocar la tapa del fogón era un bollo en la mano de Sethe.

—La niña —dijo Denver—. ¿No la oíste gatear?

El problema consistía en qué abordar primero: que Denver oyera o que la niña (¿ya gateaba?) siguiera manifestándose, con más ahínco que antes. La recuperación del sentido del oído por parte de Denver, cerrado por una respuesta que no soportó oír y abierto por el sonido de su difunta hermana tratando de subir la escalera, marcó otro giro en la vida de los moradores del 124. A partir de entonces, la aparición estuvo cargada de maldad. En lugar de suspiros y accidentes, había ultrajes señalados y deliberados. Buglar y Howard se enfurecían en compañía de las mujeres de la casa y pasaban en hosco resentimiento todo el tiempo que no estaban en su trabajo ocasional de acarrear agua y forraje en los establos. Hasta que la maldad se volvió tan personal que los echó, Baby Suggs se hartó, se metió en la cama y permaneció allí hasta que su viejo e inmenso corazón se dio por vencido. Salvo el pedido de algún color, cultivó el mutismo… hasta la tarde del último día de su vida, en que se levantó de la cama, fue lentamente hasta la puerta del cuarto de servicio y anunció a Sethe y a Denver la lección que había aprendido en sesenta años de esclavitud y diez de libertad: en el mundo no había mala suerte sino blancos.

—No saben cuándo parar —dijo, volvió a la cama, se arropó con la colcha y les legó ese pensamiento para toda la vida.

Poco tiempo después, Sethe y Denver trataron de invocar al bebé fantasma y razonar, pero no consiguieron nada. Fue necesario que llegara un hombre, Paul D, para ahuyentarlo y ocupar su lugar. Y con o sin feria, Denver prefería al malvado bebé antes que a él. Los primeros días después de la llegada de Paul D, Denver permanecía en su recinto esmeralda todo el tiempo que podía, solitaria como una montaña y casi del mismo tamaño, pensando que todos tenían a alguien menos ella, pensando que se le había negado incluso la compañía de un fantasma. De modo que cuando vio el vestido negro con dos zapatos desatados debajo, se estremeció en secreto

agradecimiento. Cualquiera que fuese su poder y lo usara como lo usase, Beloved era suya. Denver se alarmó por el daño que, creía, Beloved planeaba para Sethe, pero se sintió impotente para desbaratarlo, tan ilimitada era su necesidad de amar a alguien. Lo que había presenciado en el Claro la avergonzaba, porque la elección entre Sethe y Beloved no significó ningún conflicto.

Camino del riachuelo, más allá de su recinto verde, se permitió preguntarse qué ocurriría si Beloved decidía realmente estrangular a su madre. ¿Dejaría que sucediera? Asesinato, había dicho Nelson Lord: «¿A tu mamá no la encerraron por asesinato? ¿No estuviste tú con ella en el encierro?».

Fue la segunda pregunta la que le impidió durante tanto tiempo hacerle a Sethe la primera. Lo que brotó en su interior permanecía allí enroscado: una oscuridad, una piedra, otra cosa que se movía sola. Ensordeció para no oír la respuesta y, como las florecillas de dondiego que buscaban abiertamente la luz del sol y se cerraban sobre sí mismas cuando el astro rey desaparecía, Denver permanecía al acecho del bebé y ajena a todo lo demás. Hasta que llegó Paul D. Pero el daño que éste le hizo fue reparado por la milagrosa resurrección de Beloved.

Adelante, en la orilla del riachuelo, Denver divisó su silueta, de pie y descalza al borde del agua, levantándose las faldas negras por encima de las pantorrillas y la hermosa cabeza gacha, ensimismada.

Denver se aproximó a ella parpadeando lágrimas… ansiosa de una palabra, de una señal de indulgencia.

Denver se quitó los zapatos y se metió en el agua con ella. Le llevó un rato apartar la mirada del espectáculo que era la cabeza de Beloved para ver qué era lo que ésta contemplaba.

Una tortuga que avanzaba paso a paso por el borde, se volvió y trepó a terreno seco. No muy atrás iba otra, en la misma dirección. Cuatro placas palmeadas y en posición, bajo un cuenco inmóvil. Detrás, en la hierba, la otra avanzaba velozmente, para montarla. El macho se unió a la hembra, con su fuerza invulnerable. Los pescuezos abrazados… el de ella estirado hacia el de él inclinado, el ligero golpeteo del toque de sus cabezas. No había altura superior a la del ansioso pescuezo de la hembra, estirado como

un dedo hacia el macho, arriesgando todo el cuerpo fuera del cuenco sólo para tocarle el hocico. La gravedad de sus escudos al chocar contradecía la flojera flotante del contacto de sus cabezas.

Beloved dejó caer los pliegues de su falda, que se extendieron a su alrededor. El dobladillo se oscureció con el agua.

FUERA del alcance de la vista de Mister y una vez bien lejos, alabado sea Su nombre, del sonriente cacique de los gallos, Paul D se echó a temblar. Pero no con todo el cuerpo ni de manera tal que alguien pudiera notarlo. Al volver la cabeza para dedicar una última mirada a Hermano, la giró tanto como se lo permitió la cuerda que unía su cuello al eje de un carretón de cuatro ruedas. Después, cuando le sujetaron los grilletes alrededor de los tobillos y le esposaron las muñecas, no había señales exteriores de su temblor. Ni dieciocho días más tarde, cuando vio las zanjas, los trescientos metros de tierra… de metro y medio de profundidad por metro y medio de ancho, donde habían dispuesto las cajas de madera. Una puerta de barrotes que se levantaba sobre bisagras, como una jaula, daba a tres paredes y un techo de recortes de madera y tierra colorada. Sesenta centímetros de estos materiales sobre su cabeza y noventa de trinchera abierta delante, donde todo lo que se arrastraba o escabullía era bienvenido a compartir la tumba que llamaban alojamiento. Había otros cuarenta y cinco como él. Lo enviaron allí después de que intentara matar a Brandywine, el maestro de escuela al que fue vendido. En un caravana con otros diez, todos sujetos entre sí, Brandywine lo conducía a través de Kentucky, en dirección a Virginia. Nunca supo exactamente lo que le había incitado a intentarlo… salvo que fuera por Halle, Sixo, Paul A, Paul F y Mister. Pero el temblor se volvió estable en cuanto se dio cuenta de que temblaba.

No obstante, nadie lo supo, pues empezó por dentro. Una especie de aleteo, primero en el pecho, luego en los omoplatos. Lo sintió como una ondulación… suave al principio y después desbocada. Como si a medida que avanzaba hacia el sur, su sangre —congelada como un charco de hielo

durante veinte años— comenzara a deshelarse, partiéndose en pedazos que, una vez derretidos, no tuvieran más remedio que girar y arremolinarse. A veces en la pierna. Después volvía a trasladarse a la base de la columna vertebral. Cuando lo desataron del carretón y lo único que vio fueron perros y dos chozas en un páramo de hierba chisporroteante, la sangre bulliciosa comenzó a sacudirlo en un movimiento de vaivén. Pero nadie lo habría adivinado. Las muñecas que adelantó esa noche para que le pusieran las esposas estaban tan quietas como las piernas sobre las que se sustentaba cuando sujetaron las cadenas a los grilletes. Pero una vez que lo metieron de un empujón en la caja e hicieron caer la puerta de barrotes, sus manos dejaron de responder a sus instrucciones. Comenzaron a desplazarse por su cuenta. Nada podía detenerlas y llamar su atención. No fueron capaces de sostener su pene para que orinara ni una cuchara para llevarse grumos de alubias a la boca. Recuperaron el milagro de la obediencia con la almádena, al alba.

Los cuarenta y seis hombres despertaron con un disparo de fusil. Los cuarenta y seis. Tres blancos caminaban junto a la trinchera desbloqueando las puertas una a una. Nadie dio un paso. Una vez abierto el último cerrojo, los tres blancos desanduvieron lo andado y levantaron las barras, una a una. Y uno a uno los negros emergieron… rápidamente y sin el topetazo de la culata de fusil si llevaban allí más de un día, rápidamente y con el culatazo si, como Paul D, eran recién llegados. Cuando los cuarenta y seis estuvieron en fila paralelos a la trinchera, otro disparo de fusil indicó el ascenso al terreno de arriba, donde se extendían trescientos metros de la mejor cadena forjada a mano en Georgia. Los hombres se inclinaron y esperaron. El primero levantó el extremo y lo pasó por la presilla de su grillete de hierro. A continuación se irguió y arrastrando un poco los pies llevó la punta de la cadena hasta el siguiente prisionero, que repitió sus movimientos. Mientras la cadena pasaba, cada uno de los hombres se colocaba en el lugar del otro, hasta que todos los de la fila giraron de cara a las cajas de las que acababan de salir. Nadie le dijo nada al de al lado. Al menos con palabras. Los ojos tenían que expresar lo que había que decir: «Esta mañana ayúdame, estoy mal» o «Tengo que hacerlo» o «Hombre nuevo» o «Tranquilo, tranquilo».

Concluido el encadenamiento, se arrodillaban. Con toda probabilidad el rocío ya era neblina, a veces pesaba y si los perros estaban en calma y se limitaban a respirar, se oían las palomas.

Arrodillados en la neblina esperaban el capricho de un guardián, o de dos, o de tres. De todos. Querían satisfacer algún capricho con un prisionero en particular o con ninguno… o con todos.

—¿Desayuno? ¿Quieres desayunar, negro?

—Sí, señor.

—¿Tienes hambre, negro?

—Sí, señor.

—Aquí tienes.

Alguna vez un hombre arrodillado optaba por un disparo en la cabeza al precio de llevarse consigo un trocito de prepucio a Jesús. Paul D no lo sabía, entonces. Se estaba mirando las manos paralizadas, oliendo al guardián, escuchando sus suaves arrullos semejantes a los de las palomas, mientras permanecía ante el hombre arrodillado en la niebla a su derecha. Convencido de que era el siguiente, Paul D se provocó arcadas… aunque no vomitó. Un guardián que observaba le golpeó el hombro con el fusil y el otro decidió saltarse al nuevo por el momento, para no mancharse los pantalones y los zapatos con vómito de negro.

—¡Hiii!

Era el primer sonido, con excepción de «Sí, señor» que se le permitía emitir a un negro todas las mañanas y el primero de la cadena, o delantero, aplicó al grito todas sus fuerzas. «¡Hiii!». Paul D nunca logró dilucidar cómo sabía en qué momento debía lanzar el grito. Lo llamaban Hi Man y al principio Paul D pensó que los guardianes le avisaban que debía dar la señal para que los prisioneros se levantaran y dieran pasos dobles al son de la música del hierro forjado a mano. Más tarde dudaba de haber acertado. Todavía creía que el «¡Hiii!» del amanecer y el «¡Hooo!»[5] del crepúsculo eran la responsabilidad que asumía Hi Man porque sólo él sabía qué era suficiente, qué era demasiado, cuándo poner fin, cuándo llegaba el momento.

La cadena danzó sobre los campos y a través del monte hasta una senda que acababa en la pasmosa belleza del feldespato, donde las manos de Paul

D desobedecieron la tumultuosa ondulación de su carne y prestaron atención. Con una almádena en la mano y Hi Man en cabeza, los hombres aguantaban. Aguantaban cantando y golpeando, truncando las palabras para que no fueran entendidas, amañándolas de modo que las sílabas formaran otros significados. Cantaban a las mujeres que conocían, a los niños que habían sido, a los animales que habían domado o visto domar. Cantaban a los capataces, los amos y las amitas, a las mulas y los perros, a la desfachatez de la vida. Cantaban amorosamente a los cementerios y a las hermanas desaparecidas. A los cerdos del bosque, a la comida en el cazo, al pez en el sedal, a la caña de azúcar, a la lluvia, a las mecedoras.

Y golpeaban. A las mujeres por haberlos conocido y nada más, nada más; a los niños por haber sido ellos mismos y no volver a serlo. Mataban con tanta frecuencia y tan completamente a un capataz que tenían que devolverle la vida para volver a quitársela. Saboreaban pasteles de maíz y martilleaban. Entonaban canciones de amor a la Muerte y le aplastaban la cabeza. Y sobre todo mataban a la mueca que la gente llamaba Vida, por engañarlos. Por hacerles creer que el próximo amanecer valdría la pena, que otra jornada cambiaría su suerte. Sólo cuando estuviese muerta, estarían a salvo. Los afortunados —los que llevaban ahí años suficientes para haberla lisiado, mutilado, incluso enterrado— vigilaban a los demás, que seguían abrazados a ella, cuidándose y esperando, recordando. Eran aquellos cuyos ojos decían: «Ayúdame, estoy malo» o «Cuidado», queriendo decir *hoy puede ser el día que aúlle o me coma mi propia mierda o huya*, y de éste había que cuidarse, pues si uno se decidía por la fuga… todos, los cuarenta y seis, serían arrastrados por la cadena que los ataba y no podía saberse a quiénes o a cuántos matarían. Cada uno de ellos era dueño de arriesgar su propia vida, pero no la de sus hermanos. De modo que los otros ojos respondían: «Tranquilo» o «Quédate a mi lado».

Ochenta y seis días bastaron. La vida estaba muerta. Paul D le martilleó el trasero día tras día hasta que no quedó en ella ni un suspiro. Ochenta y seis días y sus manos se quedaron quietas, aguardando serenamente los crujidos nocturnos de las ratas hasta el «¡Hiii!» del alba, y el agradecido agarre del mango de la almádena. La Vida había derrotado a la Muerte. O eso creía Paul D.

Llovía.

Bajaban las serpientes de los pinos y las cicutas.

Llovía.

Los cipreses, chopos, fresnos y palmitos caían lánguidos después de cinco días de lluvia sin viento. Al octavo día las palomas desaparecieron de la vista y al noveno hasta las salamandras desaparecieron. Los perros bajaron las orejas y fijaron la vista por encima de sus patas. Los hombres no podían trabajar. El encadenamiento era lento, se abandonó el desayuno, el paso doble se transformó en un lento arrastrar sobre la hierba espesa y la poco confiable tierra.

Decidieron encerrar a todos en las cajas hasta que escampara o la lluvia aligerara permitiendo que un blanco pudiese caminar, maldición, sin empapar su arma y que los perros dejaran de temblar. La cadena fue ensartada a través de cuarenta y seis presillas del mejor hierro forjado a mano en Georgia.

Llovía.

Desde sus cajas, los hombres oían subir el agua en la trinchera y vigilaban por si entraba alguna serpiente mocasín. Permanecían en cuclillas en el agua fangosa, dormían encima, meaban dentro. Paul D creyó que estaba gritando: tenía la boca abierta y en su interior uno de esos sonidos que rajan la garganta… pero debía ser otro. Luego creyó que estaba llorando. Algo le corría por las mejillas. Levantó las manos para secarse las lágrimas y sólo vio un cieno marrón oscuro. Por encima de su cabeza se colaban arroyuelos de barro a través de las tablas del techo. Cuando se venga abajo, pensó, me aplastará como a una garrapata. Ocurrió a tal velocidad que no tuvo tiempo de reflexionar. Alguien tironeó de la cadena —una vez— con fuerza suficiente para que sus piernas se cruzaran y lo arrojaron al barro. Nunca pudo imaginar cómo lo supo —cómo a alguien se le ocurrió hacerlo—, pero comprendió —sí— y con ambas manos tironeó de la cadena, a su izquierda, para que el siguiente también se enterara. El agua le cubría los tobillos y fluía sobre el tablón de madera en que dormía. Y de pronto desapareció el agua. La trinchera se estaba hundiendo y el lodo rezumaba por debajo y a través de los barrotes.

Esperaron… todos y cada uno de los cuarenta y seis esperaron. Sin gritar, aunque algunos debieron hacer un esfuerzo de titanes para evitarlo. Ahora el barro le llegaba al muslo y se sujetó de los barrotes. Entonces llegó —otro tirón— esta vez por la izquierda y menos vigoroso que el primero, a causa del barro que atravesaba la cadena.

Comenzó como el ascenso en cadena pero la diferencia reposaba en la potencia de la cadena. Uno a uno, desde Hi Man, que era el último de la fila, se sumergieron. A través del barro y bajo los barrotes, ciegos, a tientas. Algunos tuvieron suficiente sensatez para envolverse la cabeza en la camisa, para cubrirse la cara con trapos, para ponerse los zapatos. Otros se hundieron, sencillamente se agacharon y se debatieron por subir, en busca de aire. Hubo quienes perdieron la orientación y sus vecinos, al percibir el confuso movimiento de la cadena, tironearon de ellos. Si uno se perdía, todos estaban perdidos. La cadena que los unía salvaría a todos o a ninguno y ahora Hi Man era el Lanzador. Hablaban a través de esa cadena como Sam Morse y, bendito sea Dios, todos llegaron arriba. Como muertos no confesados, como zombis de juerga, apretando la cadena entre las manos, confiaban en la lluvia y en la oscuridad, sí, pero sobre todo en Hi Man y cada uno en los demás.

Más allá de los cobertizos donde los perros yacían profundamente deprimidos, más allá de las chozas de los guardianes. Más allá del establo de los caballos dormidos, más allá de las gallinas con los picos entre las plumas, vadearon. La luna no los ayudó porque no había luna. El campo era un pantano, la senda un canalón. Toda Georgia parecía deslizarse, disolverse. El musgo les secaba la cara mientras luchaban contra las ramas de roble que obstruían su camino. Georgia ocupaba toda Alabama y Mississippi entonces, de modo que no había que cruzar ninguna frontera estatal, y tampoco habría importado. De haberlo sabido, no sólo habrían evitado Alfred y el bello feldespato, sino también Savannah, y se habrían encaminado a la región costera por el río que bajaba desde las Montañas Azules. Pero no lo sabían.

Cuando alboreó se amontonaron en un soto de algarrobos. Llegó la noche y treparon hasta un terreno más elevado, rogando que la lluvia siguiera protegiéndolos, manteniendo a todo el mundo en su casa.

Abrigaban la esperanza de encontrar una choza solitaria, a cierta distancia de su casa grande, donde un esclavo estuviera entretejiendo sogas o calentando patatas al fuego. Pero lo que encontraron fue una colonia de cherokíes enfermos cuyo nombre llevaba una variedad de rosas.

Diezmados pero tozudos, se encontraban entre los que habían preferido una vida fugitiva a Oklahoma. La enfermedad que los asolaba era semejante a la que había matado a la mitad de ellos doscientos años atrás. Entre aquella calamidad y ésta, los cherokíes visitaron a Jorge III en Londres, publicaron un periódico, confeccionaron cestas, guiaron a Oglethorpe a través de los montes, ayudaron a Andrew Jackson a combatir a las tribus creeks, cocinaron maíz, redactaron una constitución, presentaron una petición al rey de España, sirvieron de sujetos de experimento en Dartmouth, crearon hospicios, pusieron por escrito su lengua, resistieron a los colonos, mataron osos y tradujeron libros sagrados. Todo en vano. El movimiento forzoso al río Arkansas, por insistencia del mismo presidente a cuyo lado habían combatido contra los creeks, destruyó a otra cuarta parte de su ya reducido número.

Así son las cosas, pensaron, se acabó, y se apartaron de los cherokíes que firmaron el tratado, para retirarse al monte a esperar el fin del mundo. La enfermedad que padecían era un mero inconveniente comparado con la devastación que recordaban. Empero, se protegían mutuamente de la mejor manera posible. Enviaron a los sanos a muchos kilómetros de distancia y los enfermos se quedaron atrás con los muertos… para sobrevivir o sumarse a ellos.

Los prisioneros de Alfred, Georgia, se sentaron en semicírculo cerca del campamento. Nadie se acercó pero siguieron sentados. Pasaron las horas y la lluvia amainó. Finalmente una mujer asomó la cabeza. Llegó la noche y no ocurrió nada. Al amanecer se acercaron a ellos dos hombres con la hermosa piel cubierta de lapas. Durante un rato nadie habló; después Hi Man levantó la mano. Los cherokíes vieron las cadenas y se alejaron. Al volver, cada uno de ellos llevaba un puñado de hachas pequeñas en las manos. Los seguían dos chicos con una olla de gachas que se enfriaban y aclaraban bajo la lluvia.

Hombres-búfalo, los llamaban, y hablaron lentamente con los prisioneros que tragaban gachas y golpeteaban sus cadenas. A ninguno de los que habían vivido en una caja de Alfred, Georgia, le importó la enfermedad sobre la que los cherokíes les advirtieron, y los cuarenta y seis se quedaron descansando, planeando el siguiente movimiento. Paul D no tenía noción de lo que haría y aparentemente era el que menos sabía. Oía hablar sabiamente a sus compañeros de condena sobre ríos y estados, ciudades y territorios. Oyó a los cherokíes describir el principio y el fin del mundo. Escuchó historias de otros hombres-búfalo que conocían… tres de los cuales estaban con los sanos a unos kilómetros de distancia. Hi Man manifestó su deseo de unirse a ellos y otros el suyo de unirse a él. Algunos quisieron marcharse y otros quedarse. Semanas después, Paul D era el único hombre-búfalo que quedaba… y no había hecho ningún plan. Sólo podía pensar en perros rastreadores, aunque Hi Man le había asegurado que con la lluvia caída no tenían la menor posibilidad de seguir ningún rastro. Solo, el último hombre con pelo de búfalo entre los cherokíes dolientes, por último despertó y, reconociendo su ignorancia, preguntó cómo podía llegar al norte. El norte libre. El norte mágico. El acogedor y benevolente norte. El cherokí sonrió y paseó la mirada a su alrededor. Las inundaciones de un mes atrás habían convertido todo en vaho y pimpollos.

—Por allí —señaló—. Sigue las flores de los árboles —dijo—. Sólo las flores de los árboles. Por donde vayan, ve. Estarás donde quieras estar cuando hayan desaparecido.

Así corrió desde los cornejos hasta los melocotoneros en flor. Cuando éstos ralearon se dirigió a las flores de cerezo y luego de magnolia, jaboncillo, pacana, nogal y peral espinoso. Por fin llegó a un manzanar en el que las flores de los árboles se estaban transformando en diminutos nudos de frutos. La primavera iba al norte a ritmo de paseo, pero él tenía que correr como un desaforado para mantenerla como compañera de viaje. De febrero a julio corrió al acecho de las flores. Cuando las perdió y comprendió que ni siquiera había un pétalo para guiarse, se detuvo, se encaramó a un árbol de un altozano y oteó el horizonte en busca de un destello rosa o blanco en el universo de *su* entorno. No los tocó ni se detuvo

a olerlos. Fue tras su estela, meramente: un espantajo negro guiado por los ciruelos en flor.

El manzanar resultó ser Delaware, donde vivía la tejedora. La mujer lo llevó arriba en cuanto terminó la salchicha con que lo alimentó y él se metió en su cama llorando. Lo hizo pasar por su sobrino de Syracuse llamándolo por el nombre de ese sobrino, sencillamente. Dieciocho meses más tarde estaba otra vez buscando flores, aunque ahora desde una narria.

Transcurrió un tiempo hasta que logró meter uno a uno, en la lata de tabaco que guardaba en su pecho, a Alfred, Georgia; a Sixo, Maestro, Halle, sus hermanos, Sethe, Mister, el sabor del hierro, la vista de la mantequilla, el olor a nogal, el papel de la libreta. Cuando llegó al 124, nada en este mundo podía abrirla.

Ella lo hizo marchar. No de la misma forma en que él había echado al bebé fantasma… con golpes y desgañitándose, las ventanas rotas y los tarros con jalea amontonados. Pero de todos modos lo empujó y Paul D no sabía cómo impedirlo porque tenía la impresión de que se estaba yendo solo. Imperceptiblemente, razonablemente, estaba saliendo del 124.

El comienzo fue sencillo. Un día, después de cenar, se sentó en la mecedora junto al fogón, más que cansado, fustigado por el río, y se quedó dormido. Despertó al oír las pisadas de Sethe, que bajaba la escalera blanca para preparar el desayuno.

—Pensé que habías ido a algún sitio —dijo.

Paul D refunfuñó, sorprendido al encontrarse exactamente donde estaba cuando cerró los ojos.

—No me digas que he dormido en esta mecedora toda la noche.

Sethe rio.

—¿Yo? Yo no te diré una palabra.

—¿Por qué no me despertaste?

—Lo intenté. Te llamé dos o tres veces. Abandoné más o menos a medianoche y más tarde pensé que habías salido.

Paul D se incorporó, esperando que su espalda se resistiera. Pero no fue así. Ni un solo crujido ni una articulación rígida. De hecho, se sentía como nuevo. Algunas cosas son así, pensó, lugares que te permiten dormir bien. El pie de algunos árboles aquí y allá, un embarcadero, un banco, una vez un bote de remos, habitualmente un almiar, no siempre una cama, y ahora, aquí, una mecedora, lo que era extraño porque en su experiencia los muebles eran el sitio menos indicado para echar un buen sueño.

La noche siguiente repitió la experiencia y lo hizo otra vez la tercera. Estaba acostumbrado a las relaciones sexuales con Sethe todos los días y para eludir la confusión que le causaba el resplandor de Beloved, se ocupó de que Sethe volviera a subir la escalera por la mañana o de ir a acostarse con ella después de cenar. Pero descubrió la manera y la razón para pasar la parte más larga de la noche en la mecedora. Se dijo a sí mismo que debía de ser la espalda… que necesitaba un punto de apoyo por la debilidad resultante de haber dormido en una caja en Georgia.

Las cosas siguieron así y podrían haber seguido así pero una noche, después de cenar, después de estar con Sethe, bajó, se sentó en la mecedora y sintió que no quería estar allí. Se levantó y se dio cuenta de que tampoco quería subir. Irritado y necesitado de descanso, abrió la puerta del cuarto de Baby Suggs y cayó dormido en la cama donde había fallecido la anciana. Así lo resolvió… o eso parecía. Aquél se convirtió en su cuarto y Sethe no puso objeciones: su cama doble había sido ocupada por una sola persona durante los dieciocho años anteriores a la llegada de Paul D. Y tal vez fuera mejor así, habiendo chicas jóvenes en la casa y no siendo él su legítimo marido. Sea como fuere, dado que no hubo ninguna disminución en sus apetitos de antes de desayunar o de después de cenar, nunca la oyó quejarse.

Las cosas siguieron así y podrían haber seguido así pero una noche, después de cenar, después de estar con Sethe, bajó, se echó en la cama de Baby Suggs y sintió que no quería estar allí. Creyó que le estaba tomando manía a la casa, con la cólera reconcentrada que a veces sienten los hombres cuando la casa de una mujer comienza a atarlos, cuando quieren chillar y romper algo o al menos poner pies en polvorosa. Conocía todo eso, lo había sentido muchas veces… en casa de la tejedora de Delaware, por ejemplo. Pero siempre relacionaba la manía a la casa con su dueña. Y este nerviosismo no tenía nada que ver con la mujer de la casa, a quien quería cada día más: sus manos entre las verduras, su boca cuando chupaba la punta de un hilo antes de pasarlo por la aguja o partiéndolo en dos cuando la costura estaba lista, la sangre en el ojo cuando defendía a sus niñas (y ahora Beloved era suya) o a cualquier mujer de color por una calumnia. Además, en la manía a esta casa no había ira, ni sensación de ahogo, ni deseos de estar en otro lado. Sencillamente no podía, no quería dormir

arriba ni en la mecedora ni, ahora, en la cama de Baby Suggs. Se trasladó a la despensa.

Las cosas siguieron así y podrían haber seguido así pero una noche, después de cenar, después de estar con Sethe, se tumbó en un jergón de la despensa y sintió que no quería estar allí. Y fue en la fresquera, afuera, separada del edificio principal del 124, hecho un ovillo encima de dos sacos llenos de boniatos, con la vista fija en un bidón con manteca de cerdo, donde comprendió que sus mudanzas eran involuntarias. Que no se estaba volviendo nervioso sino precavido.

Entonces esperó. Visitaba a Sethe por la mañana, dormía en la fresquera de noche y esperaba.

Ella se presentó y él tuvo ganas de golpearla.

En Ohio las estaciones son espectaculares. Cada una de ellas aparece como una *prima donna,* convencida de que su actuación es el motivo de que el mundo esté poblado. Cuando Paul D se vio obligado a salir del 124 para trasladarse al sotechado de atrás, el verano había sido expulsado del escenario por el otoño, con sus morados y ocres que concitaban la atención de todo el mundo. Incluso de noche, cuando tendría que haber habido un entreacto reparador, no lo había porque las voces de un paisaje agonizante eran insistentes y audibles. Paul D reunió papeles bajo su cuerpo y encima, para ayudar un poco a su delgada manta. Pero no pensaba en la noche gélida. Cuando oyó abrirse la puerta a sus espaldas, se negó a volverse y mirar.

—¿Qué quieres aquí? ¿Qué quieres? —Tendría que haber podido oírla respirar.

—Quiero que me toques en la parte de adentro y me llames por mi nombre.

Paul D ya no estaba preocupado por su cajita de tabaco, que seguía cerrada con la tapa oxidada. Así, mientras ella se levantaba las faldas y giraba la cabeza por encima del hombro como habían hecho las tortugas, él se limitó a mirar el bidón de manteca de cerdo, plateado a la luz de la luna, y habló serenamente.

—Cuando la gente buena te adopta y te trata bien, tendrías que comportarte con la misma bondad. Tú no… Sethe te quiere. Tanto como a su propia hija. Lo sabes.

Beloved dejó caer las faldas mientras él hablaba y lo miró con ojos vacuos. Dio un paso que él no oyó y se paró muy cerca.

—No me quiere como yo a ella. Yo sólo la quiero a ella.

—¿Entonces a qué has venido aquí?

—Quiero que me toques en la parte de adentro.

—Vuelve a casa y acuéstate.

—Tienes que tocarme. En la parte de adentro. Y llamarme por mi nombre.

Mientras sus ojos permanecieran fijos en la plata del bidón, estaba a salvo. Si se estremecía como la mujer de Lot y experimentaba la mujeril necesidad de ver la naturaleza del pecado a sus espaldas, si sentía alguna compasión por la maldiciente maldecida, o quería tenerla entre sus brazos por respeto a la relación mutua, también él estaría perdido.

—Llámame por mi nombre.

—No.

—Por favor, dilo. Si lo dices, me iré.

—Beloved —dijo, pero ella no se fue. Se acercó más, con otro paso que no oyó, como tampoco oyó el susurro de las escamas de óxido al caer de las juntas de su caja de tabaco. De manera que cuando la tapa cedió, no lo supo. Lo que supo fue que al llegar a la parte de adentro estaba diciendo—: Corazón rojo. Corazón rojo. —Lo repitió una y otra vez en voz baja y luego en voz tan alta que despertó a Denver y él mismo se despertó—. Corazón rojo. Corazón rojo. Corazón rojo.

VOLVER al hambre original era imposible. Afortunadamente para Denver, mirar era alimento suficiente para durar. Pero ser mirada estaba por encima de todo apetito, atravesaba su propia piel hasta un sitio donde el hambre no había sido descubierta. No tenía por qué ocurrir a menudo, pues Beloved rara vez la miraba directamente o, cuando lo hacía, Denver sabía que su propio rostro sólo era el sitio donde esos ojos se detenían, mientras que la mente seguía divagando. Pero en ocasiones —en momentos que Denver no podía anticipar ni crear—, Beloved apoyaba la mejilla en los nudillos y la observaba con atención.

Era hermoso. No ser mirada ni vista, sino ser puesta a la vista por los ojos interesados y sin sentido crítico de la otra. Que le examinara los cabellos como una parte de su persona, no como un material o un estilo. Que sus labios, su nariz y su mentón fueran acariciados como si ella fuese una rosa aterciopelada que un jardinero se detiene a mirar. La piel de Denver se disolvía bajo esa mirada, se volvía suave y brillante como el vestido de hilo de Escocia que había rodeado con un brazo la cintura de su madre. Flotaba cerca pero fuera de su propio cuerpo, sintiéndose sutil e intensa a un tiempo. No necesitaba nada. Sólo ser lo que era.

En esas ocasiones parecía ser Beloved la que necesitaba algo… la que deseaba algo. En lo profundo de sus grandes ojos negros, por detrás de su inexpresividad, había una palma tendida a la espera de una prenda que Denver le daría encantada si supiera cómo, o la conociera lo suficiente, conocimiento que no adquiriría con las respuestas a las preguntas que de vez en cuando le hacía Sethe:

—¿No recuerdas nada? ¿Lo has olvidado todo? Yo tampoco conocí a mi madre, pero la vi un par de veces. ¿Nunca has visto a la tuya? ¿Qué clase de blancos eran? ¿No recuerdas a nadie?

Beloved, mientras se rascaba el dorso de la mano, decía recordar a una mujer que era de ella y recordaba que la habían arrebatado de su lado. Salvo eso, el recuerdo más claro que tenía, que repetía siempre, era el puente… estaba de pie en el puente con la vista baja. Y conocía a un blanco.

A Sethe le pareció singular y una nueva evidencia que corroboraba sus conclusiones, que confió a Denver.

—¿De dónde sacaste ese vestido, esos zapatos?

Beloved replicó que los había cogido.

—¿De quién eran?

Silencio y otra vez se rascó la mano. No lo sabía, los vio y los cogió.

—Ejem, ejem —musitó Sethe.

Le dijo a Denver que creía que Beloved había sido encerrada por algún blanco para aprovecharse de ella y que nunca había vuelto a abrir la puerta. Que debió de haber escapado hasta un puente o un lugar parecido y había borrado el resto de su mente. Algo parecido le había ocurrido a Ella, aunque eran dos hombres —un padre y un hijo— y Ella lo recordaba con todo detalle. La tuvieron encerrada en una habitación durante un año, para ellos solos.

«No puedes imaginar —le había dicho Ella—, lo que me hicieron esos dos».

Sethe pensaba que eso explicaba la conducta de Beloved con respecto a Paul D, a quien tanto odiaba.

Denver no creía en las especulaciones de Sethe ni nunca hizo ningún comentario; bajaba la vista y jamás dijo una palabra sobre la fresquera. Estaba segura de que Beloved era el vestido blanco arrodillado junto a su madre en el cuarto de servicio, la presencia real del bebé que le había hecho compañía la mayor parte de su vida. Y ser mirada por ella, aunque fuese fugazmente, la hacía sentirse agradecida por el resto del tiempo en que era, meramente, mirona. Además, tenía pensadas sus propias preguntas, que nada tenían que ver con el pasado. Sólo el presente interesaba a Denver, pero se cuidaba de mostrar curiosidad acerca de las cosas que se moría por

preguntarle a Beloved, pues si presionaba demasiado podía perder la prenda que la mano tendida deseaba, y en consecuencia perdería ese sitio que estaba por encima del apetito. Mejor era deleitarse, tener permiso para ser espectadora, porque el antiguo apetito —el anterior a Beloved, que la había llevado al matorral de bojes y la colonia para saborear la vida, para palparla brillante y no chata— era imposible. Mirando, lo mantenía a raya.

Por tanto, no preguntó a Beloved cómo sabía lo de los pendientes, ni por las caminatas nocturnas a la fresquera, ni por la punta de lo que había visto cuando Beloved se acostaba o se le movían las mantas en sueños. La mirada, si llegaba, llegaba cuando Denver había sido atenta, había explicado cosas o participado en ellas, o contado historias para mantenerla entretenida mientras Sethe estaba en el restaurante. Ninguna tarea asignada era suficiente para aquietar las lenguas de fuego que siempre parecían arder en ella. Ni cuando estrujaban tanto las sábanas que el agua de la colada les chorreaba por los brazos. Ni cuando sacaban nieve a paladas del sendero que conducía al retrete. Ni rompiendo diez centímetros de hielo en el tonel del agua de lluvia, ni lavando e hirviendo los tarros de conserva del verano anterior, ni rellenando con barro las grietas del gallinero y abrigando a los pollitos con sus faldas. Todo el tiempo Denver se sentía forzada a hablar sobre lo que estaban haciendo, el cómo y el por qué. Sobre la gente que Denver conocía o había visto, dotándola de más vida de lo que la había dotado la vida misma: la blanca de aroma dulce que le llevaba naranjas, colonia y buenas faldas de lana; Lady Jones, que les enseñaba canciones para que aprendieran a leer y contar; un chico tan listo como ella, que tenía en la mejilla una marca de nacimiento semejante a una moneda. Un predicador blanco que rezaba por sus almas mientras Sethe pelaba patatas y Grandma Baby tragaba aire. También le habló de Howard y de Buglar: las partes de la cama que pertenecían a cada uno (la cabecera estaba reservada para ella); le contó que antes de trasladarse a la cama de Baby Suggs, nunca los vio dormir sin tomarse de las manos. Se los describió lentamente, para mantener su atención, deteniéndose en sus costumbres, en los juegos que le enseñaban y no en el terror que cada vez los alejaba más de la casa, hasta que huyeron.

Hoy están afuera. Hace frío y la nieve es densa como la tierra compacta. Denver ha terminado de cantar la canción con la que Lady Jones enseñaba a contar a sus alumnos. Beloved tiene los brazos extendidos hacia delante mientras Denver saca de la cuerda ropa interior y toallas congeladas. Las apoya una a una en los brazos de Beloved hasta que la pila, como una baraja gigantesca, le llega al mentón. Denver se queda con el resto, los delantales y las medias marrones. Mareadas por el frío, vuelven a la casa. La ropa se deshelará lentamente hasta adquirir la humedad perfecta para la plancha, que las hará oler a lluvia caliente. Danzando por la sala con el delantal de Sethe, Beloved quiere saber si hay flores en la oscuridad. Denver agrega ramitas al fogón y le asegura que sí. Girando como un tronco, con la cara enmarcada por la tirilla y la cintura abrazada por las cuerdas del delantal, Beloved dice que tiene sed.

Denver sugiere entibiar un poco de sidra, mientras se devana los sesos pensando qué podría hacer o decir para despertar el interés de la bailarina. Denver ya es una estratega y tiene que tenerla a su lado desde el momento en que Sethe sale a trabajar hasta la hora de su regreso, cuando Beloved comienza a asomarse a la ventana, sale por la puerta, baja los peldaños y se acerca al camino. Las maquinaciones han cambiado señaladamente a Denver. Antes era indolente y le molestaban las tareas, ahora es activa, ejecutiva, e incluso suma trabajos a los asignados por Sethe. Todo para poder decir: «Tenemos que» y «Ma nos ha dejado dicho que». De lo contrario, Beloved se pone reservada y ensoñadora, o callada y mohína, y las posibilidades de Denver de ser mirada por ella caen por la borda. No tiene ningún control sobre las veladas. Cuando su madre está cerca, Beloved sólo tiene ojos para Sethe. De noche, en la cama, puede ocurrir cualquier cosa. Se le ocurre que le cuente una historia en la oscuridad, cuando Denver no puede verla. O le da por levantarse e ir a la fresquera, donde ahora duerme Paul D. O se echa a llorar, en silencio. Incluso puede dormir como un tronco, con el aliento azucarado después de haberse chupado los dedos llenos de melaza o de migajas de galletitas. Denver se volverá hacia ella entonces, y si Beloved está de frente, respirará hondo el dulce aire que sale de su boca. Si está de espaldas, se inclinará por encima de ella, de vez en cuando, para dar una olisqueada. Porque cualquier cosa es

mejor que el hambre original… El momento en que, después de un año de maravillosas *ies* minúsculas, de oraciones estiradas como la masa de un pastel y de la compañía de otros chicos, dejó de oír. Cualquier cosa es mejor que el silencio con que respondía a las gesticulaciones y era indiferente al movimiento de los labios. Cuando veía hasta el objeto más minúsculo y los colores palpitaban ante sus ojos. Renunciará al ocaso chillón, a las estrellas grandes como platos y a la efusión encarnada del otoño a cambio de un amarillo pálido si proviene de su Beloved.

La jarra de la sidra es pesada, pero siempre lo es, hasta cuando está vacía. Denver puede llevarla cómodamente, pero le pide a Beloved que la ayude. Está en la fresquera, junto a los tarros de melaza y a tres kilos de queso cheddar duro como una piedra. En el suelo hay un jergón cubierto de periódicos, con una manta a los pies. Lleva un mes haciendo de cama, aunque ha llegado la nieve y el invierno es crudo.

Es mediodía y afuera hay bastante luz, pero dentro no. Unas líneas de sol se cuelan por el techo y las paredes, pero una vez allí son demasiado débiles para moverse. Reina la oscuridad y se las traga como si fueran pececillos.

La puerta se cierra de golpe. Denver no sabe dónde está Beloved.

—¿Dónde estás? —susurra, con una risilla nerviosa.

—Aquí —dice Beloved.

—¿Dónde?

—Ven a buscarme —la reta Beloved.

Denver estira el brazo derecho y da un paso o dos. Tropieza y cae sobre el jergón. Los periódicos crujen bajo su peso. Vuelve a reír.

—Oh, basta, Beloved.

No hay respuesta. Denver agita los brazos y entorna los ojos para diferenciar los sacos de patatas, el bidón con manteca y el cerdo ahumado, de la sombra que podría ser humana.

—Déjate de tonterías —dice y levanta la vista hacia la luz para cerciorarse de que sigue en la fresquera y no está soñando.

Los pececillos de luz nadan en lo alto y no pueden bajar hasta donde está ella.

—Eres tú la que tienes sed. ¿Quieres sidra o no? —La voz de Denver es levemente acusadora. Levemente. No quiere ofenderla ni revelar el pánico que la domina. No ve ni oye a Beloved.

Con dificultad, Denver se pone de pie en medio de los periódicos crujientes. Avanza lentamente hacia la puerta, con el brazo adelantado. No hay cerrojo ni pomo… sólo una lazada de alambre para colgar de un clavo. Abre la puerta de un empujón. La fría luz del sol desplaza la oscuridad. Todo está como cuando entraron… excepto que Beloved no se encuentra allí. No tiene sentido seguir buscando, pues todo lo que hay allí se ve a simple vista. De todos modos Denver mira, porque esa pérdida es insoportable. Retrocede hacia el sotechado, dejando que se cierre la puerta.

Con oscuridad o sin ella, da vueltas rápidamente, estira la mano, toca telarañas, queso, estantes inclinados, aunque el jergón obstaculiza todos sus pasos. Si choca, no se da cuenta porque ignora dónde termina su cuerpo, qué parte es un brazo, un pie o una rodilla. Se siente como un bloque de hielo arrancado de la sólida superficie del río, flotando en la oscuridad, dándose topetazos contra los bordes de todas las cosas. Rompible, derretible y fría.

Le resulta difícil respirar y aunque hubiera luz no vería nada, porque está llorando. Mientras piensa que podría ocurrir, ocurre. Así de fácil. Como entrar en una habitación. Una aparición mágica es un tocón, la cara seca por la luz del sol, y una desaparición mágica en un sotechado, comida viva por la oscuridad.

—No —dice entre sollozos—. No. No lo hagas. No vuelvas allá.

Peor que cuando Paul D llegó al 124 y ella se echó a llorar, desesperada, junto al fogón. Esto es mucho peor. Entonces había llorado por ella misma. Ahora llora porque no se tiene a sí misma. En comparación con esto, la muerte es pan comido. Se siente adelgazar, disolver en la nada. Coge un mechón de pelo de sus sienes, lo bastante espeso para desarraigarlo y detener durante un rato el derretimiento. Con los dientes apretados, Denver frena sus sollozos. No se mueve para abrir la puerta porque afuera no hay mundo. Decide quedarse en la fresquera y dejar que la oscuridad la trague como a los pececillos de luz. No aguantará otro abandono, otra trastada. Despertar para descubrir que un hermano —y luego el otro— no está al otro

lado de la cama, tocándole la espalda con un pie. Sentada a la mesa, comiendo nabos y guardando el jugo para que lo tomara su abuela; la mano de su madre en la puerta del cuarto de servicio y su voz diciendo: «Baby Suggs nos ha dejado, Denver». Y cuando comenzó a preocuparse por lo que ocurriría si Sethe moría o Paul D se la llevaba lejos, la realidad de un sueño hecho realidad la abandona sobre una pila de periódicos en la oscuridad.

No la anuncia ninguna pisada pero allí está, de pie donde no había nadie cuando Denver miró. Sonriente. Denver le coge el dobladillo de la falda.

—Creí que me habías abandonado. Y que habías vuelto allá.

Beloved sonríe.

—No me gusta ese lugar. Éste es mi sitio. —Se sienta en el jergón y riendo se tumba, con la vista fija en las rajas de luz.

Subrepticiamente, Denver pellizca un trozo de la falda de Beloved entre sus dedos y lo sujeta. Y es bueno que lo haya hecho, porque de repente Beloved se incorpora.

—¿Qué ocurre? —pregunta Denver.

—Mira. —Beloved señala las grietas de luz.

—¿Qué? No veo nada. —Denver sigue con la mirada el dedo señalador.

Beloved baja la mano.

—Yo soy así. —Denver observa cómo se inclina Beloved, se acurruca y se mece. Sus ojos están en blanco, su gemido es tan bajo que Denver apenas lo oye.

—¿Te sientes mal? ¡Beloved!

Beloved enfoca la mirada.

—Allí. Su rostro.

Denver sigue el curso de la mirada de Beloved y lo único que encuentra es una oscuridad cerrada.

—¿Qué rostro? ¿Quién es?

—Yo. Soy yo.

Otra vez sonríe.

El último de los hombres de Sweet Home, llamado hombre por alguien que debía saber lo que decía, lo creía. Los otros cuatro también lo creyeron, en otros tiempos, pero hacía mucho que no estaban. Los que fueron vendidos nunca regresaron, los que se perdieron nunca fueron encontrados. Sabía con certeza que uno estaba muerto y abrigaba la esperanza de que otro también lo estuviera, pues la mantequilla y el cuajo no eran vida ni motivo para vivirla. Se crio pensando que de todos los negros de Kentucky, sólo ellos cinco eran hombres. Autorizados y estimulados para corregir a Garner incluso para desafiarlo. Para inventar la forma de hacer las cosas, para comprender qué era necesario hacer y hacerlo sin pedir autorización. Para comprar una madre, elegir un caballo o una esposa, manejar armas, incluso aprender a leer si querían… aunque no querían, pues nada importante para ellos se pondría por escrito en un papel.

¿Era eso? ¿En eso residía la hombría? ¿En ser llamado hombre por un blanco que, se suponía, sabía lo que decía? ¿Que les concedió el privilegio no de trabajar sino de decidir cómo? No. Su relación con Garner era sólida: creía en ellos y confiaba en ellos, pero por encima de todas las cosas, eran escuchados.

Opinaba que lo que decían ellos valía y que lo que sentían era serio. Remitirse al juicio de sus esclavos no le privaba de autoridad ni poder. Fue un maestro de escuela quien les enseñó lo contrario. Una verdad que se manejaba como un espantapájaros en el centeno. Sólo eran hombres de Sweet Home en Sweet Home. Un paso fuera de esas tierras y eran intrusos entre la raza humana. Perros guardianes sin dientes, novillos sin cuernos, caballos de tiro capados cuyos relinchos no podían traducirse al idioma que

hablaban los seres humanos responsables. Entonces su fortaleza estribaba en saber que Maestro se equivocaba. Ahora no estaba tan seguro. Había pasado por Alfred, Georgia; por Delaware, por Sixo y todavía se lo preguntaba. Si Maestro tenía razón, eso explicaba cómo él se había convertido en un muñeco de trapo… levantado y vuelto a poner en cualquier sitio y en cualquier momento por una chica lo bastante joven como para ser su hija. Follándola cuando estaba convencido de que no quería hacerlo. Cada vez que ella meneaba el trasero, el becerro de su propia juventud (¿era eso?) echaba al garete su resolución. Pero era algo más que ese apetito lo que lo humillaba y le hacía preguntarse si Maestro no tendría razón. Era el hecho de ser trasladado, colocado donde a ella le venía en gana, sin que él pudiese hacer nada al respecto. Desesperado, no podía subir los brillantes peldaños blancos por la noche; desesperado, no pudo quedarse en la cocina, en el cuarto de servicio, en la despensa por la noche. Y vaya si lo intentó. Contenía la respiración como la había contenido para sumergirse en el lodo, endurecía su corazón como lo había hecho cuando comenzaron los temblores. Pero era peor que aquello, peor que la marea sanguínea que había controlado con una almádena. Cuando se levantaba de la mesa en el 124, después de cenar, y se volvía hacia la escalera, primero sentía náuseas y luego repulsión. Él, él. Él, que había comido carne cruda recién muerta, que bajo los ciruelos rebosantes de flores había triturado a mordiscos la pechuga de una paloma antes de que su corazón dejara de latir. Porque era un hombre y un hombre era capaz de hacer lo que él había hecho: permanecer inmóvil seis horas en un pozo seco mientras caía la noche; pelear a mano limpia con un mapache y ganarle; ver asarse a otro hombre, al que quería más que a sus hermanos, sin derramar una sola lágrima para que los asadores supieran la clase de hombre que era. Y era él, *ese* hombre, el que había caminado desde Georgia hasta Delaware, quien no podía ir a ningún sitio ni quedarse donde quería, en el 124… Qué vergüenza.

Paul D no podía dominar sus pies, pero pensó que aún estaba en condiciones de hablar y decidió hacerlo. Le hablaría a Sethe de las tres últimas semanas: la encontraría a solas al salir del trabajo en la cervecería que ella llamaba restaurante, y se lo contaría todo.

La esperó. La tarde invernal parecía un ocaso cuando se instaló en el callejón de atrás del restaurante de Sawyer. Se instaló allí para ensayar, imaginando la cara de ella, dejando que las palabras se agolparan en tropel en su mente como hacen los críos antes de formar fila para seguir a su cabecilla.

«Bien, ah, no es que, un hombre no puede, mira, escucha, no es que, en realidad no es que, Ole Garner, lo que quiero decir es, no se trata de una debilidad, la clase de debilidad que puedo rechazar porque, porque algo me está ocurriendo, esa chica me lo hace, sé que piensas que de todos modos nunca me cayó bien, pero esto me lo está haciendo ella. Me está clavando. Sethe, me ha clavado y no puedo evitarlo».

¿Qué? ¿Un adulto clavado por una chica? Pero… ¿si la chica no era una chica sino otra cosa disfrazada? Algo vil que parecía una dulce jovencita y la cuestión no estaba en follarla o no, en quedarse o irse de donde quería en el 124, el peligro estaba en perder a Sethe por no ser lo bastante hombre para desclavarse, de modo que la necesitaba a ella, necesitaba que Sethe le ayudara, que lo supiera, y al mismo tiempo le avergonzaba tener que pedirle ayuda a la mujer que deseaba proteger, maldición.

Paul D echó aliento cálido en la palma de sus manos ahuecadas. El viento soplaba tan rápido por el callejón que alisó el pelaje de cuatro perros vagabundos que esperaban sobras del restaurante. Miró a los perros. Los perros lo miraron.

Por fin se abrió la puerta trasera y salió Sethe con una olla de sobras en el brazo. Al verle dijo Oh y su sonrisa mostró placer y sorpresa al mismo tiempo.

Paul D creyó haberle devuelto la sonrisa, pero tenía la cara tan fría que no estaba del todo seguro.

—Hombre, me haces sentir como una chiquilla viniéndome a buscar después del trabajo. Nadie lo había hecho nunca. Mejor que te andes con tiento, porque podría acostumbrarme. —Tiró rápidamente los huesos más grandes para que los perros supieran que había suficiente y no pelearan. Después arrojó las pieles de unas cosas, las cabezas de otras y algunas vísceras, cosas que el restaurante no podía usar y ella no quería, en un

montón humeante, cerca de las patas de los animales—. En cuanto haya lavado esto, estoy contigo.

Él asintió mientras ella volvía a la cocina. Los perros comían sin hacer ruido y Paul D pensó que al menos ellos habían conseguido lo que fueron a buscar, y si Sethe tenía bastante para ellos… El trapo de su cabeza era de lana marrón y lo bajó hasta el nacimiento del pelo para protegerse del viento.

—¿Saliste temprano, o qué?

—Salí temprano.

—¿Pasa algo?

—En cierto sentido —le dijo él, y se pasó la lengua por los labios.

—¿Se acabó el trabajo?

—No, no. Tienen mucho trabajo. Yo…

—¿Sí?

—Sethe, no te gustará lo que voy a decirte.

Ella se detuvo y giró la cara hacia él y el terrible viento. Otra mujer habría entornado los ojos, o al menos lagrimeado, si el viento le azotara la cara como estaba azotando la de Sethe. Otra mujer le habría dirigido una mirada de aprensión, implorante, tal vez de enfado, porque sus palabras, sin duda sonaban como el principio de un Adiós, me voy.

Sethe lo miró fijamente, serenamente, dispuesta a aceptar, aliviar o disculpar a un hombre ante la adversidad o con problemas. Una mirada aceptadora por adelantado, pues no creía que ninguno de ellos —a la larga — diera la talla. Y cualquiera que fuese la razón, estaba bien. Sin reproches. Nadie tenía la culpa.

Paul D sabía lo que Sethe pensaba y aunque se equivocaba —no la abandonaría, nunca la dejaría—, lo que le iba a decir era peor. De manera que cuando vio disminuir la expectativa en los ojos de ella, la melancolía sin culpa, no pudo decirlo. No podía decirle a esa mujer que no entornaba los ojos bajo el azote del viento: «No soy un hombre».

—Bien, dilo, Paul D, me guste o no.

Como no podía decirle lo que tenía pensado, le dijo algo que no sabía que estaba en su mente.

—Quiero embarazarte, Sethe. ¿Lo harías por mí?

Ahora Sethe reía y él la imitó.

—¿Has venido aquí a pedirme eso? Estás loco. Tienes razón, no me gusta. ¿No te parece que soy muy vieja para empezar de nuevo? —Le enlazó los dedos en la mano exactamente como habían ido las sombras cogidas de la mano por el costado del camino.

—Piénsalo —le pidió Paul D. De pronto lo vio como una solución: una forma de agarrarse a ella, de documentar su hombría y de romper el hechizo de esa chica… todo a la vez. Se llevó las yemas de los dedos de Sethe a la mejilla. Riendo, ella los apartó para que si pasaba alguien por el callejón no los viera comportarse así en público, a la luz del día, en medio del viento.

No obstante, él había conseguido un poco más de tiempo, de hecho lo había comprado, y abrigaba la esperanza de que el precio no lo arruinara. Como pagar una tarde con la moneda de la vida por venir.

Dejaron de jugar, se soltaron las manos y se inclinaron hacia delante al salir del callejón y entrar en la calle. Allí el viento no era tan fuerte, pero la racha de frío seco hacía que los peatones avanzaran rápidos, rígidos en el interior de sus abrigos. No había un solo hombre apoyado contra el marco de una puerta o un escaparate. Las ruedas de los carros que repartían forraje o madera chirriaban como si estuvieran doloridas. Los caballos atados delante de las tabernas temblaban y cerraban los ojos. Cuatro mujeres que iban de dos en dos se aproximaban y sus zapatos sonaban audiblemente en el andén de madera. Paul D le tocó el codo a Sethe para ayudarla a bajar de los listones a la tierra, con el fin de dejar pasar a las mujeres.

Media hora más tarde, cuando llegaron al límite de la ciudad, Sethe y Paul D volvieron a cogerse de la mano y los dedos y se dieron algunas palmaditas en el trasero. Gozosamente cohibidos de ser tan mayores y tan jóvenes al mismo tiempo.

Resolución, pensó Paul D. Sólo eso era necesario y ninguna dejada de la mano de Dios lo impediría. Ninguna mocosa haragana le desviaría, le haría dudar de sí mismo, rogar o confesar.

Convencido de que era capaz de hacerlo, rodeó los hombros de Sethe con un brazo y la apretó. Ella apoyó la cabeza en su pecho y, como el momento era valioso para ambos, interrumpieron sus pasos y permanecieron así, sin respirar, sin siquiera importarles que alguien los

viera. Había poca luz. Sethe cerró los ojos. Paul D miró los árboles negros que bordeaban el camino, levantando sus miembros a la defensiva, contra un posible ataque. De pronto comenzó a nevar suavemente, como un regalo caído del cielo. Sethe abrió los ojos y dijo:

—Misericordia.

Y a Paul D le pareció que era eso, una pequeña misericordia, algo que les era dado a posta para señalar lo que estaban sintiendo de modo que más tarde, o cuando lo necesitaran, pudieran recordarlo.

Caían los copos secos, lo bastante densos y pesados para chocar como monedas sobre la piedra. A Paul D siempre le sorprendía la serenidad de la nieve. No era como la lluvia, sino como un secreto.

—¡Corre! —dijo.

—Corre tú —replicó Sethe—. Yo he estado todo el día en pie.

—¿Acaso yo estuve sentado? —Tiró de ella.

—¡Basta! ¡Basta! —exclamó Sethe—. Mis piernas no responden.

—Entonces dámelas a mí —dijo él e imprevistamente la alzó, cargándosela a cuestas.

Echó a correr camino abajo, junto a campos pardos que viraban al blanco. Finalmente, sin aliento, se detuvo y la bajó hasta apoyarla en sus propios pies, debilitada de tanto reír.

—Necesitas unos cuantos bebés, alguien con quien jugar en la nieve. —Sethe se acomodó el tocado.

Paul D sonrió y se calentó las manos con el aliento.

—Me gustaría intentarlo. Claro que necesito una compañera dispuesta.

—¡Y que lo digas! —contestó Sethe—. Muy, muy dispuesta.

Ya eran casi las cuatro y faltaban unos ochocientos metros para llegar al 124. Flotando hacia ellos, apenas visible en la ventisca, había una figura, y aunque era la misma que había salido al encuentro de Sethe durante cuatro meses, ella y Paul D estaban tan absortos en sí mismos que se llevaron un sobresalto cuando la vieron cerca.

Beloved no miró a Paul D: sólo tenía ojos para Sethe. No llevaba abrigo, ni manta, ni nada en la cabeza, aunque tenía un chal en la mano. Abrió los brazos e intentó envolver el cuerpo de Sethe con un chal.

—Eres una locuela —dijo Sethe—. Estás afuera sin nada encima. —Se separó de Paul D, cogió el chal y le envolvió la cabeza y los hombros a Beloved—. Tendrás que aprender un poco de sensatez. —La rodeó con el brazo izquierdo.

La nieve arreciaba. Paul D permanecía helado en el sitio donde estaba Sethe antes de la aparición de Beloved. Siguiendo la huella de las dos mujeres a un metro de distancia, se debatió contra la cólera que disparaba punzadas de dolor a su estómago hasta llegar a casa. Al ver a Denver perfilada a la luz de la lámpara, junto a la ventana, no pudo dejar de pensar: «¿Y tú con quién estás aliada?».

Fue Sethe quien lo hizo. Confiada y sin suspicacias, seguramente, resolvió todo.

—Ahora ya sé que no dormirás ahí fuera esta noche, ¿verdad, Paul D? —Le sonrió y, como una amiga en tiempos de adversidad, la chimenea tosió devolviendo la ventolera helada que le caía del cielo. Los marcos de la ventana se estremecieron bajo una ráfaga de aire invernal.

Paul D levantó la vista del estofado de carne.

—Sube. A tu sitio —dijo ella—; y… quédate allí.

Los rayos de rencor que se precipitaban hacia él desde el lado de la mesa que ocupaba Beloved resultaban inofensivos frente a la tibieza de la sonrisa de Sethe.

Anteriormente, una vez (y sólo una vez) Paul D había estado agradecido a una mujer. Salió a la rastra del monte, bizco de hambre y soledad, y llamó a la primera puerta que encontró en el sector negro de Wilmington. Dijo a la mujer que le abrió que con mucho gusto le haría el montón de leña si después le daba algo de comer. Ella lo miró de hito en hito.

—Más tarde —respondió la mujer y abrió la puerta de par en par.

Le dio salchicha de cerdo, lo peor del mundo para un hombre hambriento, pero ni él ni su estómago plantearon objeciones. Luego, cuando vio las sábanas de algodón y dos almohadas en el dormitorio de la mujer, tuvo que secarse los ojos en seguida, rápidamente, para que ella no notara que eran las lágrimas de agradecimiento de un hombre que las veía por

primera vez. Había dormido en la tierra, la hierba, el barro, cáscaras, hojas, heno, mazorcas, conchas marinas… pero jamás habían atravesado su mente unas sábanas de algodón blanco. Se desplomó con un gruñido y la mujer lo ayudó a fingir que le estaba haciendo el amor a ella y no a las sábanas. Aquella noche él se prometió, lleno de cerdo, hundido en la lujuria y en el lujo, que nunca la dejaría. Tendría que matarlo para sacarlo de aquella cama. Al cabo de dieciocho meses —cuando fue comprado por Northpoint Bank and Railroad Company— seguía agradeciendo que le hubiera presentado esas sábanas.

Ahora estaba agradecido por segunda vez. Tenía la impresión de haber sido arrancado del borde de un abismo y depositado en terreno seguro. En el lecho de Sethe supo que podría arreglárselas con dos chicas enloquecidas… mientras Sethe diera a conocer sus deseos. Estirado, viendo pasar los copos de nieve al otro lado de la ventana de encima de sus pies, le resultó fácil disipar las dudas que le habían llevado al callejón de atrás del restaurante: las expectativas sobre sí mismo eran altas, muy altas. Lo que él podía llamar cobardía, otros lo consideraban sentido común.

Acurrucada entre sus brazos, Sethe recordó la expresión de Paul D en la calle, cuando le pidió que tuviera un bebé para él. Aunque rio y le cogió la mano, se había asustado. De inmediato pensó en lo estupendo que sería el sexo si eso era lo que él quería, pero le dio miedo pensar en tener otro bebé. La necesidad de ser muy buena, muy fuerte, de estar atenta, de tantos cuidados… otra vez. De tener que seguir viva tanto tiempo más. Oh, Señor, pensó, asísteme. Si no era alegre, el amor maternal era asesino. ¿Por qué la quería preñada Paul D? ¿Para aferrarse a ella? ¿Para dejar una señal de que había pasado por allí? Probablemente había dejado hijos desparramados por doquier. En dieciocho años de vagabundeo, tenía que haber dejado algunos. No. Él no quería a sus hijas, ésa era la razón. A su hija, se corrigió. Su hija y Beloved, a quien ahora pensaba como propia, y eso era lo que a él le disgustaba. Compartirla con las niñas. Oír que las tres reían de algo en lo que él no participaba. El código que usaban entre ellas y que no lograba descifrar. Tal vez incluso el tiempo que pasaba atendiendo las necesidades de ellas y no las suyas. De alguna manera conformaban una familia de la que él no era la cabeza.

—¿Puedes coserme esto, nena?

—Ejem… ejem. En cuanto termine esta enagua. Sólo tiene la que traía puesta y todo el mundo necesita cambiarse de ropa.

—¿Queda algo de pastel?

—Creo que Denver se comió la última miaja.

Y nunca se quejó, ni siquiera le importó que ahora durmiera por toda la casa, a lo que ella puso fin esa misma noche, por cortesía.

Sethe suspiró y le apoyó una mano en el pecho. Sabía que estaba argumentando en contra de él con el propósito de argumentar en contra de quedar embarazada, y se avergonzó. Pero ya tenía todos los hijos que necesitaba. Si algún día volvían los muchachos, y Denver y Beloved seguían allí… bien así se suponía que debían ser las cosas, ¿no? ¿No se había alterado la imagen en cuanto vio las sombras cogidas de la mano al costado del camino? Y en cuanto vio el vestido y los zapatos sentados en el patio de delante, rompió aguas. Ni siquiera necesitó ver la cara ardiente bajo la luz del sol. La había soñado durante años enteros.

El pecho de Paul D se elevaba y descendía, se elevaba y descendía bajo su mano.

DENVER terminó de fregar los platos y se sentó a la mesa. Beloved, que no se había movido desde que Sethe y Paul D salieran de la sala, se estaba chupando el dedo índice. Denver observó un rato su cara y luego dijo:

—Le gusta que él esté aquí.

Beloved siguió toqueteándose la boca con el dedo.

—Haré que se vaya —afirmó.

—Ella podría enfurecerse contigo si él se larga.

Beloved se metió en la boca el pulgar junto con el índice y se sacó una muela de atrás. Apenas había sangre, pero Denver dijo:

—Ohhh, ¿no te dolió?

Beloved miró la muela y pensó: Ha llegado la hora. Después sería un brazo, la mano, un dedo del pie. Fragmentos suyos se desmontarían, tal vez por partes, tal vez todos juntos. O una de esas mañanas, antes de que Denver despertara y de que Sethe se fuera, se partiría en trozos. Le es difícil mantener la cabeza sobre el cuello, las piernas sujetas a las caderas cuando está sola. Entre las cosas que no podía recordar estaba la primera vez que supo que cualquier día podía despertarse y encontrarse deshecha. Tenía dos sueños al respecto: explotar y ser tragada. Cuando se le salió la muela —un fragmento pequeño, el último de la fila— pensó que el proceso había comenzado.

—Tiene que ser una del juicio —dijo Denver—. ¿No te duele?

—Sí.

—¿Entonces por qué no lloras?

—¿Qué?

—Si te duele, ¿por qué no lloras?

Lloró. Allí sentada, con una pequeña muela blanca en la palma de la mano suave, muy suave. Lloró como querría haberlo hecho cuando las tortugas emergieron del agua, una detrás de la otra, inmediatamente después de que el pájaro rojo como la sangre desapareciera entre las hojas. Tal como querría haberlo hecho cuando Sethe se acercó a él en la tina, bajo la escalera. Con la punta de la lengua tocó el agua salada que se deslizaba hasta la comisura de sus labios y albergó la esperanza de que el brazo de Denver sobre sus hombros evitara que éstos se hicieran trizas.

Arriba, la pareja unida no oyó nada; pero abajo, afuera, alrededor del 124, la nieve seguía cayendo. Amontonándose, enterrándose. Alta. Profunda.

En lo más recóndito de la mente de Baby Suggs podía haber estado subyacente la idea de que si Halle lo había logrado —que sea lo que Dios quiera—, sería buen motivo de celebración. Ojalá ese último hijo pudiera hacer por sí mismo lo que había hecho por su madre y por los tres hijos que John y Ella dejaron en su puerta una noche de verano. Cuando vio a los niños sin Sethe, sintió miedo y agradecimiento. Agradecimiento porque la parte de la familia que sobrevivió era sangre de su sangre, sus propios nietos… los primeros y únicos que conocería: dos chicos y una niña que ya gateaba. Pero reprimió los latidos de su corazón, temerosa de preguntarse qué había sido de Sethe y de Halle. ¿Por qué la demora? ¿Por qué Sethe no había embarcado? Nadie podía lograrlo en solitario. No sólo porque los tramperos los recogían como si fuesen buitres o los cazaban con redes como conejos, sino también porque no podías correr si no sabías adónde ir. Podrías perderte para siempre si nadie te enseñaba el camino.

De modo que cuando llegó Sethe —atrozmente machacada y herida, pero con otro nieto en los brazos—, la idea de un hurra ocupó el primer plano de su mente. Pero como no había indicios de Halle y ni siquiera Sethe sabía qué le había ocurrido, borró el hurra pues no quería estropear las posibilidades de su hijo dándole las gracias a Dios con demasiada precipitación.

Fue Stamp Paid quien dio principio a la cuestión. Veinte días después de la llegada de Sethe al 124, pasó por allí y miró al bebé que él mismo había envuelto en la chaqueta de su sobrino, miró a la madre a la que había alcanzado un trozo de anguila frita y, por alguna razón personal, se fue con dos cubos hasta un lugar cercano a la orilla del río, que sólo él conocía y

donde crecían zarzamoras de sabor tan delicioso y singular que comerlas era como estar en la iglesia. Una sola de esas bayas y te sentías ungido.

Caminó casi diez kilómetros hasta la ribera y se dejó deslizar cuesta abajo por un barranco bordeado de maleza con espinas gruesas como cuchillos, que le rasgaron las mangas de la camisa y los pantalones. Segundo a segundo sufrió el acoso de los mosquitos, abejas, avispas, avispones y las arañas más feroces de todo el estado. Rasguñado, picado y mordido, maniobró y fue cogiendo cada baya con las yemas de los dedos, muy delicadamente, para que ninguna se estropeara. Entrada la tarde, volvió al 124 y dejó en el porche los dos cubos llenos. Cuando Baby Suggs vio su ropa deshilachada, las manos sangrantes, la cara y el cuello con verdugones, soltó una carcajada.

Buglar, Howard, la mujer de la cofia y Sethe salieron a ver qué pasaba y se sumaron a las risas de Baby Suggs al ver al viejo negro astuto y duro: agente, pescador, barquero, rastreador, salvador y espía, derrotado a plena luz del día por dos cubos con zarzamoras. Sin prestar la menor atención a los que se reían de él, cogió una baya y se la puso en la boca a Denver, nacida tres semanas atrás. Las mujeres chillaron.

—Es muy pequeña para eso, Stamp.

—Se le derretirán las tripas.

—Enfermará del estómago.

Pero los ojos brillantes del bebé y el chasquido de sus labios llevaron a todos a seguir su ejemplo y probar de una vez las zarzamoras que sabían a iglesia. Por último Baby Suggs apartó las manos de los chicos del cubo y mandó a Stamp al fondo de la casa a bombear agua y lavarse. Había decidido hacer con la fruta algo digno del esfuerzo y el cariño de ese hombre. Así empezó la cuestión.

Preparó la masa de pasta y pensó en decirle a Ella y John que los acompañaran porque tres pasteles, quizá cuatro, eran demasiados para ellos solos. A Sethe se le ocurrió que podían agregar un par de pollos. Stamp ofreció las percas y bagres que saltaban a su barca: ni siquiera tenía que tirar el sedal.

A partir de los ojos brillantes de Denver, creció hasta ser un banquete para noventa personas. El 124 se estremeció con sus voces hasta últimas

horas de la noche. Noventa personas que comieron tan bien y rieron tanto que se disgustaron. A la mañana siguiente despertaron y recordaron las percas fritas que Stamp Paid hacía girar en una rama de nogal, con la palma izquierda extendida para protegerse de las salpicaduras de grasa caliente; recordaron el budín de maíz con crema, a los niños agotados y hartos de comida dormidos en la hierba, con los pequeños huesos de conejo asado todavía en las manos… y se disgustaron.

Los tres (quizá cuatro) pasteles de Baby Suggs se transformaron en diez (quizá doce). Las dos gallinas de Sethe se transformaron en cinco pavos. El bloque de hielo transportado desde Cincinnati —sobre el que volcaron sandía machacada mezclada con azúcar y menta para hacer un ponche— creció hasta ser una carretada de pasteles helados para una tina llena de fresas exprimidas. El 124, tembloroso de risa, buena voluntad y comida para noventa, los disgustó. Un exceso, pensaron. ¿De dónde sacó todo eso Baby Suggs, bendita sea? ¿Por qué es ella y siempre ella el centro de las cosas? ¿Cómo sabe siempre exactamente qué hacer y cuándo hacerlo? Dar consejos, transmitir mensajes, curar a los enfermos, refugiar a los fugitivos, amar, cocinar, cocinar, amar, predicar, cantar, bailar y amar a todo el mundo como si fuera tarea de ella y sólo de ella.

Que cogiera dos cubos de zarzamoras y los convirtiera en diez, quizá doce pasteles; que tuviera pavo suficiente para toda la ciudad cercana, guisantes nuevos en septiembre, crema fresca (aunque allí no había vaca), hielo y azúcar, pan, budín de pan, pan levado, y pan mantecado… les disgustó. Los panes y los peces eran cosa de Él… no de una antigua esclava que probablemente nunca había llevado cuarenta y cinco kilos a la báscula ni recogido quimbombó con un bebé a la espalda. Que nunca había sido azotada por un blanco de diez años, como Dios muy bien sabía que lo habían sido ellos. Que ni siquiera había escapado de la esclavitud… Cuya libertad había sido de hecho *comprada* por un hijo chocho, y que había sido *conducida* hasta el río Ohio en un carro, con los papeles de su libertad plegados entre sus pechos (conducida por el mismísimo hombre que había sido su amo, que había pagado su instalación, un tal Garner) y que había alquilado una casa con dos plantas y un pozo a los Bodwin… los hermanos blancos —un varón y una mujer— que daban a Stamp Paid, Ella y John

ropa, alimentos y equipos para los fugitivos porque odiaban la esclavitud más de lo que odiaban a los esclavos.

Se pusieron furiosos. Tragaron bicarbonato, la mañana después, para serenar la violencia estomacal provocada por el festín, por la desconsiderada generosidad exhibida en el 124. En los patios, murmuraban entre sí mencionando ratas gordas, la perdición, un orgullo impertinente.

El aroma de su desaprobación flotaba en el aire. Baby Suggs lo percibió y se preguntó qué era mientras hervía maíz molido para sus nietos. Más tarde, en el huerto, picando el suelo duro sobre las raíces de los pimenteros, volvió a olerlo. Levantó la cabeza y paseó la mirada a su alrededor. Más atrás, algunos metros a la izquierda, Sethe estaba agachada entre las judías trepadoras. Tenía los hombros distorsionados por la franela engrasada de debajo de su vestido, puesta para acelerar la curación de su espalda. Cerca, en un cesto de medir granos, estaba el bebé de tres semanas. Baby Suggs, bendita sea, levantó la vista. El cielo era azul y estaba despejado. Ni un amago de muerte en el verde categórico de las hojas. Oyó los trinos de los pájaros y, débilmente, el murmullo del riachuelo que bajaba por el prado. El cachorro —Here Boy— enterraba los últimos huesos de la fiesta. Desde algún costado de la casa llegaban las voces de Buglar, Howard y la niña que ya gateaba. No había nada incoherente… Pero el olor a desaprobación era penetrante. Más allá del huerto, cerca del riachuelo y a pleno sol, había plantado maíz. Pese a la cantidad recogida para el banquete, aún maduraban las espigas, que divisó desde donde estaba. Baby Suggs se reclinó en los pimenteros y en las enredaderas de calabaza con su azadón. Cuidadosamente, con la hoja en el ángulo exacto cortó el tallo de una ruda insistente. Se sujetó las flores en un pliegue del sombrero y tiró el resto. El sereno cloqueo del corte de madera le recordó lo que estaba haciendo Stamp, tal como había prometido la noche anterior. Suspiró y un instante después se enderezó para oler una vez más el aroma a desaprobación. Apoyada en el mango del azadón, se concentró. Estaba acostumbrada a que nadie rezara por ella… pero esta repulsión que flotaba libremente era una novedad. No eran blancos —de eso estaba segura—, de modo que tenía que ser gente de color. Entonces comprendió. Sus amigos y vecinos estaban

disgustados con ella porque se había pasado de la raya, había dado demasiado, los había ofendido.

Baby cerró los ojos. A lo mejor tenían razón. De pronto, detrás del aroma desaprobador, muy muy atrás, olió otra cosa. Oscura e inminente. Algo que no logró aprehender porque el otro olor lo ocultaba.

Entornó los ojos para ver qué era, pero sólo logró detectar unos zapatos de empeine alto cuyo aspecto no le gustó nada.

Frustrada y perpleja, siguió dale que dale con el azadón. ¿Qué sería? Esa cosa oscura e inminente. ¿Qué podía herirla ahora? ¿La noticia de la muerte de Halle? No. Estaba más preparada para su muerte que para su vida. El último de sus hijos, a quien apenas miró cuando nació porque no valía la pena molestarse en reconocer rasgos que nunca vería pasar a la adultez. Siete veces lo había hecho. Levantado un piececillo, comparado las gordas yemas con las suyas… dedos que nunca vio transformados en las manos masculinas o femeninas que una madre reconocería en cualquier parte. Hasta hoy no sabía cómo eran sus dientes permanentes ni cómo llevaban la cabeza al andar. ¿Había dejado de cecear Patty? ¿Qué color había adquirido finalmente la piel de Famous? ¿Había una hendidura en el mentón de Johnny o sólo era un hoyuelo que desaparecería en cuanto creciera su mandíbula? Cuatro chicas, y la última vez que las vio no tenían vello en las axilas. ¿Aún le gusta a Ardelia la costra quemada del pan? Los siete habían desaparecido o estaban muertos. ¿Qué sentido tenía estudiar a fondo al menor? Pero por alguna razón le permitieron quedárselo. Iba con ella a todas partes…

Cuando se lesionó la cadera en Carolina fue una verdadera ganga (costó menos que Halle, que entonces tenía diez años) para Mr. Garner, que se los llevó a los dos a Kentucky, a una granja que llamaba Sweet Home. A causa de la cadera, brincaba como un perro con tres patas al caminar. Pero en Sweet Home no había arrozal ni parcela de tabaco a la vista y nadie, absolutamente nadie, le pegó. Ni una sola vez. Lillian Garner la llamaba Jenny, por alguna razón desconocida, pero nunca la empujó, ni la golpeó, ni la insultó. Cuando resbaló en la boñiga y rompió todos los huevos que llevaba en el delantal, nadie le dijo negra-de-mierda-qué-te-pasa y nadie le pegó.

Sweet Home era un pañuelo en comparación con los lugares donde había estado. Mr. Garner, Mrs. Garner, ella misma, Halle y cuatro chicos —más de la mitad se llamaban Paul— componían toda su población. Mrs. Garner canturreaba mientras trabajaba, Mr. Garner actuaba como si el mundo fuera un juguete para su diversión. Nadie la necesitaba en el campo —los chicos de Mr. Garner, incluido Halle, se ocupaban de todo—, lo que era una bendición, ya que de cualquier manera no se las habría arreglado ni para llegar allí. Lo que hacía era estar junto a Lillian Garner, que canturreaba, mientras las dos cocinaban, hacían conservas, lavaban, planchaban, hacían velas, ropa, jabón y sidra; alimentaban gallinas, cerdos, perros y gansos; ordeñaban vacas, batían mantequilla, derretían grasa, encendían fuegos… Facilísimo. Y nadie le pegaba.

La cadera le dolía todos los santos días… pero ella nunca lo mencionó. Sólo Halle, que había observado atentamente sus movimientos durante los últimos cuatro años, sabía que para acostarse y levantarse de la cama tenía que levantar el muslo con ambas manos, y por eso le habló a Mr. Garner de comprar su libertad y llevarla adonde pudiera estar sentada, para variar. Un chico tierno. La única persona que hizo algo arduo por ella: le dio su trabajo, su vida y ahora a sus hijos, cuyas voces oía mientras seguía en el huerto preguntándose qué era esa cosa oscura e inminente que se cernía por detrás del aroma a desaprobación. Sweet Home fue un progreso notable. Ni dudarlo. Pero daba igual, pues la tristeza estaba en el centro de su cuerpo, el desolado centro donde moraba el yo que no era suyo. Lamentable como era no saber dónde estaban enterrados sus hijos ni qué aspecto tenían si seguían vivos, el hecho es que sabía más de ellos que de sí misma, pues nunca había tenido un mapa que indicara cómo era ella.

¿Sabía cantar? (¿Era agradable oírla cuando lo hacía?) ¿Era bonita? ¿Era una buena amiga? ¿Podría haber sido una amante madre? ¿Una esposa fiel? ¿Tengo una hermana y se me parece? ¿Si mi madre me conociera, le gustaría?

En casa de Lillian Garner, dispensada del trabajo en el campo que le había roto la cadera y del agotamiento que embotaba su mente, en casa de Lillian Garner, donde nadie le pegaba, oía a la blanca canturrear mientras trabajaba, veía iluminarse su rostro cuando entraba Mr. Garner y pensaba

esto es mejor, pero yo no estoy mejor. Los Garner, pensaba, practicaban un tipo especial de esclavitud, los trataban como si fueran mano de obra pagada, escuchaban lo que decían, les enseñaban lo que quisieran aprender. Y él no convertía en sementales a sus muchachos. Nunca los llevó a su choza con instrucciones de follarla, como hacían en Carolina, ni alquilaba su sexo en otras granjas. Eso la asombró y le gustó, pero al mismo tiempo la preocupó. ¿Buscaría mujeres para ellos o no sabía lo que ocurriría cuando la naturaleza de esos chicos estallara en toda su plenitud? A algún peligro se estaba exponiendo y seguramente lo sabía. De hecho, la orden de que no salieran de Sweet Home excepto en su compañía, no se basaba tanto en hacer caso de la ley como en el peligro de que esclavos criados como hombres anduvieran sueltos.

Baby Suggs hablaba tan poco como podía, pues no era mucho lo que las raíces de su lengua sabían expresar. De manera que la blanca, al encontrar en su nueva esclava una ayudante excelente aunque silenciosa, canturreaba mientras trabajaba.

Cuando Mr. Garner accedió a la propuesta de Halle, y cuando éste le transmitió la impresión de que para él su libertad significaba más que nada en este mundo, se dejó llevar a través del río. Entre dos cosas duras —permanecer de pie hasta caerse o dejar a su último y probablemente único hijo vivo—, Baby Suggs escogió la más dura para hacerlo feliz y nunca le planteó la pregunta que se hizo a sí misma: ¿Para qué? ¿Para qué quiere la libertad una esclava de sesenta y tantos años que camina como un perro de tres patas? Y cuando puso un pie en terreno libre no pudo creer que Halle supiera lo que ella ignoraba, no pudo creer que Halle —que en su vida había respirado una bocanada de aire libre— supiera que en este mundo no hay nada como la libertad. Se asustó.

Ocurre algo. ¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?, se preguntó. No sabía qué aspecto tenía y no sentía la menor curiosidad por saberlo. Pero súbitamente vio sus manos y con una claridad tan sencilla como deslumbradora pensó: «Estas manos me pertenecen. Son mis manos». Luego sintió un golpe en el pecho y descubrió algo nuevo: el latido de su corazón. ¿Siempre había estado allí esa cosa palpitante? Se sintió muy tonta y se echó a reír en voz

alta. Mr. Garner la miró por encima del hombro con sus grandes ojos pardos y sonrió.

—¿De qué te ríes, Jenny?

No podía dejar de reír.

—Me late el corazón —dijo.

Y era verdad.

Mr. Garner rio.

—No tienes nada que temer, Jenny. Sigue siendo como eres y todo irá bien.

Se tapó la boca para no reír escandalosamente.

—La gente con la que te llevo te proporcionará toda la ayuda que necesites. Se llaman Bodwin. Son hermanos. Escoceses. Los conozco hace más de veinte años.

A Baby Suggs se le ocurrió que era un buen momento para preguntarle algo que hacía mucho quería saber.

—Mr. Garner, ¿por qué todos ustedes me llaman Jenny?

—Porque eso decía en tu etiqueta de venta. ¿No es tu nombre? ¿Cómo te llamas?

—Nada, yo no me llamo nada.

Mr. Garner se puso morado de risa.

—Cuando te saqué de Carolina, Whitlow te llamaba Jenny y Jenny Whitlow es lo que decía la etiqueta. ¿Él no te llamaba Jenny?

—No, señor. Y si lo hacía yo nunca lo oí.

—¿A qué respondías?

—A cualquier cosa, pero Suggs es el nombre de mi marido.

—¿Estás casada, Jenny? No lo sabía.

—Es una manera de hablar.

—¿Sabes dónde está tu marido?

—No, señor.

—¿Es el padre de Halle?

—No, señor.

—¿Por qué lo llamas Halle Suggs, entonces? Su etiqueta de venta también decía Whitlow, como la tuya.

—Mi nombre es Suggs, señor. Lo tomé de mi marido. Él no me llamaba Jenny.

—¿Cómo te llamaba?

—Baby.

—Bien, en tu lugar yo me quedaría con el Jenny Whitlow. —Mr. Garner volvió a sonrojarse—. Señora Baby Suggs no es un nombre para una negra libre.

Tal vez no, pensó, pero Baby Suggs era todo lo que le quedaba del «marido» que reivindicaba. Un hombre serio y melancólico que le habían enseñado a confeccionar zapatos. Los dos hicieron un pacto: el que tuviese la oportunidad de fugarse la aprovecharía; juntos si era posible, de a uno en caso contrario… y sin mirar atrás. Él tuvo su oportunidad y dado que nunca supo nada, estaba convencida de que lo había logrado. Ahora bien, ¿cómo la encontraría u oiría hablar de ella si se hacía llamar con el nombre de una etiqueta de venta?

No pudo sobreponerse a la ciudad. Más gente que en Carolina y blancos suficientes para cortarle la respiración. Edificios de dos plantas por todas partes y aceras de listones de madera perfectamente cortados. Caminos anchos como toda la casa de Garner.

—Esta es una ciudad de agua —dijo Mr. Garner—. Todo viaja por agua y lo que no pueden llevar los ríos lo transportan los canales. Una reina entre las ciudades, Jenny. Cualquier cosa que hayas soñado, aquí la fabrican. Fogones de hierro, botones, barcos, camisas, cepillos de pelo, pintura, máquinas de vapor, libros. Un sistema de alcantarillado que si lo vieras se te saldrían los ojos de las órbitas. Oh, ésta sí que es una ciudad. Si se ha de vivir en una ciudad… no la hay mejor.

Los Bodwin vivían en una calle llena de casas y árboles. Mr. Garner se apeó de un salto y ató su caballo a un poste de hierro macizo.

—Hemos llegado.

Baby cogió su hatillo y con gran dificultad, debido a la cadera y a las horas que pasó sentada en el carro, bajó. Mr. Garner ya había subido a la acera y estaba en el porche antes de que ella tocara tierra, pero consiguió echar una ojeada a hurtadillas a una chica negra, en la puerta abierta, antes de echar a andar por el sendero que llevaba al fondo de la casa. Esperó un

rato hasta que esa misma chica le abrió la puerta de la cocina y le ofreció asiento junto a la ventana.

—¿Puedo darle algo de comer, ma? —preguntó la chica.

—No, querida. Pero me vendría bien un poco de agua.

La chica fue hasta el fregadero y le sirvió una taza llena, que le puso en la mano.

—Soy Janey, ma.

Baby, maravillada por el grifo, tragó hasta la última gota de agua, aunque para su gusto sabía a medicina.

—Baby Suggs.

—Encantada de conocerla, señora Suggs. ¿Va a quedarse aquí?

—No sé dónde estaré. Mr. Garner, que me trajo, dice que arreglará algo para mí. —Y enseguida agregó—: Soy libre, ¿sabes?

Janey sonrió.

—Sí, ma.

—¿Tu gente vive por aquí?

—Sí, ma. Todos vivimos en Bluestone.

—Nosotros nos dispersamos —dijo Baby Suggs—, aunque tal vez no sea por mucho tiempo.

Santo cielo, pensó, ¿por dónde empiezo? Tengo que encontrar a alguien que escriba al viejo Whitlow. Averiguar quién se llevó a Patty y a Rosa Lee. Alguien que se llamaba Dunn se había llevado a Ardelia al Oeste, según oyó decir. No tenía sentido tratar de encontrar a Tyree y a John. Escaparon treinta años atrás, y si estaban ocultos, hallarlos les haría más mal que bien. Nancy y Famous murieron en un barco, a la altura de la costa de Virginia, antes de que zarpara con rumbo a Savannah. De todo eso estaba enterada. El capataz de Whitlow le llevaba las noticias, más por las ganas de salirse con la suya con ella que por bondad. El capitán esperó tres semanas en puerto para tener la carga completa antes de partir. De los esclavos de la bodega que no tuvieron éxito en la fuga, dijo, dos eran unos negritos de Whitlow que se llamaban…

Ella sabía cómo se llamaban. Lo sabía y se tapó los oídos con los puños para no escuchar los nombres en boca de aquel hombre.

Janey calentó leche y la vertió en un cuenco que dejó junto a un plato de pan de maíz. Después de alguna insistencia, Baby Suggs se acercó a la mesa y se sentó. Desmenuzó el pan en la leche caliente y entonces se dio cuenta de que tenía más hambre de la que había tenido en toda su vida, lo que era bastante decir.

—¿No echarán esto de menos?

—No —dijo Janey—. Coma todo lo que quiera, es nuestro.

—¿Vive alguien más aquí?

—Sólo yo. El señor Woodruff hace los trabajos de afuera. Viene dos o tres días por semana.

—¿Sólo vosotros dos?

—Sí, ma. Yo cocino y lavo.

—Tal vez tu gente sabe de alguien que necesita ayuda.

—Preguntaré, pero sé que toman mujeres en el matadero.

—¿Para hacer qué?

—No sé.

—Algo que no quieran hacer los hombres, supongo.

—Mi prima dice que le dan toda la carne que quiere, además de veinticinco céntimos la hora. Hace salchichas.

Baby Suggs se llevó la mano a la cabeza. ¿Dinero? ¿Dinero? ¿Le pagarían dinero todos los días? ¿Dinero?

—¿Dónde está ese matadero? —preguntó.

Antes de que Janey pudiese responder, los Bodwin entraron en la cocina, con un sonriente Mr. Garner pisándoles los talones. No se podía negar que eran hermanos y tanto él como ella iban de gris, con caras demasiado juveniles para sus cabelleras blancas como la nieve.

—¿Le diste algo de comer, Janey? —preguntó el hermano.

—Sí, señor.

—No te levantes, Jenny —dijo la hermana, novedad que impresionó muy bien a Baby Suggs.

Cuando le preguntaron qué sabía hacer, en lugar de recitar los cientos de tareas que había desempeñado hasta ese momento, preguntó por el matadero. Era demasiado vieja para el matadero, le contestaron.

—Es la mejor zapatera que habéis visto en vuestra vida —dijo Mr. Garner.

—¿Zapatera? —La hermana Bodwin enarcó sus tupidas cejas negras—. ¿Quién te ha enseñado?

—Un esclavo —dijo Baby Suggs.

—¿Haces botas nuevas o sólo remiendos?

—Nuevas, viejas, cualquier cosa.

—Bien —dijo el hermano Bodwin—, con eso sacarás algo, pero necesitarás más.

—¿Te iría bien lavar ropa adentro? —preguntó la hermana Bodwin.

—Sí, señora.

—Dos céntimos la libra.

—Sí, señora. ¿Pero dónde está el adentro?

—¿Cómo dices?

—Usted ha dicho si me iría bien lavar ropa adentro. ¿Dónde es adentro? ¿Dónde voy a estar?

—Escucha lo que voy a decirte, Jenny —dijo Mr. Garner—. Estos dos ángeles tienen una casa para ti. Una casa en las afueras.

Había pertenecido a sus abuelos antes de que se mudaran a la ciudad. En los últimos tiempos había estado arrendada a un grupo de negros que ya se habían ido del estado. Era una casa un poco grande para Jenny sola, dijeron (dos habitaciones arriba y dos abajo), pero era lo mejor y lo único que podían proporcionarle. A cambio del lavado de ropa, alguna labor de costura, la preparación de conservas y otras cosillas (sí, también zapatos), le permitirían vivir allí. Siempre que fuese limpia. La última gente de color que había morado allí no lo era.

Baby Suggs aceptó, triste al ver que el dinero en efectivo se le escapaba de las manos, pero emocionada al saber que tendría una casa con escalera… aunque ella no podía subir ni un peldaño. Mr. Garner informó a los Bodwin que además de buena zapatera era una estupenda cocinera y para demostrarlo mostró su tripa y sus bien calzados pies. Todos rieron.

—Si necesitas algo, háznoslo saber —dijo la hermana—. No somos partidarios de la esclavitud, ni siquiera de la que practica Garner.

—Diles la verdad, Jenny. ¿En algún sitio has vivido mejor que en mi casa?

—No, señor. En ninguno.

—¿Cuánto tiempo estuviste en Sweet Home?

—Diez años, creo.

—¿Alguna vez pasaste hambre?

—No, señor.

—¿Frío?

—No, señor.

—¿Alguien te levantó la mano?

—No, señor.

—¿Permití que Halle te comprara o no?

—Sí, señor —dijo, aunque pensando: pero tiene a mi chico y yo estoy destrozada. Lo colocará para pagar mi libertad hasta mucho después de que yo esté en la Gloria.

Woodruff, dijeron, la trasladaría allá. Desaparecieron los tres por la puerta de la cocina.

—Ahora tengo que preparar la cena —dijo Janey.

—Te ayudaré —dijo Baby Suggs—. Eres muy baja para llegar al fuego.

Había oscurecido cuando Woodruff puso el caballo al trote. Era un joven de barba abundante y tenía en la mandíbula una quemadura que no tapaba la barba.

—¿Has nacido aquí? —le preguntó Baby Suggs.

—No, ma. En Virginia. Llevo aquí un par de años.

—Ah.

—Vivirá en una casa muy bonita y grande. Antes la ocupaban un predicador y su familia. Dieciocho hijos.

—Misericordia. ¿Adónde fueron?

—Camino de Illinois. El obispo Allen le ofreció una congregación allí. Bastante numerosa.

—¿Qué iglesias hay por aquí? Hace diez años que no piso un templo.

—¿Cómo es eso?

—No había ninguno allá. La casa donde estuve antes de Sweet Home no me gustaba, pero allí podía ir a la iglesia todos los domingos. Apuesto a que

el Señor ya ha olvidado quién soy.

—Vaya a ver al reverendo Pike, ma. Él volverá a ponerla en contacto.

—No lo necesito para eso. Soy muy capaz de hacer mis propios contactos. Pero lo necesito para que vuelva a ponerme en contacto con mis hijos. Supongo que sabrá leer y escribir.

—Por supuesto.

—Me parece bien, porque tengo que hacer muchas averiguaciones.

Pero lo que averiguó fue tan lamentable que se dio por vencida. Después de dos años de mensajes escritos por el predicador, de dos años de lavar, coser, hacer conservas, remendar zapatos, cuidar el huerto y visitar las iglesias, todo lo que descubrió fue que la casa Whitlow ya no existía y que no podía escribirle a «un hombre llamado Dunn» si todo lo que sabía era que se había ido al Oeste. Pero hubo una buena nueva: Halle se había casado y esperaba un bebé. Se concentró en eso y en su propia manera de predicar, una vez decidido lo que haría con el corazón que comenzó a latir en cuanto cruzó el río Ohio. Y funcionó, funcionó de maravillas, hasta que se enorgulleció y se dio el lujo de desbordar de alegría al ver a su nuera y a los hijos de Halle —uno de los cuales había nacido en el camino—, organizando una celebración con zarzamoras digna de avergonzar a la mejor fiesta de Navidad. Ahora está en el huerto oliendo la desaprobación, sintiendo una cosa oscura e inminente y viendo unos zapatos de empeine alto cuyo aspecto no le gustaba. En absoluto.

CUANDO llegaron los cuatro jinetes —Maestro, un sobrino, un esclavo chanchullero y un sheriff—, la casa de Bluestone Road estaba tan callada que creyeron haberse presentado demasiado tarde. Tres desmontaron y uno permaneció en su silla, con el fusil engatillado, paseando la mirada de izquierda a derecha de la casa, pues existía la posibilidad de que la fugitiva intentara huir. Aunque a veces, nunca se sabía, te encontrabas a un fugitivo escondido en cualquier sitio: bajo las tablas del suelo, en una despensa… una vez en una chimenea. Aún en esos casos había que andarse con cuidado, porque los más apabullados, los que sacabas a rastras de una prensa, un henil o —aquella vez— de una chimenea, se dejaban llevar mansamente dos o tres segundos. Pescados con las manos en la masa, por así decirlo, parecían reconocer la inutilidad de tratar de ser más listos que un blanco y la desesperanza de ser más veloces que un fusil. Incluso sonreían, como un crío al que sorprenden con la mano en el tarro de la jalea, y cuando alargabas la mano y cogías la cuerda para atarlo, bien, ni siquiera entonces podías estar seguro. El mismo negro que llevaba la cabeza baja y una sonrisa de tarro de jalea en la cara, de repente podía rugir como un toro, o algo peor, y empezar a hacer cosas increíbles. Coger el fusil con la boca, arrojarse contra el que lo portaba… cualquier cosa. De modo que tenías que retroceder un paso y dejar que lo atara otro. De lo contrario podías terminar matando a aquello que te pagaban para que devolvieras vivo. A diferencia de una serpiente o un oso, un negro muerto no podía despellejarse para sacar beneficios, y su peso muerto no valía nada.

Seis o siete negros subían por el camino hacia la casa: dos chicos a la izquierda del esclavo y unas mujeres por la derecha. Con el fusil les hizo

señas de que permanecieran donde estaban. El sobrino volvió de echar un vistazo en el interior de la casa y tras llevarse un dedo a los labios para que hicieran silencio, señaló con el pulgar indicando que lo que buscaban estaba en el fondo. Entonces el esclavo chanchullero desmontó y se unió a los otros tres. Maestro y el sobrino se dirigieron a la izquierda de la casa, él y el sheriff a la derecha. Un negro viejo y loco estaba en la pila de madera, con un hacha en la mano. Se notaba que estaba loco porque ronroneaba… imitando a un gato. Unos doce metros más allá había una negra con una flor en el sombrero. También loca, probablemente, porque permanecía en pie, inmóvil, pero movía las manos delante de la cara como si quisiera apartar telarañas de su camino. Sin embargo, los dos tenían la vista fija en el mismo lugar: un cobertizo. Sobrino se aproximó al negro viejo y le quitó el hacha. A continuación, los cuatro se encaminaron al cobertizo.

Dentro, dos chicos sangraban en el serrín y el polvo, a los pies de una negra que con una mano apretaba contra su pecho a una cría empapada en sangre y con la otra sostenía a un bebé por los talones. No los miró; se limitó a balancear al bebé hacia las planchas de madera de la pared; erró, y ya lo intentaba por segunda vez cuando, salido de la nada —en la fracción de segundo que los hombres miraron lo que había que mirar—, el viejo negro, sin dejar de maullar, cruzó la puerta por detrás de ellos y arrebató al bebé del péndulo materno.

Al instante estuvo claro, sobre todo para Maestro, que allí no había nada que reclamar. Los tres (ahora cuatro… porque ella había tenido al que esperaba cuando se fugó) negritos que creía estarían vivos y sanos para llevarlos de vuelta a Kentucky, donde los criaría adecuadamente para hacer los trabajos que eran tan necesarios en Sweet Home, ya no eran lo que habían sido. Dos yacían en el serrín, con los ojos abiertos; el tercero manaba sangre sobre el vestido de la más importante… aquella de la que la maestra se jactaba, la que él mismo había dicho que preparaba la mejor tinta y una sopa exquisita, le planchaba los cuellos tal como a él le gustaba y, además le quedaban como mínimo diez años para amamantar. Pero ahora había perdido el juicio, debido al mal trato del sobrino, que le había dado una paliza soberana y provocado su huida. Maestro había castigado a ese sobrino, diciéndole que pensara —sólo que pensara— qué haría su propio

caballo si lo golpeaba más de lo que decían las reglas de la buena educación. O Chipper, o Samson. Supongamos que aporreas a los sabuesos más allá de ese punto. Nunca podrás volver a confiar en ellos ni en el bosque ni en ningún sitio. Hasta es posible que en un momento en que lo estés alimentando, con una presa de conejo en la mano, el animal te muerda y escape. De modo que castigó a ese sobrino prohibiéndole participar en la cacería. Lo hizo quedar en Sweet Home alimentando el ganado, alimentándose a sí mismo, alimentando a Lillian, atendiendo la cosecha. A ver si le gustaba… Para que supiera lo que ocurría cuando se pega de más a los animales que Dios ha puesto bajo su responsabilidad… el problema que se planteaba y lo que se perdía. Ahora todo el grupo estaba perdido. Cinco. Podía reclamar al bebé que se debatía en los brazos del viejo maullador. ¿Pero quién atendería a esa cría? Porque la mujer… tenía algo raro. Ahora lo miraba a él, y si su otro sobrino viera esa mirada aprendería la lección: no se puede maltratar a los animales y esperar que se comporten como deben.

El sobrino, el que había mamado de ella mientras su hermano la sujetaba, no sabía que estaba temblando. Su tío le había advertido sobre esa clase de confusión, pero aparentemente la advertencia no había servido de nada. ¿Por qué había hecho ella todo eso? ¿Por una paliza? Demonios, a él le habían pegado un millón de veces y era blanco. Una vez le dolió tanto y se puso tan furioso que aplastó el cubo del pozo. Otra vez se descargó con Samson… aunque lo único que hizo fue tirarle unas piedras. Pero ninguna paliza le hizo… de ninguna manera habría… ¿Por qué había hecho ella todo eso? Y esto fue lo que le preguntó al sheriff, que seguía allí tan anonadado como los demás, pero no temblaba. Tragaba saliva con dificultad, una y otra vez.

—¿Por qué ha hecho ella todo esto?

El sheriff se volvió y dijo a los otros tres:

—Será mejor que volváis. Vuestro cometido aquí ha terminado. El mío acaba de empezar.

Maestro se golpeó el sombrero contra el muslo y escupió antes de salir del cobertizo de madera. Sobrino y el esclavo chanchullero retrocedieron con él. No miraron a la mujer que estaba entre los pimenteros con una flor

en el sombrero. Y no miraron las seis o siete caras que se habían acercado pese a la advertencia del fusil. Por ahora ya tenían bastante de ojos negros. Ojos abiertos de negritos en el serrín, ojos de negrita fijos entre los dedos húmedos que sostenían su cara para que no se le cayera la cabeza, ojos de negrita recién nacida llorando en los brazos del negro viejo cuyos ojos sólo eran rajas concentradas en sus propios pies. Pero los peores eran los de la negra que daba la impresión de no tener ojos.

Como el blanco de sus ojos había desaparecido y toda la cuenca era negra como su piel, parecía ciega.

Desengancharon del caballo de Maestro la mula prestada que había de transportar a la fugitiva hasta el sitio al que pertenecía. La ataron a la valla. Luego, con el sol a plomo sobre sus cabezas, se alejaron al trote, dejando al sheriff entre el puñado de negros más incomprensibles que habían visto en su vida. Todo ello daba testimonio de las consecuencias que podía acarrear un poco de la así llamada libertad impuesta a gente que necesitaba todos los cuidados y orientación de este mundo para mantenerlos apartados de la vida de caníbales que preferían.

El sheriff también quería retroceder. Estar a la luz del sol, fuera de ese sitio destinado a guardar madera, carbón, queroseno… combustibles para los fríos inviernos de Ohio, en los que pensó ahora, mientras se resistía al deseo de correr hacia el sol de agosto. No porque tuviese miedo. Nada de eso. Tenía frío. Y no quería tocar nada. El bebé en los brazos del viejo lloraba, los ojos de la mujer, en los que faltaba el blanco, estaban fijos en el vacío. Todos podrían haber permanecido así, congelados eternamente, de no ser porque uno de los chicos que estaba en el suelo suspiró. Como si estuviese hundido en el placer de un sueño dulce y profundo, exhaló un suspiro que puso en movimiento al sheriff.

—Tengo que llevarla. Tranquila. Ya ha hecho bastante. Venga.

Ella no se movió.

—Venga sin resistirse y no me veré obligado a atarla.

Ella permaneció inmóvil y el sheriff tuvo que decidirse a acercarse y de alguna manera atarle las húmedas manos enrojecidas, cuando una sombra a sus espaldas, en el vano de la puerta, lo hizo volverse. Había entrado la negra con la flor en el sombrero.

Baby Suggs percibió quién respiraba y quién no y se acercó directamente a los chicos tendidos en el suelo. El viejo avanzó hacia la mujer que tenía la vista fija y dijo:

—Sethe. Coge mi carga y dame la tuya.

Sethe se volvió hacia él y contemplando al bebé que tenía entre los brazos emitió un sonido bajo, como diciendo que había cometido un error, que se había olvidado de echarle sal al pan o algo así.

—Iré afuera y haré que manden un carro —dijo el sheriff y por fin salió a la luz del sol.

Pero ni Stamp ni Baby Suggs consiguieron que soltara a su niña (¿ya gateaba?). Fuera del cobertizo, en el fondo de la casa, no la soltó. Baby Suggs había entrado a los chicos y les estaba lavando la cabeza, frotando sus manos, levantando sus párpados, musitando todo el tiempo: «Perdón, perdón, perdón». Vendó sus heridas y les hizo respirar alcanfor antes de dedicar su atención a Sethe. Cogió a la recién nacida que lloraba en brazos de Stamp Paid y la dejó apoyada sobre su hombro dos minutos seguidos, hasta que se plantó delante de su madre.

—Es hora de que amamantes a la pequeña —dijo.

Sethe quiso coger a la recién nacida sin soltar a la muerta.

Baby Suggs movió la cabeza de un lado a otro.

—De una en una —dijo y cambió a la viva por la muerta, a la que llevó al cuarto de servicio. Cuando volvió, Sethe apuntaba un pezón ensangrentado a la boca de su bebé. Baby Suggs dio un puñetazo en la mesa y gritó:

—¡Límpiate! ¡Límpiate!

Entonces pelearon. Como rivales por el corazón del ser amado, pelearon. Las dos luchaban por la lactante. Baby Suggs perdió la batalla cuando resbaló en un charco rojo y cayó al suelo. Así, Denver tomó la leche de su madre con la sangre de su hermana. Y así estaban cuando regresó el sheriff, después de requisar la carreta de un vecino y ordenar a Stamp que la condujera. Afuera un gentío, ahora, de caras negras dejó de murmurar. Con la hija viva entre sus brazos, Sethe pasó entre ellos, también en silencio.

Trepó a la carreta, con su perfil afilado contra un animado cielo azul. Un perfil que impresionó a todos por su diafanidad. ¿No llevaba la cabeza un poco alta? ¿No iba su espalda demasiado erguida? Probablemente. De lo contrario el cántico habría comenzado de inmediato, en el instante en que apareció en la puerta de la casa de Bluestone Road. La habrían arropado al instante con algún sonido, un tarareo a la manera de brazos extendidos para sustentarla en su camino. Pero esperaron a que la carreta girara en dirección oeste, hacia la ciudad. Tampoco hubo palabras entonces. Un canturreo zumbante. Ni una sola palabra. Baby Suggs tenía la intención de correr, de bajar deslizándose los escalones del porche en pos de la carreta y gritando no, no, no. No. No dejen que se lleve también a la última. Esa era su intención. E inició los movimientos, pero cuando se levantó del suelo y llegó al patio, la carreta había desaparecido y vio llegar un carro. Un niño pelirrojo y una niña rubia bajaron de un salto y corrieron entre la multitud hacia ella. El niño tenía un pimiento morrón a medio comer en una mano y un par de zapatos en la otra.

—Mamá dice que el miércoles. —Los juntó por las lengüetas—. Dice que tienes que tenerlos listos el miércoles.

Baby Suggs lo miró y luego volvió la vista hacia la mujer que llevaba las riendas del caballo.

—Ha dicho que el miércoles, ¿oyes?, Baby. ¡Baby!

Cogió los zapatos de manos del niño —de empeine alto y embarrados —, mientras decía:

—Perdón. Señor mío, perdón. Estarán listos el miércoles.

Fuera de su vista, la carreta traqueteaba por Bluestone Road. Ninguno de sus ocupantes hablaba. El balanceo había hecho dormir al bebé. El sol ardiente secó el vestido de Sethe hasta dejarlo tieso, como el rigor mortis.

ÉSA no es su boca. Quien no la conociera, o tal vez alguien que acabara de vislumbrarla a través de la mirilla del restaurante, podía pensar que era la suya, pero Paul D sabía que no. Bien, había algo alrededor de la frente —una especie de sosiego— que se la recordaba un poco. Pero en ningún modo se podía confundir esa boca con la suya, y lo dijo. Se lo dijo a Stamp Paid, que lo observaba atentamente.

—No sé, hombre. A mí no me lo parece. Conozco la boca de Sethe y no es ésta. —Alisó el recorte con los dedos y lo observó, sin la menor turbación. Por el aire solemne con que Stamp había desplegado el papel, por la ternura de los dedos del viejo cuando acarició sus arrugas y lo acható, primero sobre las rodillas y luego sobre la parte alta de la pila, Paul D supo que tenía que alterarle. Que lo que allí estaba escrito debía conmocionarle.

Los cerdos metían bulla en la rampa. En el transcurso del día Paul D, Stamp Paid y otros veinte los habían empujado y acicateado del canal a la orilla, a la rampa, al matadero. Aunque a medida que los cultivadores de cereal se trasladaban al oeste, St. Louis y Chicago dominaban gran parte del negocio, Cincinnati seguía siendo un puerto de cerdos en la mente de los lugareños. Su tarea principal consistía en recibir, sacrificar y embarcar río arriba la carne porcina de la que los norteños no querían prescindir. Durante algo más de un mes, en invierno, cualquier hombre sin empleo encontraba trabajo si podía respirar el hedor a despojos y aguantar doce horas de pie, habilidades para las que Paul D estaba admirablemente entrenado.

Un poco de mierda de cerdo —que ya había limpiado en los sitios accesibles— seguía pegada a sus botas y se percató de ello mientras esbozaba una ligera sonrisa de desdén. Habitualmente dejaba sus botas, se

ponía los zapatos y se cambiaba de ropa en un rincón del cobertizo, antes de volver andando a casa. Seguía una ruta que le llevaba a atravesar un cementerio más viejo que Matusalén, donde bullía la agitación de los difuntos indios miamis que ya no descansaban en paz bajo los túmulos que los cubrían. Por encima de sus cabezas caminaba gente extraña, a través de sus almohadas de tierra abrían caminos; pozos y casas les impedían a codazos el descanso eterno. Más indignados por su estupidez al creer que la tierra era sagrada que por la perturbación de la paz, los indios muertos gemían en las márgenes del río Licking, suspiraban entre los árboles de la calle Catherine y cabalgaban en el viento por encima de los corrales de ganado porcino. Paul D los oía, pero seguía allí porque en líneas generales el trabajo no estaba mal, sobre todo en invierno, cuando Cincinnati retomaba su condición de capital de la matanza y puerto fluvial. El consumo de cerdo se estaba convirtiendo en una manía en todas las ciudades del país. Los criadores ganaban un dineral, siempre que criasen cabezas suficientes y las vendieran cada vez más lejos. Y los alemanes, que se asentaron en gran número en el Ohio meridional, importaron y fomentaron la cocina de carne de cerdo en sus formas más diversas. Barcas llenas de ganado porcino atestaban el río Ohio; los gritos de los capitanes para entenderse a pesar de los gruñidos del ganado era un sonido acuático tan común como el de los patos que volaban por encima de sus cabezas. Río arriba y río abajo iban también ovejas, vacas y aves de corral, y a un negro le bastaba personarse allí para conseguir trabajo: atizar, matar, cortar, despellejar, encajonar y guardar despojos.

A unos cien metros del guirigay de los cerdos, los dos hombres estaban en pie detrás de un cobertizo, en Western Row; ahora era evidente por qué Stamp le había estado observando la última semana de trabajo, por qué hizo una pausa cuando entró el turno de noche, permitiendo así que los movimientos de Paul D se emparejaran con los suyos. Se había decidido a mostrarle ese pedazo de papel —de periódico— con el dibujo de una mujer que se parecía a Sethe aunque aquella no era su boca. En modo alguno.

Paul D cogió el recorte de la mano de Stamp. La letra impresa no significaba nada para él, de forma que ni siquiera le echó una ojeada. Se limitó a mirar la cara y a mover la cabeza negativamente. No. En la boca se

nota. Y no a lo que dijesen aquellos funestos garabatos. Y no a lo que Stamp Paid quería hacerle saber, fuera lo que fuese. Porque era imposible que una cara negra apareciese en un periódico si se trataba de algo que a alguien le interesara saber. Una oleada de temor recorría el corazón en cuanto uno veía un rostro negro en un papel, pues esa cara no estaba allí porque la persona hubiese tenido un bebé sano o dejado atrás a una turba callejera. Tampoco porque a esa persona la hubiesen matado, mutilado o aprehendido, o quemado, o encarcelado, o azotado, o desalojado, o pisoteado, o violado, o engañado, pues nada de eso podía considerarse noticia en un periódico. Tenía que ser algo fuera de lo común… algo que los blancos encontraran interesante, auténticamente distinto, algo que bien valiera un rechinar de dientes o un jadeo. Y no debía de ser fácil encontrar noticias de negros dignas de que un ciudadano blanco de Cincinnati contuviera la respiración.

¿Quién era entonces aquella mujer con una boca que no era la de Sethe pero cuyos ojos se veían casi tan serenos como los suyos? ¿De quién era la cabeza inclinada sobre el cuello de una manera tan encantadora que se le humedecían los ojos con sólo mirarla?

Y lo dijo.

—Ésta no es su boca. Conozco su boca y no es ésta. —Lo dijo sin darle tiempo a Stamp Paid a que hablara, e incluso cuando habló, Paul D lo repitió. Oh, sí, oyó todo lo que el viejo decía, pero cuanto más oía, más extraños se volvían los labios del dibujo.

Stamp comenzó por la fiesta, la que dio Baby Suggs, pero se interrumpió y retrocedió un poco para hablarle de las zarzamoras… dónde estaban y qué había en la tierra para hacerlas crecer de ese modo.

—Se abren al sol pero no a los pájaros, porque allí hay serpientes y los pájaros lo saben, de modo que crecen gordas y dulces sin que nadie las moleste excepto yo, porque nadie va a ese charco de agua salvo yo, y no hay muchas piernas dispuestas a deslizarse por ese barranco para cogerlas. Yo tampoco. Pero aquel día estaba dispuesto. Por alguna razón estaba dispuesto. Y te aseguro que me castigaron. Me arañaron y me azotaron. Pero llené dos cubos y los llevé a casa de Baby Suggs. Y todo se encadenó a partir de entonces. Un festín como no has visto nunca. Asamos, freímos y guisamos todo lo que Dios dejó caer por allí. Fue todo el mundo. Y todo el

mundo se hinchó de comer. Cocinamos tanto que no quedó ni una ramita para encender fuego el día siguiente. Me ofrecí como voluntario para hacer leña. Y a la mañana siguiente me presenté, tal como había prometido.

—Pero ésta no es su boca —dijo Paul D—. En absoluto.

Stamp Paid le miró. Iba a hablarle de lo inquieta que estaba Baby Suggs esa mañana, de cómo aguzaba los oídos, de la forma en que miraba más allá del maizal, hacia el riachuelo, tanto que también él miró en esa dirección. Entre hachazo y hachazo, observó lo que Baby observaba. Y por eso ninguno de los dos se dio cuenta: miraban donde no correspondía —hacia el agua—, y ellos se acercaban por el camino. Cuatro. Cabalgaban muy juntos, casi apiñados, con aspecto justiciero. Iba a decirle eso porque lo consideraba importante: la razón por la que ni él ni Baby Suggs se dieron cuenta. Y a contarle lo de la fiesta, pues eso explicaba por qué nadie salió corriendo adelante, por qué nadie envió a un hijo veloz cortando camino en cuanto vieron los cuatro caballos en la ciudad, atados para abrevar, mientras los jinetes hacían preguntas. Ni Ella, ni John, ni nadie fue corriendo a Bluestone Road a avisar que unos blancos desconocidos, con la Mirada, llegaban a caballo. La Mirada justiciera que todos los negros aprendían a reconocer al mismo tiempo que la teta de su ma. Como una bandera izada, esa forma de justicia telegrafiaba y anunciaba la barra de hierro, el látigo, el puño, el embuste, mucho antes de que fueran del dominio público. Nadie se lo advirtió y él siempre creyó que no fue el embotamiento de todo lo que habían engullido lo que los atolondró, sino otra cosa —algo así como una vileza— lo que los hizo mantenerse ajenos, o no prestar atención, o decirse cada uno a sí mismo que probablemente otro ya había llevado la noticia a la casa de Bluestone Road, donde desde hacía un mes vivía una mujer bonita. Una mujer joven y diestra con sus cuatro hijos, uno de los cuales había parido sola el día antes de llegar, y que ahora contaba con todo el beneficio de la generosidad de Baby Suggs y de su inmenso corazón. Tal vez sólo querían saber si Baby era realmente tan especial, si estaba bendecida de una manera que no lo estaban ellos. Iba a transmitirle todo eso, pero Paul D se estaba riendo y decía:

—Huyyy. Para nada. Un parecido alrededor de la frente, quizá, pero ésta no es su boca.

Así, Stamp Paid no le contó que ella salió volando, cogiendo a sus hijos y metiéndoselos bajo el ala como un halcón, que su cara adquirió una forma picuda, que sus manos trabajaron igual que garras, que los reunió para cobijarlos: uno sobre el hombro, otro bajo el brazo, otro de la mano y el otro empujado a gritos hacia el cobertizo donde sólo había luz de sol y virutas, porque no había quedado nada de leña. La habían usado toda para la fiesta y por eso él estaba hachando. No había nada en aquel cobertizo y él lo sabía, pues había estado allí a primera hora de la mañana. Nada salvo la luz del sol. La luz del sol, virutas, una pala. Él se llevó el hacha. Allí no había nada excepto la pala… y la sierra, por supuesto.

—Olvidas que yo la conocí antes —le estaba comentando Paul D—. En Kentucky. Cuando era una chica. No la conocí hace unos meses. Llevo mucho tiempo conociéndola. Y te lo digo sin la menor vacilación: ésta no es su boca. Tal vez se le parezca, pero no es su boca.

Y Stamp Paid no lo dijo. Respiró hondo, se inclinó hacia la boca que no era de ella y lentamente leyó en voz alta las palabras que Paul D no sabía leer. Y cuando terminó de leerlas, Paul D dijo, con renovada energía:

—Lo siento, Stamp. En algún lado tiene que haber un error porque ésta no es su boca.

Stamp miró a Paul D a los ojos y el dulce convencimiento que vio en ellos le llevó a preguntarse si aquello había ocurrido, dieciocho años atrás, si mientras él y Baby Suggs miraban hacia el otro lado, una bonita esclava reconoció un sombrero y rodó al cobertizo para matar a sus hijos.

Ya gateaba cuando llegué. Una semana, menos, y la bebita que se estaba sentando y girando la cabeza cuando la dejé en el carro, ya gateaba. Costaba mucho mantenerla alejada de la escalera. Hoy en día los bebés se levantan y caminan en cuanto los sueltas, pero veinte años atrás, cuando yo era jovencita, los bebés eran bebés más tiempo. Howard no sustentó su propia cabeza hasta los nueve meses. Baby Suggs decía que era la comida. Si lo único que tienes para darles es leche, no hacen las cosas tan rápido. Y leche es lo único que yo siempre tuve. Creía que los dientes significaban que ya estaban preparados para masticar. No tenía a quién preguntarle. Mrs. Garner no había tenido hijos y allá éramos las únicas mujeres.

Daba vueltas. Giraba y giraba por la habitación. Más allá de la alacena con botes de jalea, la ventana, la puerta principal, otra ventana, el aparador, la puerta del cuarto de servicio, el fregadero seco, el fogón… y otra vez la alacena. Paul D, sentado a la mesa, la tenía a la vista y luego la veía desaparecer a sus espaldas, girando como una rueda lenta pero constante. A veces cruzaba las manos a la espalda. En otros momentos se tapaba las orejas, se cubría la boca o se cruzaba de brazos. De vez en cuando se frotaba las caderas al girar, pero la rueda nunca se detenía.

—¿Recuerdas a la tía Phyllis? ¿De Minnowville? Mr. Garner mandaba a uno de vosotros a buscarla cada vez que iba a nacer uno de mis bebés. Ésas fueron las únicas veces que la vi. Más de una vez quise acercarme a su casa. Sólo para hablar. Se me ocurrió que podía pedirle a Mrs. Garner que me dejara en Minnowville mientras ella iba a sus reuniones y que me recogiera a su regreso. Estaba segura de que lo habría hecho si se lo hubiera pedido. Pero nunca lo hice, porque era la única oportunidad que teníamos Halle y

yo de vernos a la luz del día. O sea que no tenía con quién hablar. Me refiero a alguien que supiera cuándo había llegado el momento de masticar algo y luego dárselo a los hijos. No sabía si eso era lo que les hacía salir los dientes o si debía esperar a que los dientes salieran para darles comida sólida. Ahora lo sé, porque Baby Suggs la alimentó como es debido y una semana más tarde, cuando llegué yo, ya gateaba. No había modo de retenerla. Le gustaban tanto esos peldaños que los pintamos de blanco para que viera bien el camino que llevaba a lo alto de la escalera.

Entonces Sethe sonrió a sus recuerdos. La sonrisa se quebró y repentinamente tragó aire, pero no se estremeció ni cerró los ojos. Siguió dando vueltas.

—Ojalá hubiese sabido más pero, como te dije, allá no había con quién hablar. Ninguna mujer, quiero decir. Por eso traté de recordar lo que había visto antes de estar en Sweet Home. Cómo hacían las cosas las mujeres. Ellas sí que sabían todo lo que hay que saber. Sabían confeccionar eso que se usa para colgar a los bebés de los árboles y tenerlos a la vista sin que se hagan daño mientras una trabajaba en los campos. Y les daban a mascar eso mismo, que era una hoja. Menta, me parece, o sasafrás. Consuelda, tal vez. Todavía no sé cómo construían eso que parecía un cesto, pero nunca lo necesité, porque yo sólo trabajaba en el establo y en la casa… pero he olvidado qué era aquella hoja. Me habría venido bien saberlo. Até a Buglar cuando tuvimos que ahumar tanto cerdo. Había fuego por todas partes y él siempre se acercaba. Estuve a punto de perderlo en muchos momentos. Una vez se subió al pozo. Salí volando. Lo cogí justo a tiempo. De modo que cuando supe que derretiríamos grasa y ahumaríamos, por lo que no podría vigilarlo, cogí un trozo de cuerda y se lo até alrededor del tobillo. Lo bastante largo para jugar un poco, pero no lo suficiente para llegar al pozo ni al fuego. No me gustaba el aspecto que tenía así atado, pero no sabía qué otra cosa hacer. Es difícil, no sé si entiendes lo que quiero decir, estar sola y sin ninguna mujer cerca para ayudarte. Halle era muy bueno, pero estaba siempre pagando su deuda de trabajo por los alrededores. Y cuando conseguía dormir un poco, yo no quería molestarlo con esas pequeñeces. Quien más me ayudó fue Sixo. Supongo que no lo recuerdas, pero Howard se metió en el ordeñadero y Red Cora, creo que fue Red Cora, le aplastó la

mano, volviéndole el pulgar hacia atrás. Cuando llegué a él, la vaca estaba a punto de morderlo. Todavía no sé cómo logré sacarlo. Sixo lo oyó gritar y apareció corriendo. ¿Sabes lo que hizo? Volvió a encajar el pulgar en su lugar y lo ató a través de la palma hasta su dedo meñique. A mí nunca se me habría ocurrido algo así. Nunca. Me enseñó muchas cosas Sixo.

Paul D se sintió mareado. Al principio pensó que era por los giros de Sethe, que daba tantas vueltas a su alrededor como alrededor del tema. Vueltas y vueltas, sin cambiar de dirección, lo que habría contribuido a mantener estable su cabeza. Luego pensó que era por el sonido de su voz, que estaba demasiado cerca. Cada giro de Sethe la dejaba como mínimo a tres metros de donde él estaba sentado, pero escucharla era como tener a un crío susurrándote al oído, tan próximo que sentías cómo sus labios formaban las palabras que no lograbas dilucidar porque estaban demasiado cerca. Sólo le llegaban fragmentos de lo que decía… lo cual estaba muy bien, porque Sethe no había llegado a lo principal: la respuesta a la pregunta que no le había hecho directamente, pero que yacía en el recorte que le acababa de mostrar. Y también en su sonrisa, porque Paul D sonrió al mostrárselo, para que cuando ella se echara a reír por la broma —la confusión de haber puesto su rostro donde tendría que estar el de otra mujer de color—, él estuviese preparado para unirse a su carcajada. «Es gracioso, ¿no?», preguntaría él. Y «Stamp ha perdido el juicio», reiría ella. «¡Qué disparate!».

Pero no pudo ampliar su sonrisa. Quedó como esbozo entre sus labios, pequeña y sola, mientras ella observaba el recorte y luego se lo devolvía.

Tal vez fue la sonrisa, o el amor siempre vivo que vio en sus ojos —afable y frontal, como miran los potros, los evangelistas y los niños: con un amor que no tiene por qué ser merecido—, lo que la hizo seguir adelante y expresar lo que no le había dicho a Baby Suggs, la única persona a la que alguna vez se sintió obligada a explicar algo. De lo contrario, habría confirmado lo que el periódico decía que había dicho y nada más. Sethe sólo sabía reconocer setenta y cinco palabras impresas (la mitad de las cuales aparecían en el recorte), pero sabía que las palabras que no entendía no podían explicarlo mejor que ella. La sonrisa y el amor frontal la impulsaron a intentarlo.

—No tengo que hablarte de Sweet Home, de lo que era… pero tal vez no sepas lo que fue para mí salir de allí.

Se cubrió la parte inferior de la cara con las palmas de las manos e hizo una pausa para sopesar una vez más la magnitud del milagro, su sabor.

—Lo hice yo. Nos saqué a todos de allí. Sin Halle. Hasta entonces, nunca había hecho nada por mi cuenta. Jamás había tomado una decisión. Y salió bien, tal como se suponía. Estábamos aquí. Todos y cada uno de mis hijos, y yo también. Yo los alumbré y los saqué de allí, y no fue por accidente. Lo hice. Recibí ayuda, por supuesto, mucha ayuda, pero fui yo quien lo hizo, yo quien dijo *Adelante* y *Ahora.* Yo quien vigiló. Yo, usando mi propia cabeza. Pero fue más que eso. Fue una especie de egoísmo que nunca había conocido y que era bueno. Bueno y correcto. Yo era grande, Paul D, y ancha y profunda, y cuando extendía los brazos todos mis hijos cabían dentro. *Tan* ancha era. Tenía la impresión de quererlos más cuando llegué aquí. O quizá no podía amarlos como es debido en Kentucky, porque allá no eran míos. Pero al llegar aquí, al bajar de aquel carro… no había nadie en el mundo a quien no pudiera amar si lo deseaba. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Paul D no respondió porque ella no esperaba ni quería que respondiera, pero sabía lo que quería decir. Era como escuchar el arrullo de las palomas en Alfred, Georgia, sin derecho ni permiso para disfrutarlo porque en ese sitio la neblina, las palomas, los rayos del sol, el polvo de cobre, la luna… todo pertenecía a los hombres que tenían las armas. Pequeñajos algunos y robustos otros, habría podido partir a cualquiera de ellos en dos como si fueran ramitas. Hombres que sabían que su hombría reposaba en las armas y que ni siquiera se sentían avergonzados sabiendo que sin el fusil hasta un zorro se reiría de ellos. Y esos «hombres» que habrían hecho reír incluso a los zorros te impedían oír a las palomas o contemplar la luna. De modo que te protegías amando cosas pequeñas. Escogías las estrellas más diminutas del cielo y te las apropiabas, volvías la cabeza para ver lo amado por encima del borde de la trinchera antes de dormirte. Le robabas tímidas miradas entre los árboles durante el ascenso de la cadena. Hojas de hierba, salamandras, arañas, pájaros carpintero, escarabajos, un reino de hormigas. Nada más grande serviría. Una mujer, un hijo, un hermano… un amor tan

grande se destruiría en Alfred, Georgia. Paul D sabía exactamente lo que Sethe quería decir: llegar a un lugar donde pudieses amar lo que se te antojara —donde no necesitaras permiso para desear— era la libertad.

Dando vueltas y vueltas, ahora ella mascullaba otra cosa sin llegar al meollo de la cuestión.

—Mrs. Garner me dio un trozo de género. Percal. Tenía rayas separadas por florecillas. Más o menos un metro… apenas suficiente para un pañuelo de cabeza. Pero yo quería hacerle algo a mi nena. Los colores eran preciosos. Ni siquiera sé cómo se llama ese color: una especie de rosa con matices amarillos. Durante muchísimo tiempo tuve la intención de hacerle algo a mi nena y soy tan tonta que me lo dejé. Apenas era un metro, pero siempre lo dejaba para el día siguiente porque estaba cansada o no tenía tiempo. Cuando llegué aquí, incluso antes de que me permitieran levantarme, le cosí algo con un pedazo de paño que tenía Baby Suggs. Bueno, lo único que quiero decir es que fue un placer egoísta que nunca había sentido antes. No podía permitir que las cosas volvieran a ser lo que habían sido. No podía permitir que ella ni ninguno de ellos viviese bajo la férula de Maestro. Ni hablar.

Sethe sabía que el círculo que trazaba alrededor de la habitación, de él, del tema, seguiría mordiéndose la cola. Que nunca podría abordar la cuestión, formularla en beneficio de nadie que necesitara preguntarlo. Si no lo entendían… ella jamás podría explicarlo. Porque la verdad era sencilla, no el largo registro de una historia desdibujada, llena de vestidos floreados, cestos colgados de los árboles, egoísmo, cuerdas atadas a los tobillos y pozos. Muy sencilla: ella estaba en cuclillas en el jardín; cuando los vio llegar y reconoció el sombrero de Maestro, oyó un batir de alas. Pequeños colibríes hundieron sus picos como agujas en su pelo, a través del pañuelo, y aletearon. Y si algo pensó, fue: No. No. No, no. No, no, no. Muy sencillo: salió volando. Recogió cada fragmento de vida que ella había gestado, todas las partes de sí misma que eran preciosas y buenas y hermosas, y las llevó, empujó, arrastró a través de un velo de bruma hasta donde nada ni nadie pudiera hacerles daño. A otro lado. Fuera de allí, donde estarían a salvo. Y los colibríes seguían batiendo las alas. Sethe hizo una pausa en sus giros para asomarse a la ventana. Recordó los tiempos en que el patio tenía una

valla con una puerta que alguien abría y cerraba sin cesar cuando el 124 era tan concurrido como un apeadero. No vio a los chicos blancos que la echaron abajo, que arrancaron los postes y aplastaron la puerta, dejando el 124 desolado y expuesto justo cuando todo el mundo dejó de ir. Sólo la maleza del andén de Bluestone Road se acercaba a la casa.

Tras su salida de la cárcel, se alegró de que ya no estuviera la valla. Allí habían atado sus caballos… allí divisó, por encima del cerco mientras estaba en cuclillas en el jardín, el sombrero de Maestro. Cuando lo vio cara a cara lo miró certeramente a los ojos y tenía entre sus brazos algo que lo frenó en seco. Él fue dando un paso atrás a cada salto del corazón de la niñita hasta que dejó de latir.

—Yo lo frené —dijo con la vista fija en el lugar donde solía estar la valla—. Cogí a todos mis hijos y los puse a salvo.

El estruendo que Paul D sentía en la cabeza no le impidió percibir la índole acariciadora con que Sethe pronunció las dos últimas palabras, y entonces se le ocurrió que lo que ella deseaba para sus hijos era precisamente lo que estaba ausente del 124: seguridad. Ése fue el primer mensaje que recibió el día que franqueó la puerta. Creía que era él quien lo había vuelto seguro, librándolo del peligro, vaciándolo de maldad, mostrándole a todo el mundo la diferencia entre una mula y un arado. Y como ella no lo había hecho sola antes de su llegada, pensó que era porque no podía. Que vivía en el 124 con una resignación impotente y sometida porque no tenía opción; que sin marido, hijos y suegra, ella y su lerda hija tenían que vivir allí, arreglándoselas. La muchachita susceptible y de ojos acerados de Sweet Home a la que había conocido como la chica de Halle, era obediente (como Halle), tímida (como Halle) y trabajadora (como Halle). Se había equivocado. Esta Sethe era otra persona. El fantasma de su casa no la molestaba, por la misma razón por la que había dado la bienvenida a una bruja de pensión completa con zapatos nuevos. Esta Sethe de ahora hablaba del amor como cualquier mujer, de la ropa de sus hijos como cualquier mujer, pero lo que implicaba en la trastienda penetraba hasta los huesos. Esta Sethe hablaba de seguridad con una sierra en la mano. Esta Sethe no sabía dónde acababa el mundo y comenzaba ella.

Súbitamente vio lo que Stamp Paid quería que viera: más importante que lo que Sethe había hecho era lo que reivindicaba. Se asustó.

—Tu amor es demasiado denso —dijo, al tiempo que pensaba: esa bruja me está mirando, está encima de mi cabeza observándome a través del techo.

—¿Demasiado denso? —repitió interrogadoramente Sethe, pensando en el Claro, donde las órdenes de Baby Suggs arrancaban las vainas de los castaños—. El amor es o no es. El amor poco denso no sirve para nada.

—Sí. No funcionó, ¿verdad? ¿O sí? —le preguntó.

—Funcionó —afirmó ella.

—¿Cómo es eso? Tus hijos se han ido y no sabes adónde. Una de tus hijas ha muerto y la otra no se atreve a traspasar el patio. ¿Cómo dices que funcionó?

—No están en Sweet Home. Maestro no los tiene.

—Tal vez estén peor.

—No es asunto mío saber qué es peor. Lo mío es saber qué es lo que es y mantenerlos alejados de lo que sé que es un espanto. Y lo hice yo.

—Lo que hiciste estaba mal, Sethe.

—¿Tendría que haber vuelto allá? ¿Haber llevado allá a mis hijos?

—Podría haber habido una manera. Otra manera.

—¿Cuál?

—Tienes dos pies, Sethe, no cuatro —dijo Paul D y en ese momento una intrincada selva, sin sendas y personal, se interpuso entre ambos.

Más adelante se preguntó que le había llevado a decir eso. ¿Los becerros de su juventud? ¿O acaso la convicción de que estaba siendo observado a través del techo? Con qué velocidad se había trasladado de su vergüenza a la de ella. De su secreto en la fresquera al amor de ella, demasiado denso.

Entretanto, la selva se abismaba, dando forma y peso a la distancia insalvable.

No se puso el sombrero en seguida. Primero lo toqueteó, decidiendo cómo se iría, cómo haría para que fuese una salida y no una escapatoria. Y era sumamente importante no salir sin mirar. Se incorporó, dio media vuelta y miró la escalera blanca. Ella estaba allí, por supuesto. Erguida y de

espaldas a él. No se precipitó a la puerta. Se movió lentamente y la abrió antes de pedirle a Sethe que no sirviera su cena porque podía volver tarde. Sólo entonces se puso el sombrero.

Muy tierno, pensó ella. Debe de creer que no soportaría oírselo decir. Que después de todo lo que le he contado y después de que me dijese cuántos pies tengo, la palabra «adiós» me quebraría. Muy tierno.

—Adiós —murmuró Sethe desde el otro lado de la arboleda.

DOS

En el 124 había mucho ruido. Stamp Paid lo oyó incluso desde el camino. Caminaba hacia la casa con la cabeza muy alta para que nadie que lo viera lo considerara furtivo, aunque su mente preocupada le hacía sentirse como si lo fuera. Desde que mostrara el recorte periodístico a Paul D y se enterara de que ese mismo día se había ido del 124, Stamp Paid se sentía inquieto. Después de haber debatido consigo mismo la cuestión de si debía o no hablarle a un hombre de su mujer, y después de convencerse de que debía hacerlo, comenzó a preocuparse por Sethe. ¿No le habría quitado la única oportunidad de felicidad que podía brindarle un buen hombre? ¿Se sentiría ultrajada por la pérdida, a causa del no solicitado resurgimiento del cotilleo por parte del hombre que la había ayudado a cruzar el río y que era tan amigo suyo como lo había sido de Baby Suggs?

«Soy muy viejo —reflexionó— para pensar con claridad. Soy muy viejo y he visto demasiado». Había insistido en la discreción durante la revelación en el corral del matadero… y ahora se preguntaba a quién estaba protegiendo. Paul D era el único de toda la ciudad que lo ignoraba. ¿Cómo una información que había aparecido en un periódico se había podido convertir en un secreto que era necesario decir al oído en un corral de cerdos? ¿Reserva para quién? Para Sethe: había actuado a sus espaldas, furtivamente. Pero el sigilo era su trabajo… su vida, aunque siempre con un fin transparente y bondadoso. Antes de la guerra todo lo que hacía era furtivo: llevar a fugitivos a lugares ignotos, información secreta a lugares públicos. Bajo sus verduras legales iban los contrabandos humanos a los que hacía cruzar el río. Hasta los cerdos con los que trabajaba en primavera servían a sus propósitos. Familias enteras vivían de los huesos y los

despojos que él les daba. Escribía sus cartas y les leía las que recibían. Sabía quién tenía hidropesía y quién necesitaba leña para el fogón, qué niños habían nacido con un don y a cuáles había que corregir. Conocía los secretos del río Ohio y sus márgenes, sabía qué casas estaban llenas y cuáles desocupadas, conocía a los mejores bailarines, los peores oradores, los que tenían una voz bella y los que eran incapaces de seguir una melodía. No había nada interesante entre sus piernas, pero recordaba la época en que lo había habido —cuando el vigor vigorizaba al vigoroso— y por eso reflexionó mucho antes de abrir su caja de madera y buscar el recorte de dieciocho años atrás para mostrárselo como prueba a Paul D.

Después —y no antes— consideró los sentimientos de Sethe. Y era lo tardío de esta consideración lo que lo hacía sentir tan mal. Tal vez debería haber dejado las cosas como estaban, tal vez la propia Sethe habría llegado a contárselo, tal vez él no era el magnánimo Soldado de Cristo que debía ser, sino un entrometido corriente y moliente que había interrumpido algo que iba bien, en nombre de la verdad y la prevención, cuestiones que tenía en gran estima. Ahora el 124 había vuelto a ser lo que era antes de la llegada de Paul D… inquietando a Sethe y a Denver con un hato de espíritus cuyas voces llegaban a sus oídos mientras iba por el camino. Aunque Sethe pudiera arreglárselas con el retorno del fantasma, Stamp no creía que su hija estuviera en condiciones de hacerlo. Denver necesitaba a alguien normal en su vida. Quiso la suerte que él estuviera presente casi en el momento de su nacimiento —antes de que ella misma supiera que estaba viva— y esto lo volvía parcial. Fue el hecho de haberla visto viva y con aspecto saludable cuatro semanas después lo que lo alegró tanto como para acarrear la mayor cantidad posible de las mejores zarzamoras de la comarca e introducirle dos en la boca antes de entregar la ardua cosecha a Baby Suggs. Aún estaba convencido de que sus bayas (que provocaron el festín y el posterior corte de leña) eran la causa de que Denver siguiera todavía viva. De no haber estado él allí, hachando madera, Sethe habría estrellado los sesos de su hija contra el entablado. Quizá tendría que haber pensado en Denver, ya que no pensó en Sethe, antes de darle a Paul D la noticia que le hizo salir disparado. Aquel hombre era la única persona normal en la vida

de la chica desde el fallecimiento de Baby Suggs. Y ése era el meollo de la cuestión.

Más profunda y dolorosa que su tardía inquietud por Denver o por Sethe, quemando su alma como un dólar de plata en el bolsillo de un tonto, se alzaba la memoria de Baby Suggs… la montaña de su cielo. El recuerdo de Baby Suggs y el honor que le era debido fueron los que lo llevaron, con la cabeza alta, al patio del 124 pese a oír las voces desde el camino.

Sólo una vez había pisado esa casa después de la Desgracia (como llamaba a la brutal respuesta de Sethe a la Ley de Fugitivos), y fue para sacar de ella a Baby Suggs, bendita sea. Cuando la alzó en sus brazos le pareció una niña y pensó en el placer que sentiría la anciana sabiendo que ya nunca tendría que mover laboriosamente el hueso de la cadera… que por fin alguien la llevaba *a ella.* Si hubiese esperado un poquitín, habría visto el fin de la guerra, sus breves y llamativos resultados. Podrían haberlo celebrado juntos, haber ido a escuchar los grandiosos sermones impartidos en la ocasión. Tal como ocurrieron las cosas, fue solo de casa jubilosa en casa jubilosa, bebiendo lo que le ofrecían. Pero ella no había esperado y asistió a su funeral más enfadado con ella que desconsolado. Ese día Sethe y su hija tenían los ojos secos. Sethe no dio instrucciones con excepción de «Llévala al Claro», y él lo intentó, pero se lo impidió alguna regla inventada por los blancos acerca de dónde debían descansar los muertos. Baby Suggs fue enterrada junto a la niñita del cuello cortado… vecindad que probablemente no habría contado con la bendición de Baby Suggs, pensaba Stamp.

El velatorio se celebró en el patio porque nadie, salvo él, quería entrar en el 124… ofensa a la que Sethe respondió con otra, negándose a asistir al oficio que presidió el reverendo Pike. Fue en cambio a la fosa, con cuyo silencio compitió sin unirse a los himnos que los demás entonaban con todo su corazón. Este nuevo insulto engendró otro entre los asistentes: de vuelta en el patio del 124, comieron lo que habían llevado sin probar bocado de la comida de Sethe, que a su vez no probó la de ellos y prohibió a Denver que lo hiciera. Y Baby Suggs, bendita sea, después de haber dedicado toda su vida en libertad a la armonía, fue enterrada en medio de una danza de orgullo, miedo, condena y rencor. Prácticamente toda la ciudad ansiaba que

Sethe pasara momentos difíciles. Sus extravagantes declaraciones, su autosuficiencia, parecían exigirlo, y Stamp Paid —que en toda su vida adulta no había sentido ni un atisbo de maldad— se preguntó si las expectativas de sus vecinos en cuanto a que «el orgullo viene antes de la caída» no se le habrían contagiado… lo que explicaría por qué no había tenido en cuenta los sentimientos de Sethe ni las necesidades de Denver cuando mostró el recorte a Paul D.

No tenía noción de lo que haría o diría cuando Sethe le abriera la puerta —si se la abría— y lo mirara a la cara. Estaba dispuesto a ofrecerle ayuda, si ella la deseaba o a aceptar su cólera, si estaba enfadada con él. Más allá de eso, confiaba en su instinto para reparar el mal que pudiera haber hecho a la familia de Baby Suggs, y para que lo guiara a través del hechizo en aumento al que estaba sujeto el 124, tal como evidenciaban las voces que oía desde el camino. Asimismo confiaba en el poder de Jesucristo para resolver cuestiones más viejas, aunque no más fuertes, que Él.

No comprendió lo que oía a medida que avanzaba hacia el porche. Desde Bluestone Road creyó oír una conflagración de voces precipitadas… audibles y apremiantes que hablaban simultáneamente, lo que le impedía dilucidar lo que decían o a quién se dirigían. El discurso no era exactamente disparatado, y tampoco lo eran las palabras. Pero había algo erróneo en el orden de los términos y él no lograba descifrarlos ni describirlos. Lo único que distinguió fue la palabra *mía.* El resto permaneció fuera del alcance de su mente. No obstante, siguió adelante. Al llegar a los peldaños, las voces se convirtieron en algo menos que un murmullo. Vaciló. Se habían transformado en un susurro ocasional… como los sonidos interiores que emite una mujer cuando cree que está sola y nadie la observa: un *tsss* cuando no acierta con el ojo de la aguja. Un quejido bajo cuando ve otra desportilladura en su única fuente buena, el parloteo bajo y amistoso con que saluda a las gallinas. Nada feroz ni alarmante. Sólo la eterna conversación personal que tiene lugar entre las mujeres y sus faenas.

Stamp Paid levantó el puño para llamar a la puerta a la que nunca había llamado (porque siempre había estado abierta para él) y no pudo. Prescindir de esa formalidad era el único pago que esperaba de la deuda que tenían con él todos los negros. Una vez que Stamp Paid te llevaba un abrigo, te

transmitía un mensaje, te salvaba la vida o reparaba tu cisterna, se tomaba la libertad de entrar en tu casa como si fuera suya. Dado que todas sus visitas eran benéficas, sus pasos o sus gritos siempre eran bien acogidos. Antes que renunciar al privilegio que se había concedido a sí mismo, prefirió bajar la mano y salir del porche.

Lo intentó repetidas veces; decidía visitar a Sethe, superaba las voces precipitadas hasta el subsiguiente murmullo y se detenía, tratando de imaginar qué haría una vez en la puerta. Seis veces en seis días se desvió de su camino habitual e intentó llamar a la puerta del 124. Pero la frialdad del gesto —la señal de que era un extraño— lo aplastaba. Desandaba lo andado en la nieve, suspirando. El espíritu estaba dispuesto, la carne era débil.

Mientras Stamp Paid decidía visitar el 124 por amor a Baby Suggs, Sethe trataba de seguir el consejo de su madre política: *deponer las armas, dejar la espada y el escudo.* No sólo interpretar el consejo que le había dado Baby Suggs, sino seguirlo en la práctica. Cuatro días después de que Paul D le recordara cuántos pies tenía, Sethe revolvió el montón de zapatos buscando los patines de cuchilla que, estaba segura, tenían que estar allí. Revisando el calzado, se despreció a sí misma por haber sido tan confiada, tan rápida en rendirse ante el fogón cuando Paul D le besó la espalda. Tendría que haber sabido que se comportaría como todos los de los alrededores en cuanto se enterara. Los veintiocho días de amistades, de suegra, de todos sus hijos reunidos, de formar parte de una población, de tener vecinos… todo eso había desaparecido y nunca volvería. No más danzas en el Claro ni comilonas festivas. No más discusiones, tormentosas o tranquilas, acerca del verdadero significado de la Ley de Fugitivos, la Cuota de Asentamiento, los Caminos de Dios y los bancos de la iglesia para negros, la antiesclavitud, la manumisión, el voto según el color de la piel, los republicanos, Dred Scott, el aprendizaje de la lectura, la calesa de ruedas altas del Residente Temporal, las señoras de color de Delaware y otras cuestiones de peso que los retenían en sus sillas, o fregando las tablas del suelo o paseándose arriba y abajo sufriendo atrozmente o con regocijo. Ninguna espera ansiosa del *North Star* o noticias de una derrota. No más suspiros ante una nueva traición ni palmoteos ante una pequeña victoria.

A esos veintiocho días dichosos siguieron dieciocho años de desaprobación y vida solitaria. Luego unos meses de derroche vital que le prometieron las sombras tomadas de la mano en el camino, saludos indecisos de otra gente de color en compañía de Paul D, una vida sexual. Excepto la amiga de Denver, todo aquello había desaparecido. Se preguntó si ésa sería la pauta. ¿Cada dieciocho o veinte años su vida invivible se vería interrumpida por una gloria de corta duración?

Bien, si así eran las cosas… así eran.

Estaba de rodillas, fregando el suelo, mientras Denver la seguía con los trapos secos, cuando apareció Beloved diciendo:

—¿Para qué son?

Y de rodillas, con el cepillo en la mano, miró a la chica y los patines que tenía en la mano. Sethe no sabía patinar ni un poquitín, pero allí mismo decidió seguir el consejo de Baby Suggs: *depón las armas*. Dejó el cubo donde estaba. Dijo a Denver que cogiera los chales y se puso a buscar los otros patines que, tenía la certeza, estaban en esa pila. Cualquiera que se apiadara de ella, cualquiera que asomara la cabeza por allí para ver cómo se las arreglaba (incluido Paul D), descubriría que salía a flote por tercera vez porque amaba a sus niñas: esa mujer navegaba felizmente en un riachuelo congelado.

Deprisa y de manera descuidada comenzó a arrojar zapatos por todas partes. Finalmente encontró una cuchilla… de hombre.

—No importa —dijo—, nos turnaremos. Una con dos patines y otra con uno, la tercera se deslizará sobre sus zapatos.

Nadie las vio caer.

De la mano y apuntalándose mutuamente, giraron sobre el hielo. Beloved usaba el par completo y Denver llevaba un solo patín, deslizándose sobre el hielo traicionero. Sethe creyó que sus dos zapatos se aferrarían al suelo y le servirían de ancla. Estaba equivocada. Dio dos pasos sobre el riachuelo, perdió el equilibrio y se cayó sentada. Las chicas, desternilladas de risa, se sentaron con ella en el hielo. Sethe se levantó con dificultad y no sólo descubrió que podía despatarrarse, sino que dolía. Sus huesos se hicieron sentir en lugares inesperados y toda su risa salió a la superficie.

Formando un círculo o en fila, no eran capaces de estar erguidas un minuto seguido, pero nadie las vio caer.

Cada una de ellas parecía ayudar a las otras dos a mantenerse derechas, pero a cada porrazo se ponían más contentas. Los robles y los pinos susurrantes de la orilla las cercaban y absorbían sus risas mientras ellas luchaban contra la fuerza de gravedad buscándose las manos. Sus faldas volaban como alas y su cutis se hizo peltre bajo la luz fría y agonizante.

Nadie las vio caer.

Finalmente exhaustas, se tumbaron de espaldas para recobrar el aliento. El firmamento era otro territorio. Estrellas invernales, lo bastante cercanas para tocarlas con la mano, habían asomado antes del crepúsculo. Por un instante Sethe, con la vista en lo alto, entró en la paz perfecta que le ofrecían. Luego Denver se levantó e intentó un deslizamiento por su cuenta. La punta de su único patín topó con un montículo de hielo y durante la caída el aleteo de sus brazos fue tan impetuoso y desesperado que las tres —Sethe, Beloved y la propia Denver— rieron hasta que les entró la tos. Sethe se apoyó en las manos y las rodillas, con el pecho sacudido todavía por la risa que también humedecía sus ojos. Permaneció un rato así, en cuatro patas. Pero cuando su risa desapareció, las lágrimas permanecieron y Beloved y Denver tardaron un rato en notar la diferencia. En cuanto se dieron cuenta le tocaron ligeramente los hombros.

En el camino de regreso por el bosque, Sethe rodeó con un brazo a cada una de las chicas que iba a su lado. Y ambas tenían un brazo alrededor de su cintura. Ahora andaban sobre la nieve dura, tropezaban y tenían que sujetarse con firmeza, pero nadie las vio caer.

Una vez en el interior de la casa se dieron cuenta de que tenían frío. Se quitaron los zapatos y se cambiaron los calcetines húmedos por otros de lana, secos. Denver alimentó el fuego. Sethe entibió un cazo con leche, a la que agregó almíbar de caña y vainilla. Envueltas en colchas y mantas delante del fogón, bebieron, se secaron las narices y volvieron a beber.

—Podríamos asar unas patatas —dijo Denver.

—Mañana —contestó Sethe—. Es hora de dormir.

Sirvió un poco más de leche endulzada a sus niñas. El fuego rugía.

—¿Has terminado con los ojos? —preguntó Beloved.

Sethe sonrió.

—Sí, he terminado con los ojos. Bebe. Es hora de acostarse.

Pero no querían abandonar la calidez de las mantas, el fuego y las tazas a cambio del frío de una cama. Siguieron bebiendo leche y contemplando el fuego.

Cuando llegó el clic, Sethe no sabía de qué se trataba. Después fue evidente que el clic estaba desde el comienzo… un latido casi, antes de empezar, antes de que oyera tres notas, antes siquiera de que la melodía fuese clara. Un poco inclinada hacia adelante, Beloved tarareaba bajito.

Entonces, cuando Beloved terminó de tararear, fue cuando Sethe rememoró el clic… el encaje de las piezas en los sitios asignados y especialmente preparados para que encajaran. No se vertió la leche de su taza porque no le temblaba la mano. Volvió la cabeza, sencillamente, y observó el perfil de Beloved: el mentón, la boca, la nariz, la frente, todo copiado y exagerado en la enorme sombra que el fuego proyectaba en la pared, detrás de ella. El pelo —que Denver había trabajado en veinte o treinta trencitas— se curvaba hacia sus hombros, semejante a brazos. Desde su sitio Sethe no podía ver el nacimiento del pelo, ni las cejas, los labios, ni…

—Lo único que recuerdo —había dicho Baby Suggs— es cuánto le gustaba la costra quemada del pan. No reconocería sus manecitas aunque me abofetearan.

… la marca de nacimiento, ni el color de las encías, la forma de sus orejas, ni…

—Aquí. Fíjate aquí. Ésta es tu ma. Si no me reconoces por la cara, fíjate aquí.

… los dedos, ni sus uñas, ni siquiera…

Ya habría tiempo. El clic había chasqueado, las cosas estaban donde debían estar o suspendidas y listas para emerger.

—Yo compuse esa canción —dijo Sethe—. La hice y se la canté a mis hijos. Nadie conoce esa canción salvo yo y mis hijos.

Beloved giró la cabeza para mirar a Sethe.

—Yo la conozco —dijo.

Si uno encuentra un joyero claveteado en el hueco de un árbol debe mirarlo antes de abrirlo. Podría tener el cierre oxidado o haberse soltado el pasador. Hay que tocar las cabezas de los clavos y sopesarlo. No se lo puede aplastar con un hacha sin exhumarlo decentemente de la tumba que lo ha mantenido oculto tanto tiempo. Ni jadear ante un milagro auténticamente milagroso porque la magia reside en el hecho de que uno sabía que estaba allí esperándole durante todo ese tiempo.

Sethe limpió la satinada capa blanca del interior del cazo y sacó almohadas del cuarto de servicio para las chicas. No le tembló la voz cuando les dijo que mantuvieran vivo el fuego… y que, si no, subieran.

A continuación se puso la manta sobre los hombros y subió la escalera blanca como una azucena al estilo de una novia. Afuera, la nieve se solidificaba adquiriendo formas graciosas. La paz de las estrellas invernales parecía permanente.

Toqueteando una cinta y oliendo piel, Stamp Paid se acercó una vez más al 124.

«Tengo cansados los tuétanos —pensó—. He estado cansado todos los días de mi vida, hasta los huesos, pero ahora es hasta los tuétanos. Debe de ser lo que sintió Baby Suggs cuando se acostó y hasta su último aliento sólo pensó en los colores». Cuando le contó cuál era su objetivo, él pensó que estaba avergonzada y se sentía demasiado avergonzada para decirlo. Su autoridad en el púlpito, su danza en el Claro, su poderoso Llamamiento (no pronunciaba sermones ni predicaba, insistiendo en que era muy ignorante para hacerlo… Baby Suggs *llamaba* y los oídos oían), todo eso había sido defraudado y frustrado por el derramamiento de sangre en el patio trasero de su casa. Dios la desconcertó y ella estaba demasiado avergonzada de Él para decirlo. Entonces informó a Stamp de que se metería en la cama para pensar en los colores de las cosas. Él intentó disuadirla. Sethe estaba en la cárcel con su bebé lactante, el que él había salvado. Sus hijos estaban tomados de la mano en el patio, tan aterrados que no podían soltarse. Conocidos y desconocidos pasaban por allí para averiguar una vez más cómo había ocurrido, y de repente Baby proclamó la paz. Recuperó la

posición vertical y se dio por vencida. Cuando Sethe salió de la cárcel, había agotado el azul y estaba bien adentrada en el amarillo.

Al principio la veía alguna vez en el patio, o llevando comida a la prisión, o zapatos a la ciudad. Luego la vio cada vez menos. Entonces se convenció a sí mismo de que la vergüenza la había llevado a la cama. Ahora, ocho años después de su polémico funeral y dieciocho años después de la Desgracia, cambió de idea. Sus tuétanos estaban fatigados y daban testimonio del corazón que los alimentaba: le llevó ocho años encontrar el color que anhelaba. Su violento ataque de cansancio —como el de él— fue repentino, pero duró años. Tras sesenta años de perder hijos en beneficio de la gente que le chupaba la vida y le escupía como si fuera una espina de pescado; después de cinco años de libertad donada por su último hijo, que le compró un futuro a cambio del suyo, que lo intercambió por así decirlo, para que ella lo tuviera aunque él no… también perdió a ese hijo; después de conquistar una hija y unos nietos y ver que esa hija mataba a sus nietos (o lo intentaba); de pertenecer a una comunidad de otros negros libres —de quererlos y ser querida por ellos, de aconsejarlos y ser aconsejada, de protegerlos y ser protegida, de alimentarlos y ser alimentada— y luego ver que esa comunidad daba un paso atrás y se mantenía a distancia… bien, eso podía agotar incluso a una Baby Suggs, bendita sea.

—Escucha, muchacha —le dijo Stamp Paid—, no puedes abandonar la Palabra. Te ha sido dada para que la digas. No puedes abandonar la Palabra y me importa un pimiento lo que te esté ocurriendo.

Estaban en la calle Richmond, hundidos en hojas hasta los tobillos. Algunas lámparas iluminaban las ventanas bajas de casas espaciosas, haciendo que la atmósfera de primera hora de la tarde pareciera más oscura de lo que en realidad era. El olor a hojas quemadas era penetrante. Por casualidad, mientras se metía en el bolsillo una moneda que le habían dado de propina por una entrega, miró al otro lado y reconoció a la mujer que avanzaba a saltitos. Hacía semanas que no la veía. Cruzó deprisa la calle, arrastrando hojas con los pies. Cuando la detuvo y la saludó, ella lo miró con una cara totalmente desprovista de interés. Inexpresiva. Con una bolsa llena de zapatos en la mano, aguardó a que iniciara, condujera o compartiera una conversación. Si hubiera habido tristeza en sus ojos, él la

habría comprendido, pero donde debería haber morado la tristeza había indiferencia.

—Has faltado al Claro tres sábados seguidos —le dijo.

Ella volvió la cabeza y escudriñó las casas de la calle.

—La gente fue —dijo él.

—La gente va, la gente viene —respondió ella.

—Deja que yo lleve eso. —Trató de coger la bolsa pero Baby Suggs no se lo permitió.

—Tengo que hacer una entrega por aquí —dijo ella—. Se llaman Tucker.

—Más allá —señaló él—. Con castaños gemelos en el patio. Están pachuchos.

Caminaron un poco, él con paso lento para seguir el ritmo de ella.

—¿Y?

—¿Y qué?

—El sábado. ¿Harás el Llamamiento o no?

—Si los llamo y van, ¿qué les diré?

—¡La Palabra! —controló el grito demasiado tarde. Dos blancos que quemaban hojas volvieron la cabeza en su dirección. Stamp se agachó y le susurró al oído—: La Palabra. La Palabra.

—Ésa es otra de las cosas que ellos me quitaron —dijo y entonces él la exhortó, le imploró que no abandonara, al margen de lo que ocurriera. La Palabra le había sido dada y tenía que decirla. Tenía que decirla. Llegaron a los castaños gemelos y la casa blanca que se alzaba detrás.

—¿Entiendes lo que quiero decir? —preguntó Stamp—. Árboles grandotes como esos, juntos, y ni siquiera tienen las hojas de un abedul joven.

—Entiendo lo que quieres decir —replicó ella, pero fijó la vista en la casa blanca.

—Tienes que hacerlo —insistió—. Nadie puede llamar como tú. Tienes que estar allí.

—Lo que tengo que hacer es meterme en la cama y no moverme. Quiero concentrarme en algo que sea inofensivo en este mundo.

—¿De qué mundo estás hablando? Por aquí no hay nada inofensivo.

—Sí. El azul. No le hace daño a nadie. Y tampoco el amarillo.

—¿Te meterás en la cama para pensar en el amarillo?

—Me gusta el amarillo.

—¿Y después? Cuando termines con el azul y el amarillo, ¿a qué te dedicarás?

—No sé. Es algo que no puede planearse.

—Estás echándole la culpa a Dios —dijo él—. Eso es lo que estás haciendo.

—No, Stamp. No es eso.

—¿Dices que ganaron los blancos? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Estoy diciendo que entraron en mi patio.

—Estás diciendo que nada importa.

—Estoy diciendo que entraron en mi patio.

—Fue Sethe quien lo hizo.

—¿Y si no lo hubiese hecho?

—¿Estás diciendo que Dios se dio por vencido? ¿Que lo único que nos queda es verter nuestra propia sangre?

—Estoy diciendo que entraron en mi patio.

—Lo estás castigando a Él, ¿no?

—No como Él me castiga a mí.

—No puedes hacer eso, Baby. No está bien.

—Hubo un tiempo en que sabía qué era eso.

—Todavía lo sabes.

—Lo que sé es lo que veo: una negra acarreando zapatos.

—Oh, Baby. —Chasqueó los labios, buscando con la lengua las palabras que le hicieran cambiar de opinión, aligerar su carga—. Hemos de ser tenaces. «También estas cosas pasarán». ¿Qué esperas? ¿Un milagro? ¿Qué buscas?

—No —contestó ella—. Espero lo que he venido a buscar: la puerta trasera.

Allí se dirigió. No la hicieron pasar. Cogieron los zapatos en los peldaños y Baby Suggs apoyó la cadera en la barandilla mientras la blanca entraba a buscar la moneda de diez centavos.

Stamp Paid modificó su camino. Demasiado furioso para acompañarla a su casa y tener que oír más de lo mismo, la observó un instante y giró sobre sus talones antes de que la cara blanca y alerta asomada a la ventana de la casa de al lado hubiese llegado a una conclusión.

Ahora, mientras trataba de llegar por segunda vez al 124, se arrepintió de aquella conversación: el tono airado que adquirió, su negativa a ver el efecto del cansancio en los tuétanos de una mujer a la que él consideraba fuerte como una montaña. Ahora, demasiado tarde, la comprendía. El corazón que bombeaba amor, la boca que pronunciaba la Palabra, no importaban. Habían entrado en su patio y ella no podía aprobar ni condenar la brutal decisión de Sethe. Cualquiera de ambas cosas la habría salvado, pero superada por lo que ambas implicaban, se metió en la cama. Por fin los blancos habían acabado con ella.

Y con él. Corría el año 1874 y los blancos seguían en sus trece. Ciudades enteras habían aniquilado a sus negros; ochenta y siete linchamientos en un año, sólo en Kentucky; cuatro escuelas para niños de color incendiadas hasta los cimientos; hombres adultos azotados como niños, niños azotados como adultos; negras violadas por pandillas, posesiones requisadas, pescuezos rotos. Stamp Paid olía piel, piel y sangre caliente. La piel era una cuestión, pero la sangre humana cocida en una hoguera de linchamiento era harina de otro costal. Apestaba. Hedía en las páginas del *North Star,* en las bocas de los testigos, grabada en letras retorcidas de cartas escritas y entregadas a mano. Detallada en peticiones y documentos llenos de considerandos y presentada ante cualquier cuerpo legal que quisiera leerlos, hedía. Pero nada de eso había fatigado sus tuétanos. Nada de eso. Era la cinta. Mientras amarraba su chalana en la orilla del río Licking, asegurándola lo mejor posible, había vislumbrado algo rojo en el fondo. Se había agachado para cogerlo, pensando que era una pluma de cardenal pegada a su embarcación. Tironeó y lo que encontró en su mano fue una cinta roja atada alrededor de un rizo de pelo húmedo y ensortijado, lanudo, todavía arraigado a su trozo de cuero cabelludo. Desató la cinta y se la guardó en el bolsillo. Tiró el rizo entre la maleza. Camino de casa se detuvo, sin aliento y mareado. Esperó a que pasara el acceso antes de seguir andando. Poco después volvió a faltarle la respiración. Se sentó

junto a una valla. Una vez descansado se puso de pie, pero antes de dar un paso se volvió a mirar el camino por donde iba, su barro congelado y el río, más allá.

—¿Qué es esta gente? Dímelo, Jesús. ¿Qué es? —dijo.

Llegó a su casa demasiado cansado para comer lo que habían preparado su hermana y los sobrinos. Se sentó en el porche, al frío, y allí seguía mucho después de que cayera la oscuridad; sólo se acostó porque la voz de su hermana llamándole comenzó a ponerle nervioso. Guardó la cinta, el olor a piel le dio náuseas y sus debilitados tuétanos le hicieron meditar en el deseo de Baby Suggs de considerar algo que fuera inofensivo en este mundo. Abrigó la esperanza de que se hubiera quedado fijada en el azul, el amarillo, tal vez en el verde, jamás en el rojo.

Se había equivocado al regañarla y estaba en deuda con ella; ahora necesitaba hacerle saber que comprendía y aclarar el entuerto con ella y los suyos. Así, pese a los agotados tuétanos, aguantó las voces y una vez más intentó llamar a la puerta del 124. Esta vez, aunque sólo descifró una palabra, creyó saber quiénes hablaban. La gente del pescuezo roto, de la sangre cocida en la hoguera, las chicas negras que habían perdido sus cintas.

¡Qué estrépito!

Sethe se había ido a la cama sonriente, ansiosa de acostarse y desentrañar la prueba de la conclusión a la que había arribado, considerar con mimo el día y las circunstancias de la llegada de Beloved y el significado de aquel beso en el Claro. Pero se quedó dormida y despertó, aún sonriente, en una mañana brillante de nieve y lo bastante fría para ver su propio aliento. Ganduleó un rato con el fin de reunir coraje para desprenderse de las mantas y pisar el suelo helado. Por primera vez llegaría tarde al trabajo.

Abajo, vio a las chicas dormidas donde las había dejado, ahora espalda con espalda, cada una de ellas envuelta en una manta y respirando contra la almohada. El par y medio de patines estaba junto a la puerta, las medias colgaban de un clavo detrás del fogón, pero no se habían secado.

Sethe miró la cara de Beloved y sonrió.

En silencio y con mucho cuidado dio la vuelta a su alrededor para encender el fuego. Primero un poco de papel, luego unas astillas —no demasiadas—, apenas unas cuantas, a la espera de que necesitaran más. Alimentó la danza de las llamas hasta verlas desatadas y veloces. Cuando salió a buscar más leña del sotechado, notó las huellas de hombre congeladas en la nieve. Fue hasta el fondo haciendo crujir la nieve a su paso y llegó a la pila nevada. La limpió hasta quitar la capa superior y se llenó los brazos con la mayor cantidad posible de leña seca. Incluso miró fijamente el sotechado, sonriendo, sonriendo a las cosas que ya no tendría que recordar. Pensando: «Ni siquiera está enfadada conmigo. Ni un poquitín».

Obviamente, las sombras cogidas de la mano que había visto en el camino no eran Paul D, Denver y ella, sino «nosotras tres». Las tres unidas y patinando la tarde anterior, las tres bebiendo leche aromatizada. Y si las cosas eran así, si su hija había vuelto a casa desde el espacio eterno… sus hijos podrían volver, y volverían de donde estuvieran.

Sethe se cubrió los dientes con la lengua para protegerse del frío. Agachada hacia delante por la carga que llevaba en los brazos, dio la vuelta a la casa para llegar al porche… sin notar una sola vez las huellas congeladas que pisaba.

Las chicas seguían durmiendo, aunque habían cambiado de posición y ahora ambas daban la cara al fuego. Cuando arrojó la brazada en la caja de madera se movieron, pero no despertaron. Alimentó el fuego haciendo el menor ruido posible, reacia a despertar a las hermanas, feliz de tenerlas dormidas a sus pies mientras preparaba el desayuno. Una pena que llegara tarde al trabajo… una verdadera pena. ¿Una vez en dieciséis años? Aun así era una pena, estaba mal.

Batió dos huevos en el maíz molido del día anterior, les dio forma y los frió con unos trocitos de jamón antes de que Denver despertara por completo y refunfuñara.

—¿Te duele la espalda?

—Oh, sí.

—Se supone que dormir en el suelo es bueno.

—Duele muchísimo —dijo Denver.

—Quizá sea por las caídas.

Denver sonrió.

—Fue muy divertido. —Se volvió para mirar a Beloved, que roncaba ligeramente—. ¿La despierto?

—No, déjala descansar.

—Le gusta verte cuando sales por la mañana.

—Me ocuparé de que me vea —dijo Sethe y pensó: Déjame pensar primero, antes de hablar con ella, de dejarle saber que sé. Pensar en todo lo que ya no tendré que recordar. Hacer lo que decía Baby Suggs: pensar en ello y luego deponer las armas… para siempre. Paul D me convenció de que afuera había un mundo y que yo podía vivir en él. No sabía nada. Sí, *sabía.* Todo lo que ocurre al otro lado de la puerta de mi casa no es para mí. El mundo entero está en esta habitación. Aquí está todo lo que existe y todo lo que merece existir.

Comieron como hombres, voraz y concentradamente. Hablaron poco, contentas en mutua compañía y con la oportunidad de mirarse a los ojos.

Cuando Sethe se envolvió la cabeza con el pañuelo y lo ató para salir, ya era media mañana. Al salir de la casa, tampoco vio las huellas ni oyó las voces que circundaban el 124 a la manera de un lazo.

Andando por las huellas marcadas anteriormente por las ruedas de los carros, Sethe se sentía exaltada hasta el vértigo por las cosas que ya no tendría que recordar.

No tengo que recordar nada. Ni siquiera tengo que explicar. Ella lo entiende todo. Puedo olvidar cómo se derrumbó el corazón de Baby Suggs y cómo decidimos que era consunción sin que tuviera ninguno de los síntomas. Sus ojos cuando me llevaba comida, puedo olvidarlos. También puedo olvidar el día que me dijo que Howard y Buglar estaban muy bien aunque nunca se soltaban de la mano. Así jugaban y así permanecían, sobre todo mientras dormían. Me daba la comida que sacaba de una canasta, cosas envueltas en paquetes lo bastante pequeños para pasar a través de los barrotes, susurrándome las novedades: Mr. Bodwin fue a ver al juez… en la cámara, insistía, en la cámara, como si alguna de las dos supiera lo que eso

quería decir. Las Señoras de Color de Delaware, Ohio, habían presentado una petición para que no me condenaran a la horca. Que se habían presentado dos predicadores blancos que querían hablar conmigo, orar por mí. También había aparecido un periodista. Me contaba las novedades y yo le decía que necesitaba algo para las ratas. Quiso sacar a Denver y le acarició las palmas cuando vio que yo no la soltaba. «¿Dónde están tus pendientes?», me preguntó. «Yo te los guardaré». Le conté que el carcelero se los había llevado, para protegerme de mí misma. El hombre pensaba que podía hacer algo malo con el alambre. Baby Suggs se tapó la boca con la mano. «Maestro dejó la ciudad», dijo. «Presentó una demanda y se largó. Te dejarán salir para el entierro, aunque no para el funeral, sólo para el entierro». Así fue. El sheriff me acompañó y apartó la mirada cuando di la teta a Denver en el carro. Ni Howard ni Buglar permitieron que me acercara a ellos, ni siquiera me dejaron que les acariciara la cabeza. Creo que había mucha gente, pero yo sólo vi el cajón. El reverendo Pike habló en voz muy alta, pero yo no pesqué lo que dijo… excepto las dos primeras palabras. Tres meses después, cuando Denver estaba en condiciones de comer cosas sólidas y me dejaron salir para siempre, te conseguí una lápida, pero no tenía dinero suficiente para el grabado, de modo que intercambié (hice un trueque, podría decir) lo que sí tenía y hasta el día de hoy lamento no haberme atrevido a pedirle que pusiera todo: todo lo que oí de lo que había dicho el reverendo Pike. Querida Beloved, que es lo que eres para mí y no tengo que lamentar haber puesto sólo una palabra, y no tengo que recordar el matadero ni las chicas de los sábados que trabajaban en su corral. Puedo olvidar que lo que hice cambió la vida de Baby Suggs. Se acabó el Claro y la compañía. Sólo ropa para lavar y zapatos para remendar. Ahora puedo olvidarlo todo porque en cuanto la lápida estuvo en su sitio hiciste notar tu presencia en la casa y nos preocupaste a todos hasta el aturdimiento. Entonces no lo entendía. Creía que estabas enfadada conmigo. Pero en este momento sé que si lo estabas, ya no lo estás, porque volviste aquí conmigo y yo siempre tuve razón: al otro lado de la puerta de mi casa no hay mundo. Sólo quiero saber una cosa. ¿Es muy fea la cicatriz?

Mientras Sethe iba andando al trabajo —tarde por primera vez en dieciséis años, envuelta en un presente perpetuo—, Stamp Paid luchaba

contra la fatiga y la costumbre de toda una vida. Baby Suggs se había negado a volver al Claro porque creía que *ellos* habían ganado, y él se negó a reconocer esa victoria. En casa de Baby no había puerta trasera, de modo que le plantó cara al frío y a un muro de palabras para llamar a la única puerta que había. Apretó la cinta roja que llevaba en el bolsillo para darse ánimo. Suavemente al principio y luego más fuerte. Por último golpeó con furia… sin poder creer que fuera posible. Que la puerta de una casa habitada por gente de color no se abriera de par en par ante él. Se acercó a la ventana, con ganas de llorar. En efecto, allí estaban y nadie se molestó en abrirle la puerta. Preocupado, apretó la cinta hasta hacerla jirones, dio media vuelta y bajó los peldaños. Ahora la curiosidad se sumó a su pesar y su deuda. Cuando se asomó a la ventana, vio dos espaldas. Reconoció una de las cabezas, se sintió inquieto al ver la otra. No la conocía y no sabía quién podía ser. Nadie, absolutamente nadie visitaba esa casa.

Después de un desayuno aciago fue a casa de Ella y John para averiguar lo que sabían. Tal vez allí podría descubrir, después de tantos años de certeza, que se había equivocado con su nombre y que aún debía saldar otra deuda. Nacido Joshua, se había rebautizado a sí mismo cuando entregó su mujer al hijo de su amo. La entregó en el sentido de que no mató a nadie, ni a sí mismo, pues su mujer exigió que conservara la vida, de lo contrario no tendría adónde ni a quién volver —razonó ella— cuando el muchacho tuviera bastante. Después de la entrega, resolvió que no le debía nada a nadie. Cualesquiera fuesen sus obligaciones, con ese acto quedaba todo saldado. Creyó que aquello le volvería incontrolable, un renegado… incluso un borracho que no era deudor, y en cierto sentido así fue. Pero no podía hacer nada al respecto. Trabajaba bien, trabajaba mal. Trabajaba poco, no trabajaba. Era sensato, insensato. Dormía, despertaba; como otros, a diferencia de otros. Pero eso no se parecía a una vida y no le proporcionó la menor satisfacción. De manera que amplió su no endeudamiento a otros, ayudándolos a liquidar sus deudas en la desgracia. ¿Fugitivos apaleados? Él los transbordaba y les decía que ya habían pagado, rompía la factura, por así decirlo. «Ya pagaste, ahora es la vida la que te debe a ti». Y el recibo, por así decirlo, era una puerta abierta a la que nunca tenía que llamar, como la

de John y Ella, ante la que ahora estaba y le bastó decir «¿Hay alguien?» una sola vez para que la mujer destrabara la charnela.

—¿Dónde te habías metido? Le dije a John que tenía que hacer mucho frío si Stamp no salía de casa.

—Pues he salido. —Se quitó la gorra y se masajeó el cuero cabelludo.

—¿Adónde fuiste? Por aquí no has venido. —Ella colgó dos prendas de ropa interior en una cuerda, atrás del fogón.

—Esta mañana fui a casa de Baby Suggs.

—¿Qué buscas allí? —preguntó Ella—. ¿Alguien te invitó?

—Es la familia de Baby. No necesito invitación para cuidar de sus parientes.

—Pssst. —Ella permaneció impávida. Había sido amiga de Baby Suggs y también de Sethe hasta que ocurrió aquello. Excepto una inclinación de cabeza en la feria, nunca volvió a hacer el menor caso de Sethe.

—Hay una persona nueva. Una mujer. Pensé que podrías saber quién es.

—En toda esta ciudad no aparece ningún negro nuevo sin que yo me entere. ¿Qué aspecto tiene? ¿Estás seguro de que no era Denver?

—Conozco a Denver y la chica nueva es flaca.

—¿Estás seguro?

—Sé lo que ven mis ojos.

—En el 124 puede verse cualquier cosa.

—Cierto.

—Mejor pregúntaselo a Paul D.

—No consigo localizarlo —dijo Stamp, y era verdad, aunque sus esfuerzos por encontrar a Paul D habían sido poco consistentes. No estaba preparado para una confrontación con el hombre cuya vida había alterado con su información.

—Está durmiendo en la iglesia —dijo Ella.

—¡La iglesia! —Stamp se sintió impresionado y muy dolido.

—Sí. Le preguntó al reverendo Pike si le permitía quedarse en el sótano.

—¡Ese sótano es más frío que teta de bruja!

—Supongo que él lo sabe.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Un toque de orgullo, aparentemente.

—¡No tiene por qué hacer eso! Cualquiera lo recibiría en su casa.

Ella se volvió y miró a Stamp Paid.

—Nadie puede leer su mente a larga distancia. Le bastaría con pedirlo.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que pedirlo? ¿Nadie puede ofrecérselo? ¿Qué pasa aquí? ¿Desde cuándo en esta ciudad un negro tiene que dormir en un sótano, como si fuera un perro?

—Tranquilízate, Stamp.

—Ni soñarlo. Seguiré sulfurado hasta que alguien con un poco de seso se comporte como un cristiano.

—Lleva pocos días allí.

—¡No tendría por qué haber estado ni un solo día! ¿Tú lo sabes y no le echas una mano? Eso es impropio de ti, Ella. Tú y yo hemos estado sacando gente del agua durante más de veinte años y ahora me dices que no eres capaz de ofrecerle una cama a quien la necesita. ¡Un trabajador, además! Un hombre que puede pagarse su sustento.

—Si me lo pide, le daré cualquier cosa.

—¿Y por qué de pronto es necesario ese trámite?

—No lo conozco tanto.

—¡Sabes que es un negro!

—Stamp, no me pongas como un trapo esta mañana. No estoy de humor.

—Es por ella, ¿no?

—¿Ella quién?

—Sethe. Él se junto con ella, estuvo en su casa y tú no quieres tener nada que ver con…

—Domínate. No saltes en el vacío si no ves el fondo.

—Chica, basta ya. Hemos sido amigos durante demasiado tiempo para actuar como estamos actuando.

—¿Quién puede saber lo que ocurrió en esa casa? Oye, no conozco a Sethe ni a ninguno de los suyos.

—¡Qué!

—Lo único que sé es que se casó con el hijo de Baby Suggs, y ni siquiera estoy segura de saber eso. ¿Dónde está *él,* eh? Baby nunca la había

visto hasta que John la llevó a la puerta de su casa con un bebé que yo até a su pecho.

—¡Yo até a ese bebé a su pecho! Y estás meando fuera del tiesto. ¡Sus hijos sabían quién era aunque tú no la conocieras!

—¿Y qué? No digo que no fuera su ma, sino que nadie sabe si eran los nietos de Baby Suggs. ¿Cómo es que ella llegó y su marido no? Otra cosa, dime cómo hizo para tener a ese bebé sola en el bosque. Según contó apareció una blanca entre los árboles y la ayudó. ¡Mecachis! ¿Tú lo crees? ¿Una *blanca*? Bien, te diré que sé qué clase de blanca era.

—Oh, no, Ella.

—Cualquier cosa blanca que ande flotando en el bosque… si no tiene un arma, es algo con lo que yo *no quiero* tener nada que ver.

—Todos erais buenos amigos.

—Sí, hasta que ella mostró la hilacha.

—Ella…

—Yo no tengo amigos que cortan a sus propios hijos con una sierra.

—Te estás metiendo en aguas profundas, Ella.

—Todo lo contrario. Estoy en tierra seca y así seguiré. Tú eres el que se está mojando el culo.

—¿Qué tiene que ver con Paul D todo lo que tú estás diciendo?

—¿Por qué se fue de allí? Dímelo.

—Yo lo provoqué.

—¿Tú?

—Le hablé de… le mostré el periódico… el recorte sobre Sethe. Se lo leí. Ese mismo día se marchó de la casa.

—No me lo habías dicho. Pensé que él ya lo sabía.

—Él no sabía nada. Sólo la conocía a ella, de los tiempos en que estaban en la granja donde había estado Baby Suggs.

—¿Paul D conocía a Baby Suggs?

—Claro que la conocía. Y también a su hijo Halle.

—¿Y se largó cuando descubrió lo que había hecho Sethe?

—Ahora tengo la impresión de que le ofrecerás tu casa.

—Lo que dices cambia todo. Yo creía…

Pero Stamp Paid sabía lo que ella creía.

—No viniste aquí a preguntar por él —dijo la mujer—. Dijiste algo sobre una chica nueva…

—Así es.

—Bien, Paul D tiene que saber quién es. O *qué* es.

—Tienes la cabeza llena de ánimas. Mires dónde mires, ves una.

—Tú sabes tan bien como yo que la gente que muere mal no se queda bajo tierra.

Stamp Paid no podía negarlo. Ni el propio Jesucristo se quedó bajo tierra, de modo que comió un trozo de queso de cerdo que le ofreció Ella, para demostrar que no estaba resentido y salió a buscar a Paul D. Lo encontró en los peldaños del Sagrado Redentor, con las muñecas entre las rodillas y los ojos inyectados en sangre.

Sawyer le gritó cuando entró en la cocina, pero Sethe le volvió la espalda y cogió el delantal. Ahora no había acceso. Ni una grieta ni una rendija a la vista. Se había esmerado en eliminarlas, pero sabía muy bien que en cualquier momento podían zarandearla, romper su amarre, reinsertar el gorjeo de los pájaros entre sus cabellos. Secar la leche de su madre, ya lo habían hecho. Abrir su espalda en una vida vegetal… también lo habían hecho. Llevarla a internarse en el monte, con tripa, ya lo habían hecho. Cualquier noticia de ellos era una cosa prohibida. Habían untado la cara de Halle con mantequilla, le dieron de comer hierro a Paul D, achicharraron a Sixo, colgaron a su propia madre. No quería saber nada más de los blancos, no quería saber lo que sabían Ella y John y Stamp Paid acerca del mundo ordenado a la manera que querían los blancos. Cualquier noticia de ellos habría vuelto a alojar los pájaros en su cabeza.

En otros tiempos era dulce, muy confiada. Confiaba en Mrs. Garner y también en su marido. Ató los pendientes en la enagua para llevárselos, no tanto con el propósito de usarlos como de tenerlos. Esos pendientes le habían hecho creer que sabía discriminar entre ellos. Que por cada maestro de escuela habría una Amy, por cada alumno un Garner o un Bodwin, o incluso un sheriff, que le tocó el codo con amabilidad y apartó la vista cuando amamantó a Denver. Pero había llegado a creer las últimas palabras

de Baby Suggs y enterrado todo recuerdo de ellos. Paul D desenterró todo, le devolvió su propio cuerpo, besó su espalda abierta, agitó su memoria y le dio más noticias: el cuajo, el hierro, el gallo sonriente… pero cuando tuvo noticias *de ella,* contó sus pies y ni siquiera se despidió.

—No me hable, Mr. Sawyer. Hoy no me diga nada.

—¿Cómo cómo cómo? ¿Te quieres poner impertinente conmigo?

—Le estoy pidiendo que hoy no me diga nada.

—Más te vale ponerte a preparar los pasteles.

Sethe tocó la fruta y cogió el cuchillo de mondar.

Cuando el jugo del pastel tocó el fondo del horno y siseó, Sethe ya iba por la ensalada de patatas. Sawyer entró y dijo:

—No demasiado dulces. Si las haces muy dulces no las comerán.

—Las haré como las he hecho siempre.

—Sí. Muy dulces.

No devolvieron una sola salchicha. La cocinera tenía buena mano para hacerlas y en el restaurante de Sawyer nunca sobraba ni una. Si Sethe quería alguna, la separaba en cuanto estaban listas. Pero había un estofado pasable. El problema era que también habían vendido todos sus pasteles Sólo quedaba budín de arroz y media sartén con pan de jengibre que no había salido bien. Si hubiese prestado atención en lugar de haber soñado despierta toda la mañana, ahora no tendría que andar buscando sobras para la cena. No leía muy bien la hora, pero sabía que cuando las manecillas estaban juntas, como si rezaran, en la parte de arriba, se había acabado su jornada. Cogió un tarro con tapa de metal, lo llenó con estofado y envolvió el pan de jengibre en papel de carnicería. Dejó caer todo en los bolsillos de la falda y empezó a fregar. Todo eso junto no era nada comparado con lo que se llevaban la cocinera y los dos camareros. Mr. Sawyer incluía la comida de mediodía en el contrato —además de tres dólares con cuarenta semanales— y ella le hizo entender desde el principio que se llevaría la cena a casa. Pero cerillas, a veces un poco de queroseno, algo de sal, mantequilla… también se llevaba estas cosas de vez en cuando, aunque le daba vergüenza porque podía darse el lujo de comprarlas, pero no quería pasar por la humillación de esperar en la parte trasera de la tienda Philps con los demás hasta que el dueño sirviera a todos los blancos de Ohio antes

de atender al rebaño de caras negras asomadas a un agujero de su puerta trasera. Y también le daba vergüenza porque eso era robar y el razonamiento de Sixo la divertía pero no modificaba lo que sentía, así como no había modificado la mentalidad de Maestro.

—¿Robaste ese lechón? Robaste ese lechón. —Maestro estaba tranquilo pero hablaba con firmeza, como si sólo estuviera haciendo lo que es debido, sin esperar una respuesta que valiese la pena.

Sixo siguió sentado, sin siquiera levantarse o implorar o negar. Permaneció allí, con la tira de magro en la mano, los cartílagos amontonados en el plato de hojalata como gemas… bastas y sin pulir, pero no por eso dejaban de ser un saqueo.

—Robaste ese lechón, ¿no?

—No, señor —dijo Sixo, pero tuvo la decencia de mantener los ojos fijos en la carne.

—¿Me estás diciendo que no lo robaste a pesar de que te estoy viendo?

—No, señor. No lo robé.

Maestro sonrió.

—¿Lo mataste?

—Sí, señor. Lo maté.

—¿Hiciste el despiece?

—Sí, señor.

—¿Lo cocinaste?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Lo comiste?

—Sí, señor. Claro que lo comí.

—¿Y cómo se llama eso?

—Mejorar su propiedad, señor.

—¿Cómo es eso?

—Sixo planta centeno para dar más posibilidades al terreno de arriba. Sixo alimenta el suelo y le da más cosecha. Sixo alimenta a Sixo y le da más trabajo.

Muy listo, pero de todas maneras Maestro le dio una paliza para demostrarle que las definiciones pertenecen a los definidores… y no a los definidos. Después de que muriera Mr. Garner con un agujero en la oreja —

Mrs. Garner decía que a causa de una explosión del tímpano provocada por una embolia y Sixo opinaba que eso era pólvora—, todo lo que tocaban era considerado un robo. No sólo algunas mazorcas, o dos huevos del gallinero que ni siquiera recordaba la gallina, todo. Maestro quitó las armas a los hombres de Sweet Home y, privados de la caza para completar su dieta de pan, judías, maíz molido, verduras y algún extra en época de matanza, comenzaron a sisar en serio, lo que no sólo se convirtió en un derecho sino en una obligación.

Entonces Sethe lo había entendido, pero ahora, con un trabajo por el que le pagaban y un patrón que había sido tan bondadoso como para contratar a una ex convicta, se despreciaba a sí misma por el orgullo que la llevaba a preferir el hurto antes que hacer cola en la parte de atrás de la tienda, con los demás negros. No quería codearse con ellos. Ni percibir su condena ni su compasión, especialmente ahora. Se tocó la frente con el dorso de la muñeca y se secó el sudor. La faena del día se había acabado y ya se sentía emocionada. Desde la fuga, nunca se había sentido tan viva. Echó la comida con brusquedad a los perros del callejón, observó su frenesí, apretó los labios. Hoy aceptaría que la llevaran, si alguien que iba en un carro se lo ofrecía. Pero nadie lo haría y durante dieciséis años su orgullo le había impedido pedirlo. Pero hoy. Oh, hoy… ahora necesitaba velocidad, saltarse la larga caminata a casa y *estar* allí.

Cuando Sawyer le advirtió que no volviera a llegar tarde, apenas lo oyó. Sawyer solía ser un hombre afable. Paciente, cariñoso en su trato con los empleados. Pero cada año, desde la muerte de su hijo en la guerra, tenía peor genio. Como si la tez oscura de Sethe fuese la culpable.

—Hmmm —dijo, preguntándose cómo darle prisa al tiempo para llegar al no-tiempo que la aguardaba.

No tendría que haberse preocupado. Abrigada e inclinada hacia delante, cuando inició el camino a casa su mente estaba ocupada con todas las cosas que podía olvidar.

Gracias a Dios no tengo que recordar nada ni decir nada, porque tú lo sabes todo. Todo. Sabes que nunca me habría separado de ti. Nunca. Sólo podía pensar en eso: cuando llegara el tren tenía que estar lista. Maestro nos enseñaba cosas que no podíamos aprender. A mí no me importaba la cuerda

de medir. Todos nos reíamos de eso… excepto Sixo. Él no se reía de nada. Pero a mí no me importaba. Maestro me rodeaba la cabeza con esa cuerda, la pasaba por mi nariz, alrededor de mi trasero. Numeraba mis dientes. A mí me parecía que era un imbécil. Y que más imbéciles eran aún las preguntas que hacía.

Yo y tus hermanos volvíamos de la segunda parcela. La primera estaba cerca de la casa y allí crecían las cosas rápidas: judías, cebollas, guisantes. La otra estaba más abajo y era para lo que tardaba más: patatas, calabazas, quimbombós, verdolaga. Allí no había crecido nada todavía. Era pronto. Alguna lechuga tierna, tal vez, pero nada más. Arrancábamos la mala hierba y sachábamos un poco, para que todo brotara bien desde el principio. Después nos encaminamos a la casa. El terreno se elevaba a partir de la segunda parcela. No era exactamente una colina, pero sí algo parecido. Suficiente para que Buglar y Howard subieran corriendo y bajaran rodando, subieran corriendo y bajaran rodando. Así solía verlos en el sueño, riendo, con sus piernas cortas y regordetas cuesta arriba. Ahora lo único que veo es sus espaldas bajando por las vías del tren. Alejándose de mí. Siempre lejos. Pero aquel día estaban contentos, subían corriendo y bajaban rodando. Todavía era pronto… los cultivos se habían afianzado pero no había nada crecido. Recuerdo que los guisantes todavía tenían flores. Sin embargo la hierba era alta, estaba llena de botones blancos y esos pimpollos rojos que llaman dianas, y algo con un pelín de azul… claro, como la flor del aciano pero en claro. Muy claro. Tal vez tendría que haberme dado prisa porque te había dejado en el patio trasero de la casa, en un canasto. Lejos de donde las gallinas escarbaban, pero nunca se sabe. De todos modos me tomé mi tiempo para volver, pero tus hermanos no tenían paciencia conmigo, que me paraba a contemplar las flores y el cielo cada dos o tres pasos. Iban corriendo delante y yo los dejé. Algo muy dulce flota en el aire en esa época del año y si la brisa es como debe ser, no es fácil quedarse adentro. Al llegar oí reír a Howard y a Buglar junto a los alojamientos. Dejé el azadón y fui a buscarte a través del patio. Las sombras se habían trasladado y ahora el sol le daba de lleno. Directamente en la cara, pero no despertaste. Seguías dormida. Tuve ganas de alzarte y también de mirarte dormir. Tu carita era tan dulce que no supe qué hacer. Más allá, no muy lejos, había un

emparrado hecho por Mr. Garner. Él siempre tenía grandes planes y quería hacer su propio vino para emborracharse. Pero nunca sacó de allí más que una olla de jalea. Creo que ese suelo no servía para las uvas. Tu papaíto decía que el problema era la lluvia, no la tierra. Sixo opinaba que la culpa la tenían los bichos. Las uvas eran diminutas y escasas. Además, agrias como el vinagre. Pero allí había una mesita. Levanté tu canasto y te llevé al emparrado. Allí estaba más fresco y sombreado. Apoyé el canasto en la mesita y decidí ir a buscar un trozo de muselina para que no te molestaran los insectos. Y si Mrs. Garner no me necesitaba en la cocina, cogería una silla y tú y yo nos quedaríamos allí mientras preparaba la verdura. Me encaminé a la puerta trasera para coger la muselina limpia que guardábamos en la prensa de la cocina. La hierba era una delicia bajo mis pies. Me aproximé a la puerta y oí voces. Maestro hacía que sus alumnos se sentaran a aprender libros un rato todas las tardes. Si el tiempo era bueno, salían al porche del costado. Los tres. Él hablaba y ellos escribían. O él leía y ellos apuntaban lo que decía. Lo que voy a decirte no se lo conté nunca a nadie. Ni a tu papá ni a nadie. Casi se lo digo a Mrs. Garner, pero ella estaba muy débil y cada vez peor. Ésta es la primera vez que lo cuento y te lo digo a ti porque podría ayudar a explicarte algo, aunque sé que no necesitas que te lo explique. Ni que te lo diga, ni siquiera que lo piense. Tampoco tienes que escuchar si no quieres. Pero yo no pude dejar de escuchar lo que oí aquel día. Él le hablaba a sus alumnos y le oí decir: «¿Cuál estáis haciendo?». Uno de los muchachos respondió: «Sethe». Entonces interrumpí mi camino porque oí mi nombre y di unos pasos hasta donde podía ver lo que estaban haciendo. Maestro estaba de pie detrás de uno de ellos, con una mano apoyada en su espalda. Se lamió un dedo un par de veces y volvió algunas páginas. Despacio. Yo estaba a punto de seguir hasta donde estaba la muselina, cuando lo oí decir: «No, no. No es así. Te he dicho que pusieras sus características humanas a la izquierda y sus características animales a la derecha. Y no te olvides de alinearlas». Comencé a retroceder, sin siquiera mirar por encima del hombro para ver adónde me dirigía. Levantaba los pies y andaba hacia delante, sencillamente. Cuando choqué con un árbol me ardía el cuero cabelludo. Uno de los perros estaba pasándole la lengua a un cazo, en el patio. Llegué bastante rápido al emparrado, pero sin la muselina.

Tenías la cara llena de moscas. Yo sentía una agitación de los mil demonios en la cabeza. Como si alguien me estuviera clavando agujas muy finas en el cuero cabelludo. Nunca se lo conté a Halle ni a nadie. Pero ese mismo día le pregunté algo a Mrs. Garner. Ella estaba malita entonces. No tanto como después, pero bastante. Le crecía una especie de bolsa debajo de la mandíbula. No parecía dolerle, pero la tenía decaída. Al principio se levantaba y estaba muy activa por la mañana, pero después del segundo ordeño no podía seguir en pie. Luego empezó a dormir hasta muy tarde. El día que subí había estado todo el tiempo en cama y se me ocurrió llevarle un poco de sopa de judías y preguntárselo. Cuando abrí la puerta del dormitorio me miró desde debajo de su gorro de dormir. Ya era difícil encontrar algo vivo en sus ojos. Al ver en el suelo sus medias y sus zapatos me di cuenta de que había intentado vestirse.

—Le traje sopa de judías —dije.

—No creo que pueda tragarla.

—Pruebe un poquitín —le dije.

—Está muy espesa. Estoy segura de que está muy espesa.

—¿Quiere que la afloje un poco con agua?

—No. Llévatela. Tráeme un poco de agua fresca.

—Sí, señora. ¿Señora, puedo preguntarle algo?

—¿Qué, Sethe?

—¿Qué significa características?

—¿Qué?

—Una palabra. Características.

—Ah. —Movió la cabeza sobre la almohada—. Rasgos. ¿Quién te enseñó esa palabra?

—Se la oí decir a Maestro.

—Cambia el agua, Sethe. Esta está tibia.

—Sí, señora. ¿Rasgos?

—Agua, Sethe. Agua fresca.

Puse la jarra en la bandeja, con la sopa de judías y bajé. Al volver con el agua fresca le sostuve la cabeza mientras bebía. Le llevó un rato, porque ese bulto hacía que tragar le resultara muy difícil. Después se reclinó y se secó

la boca. Me pareció que le había gustado beber agua, pero arrugó la frente y dijo:

—Creo que no soy capaz de despertarme, Sethe. Aparentemente lo único que quiero es dormir.

—Entonces hágalo —le dije—. Yo me ocuparé de todo.

Entonces me preguntó qué había de esto y de aquello, qué pasaba con algo y con lo de más allá. Dijo que sabía que Halle no era ningún problema, pero quería saber si Maestro manejaba bien a los Paul y a Sixo.

—Sí, señora. Eso parece.

—¿Hacen lo que él les dice?

—No necesitan que se lo diga.

—Bien. Es una suerte. Probablemente estaré abajo en un par de días. Sólo necesito descansar. El doctor volverá mañana, ¿no?

—¿Dijo rasgos, señora?

—¿Qué?

—¿Rasgos?

—Sí. Por ejemplo, un rasgo del verano es el calor. Una característica es un rasgo. Algo que es natural en una cosa.

—¿Se puede tener más de una?

—Se pueden tener bastantes. Digamos que un bebé se chupa el pulgar. Ésa es una característica, pero tiene más. Mantén a Billy apartado de Red Cora. Mr. Garner nunca la dejaba parir dos años seguidos. Sethe, ¿me oyes? Aléjate de esa ventana y préstame atención.

—Sí, señora.

—Dile a mi cuñado que suba después de cenar.

—Sí, señora.

—Si te lavaras la cabeza se te irían esos piojos.

—Yo no tengo piojos, señora.

—Sea lo que sea, tu pelo necesita un buen lavado, no que te rasques la cabeza. No me digas que nos hemos quedado sin jabón.

—No, señora.

—Bien, no doy más. Hablar me fatiga.

—Sí, señora.

—Y gracias, Sethe.

—Sí, señora.

Tú eras demasiado pequeña para recordar el alojamiento. Tus hermanos dormían bajo la ventana. Tu papá, tú y yo pegados a la pared. La noche después de oír por qué Maestro me medía, tuve dificultades para dormir. Cuando Halle llegó, le pregunté qué pensaba del maestro de escuela. Me contestó que no había nada que pensar. Es blanco y basta, me dijo. Pero yo quiero decir si es como Mr. Garner, insistí.

—¿Qué quieres saber, Sethe?

—Él y ella no son como los blancos que había visto antes —dije—. Los de la casa grande donde estuve antes de venir aquí.

—¿En qué sentido son diferentes? —me preguntó.

—Bien, por un lado hablan bajo…

—Da igual, Sethe. Lo que dicen es lo mismo, lo digan en voz baja o en voz alta.

—Mr. Garner te dejó comprar a tu madre.

—Sí.

—¿Y?

—Si me lo hubiese permitido, ella se habría desplomado en la cocina de su casa.

—Pero te dejó. Te permite pagarlo con trabajo.

—Hmmm…

—Despierta, Halle.

—He dicho hmmm.

—Podría haberse negado. No te dijo que no.

—No, no me dijo que no. Ella trabajó diez años aquí. ¿Crees que habría podido trabajar otros diez y seguir viva? Yo le pagué a él los últimos años de la vida de ella y a cambio él te consiguió a ti, a mí y a otros tres que están creciendo y trabajarán para él. A mí me queda un año de trabajo para liquidar la deuda. Maestro me dijo que lo dejara, que la razón para hacerlo ya no es válida, que debería hacer trabajos extras pero aquí, en Sweet Home.

—¿Te pagará las extras?

—No.

—¿Entonces cómo vas a pagar? ¿Cuánto es?

—Ciento veintitrés con setenta.

—¿Y no quiere que se los devuelvas?

—Algo quiere.

—¿Qué?

—No sé. Algo. Pero no quiere que siga saliendo de Sweet Home. Dice que no compensa que trabaje en otro lado mientras los chicos sean pequeños.

—¿Y el dinero que le debes?

—Debe de tener otra forma de conseguirlo.

—¿Qué forma?

—No lo sé, Sethe.

—Entonces la única cuestión que queda es saber cómo. ¿Cómo lo conseguirá?

—No. Esa es una cuestión. Hay otra.

—¿Cuál?

Halle se volvió y me tocó la mejilla con los nudillos.

—Ahora la cuestión es quien te comprará a ti. O a mí. O a ella. —Señaló hacia donde tú estabas durmiendo.

—¿Qué?

—Si todo mi trabajo lo entrego en Sweet Home, ¿qué me queda para vender?

Otra vez giró y volvió a dormirse, y yo pensé que no podría conciliar el sueño, pero dormí un rato. Algo que dijo, tal vez, o algo que no dijo me despertó. Me senté como si alguien me hubiera golpeado y tú también te despertaste y te echaste a llorar. Te mecí un poco pero dentro no había mucho lugar y salí a pasearte. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Todo estaba oscuro menos la lámpara de la ventana alta de la casa. Ella debía de estar despierta todavía. Yo no podía sacarme de la cabeza lo que me había despertado: «Mientras los chicos sean pequeños». Eso es lo que él dijo y me despertó. Los chicos me seguían todo el día mientras arrancaba malas hierbas, ordeñaba, buscaba leña. Por ahora. Por ahora.

En ese momento tendríamos que haber empezado a hacer planes. Pero no empezamos. No sé qué pensábamos… pero para nosotros salir de allí era una cuestión de dinero. Una compra. No se nos pasaba por la cabeza la idea

de huir. ¿Todos nosotros? ¿Algunos? ¿Adónde? ¿Cómo? Fue Sixo quien lo planteó, finalmente, después de lo de Paul F. Mrs. Garner lo vendió, tratando de salir adelante. Ya había sobrevivido dos años con lo que le pagaron. Pero supongo que se acabó y por eso le escribió a Maestro para que viniera a hacerse cargo. Había cuatro hombres en Sweet Home y sin embargo ella creyó que necesitaba a su cuñado con los dos muchachos porque la gente le decía que no debía seguir sola allí, rodeada de negros. De manera que llegó él, con un gran sombrero y gafas y el pescante lleno de papeles. Hablando bajo y observando todo. Le pegó a Paul A. Ni fuerte ni mucho, pero era la primera vez que alguien le pegaba a un negro, porque Mr. Garner lo tenía terminantemente prohibido. La siguiente vez que lo vi tenía compañía bajo el árbol más bonito que puedas imaginar. Sixo comenzó a mirar el cielo. Era el único que salía a escondidas de noche y Halle dijo que así era como se había enterado del tren.

—Por ahí. —Halle señaló más allá del establo—. Por donde Mr. Garner se llevó a mi ma. Sixo dice que la libertad es por ahí. Pasará un tren y si conseguimos cogerlo no necesitaremos comprarnos.

—¿Un tren? ¿Qué es eso? —le pregunté.

Dejaron de hablar delante de mí. Hasta Halle. Pero susurraban entre sí y Sixo observaba el cielo. No la parte alta sino la baja, donde se juntaba con los árboles. Te dabas cuenta de que su mente ya no estaba en Sweet Home.

El plan era bueno, pero cuando llegó el momento yo estaba preñada de Denver. Lo modificamos un poco. Un poquitín. Sólo lo suficiente para hacer que la cara de Halle se llenara de mantequilla, según me dice Paul D, y que por fin Sixo riera.

Pero te saqué de allí a ti, bebita. Y también a los chicos. Cuando llegó la señal del tren, vosotros tres erais los únicos que estabais ya listos. No pude encontrar a Halle ni a nadie. No sabía que Sixo estaba achicharrado y Paul D con una collera increíble.

Lo supe después. De manera que os envié a los tres al carro, con la mujer que esperaba en el maizal. Jejé. Se acabaron las libretas para mis hijos, y también la cuerda de medir. Lo que tuve que soportar después, lo soporté por ti. Pasé de largo junto a esos hombres colgados de los árboles. Uno tenía la camisa de Paul A, pero ésos no eran sus pies ni su cabeza.

Seguí de largo porque sólo yo tenía tu leche y, que sea lo que Dios quiera, te la llevaría. Recuerdas eso, ¿verdad? ¿Recuerdas que eso es lo que hice? ¿Que cuando llegué aquí tenía leche suficiente para todos?

Otra curva en el camino y Sethe vio la chimenea de la casa que ya no tenía aspecto solitario. La espiral de humo salía de un fuego que daba calor a un cuerpo restituido a ella. Como si nunca hubiese estado lejos, como si nunca hubiese necesitado una lápida. Y el corazón que latía en el interior de ese cuerpo no se había detenido un solo momento en sus manos. Abrió la puerta, entró y la cerró a cal y canto.

El día que Stamp Paid vio las dos espaldas a través de la ventana y bajó deprisa los peldaños, creyó que el lenguaje indescifrable que rodeaba la casa era el murmullo de los negros muertos y airados. Muy pocos habían muerto en la cama, como Baby Suggs, y ninguno que él hubiera conocido —ni siquiera Baby— había vivido una vida vivible. Incluida la gente de color muy educada: los que habían ido mucho tiempo a la escuela, los doctores, los maestros, los que escribían en los periódicos y los hombres de negocios también habían sufrido un riguroso calvario. Además de tener que usar la cabeza para salir adelante, cargaban con el peso de toda la raza. Se necesitan dos cabezas para eso. Los blancos creían que al margen de su educación y sus modales, debajo de toda piel oscura había una selva. Veloces aguas innavegables, babuinos oscilantes y chillones, serpientes dormidas, encías rojas a la espera de su dulce sangre blanca. Y en cierto sentido, pensaba Stamp Paid, tenían razón. Cuanto más se esforzaba la gente de color por convencerlos de lo buenos que eran, de lo inteligentes y cariñosos, de lo humanos que eran, cuanto más se esforzaban los negros en persuadir a los blancos de algo que a sus ojos estaba fuera de toda duda, más profunda e intrincada crecía la selva en su interior. Pero no era la selva que los negros habían llevado consigo a este lugar desde el otro (vivible). Era la selva que los blancos plantaban en ellos. Y crecía. Se extendía. En, a través y después de la vida, se extendía hasta invadir a los blancos que la habían plantado. Les tocaba uno a uno. Los cambiaba y alteraba. Los volvía sanguinarios, tontos, peores aún de lo que querían ser, tan asustados estaban de la selva que habían plantado. El babuino chillón vivía bajo su propia piel blanca, las encías rojas eran sus encías.

Entretanto, el extendido secreto de esta nueva clase de selva blanca permanecía oculto, silente, excepto de vez en cuando, si se oía su mascullar en sitios como el 124.

Stamp Paid abandonó sus esfuerzos por ver a Sethe tras la pena de llamar y no ser recibido. Entonces el 124 quedó librado a sí mismo. Cuando Sethe cerró la puerta a cal y canto, por fin las mujeres que la habitaban fueron libres de ser lo que les gustaba ser, de ver lo que veían y de decir lo que se les ocurriera.

Casi. Mezclados con las voces que rodeaban la casa, reconocibles pero indescifrables para Stamp Paid, estaban los pensamientos de las mujeres del 124, pensamientos indescifrables, indescifrados.

BELOVED, ella, mi hija. Mía. Mira. Volvió a mí por su propia voluntad y no tengo que explicarle nada. No tuve tiempo de explicárselo antes porque tuve que hacerlo muy rápido. Rapidísimo. Ella tenía que estar a salvo y la puse donde lo estaría. Pero mi amor era intenso y ahora ha vuelto. Sabía que regresaría. Paul D la echó y por eso no tuvo otra alternativa que volver a mí en cuerpo y alma. Y apuesto a que Baby Suggs, desde el más allá, ayudó. Nunca la dejaré ir. Le explicaré todo, aunque no es necesario. Le diré por qué lo hice. Si no la hubiese matado ella habría muerto, y yo no podría soportar que se muriera. Cuando se lo explique entenderá, porque ya entiende todo. La atenderé como ninguna madre ha atendido jamás a un hijo, a una hija. Nadie volverá a coger mi leche salvo mis propios hijos. Nunca tuve que dársela a otros… y la única vez que me ocurrió me la quitaron… me sujetaron y la cogieron. Leche que pertenecía a mi niñita. Nan tenía que amamantar a los bebés blancos y a mí también, porque ma estaba en el arrozal. Los bebés blancos la tenían primero y a mí me daba lo que quedaba. O nada. Nunca mamé una leche que pudiera llamar propia. Sé lo que es estar sin la leche que te pertenece, tener que luchar y chillar para recibirla, y que quede tan poquita. Le contaré eso a Beloved y entenderá. Ella, mi hija. Mi hija para la que tuve leche y a la que conseguí llevársela incluso después de que me la quitaran, después de que me manipularan como si fuera la vaca, no, la cabra, detrás del establo porque era desagradable estar dentro con los caballos. Pero no era demasiado desagradable para cocinarles o para atender a Mrs. Garner. La atendía como lo hubiese hecho con mi propia madre si me hubiese necesitado. Si la hubiesen dejado salir del arrozal, porque yo fui la única de la que no se

desprendió. No podría haber hecho por esa mujer más de lo que habría hecho por mi propia ma si hubiese enfermado y me hubiera necesitado y me habría quedado a su lado hasta que se pusiera bien o muriera. Y me habría quedado después de su muerte si Nan no me sacaba de allí. Sin darme tiempo a buscar la señal. Era ella, sí, pero durante mucho tiempo no lo creí. Buscaba por todos lados ese sombrero. Después empecé a tartamudear. No me curé hasta que conocí a Halle. Pero todo eso ha pasado. Estoy aquí. Aguanté. Y mi niña ha vuelto a casa. Ahora puedo mirar otra vez las cosas, porque ella también está aquí para verlas. Después del sotechado me quedé suspendida. Ahora, por la mañana, cuando enciendo el fuego me gusta mirar por la ventana para ver qué hará el sol con el día. ¿Da primero en la palanca de la bomba o en la espita? Me fijo en si la hierba está gris verdosa o marrón o qué. Ahora sé por qué Baby Suggs sólo pensaba en los colores durante sus últimos años. Antes nunca había tenido tiempo de verlos, para no hablar de disfrutarlos.

Le llevó mucho tiempo terminar con el azul, luego el amarillo y después el verde. Estaba bien adentrada en el rosa cuando falleció. No creo que quisiera llegar al rojo y la comprendo, porque yo y Beloved lo agotamos. En realidad, aquél y el rosa de su lápida son los últimos colores que recuerdo. Ahora me mantendré al acecho. ¡Lo que va a ser esta primavera para nosotras! Plantaré zanahorias sólo para que ella las vea, y también nabos.

¿Alguna vez has visto un nabo, niña? Dios nunca ha hecho nada tan bonito. Blanco y purpúreo, con la cola tierna y la cabeza dura. Tocarlo con la mano es una sensación deliciosa y huele como el riachuelo cuando se inunda, amargo pero feliz. Los oleremos juntas, Beloved. Beloved. Porque eres mía y tengo que mostrarte esas cosas y enseñarte todo lo que una madre debe enseñar. Es raro cómo se pierden de vista algunas cosas y se recuerdan otras. Jamás olvidaré las manos de aquella chica blanca. Amy. Pero he olvidado el color de la gran mata de pelo que tenía en la cabeza. Los ojos debían de ser grises. Creo recordar que lo eran. Los de Mrs. Garner eran castaño claro… mientras estuvo sana. Oscurecieron cuando enfermó. Solía ser una mujer fuerte. Cuando hablaba por los codos, ella misma lo decía. «Solía ser fuerte como una mula, Jenny». Me llamaba

Jenny cuando charloteaba y vaya si lo hacía a menudo. Era alta y fuerte. Las dos acarreando madera lo hacíamos tan bien como dos hombres. Le dolía mucho no estar en condiciones de levantar la cabeza de la almohada. Todavía no sé por qué pensó que necesitaba a Maestro, sin embargo. Me pregunto si habrá aguantado como yo. La última vez que la vi, lo único que podía hacer era llorar y tampoco yo pude hacer nada por ella, salvo secarle la cara, cuando le conté lo que me habían hecho. Alguien tenía que saberlo. Oírlo. Alguien. Acaso aguantó. Maestro no la habrá tratado como a mí. La primera paliza que recibí fue la última. Nadie me iba a apartar de mis hijos. Si no la hubiese estado cuidando tal vez me habría enterado de lo que ocurrió. Quizás Halle estaba tratando de llegar a mi lado. Permanecí junto a su lecho, aguardando a que terminara con el orinal. Cuando volví a acostarla, me dijo que tenía frío. Estaba caliente como una brasa y quería mantas. Me pidió que cerrara la ventana. Le dije que no. Ella necesitaba la manta y yo necesitaba la brisa.

Mientras esas cortinas amarillas ondularan, me sentiría bien. Tendría que haberle hecho caso. Tal vez lo que sonó como si fueran disparos lo eran realmente. Tal vez habría visto a alguien o algo. Tal vez. De cualquier manera, llevé a mis bebés al maizal pese a que no estaba Halle. Jesús. Oí cascabelear a la mujer. Luego dijo: ¿Alguien más? Respondí que no lo sabía. Ella dijo que llevaba allí toda la noche y no podía esperar. Intenté convencerla. No puedo, dijo. Vamos. ¡Hooo! Ni un solo hombre en los alrededores. Sólo niños asustados. Tú dormías en mi espalda. Denver en mi barriga. Me sentí como si estuviera dividida en dos. Le pedí que os llevara a todos; yo tenía que volver. Por si acaso. Ella me miró y dijo: ¿Mujer? Me mordí la lengua cuando me abrieron la espalda. Quedó hecha jirones. La apreté para que no se me saliera del todo. Dios mío, pensé, me voy a comer a mí misma. Cavaron un agujero para mi barriga de modo que no se hiciera daño el bebé. A Denver no le gusta que hable de esto. Detesta todo lo que tiene que ver con Sweet Home, excepto la forma en que nació. Pero tú estabas allí y aunque eras muy pequeña para recordarlo, te lo puedo contar. El emparrado. ¿Lo recuerdas? Fui corriendo. Las moscas te ocultaban la cara. Tendría que haber sabido al instante quién eras cuando el sol emborronó tu cara como lo hizo cuando te llevé al emparrado. Tendría que

haberme dado cuenta de inmediato cuando rompí aguas. En cuanto te vi sentada en el tocón, rompí aguas. Y cuando vi tu rostro, tenía más indicios del que sería tu aspecto después de tantos años. Tendría que haber sabido quién eras de inmediato porque las muchas tazas de agua que bebiste lo demostraban y se relacionaban con el hecho de que me hubieras babeado la cara el día que llegué al 124. Tendría que haberme dado cuenta instantáneamente, sí, pero Paul D me distrajo. De lo contrario, habría notado las marcas de mis uñas en tu frente, que estaban a la vista de todo el mundo. Desde que sostuve tu cabeza en alto, en el sotechado. Y después, cuando me preguntaste por los pendientes que yo solía hacer tintinear para entretenerte, te habría reconocido de no haber sido por Paul D. A mí me parece que quiso echarte desde el principio, pero yo no se lo permití. ¿Tú qué opinas? Y fíjate que salió como alma que lleva el diablo cuando se enteró de lo ocurrido contigo y conmigo en el sotechado. Fue demasiado para él. Un amor muy denso, dijo. Mi amor era demasiado denso.

¿Qué sabe él de eso? ¿Por quién está dispuesto a morir en el mundo? ¿Daría sus vergüenzas a un extraño a cambio de la grabación de una palabra? De otra manera, dijo. Tenía que haber otra manera. Dejar que Maestro nos arrastrara a todos, supongo, para medirte el trasero antes de despedazártelo. Yo he sentido lo que se siente y nadie hará que tú también lo sientas. Ni tú ni ninguno de los míos, y cuando digo que eres mía también quiero decir que soy tuya. No respiraría sin mis hijos. Se lo dije a Baby Suggs y ella se arrodilló para pedirle a Dios que me perdonara. Pero las cosas siguen siendo así. Mi plan consistía en llevarnos a todos al otro lado, donde está mi ma. Me lo impidieron, pero no evitaron que tú llegaras aquí. Jejé. Has vuelto como una buena chica, como una hija, que es lo que yo quería ser y habría sido si mi ma hubiese salido del arrozal mucho antes de que la ahorcaran, y me hubieran permitido serlo. ¿Lo sabías? Le habían puesto el freno en la boca tantas veces que siempre sonreía. Cuando no estaba sonriendo sonreía y nunca vi su verdadera sonrisa. Me pregunto qué estarían haciendo cuando los cogieron. ¿Huyendo? No. Eso no. Porque ella era mi ma y ninguna ma huye dejando a su hija, ¿verdad? Ella no lo haría. No la dejaría en el patio con una mujer a la que le faltaba un brazo. Aunque no hubiese podido amamantar a la hija más que un par de semanas y

hubiera tenido que dejarla en la teta de otra mujer que nunca tenía leche suficiente para todos. Decían que era el freno lo que la hacía sonreír aunque no quisiera. Como las chicas que trabajaban el sábado en el corral del matadero.

Cuando salí de la cárcel las vi. Llegaban el sábado con el cambio de turno, cuando los hombres recibían la paga; trabajaban al otro lado de la valla, atrás del retrete. Algunas lo hacían de pie, apoyadas en la puerta del cobertizo para herramientas. Al salir le daban algunas monedas al capataz, pero ya no sonreían. Algunas bebían para no sentir lo que sentían. Otras no bebían ni una gota… dejaban todo en Phelps en pago de lo que necesitaban sus hijos o sus mas. Trabajaban en un corral de cerdos. Eso tiene que ser terrible para una mujer y yo misma estuve cerca de hacerlo cuando salí de la cárcel y compré, por así decirlo, tu nombre.

Pero los Bodwin me consiguieron trabajo en la cocina de Sawyer y me dejaron en condiciones de sonreír por mi propia voluntad, como hago ahora, mientras pienso en ti. Pero tú sabes todo eso porque eres lista, como decían todos, pues cuando llegué aquí ya gateabas. Tratabas de subir la escalera. Baby Suggs les pidió que la pintaran de blanco para que vieras por donde ibas cuando subías en la oscuridad, ya que la luz de la lámpara no llegaba a lo alto. Señor, cuánto te gustaban esos peldaños.

Estuve cerca. Cerca. Cerca de ser una chica del sábado. Ya lo había hecho en el taller de un picapedrero grabador. El paso al matadero habría sido corto. Cuando puse esa lápida deseé acostarme allí contigo, apoyar tu cabeza en mi hombro para darte calor, y lo habría hecho si Buglar y Howard y Denver no me hubiesen necesitado, porque entonces mi mente estaba en blanco. Entonces no pude acostarme contigo, por mucho que lo deseara. Entonces no podía acostarme en paz en ningún sitio. Ahora puedo. Puedo dormir como los ahogados, que en paz descansen. Ha vuelto a mí mi hija y es mía.

BELOVED es mi hermana. Tragué su sangre con la leche de mi madre. Lo primero que oí después de no oír nada fue el sonido de su gateo escaleras arriba. Fue mi compañía secreta hasta que llegó Paul D. Él la echó. Desde que yo era pequeña ella me hizo compañía y me ayudó a esperar a mi papaíto. Yo y ella lo esperábamos juntas. Quiero a mi madre pero sé que mató a una de sus hijas y, aunque es buena conmigo, le tengo miedo. No consiguió matar a mis hermanos y ellos lo sabían. Me contaban historias de «¡muere bruja!» para enseñarme lo que debía hacer en caso necesario. Quizás haber estado tan cerca de la muerte los llevó a querer pelear en la guerra. Eso es lo que me dijeron que harían. Supongo que preferirían matar hombres antes que mujeres, y seguro que en ella hay algo que vuelve correcto matar a los suyos. Siempre tengo miedo de que se repita lo que ocurrió y que volvió correcto que mi madre matara a mi hermana. No sé quién ni qué es, pero quizás aparezca otra cosa lo bastante terrible para que lo haga otra vez. Necesito saber qué es esa cosa, pero al mismo tiempo no quiero. Sea lo que sea, viene de fuera de esta casa, de más allá del patio, y puede meterse en el patio si quiere. Por eso nunca salgo de la casa y vigilo el patio, de modo que no pueda repetirse y mi madre no tenga que matarme a mí también. Desde los tiempos en que iba a casa de Miss Lady Jones no he salido sola del 124. Nunca. Y cuando lo hice —dos veces en total— fui con mi madre. Una vez cuando pusieron a Grandma Baby al lado de Beloved, mi hermana. La segunda fuimos con Paul D y al volver pensé que la casa seguiría vacía, ya que él había echado al fantasma de mi hermana. Pero no. A mi vuelta al 124, allí estaba. Beloved. Esperándome. Fatigada de su largo viaje de retorno. Dispuesta a ser cuidada, dispuesta a que yo la

protegiera. Esta vez tengo que mantener a mi madre alejada de ella. La tarea es difícil, pero tengo que hacerlo. Todo recae sobre mis hombros. He visto a mi madre en un lugar oscuro, con sonidos de arañazos. Su vestido olía. He estado con ella en un sitio donde algo pequeño nos observaba desde *los* rincones. Y tocaban. A veces tocaban. Lo olvidé durante largo tiempo, hasta que Nelson Lord me lo hizo recordar. Le pregunté a ella si era verdad pero no pude oír su respuesta y no tenía sentido volver a casa de Lady Jones si no podía oír lo que decían. Todo era silencio. Me vi obligada a interpretar las expresiones y aprendí a imaginar lo que la gente pensaba, de modo que no era necesario oír lo que decían. Por eso Beloved y yo podíamos jugar juntas. Sin hablar. En el porche. A orillas del riachuelo. En la casa secreta. Ahora todo recae sobre mis hombros, pero ella puede contar conmigo. Aquel día en el Claro pensé que estaba tratando de matarla. De devolverle la muerte. Pero le besó el cuello y tuve que advertírselo: no la ames demasiado. No. Tal vez aún está en ella eso que vuelve correcto matar a sus hijos. Tengo que decírselo. Tengo que protegerla.

Me cortaba la cabeza todas las noches. Buglar y Howard me dijeron que lo haría y lo hizo. Sus ojos bonitos me miraban como si yo fuera una extraña. Ni malvados ni nada semejante, pero como si yo fuera alguien a quien encontró y de quien se apiadó. Como si no quisiera hacerlo pero no tuviera más remedio, y con la certeza de que no me dolería. Que sólo era una cosa que hacen los adultos… como arrancarte una astilla de la mano o tocarte el ojo con la punta de una toalla si se te ha metido una ceniza. Observa a Buglar y a Howard… comprueba si están bien. Luego se acerca a mi lado. Sé que será buena al hacerlo, buena y cuidadosa. Que cuando me la corte lo hará bien, que no me dolerá. Después permanezco allí tendida un minuto, sólo con mi cabeza. A continuación la lleva abajo para trenzarme el pelo. Trato de no llorar, pero duele mucho que me peine. Cuando termina de desenredar y comienza el trenzado me caigo de sueño. Quiero dormirme, pero sé que si lo hago no despertaré. De modo que tengo que permanecer despierta mientras me peina, para después poder dormir. Lo más pavoroso es esperar que entre y lo haga. No cuando lo hace, sino mientras la espero. El único lugar donde no puede meterse conmigo por la noche es el cuarto de Grandma Baby. La habitación donde dormíamos arriba era antes el lugar

donde dormía la servidumbre cuando aquí vivían blancos. Y tenían la cocina afuera. Pero Grandma Baby la convirtió en cobertizo y pieza de herramientas cuando se mudó aquí. Y tapó con tablas la puerta trasera que llevaba allí porque, dijo, nunca quería volver a hacer ese trayecto. Construyó alrededor e hizo una despensa, de modo que si quería entrar en el 124 tenías que pasar por donde estaba ella. Dijo que no le importaba lo que decía la gente acerca de que transformaba una casa de dos plantas en una especie de choza dentro de la cual cocinaba. Decía que le decían que las visitas con vestidos elegantes no querrían sentarse en la misma sala donde estaban el fogón y las peladuras y la grasa y el humo. Ella no les prestaba atención, decía. De noche era seguro estar allí con ella. Lo único que yo oía era mi propia respiración, aunque a veces, durante el día, no sabía si era yo quien respiraba o alguien que estaba junto a mí. Solía mirar cómo metía y sacaba el estómago Here Boy, cómo lo metía y lo sacaba, para ver si se emparejaba con el mío, conteniendo el aliento para cambiar el ritmo, soltándolo para igualarlo. Sólo para saber de quién era… ese sonido igual al que haces cuando soplas en el interior de una botella, pero regular, regular. ¿Soy yo la que hace ese sonido? ¿Es Howard? ¿Quién es? Aquello ocurría cuando todo era silencio y yo no oía nada de lo que decían. Y me daba igual, porque el silencio me permitía soñar mejor con mi papaíto. Siempre supe que vendría, aunque de momento algo lo retenía. Tenía problemas con el caballo. El río se desbordaba, el bote se hundía y él tenía que hacer uno nuevo. A veces era una turba de linchamiento o un vendaval. Estaba viniendo y era un secreto. Por afuera amaba mucho a ma para que no me matara, la amaba incluso cuando me trenzaba el pelo de noche. Nunca le avisé que mi papaíto vendría a buscarme. Grandma Baby también pensaba que vendría. Lo pensó durante un tiempo, pero luego dejó de creerlo. Yo nunca. Ni siquiera cuando Buglar y Howard se largaron. Después llegó Paul D. Oí su voz abajo y también la risa de ma, y pensé que era él, mi papaíto. Ya nadie viene a esta casa. Pero cuando bajé vi que era Paul D y que no había venido a buscarme a mí, que deseaba a mi madre. Al principio. Más adelante deseaba también a mi hermana, pero ella lo echó de aquí y me alegro de que ya no esté. Ahora estamos nosotras solas y puedo protegerla

hasta que llegue mi papaíto para ayudarme a vigilar a ma y a tener cuidado con todo lo que entre en el patio.

Mi papaíto es capaz de cualquier cosa por un par de huevos revueltos. Moja el pan en la yema. Grandma solía contarme sus cosas. Decía que siempre que le preparaba un par de huevos fritos blandos, él era tan feliz que se sentía como si fuera Navidad. Grandma decía que siempre le asustaba un poco mi papaíto. Era demasiado bueno, decía. Desde el principio, decía, fue demasiado bueno para este mundo. Y a ella le dio miedo. Pensaba que mi papaíto nunca haría nada. Y los blancos debieron pensar lo mismo, porque nunca los separaron. De modo que ella tuvo la oportunidad de conocerlo, de cuidarlo, y le daba miedo la forma en que él amaba las cosas. Los animales, las herramientas, las cosechas y el abecedario. Sabía hacer cuentas con papel y lápiz. El amo le enseñó. Se ofreció a enseñarles a todos, pero sólo mi papaíto quiso aprender. Grandma decía que los otros se negaron. Uno, que tenía un número en vez de un nombre, dijo que eso le embarullaría la cabeza, que le haría olvidar cosas que debía recordar para memorizar cosas que no debía. Pero mi papaíto decía: «Si no sabes calcular te engañan. Si no sabes leer te pegan». A todos les parecía muy raro. Grandma no estaba segura, pero gracias a que mi papaíto sabía contar y calcular con papel y lápiz, logró comprar su libertad. Y Grandma decía que siempre lamentó no saber leer la Biblia, como los verdaderos predicadores. De manera que estaba bien que yo aprendiera y lo hice hasta que todo fue silencio y sólo oía mi propia respiración y otra que volcó la jarra de leche que había en la mesa. No había nadie cerca. Ma le pegó a Buglar, pero él no la había tocado. Después mezcló toda la ropa planchada y puso sus manos en el pastel. Parece que yo fui la única que supo en seguida quién era. Y cuando volvió también supe quién era. No en el primer momento, pero en cuanto deletreó su nombre —no su nombre de pila, sino el nombre por el que ma pagó al picapedrero— lo supe. Y cuando preguntó por los pendientes de ma, algo que yo ignoraba, bien… ese fue el eslabón que faltaba en la cadena: mi hermana ha venido a ayudarme a esperar a mi papaíto.

Mi papaíto era un ángel. Le bastaba mirarte para decir dónde te dolía y cómo sanarte. Hizo una cosa de colgar para Grandma Baby, de manera que

pudiera levantarse del suelo cuando despertara por la mañana, y también le hizo un apoyo para que quedara nivelada al incorporarse. Grandma decía que siempre tuvo miedo de que un blanco le pegara delante de sus hijos. Se portaba bien y hacía todo correctamente delante de ellos porque no quería que vieran cómo la golpeaban. Decía que los hijos se vuelven locos si ven algo así. En Sweet Home nadie le pegó ni la amenazó, por eso mi papaíto nunca lo vio y nunca se volvió loco y todavía hoy me juego lo que sea a que está tratando de llegar aquí. Si Paul D pudo, mi papaíto también podrá. Un ángel. Tendríamos que estar todos juntos. Yo, él y Beloved. Ma podría quedarse o irse con Paul D si quiere. A no ser que mi papaíto la quiera para él, aunque no creo, porque ella dejó que Paul D se metiera en su cama. Grandma Baby decía que la gente la miraba despectivamente porque había tenido ocho hijos con diferentes hombres. La gente de color y los blancos la miraban despectivamente por eso. Se supone que los esclavos no deben tener sentimientos de placer propios, se supone que sus cuerpos no están hechos para eso, pero tienen que tener el mayor número posible de hijos para satisfacer a su propietario. Sin embargo, se suponía que no debían sentir placer. Me dijo que no prestara la menor atención a todo eso. Que siempre debía escuchar a mi cuerpo y amarlo.

La casa secreta. Cuando ella murió fui allí. Ma no me dejó salir al patio a comer con los demás. Nos quedamos dentro. Eso duele. Sé que a Grandma Baby le habría gustado la fiesta y toda la gente que vino, porque enfermó de no ver a nadie ni ir a ningún sitio… sólo apenándose y pensando en los colores y en que había cometido una equivocación. Que lo que ella pensaba acerca de lo que podían hacer el corazón y el cuerpo, era un error. Los blancos habían venido a pesar de todo. A su patio. Ella había hecho todo bien y sin embargo vinieron a su patio. Y Grandma no sabía qué pensar. Todo lo que le quedaba era su corazón y se lo destrozaron tanto que ni siquiera la guerra la estimuló.

Me contó todas las cosas de mi papaíto. Lo mucho que trabajaba para comprar su libertad. Después de cuando se arruinó el pastel y se mezcló la ropa planchada, después de cuando oí a mi hermana gatear por la escalera para volver a su cama, también me contó mis cosas. Dijo que yo estaba encantada. Que mi nacimiento había sido obra de un encanto y que siempre

me salvaba. Que no debía tener miedo del fantasma. Que no me haría daño porque había probado su sangre cuando ma me dio la teta. Dijo que el fantasma iba en pos de ma y también de ella, por no haber hecho nada para evitarlo. Pero que a mí nunca me haría daño. Sólo me aconsejó que estuviera ojo avizor porque era un fantasma glotón y necesitaba mucho amor, lo que después de todo era natural. Y lo hago. La quiero. La quiero. Jugaba conmigo y siempre que la necesité estuvo a mi lado. Es mía. Beloved. Es mía.

Soy Beloved y ella es mía. La veo separar flores de las hojas las pone en un canasto redondo las hojas no son para ella llena el canasto abre la hierba la ayudaría si no se interpusieran las nubes cómo puedo decir cosas que son imágenes no estoy separada de ella no hay un sitio en el que detenerme su rostro es el mío y quiero estar en el lugar donde está su rostro y también mirarlo una cosa caliente.

Ahora está todo siempre es ahora nunca llegará el momento en que no esté encogida y observando a otros también encogidos siempre estoy encogida el hombre de encima de mi rostro está muerto su cara no es la mía su boca huele dulce pero tiene los ojos cerrados con llave algunos se comen a sí mismos yo no como los hombres sin piel nos traen su agua por la mañana para que bebamos nosotros no tenemos nada de noche no veo al muerto encima de mi cara la luz del día se filtra por las grietas y veo sus ojos cerrados con llave no soy grande las ratitas pequeñas no esperan a que estemos dormidos alguien da vueltas por allí pero no hay lugar si tuviéramos más bebida podríamos hacer lágrimas no podemos hacer sudor ni agua matinal de modo que cuando los hombres sin piel nos traen la suya una vez nos traen piedras dulces para chupar todos estamos tratando de abandonar nuestros cuerpos el hombre encima de mi rostro lo ha hecho es difícil ponerte a morir para siempre duermes un poco y retornas al principio podíamos vomitar ahora no ahora no podemos los dientes del hombre de encima de mi rostro son bonitas puntas blancas alguien tiembla lo siento por aquí se debate por abandonar su cuerpo que es un pequeño pájaro

tembloroso no hay lugar para temblar de modo que no puede morir mi propio muerto es apartado de mi rostro echo de menos sus preciosas puntas blancas.

Ahora no estamos encogidos estamos de pie pero mis piernas son como los ojos de mi muerto no me caigo porque no hay lugar para caer los hombres sin piel hacen mucho ruido no estoy muerta el pan es del color del mar tengo demasiada hambre para comerlo el sol me cierra los ojos los que son capaces de morir están en una pila no encuentro a mi hombre aquel cuyos dientes amé una cosa caliente la pequeña colina de muertos una cosa caliente los hombres sin piel los empujan con palos allí está la mujer con el rostro que deseo el rostro que es mío caen al mar que es del color del pan no lleva nada en las orejas si yo tuviese los dientes del hombre que murió sobre el rostro mordería el círculo que rodea su cuello se lo arrancaría de un mordisco sé que no le gusta ahora hay lugar para encogerse y observar a los otros encogidos ahora lo que siempre hay es el encogimiento en la parte de adentro la mujer con mi rostro está en el mar una cosa caliente.

Al principio la veía no pude ayudarla porque se interponían las nubes al principio la veía el brillo en sus orejas no le gusta el círculo que rodea su cuello lo sé la miro fijo para que sepa que las nubes se interponen estoy segura de que me ve la estoy mirando mirándome vacía sus ojos yo estoy en el lugar donde se encuentra su rostro y diciéndole que las nubes ruidosas se interpusieron quiere sus pendientes quiere su canasto redondo yo quiero su rostro una cosa caliente al principio las mujeres están lejos de los hombres y los hombres lejos de las mujeres la tormenta nos revuelve y mezcla a los hombres entre las mujeres y a las mujeres entre los hombres entonces comienzo a estar en la espalda del hombre durante largo tiempo sólo veo su cuello y sus anchos hombros encima de mí soy pequeña lo amo porque tiene una canción cuando se volvió para morir vi los dientes a través de los cuales cantaba su canto era suave su canto es del lugar donde una mujer separa flores de las hojas y las pone en un canasto redondo antes de que las

nubes se está encogiendo cerca de nosotros pero no la veo hasta que él cierra sus ojos con llave y muere sobre mi rostro estamos así no sale aliento de su boca y el sitio donde debería estar la respiración tiene un aroma dulce los demás no saben que ha muerto yo lo sé su canción ha desaparecido ahora amo en cambio sus pequeños dientes afilados.

No puedo volver a perderla mi muerto se interponía como las nubes alborotadoras cuando él muere sobre mi rostro veo el de ella está a punto de sonreírme está a punto sus pendientes ya no están los nombres sin piel hacen mucho ruido empujan a mi muerto no empujan a la mujer con mi rostro ella entra no la empujan entra la pequeña colina ha desaparecido ella estaba a punto de sonreírme estaba a punto una cosa caliente.

Ahora no están encogidos estamos están flotando en el agua rompen la pequeña colina y empujan no encuentro mis preciosos dientes veo el rostro oscuro que está a punto de sonreírme es mi rostro oscuro el que está a punto de sonreírme el círculo de hierro rodea nuestro cuello no tiene pendientes afilados en las orejas ni un canasto redondo entra en el agua con mi rostro.

Estoy de pie bajo la lluvia los otros son llevados yo no soy llevada caigo como cae la lluvia lo miro comer en la parte de adentro estoy encogida para no caer con la lluvia me haré pedazos él duele donde yo duermo mete su dedo allí dejo caer la comida y me rompo en pedazos ella se llevó mi rostro nadie me desea nadie desea decir mi nombre espero en el puente porque ella está debajo está la noche y está el día otra vez otra vez noche día noche día estoy esperando ningún círculo de hierro rodea mi cuello ni pasan barcas por estas aguas ni hombres sin piel mi muerto no flota aquí sus dientes están allí abajo donde es azul y la hierba de modo que es el rostro que deseo el rostro que está a punto de sonreírme está a punto en el día hay diamantes en el agua donde está ella y las tortugas en la noche oigo masticar y tragar y risas me pertenece ella es la risa yo soy la reidora veo su rostro que es el mío es el rostro que estaba a punto de sonreírme en el lugar donde nos encogimos ahora está a punto su rostro surge a través del agua una cosa

caliente su rostro es mío no está sonriendo está masticando y tragando tengo que tener mi cara entro la hierba se abre ella la abre estoy en el agua y ella viene no hay canasto redondo ni círculo de hierro alrededor de su cuello sube adonde están los diamantes la sigo ahora estamos en los diamantes que son sus pendientes mi rostro llega tengo que tenerlo estoy buscando la unión estoy amando locamente mi rostro mi rostro oscuro está cerca quiero unirnos ella me susurra susurra alargo la mano para tocarla masticando y tragando me toca sabe que quiero unirnos mastica y me traga desaparezco ahora soy su rostro el mío me ha abandonado me veo nadar alejándome una cosa caliente me veo las plantas de los pies estoy sola quiero ser nosotras dos quiero unirnos emerjo de las aguas azules cuando las plantas de mis pies se alejan nadando emerjo necesito encontrar un sitio donde estar el aire es pesado no estoy muerta no estoy hay una casa es lo que ella me susurró estoy donde me dijo no estoy muerta me siento el sol me cierra los ojos cuando los abro veo el rostro que perdí el de Sethe es el rostro que me abandonó Sethe me ve verla y veo la sonrisa su rostro sonriente es mi morada es el rostro que perdí ella es mi rostro sonriéndome haciéndolo por fin una cosa caliente ahora podemos unirnos una cosa caliente.

Soy Beloved y ella es mía. Sethe es la que recogía flores, flores amarillas en el lugar anterior al encogimiento. Las separaba de sus hojas verdes. Ahora están en la colcha donde dormimos. Estaba a punto de sonreírme cuando llegaron los hombres sin piel y nos llevaron a la luz del sol con los muertos y empujaron a éstos al mar. Sethe entró en el mar. Entró. No la empujaron. Entró. Se estaba preparando para sonreírme y cuando vio a los muertos empujados al mar también entró y me dejó allí sin rostro y sin ella. Sethe es el rostro que encontré y perdí en el agua bajo el puente. Cuando entré, vi su rostro acercándose a mí y también era mi rostro. Quise unirnos. Intenté unirnos pero ella emergió del agua entre fragmentos de luz. Volví a perderla, pero encontré la casa que me había susurrado y allí estaba, por fin sonriente. Eso es bueno, pero no puedo volver a perderla. Lo único que quiero es saber por qué se internó en el agua en el lugar donde estábamos encogidos. ¿Por qué hizo eso justo cuando estaba a punto de sonreírme? Yo quise unirme a ella en el mar pero no podía moverme, quise ayudarla cuando recogía flores, pero las nubes de uno de los disparos me enceguecieron y la perdí. Tres veces la perdí: una con las flores debido a las nubes de humo alborotadoras, una cuando se metió en el mar en lugar de sonreírme, una bajo el puente cuando quise unirme a ella y ella vino a mí pero no me sonreía. Me susurró, me masticó y se alejó nadando. Ahora la he encontrado en esta casa. Me sonríe y es mi propio rostro sonriendo. No volveré a perderla. Es mía.

Dime la verdad. ¿No has venido del más allá?

Sí. Estaba en el más allá.

¿Has vuelto por mí?

Sí.

¿Me recuerdas?

Sí. Te recuerdo.

¿Nunca me olvidaste?

Tu rostro es el mío.

¿Me perdonas? ¿Te quedarás? Ahora estás a salvo aquí.

¿Dónde están los hombres sin piel?

Afuera. Lejos.

¿Pueden entrar aquí?

No. Lo intentaron aquella vez, pero yo lo impedí. Jamás volverán. Uno de ellos estaba en la misma casa que yo. Me hizo daño.

No pueden volver a hacernos daño.

¿Dónde están tus pendientes?

Me los quitaron.

¿Los hombres sin piel se los llevaron?

Sí.

Iba a ayudarte pero las nubes se interpusieron.

Aquí no hay nubes.

Si te ponen un círculo de hierro alrededor del cuello, lo arrancaré a mordiscos.

Beloved.

Te haré un canasto redondo.

Has vuelto. Has vuelto.

¿Me sonreiremos?

¿No ves que estoy sonriendo?

Amo tu rostro.

Jugamos a la vera del riachuelo.

Yo estaba en el agua.

En el tiempo de silencio jugábamos.

Las nubes eran ruidosas y se interponían.

Cuando te necesité viniste a estar conmigo.

Necesitaba que su rostro sonriera.

Yo sólo oía respirar.

La respiración ha desaparecido, sólo quedan los dientes.

Ella dijo que no me harías daño.
Ella me hizo daño a mí.
Yo te protegeré.
Quiero su rostro.
No la ames demasiado.
La estoy amando demasiado.
Cuidado con ella, puede provocarte sueños.
Mastica y traga.
No te quedes dormida mientras te trenza el pelo.
Ella es la risa, yo soy la reidora.
Vigilo la casa, vigilo el patio.
Ella me abandonó.
Papaíto vendrá a buscarnos.
Una cosa caliente.
Beloved
Eres mi hermana
Eres mi hija
Eres mi rostro, eres yo
He vuelto a encontrarte, has vuelto a mí
Eres mi Beloved
Eres mía
Eres mía
Eres mía
Tengo tu leche
Tengo tu sonrisa
Cuidaré de ti
Eres mi rostro, soy tú. ¿Por qué me abandonaste si soy tú?
Nunca volveré a dejarte
Nunca vuelvas a dejarme
Nunca volverás a dejarme
Entraste en el agua
Bebí tu sangre
Traje tu leche
Olvidaste sonreír

Te amaba
Me hiciste daño
Has vuelto a mí
Me abandonaste
Te esperé
Eres mía
Eres mía
Eres mía

ERA una iglesia diminuta, no más grande que el salón de una casa rica. Los asientos no tenían respaldo y dado que la congregación también era el coro, no necesitaba sitial. A algunos miembros se les había asignado la tarea de construir una plataforma para elevar al predicador algunos centímetros por encima de su congregación, pero la tarea era menos que urgente, ya que la elevación principal, una cruz de roble blanco, había sido levantada. Antes de ser la Iglesia del Sagrado Redentor, era una mercería que no utilizaba las ventanas laterales y sólo empleaba las frontales para exhibir la mercancía. Éstas estaban empapeladas hasta que los miembros decidieron pintarlas o ponerles cortinas… hasta que encontraron la forma de tener intimidad sin perder la poca luz que quisiera resplandecer sobre ellos. En el verano, las puertas quedaban abiertas para tener ventilación. En invierno, una estufa de hierro en el pasillo hacía lo que podía. En el frente de la iglesia había un porche donde solían sentarse los clientes y los chicos reían del que se le quedó la cabeza atascada entre las barandillas. Un día de enero soleado y sin viento había más calidez afuera que adentro, si la estufa de hierro estaba fría. El sótano húmedo era bastante abrigado, pero no había ninguna luz que diera en el jergón ni en la palangana ni en el clavo del que un hombre podía colgar su ropa. Y una lámpara de aceite en el sótano era muy triste, de modo que Paul D permanecía sentado en los peldaños del porche y conseguía calor adicional de una botella metida en el bolsillo de su abrigo. Calor adicional y los ojos inyectados en sangre. Apretaba sus muñecas entre las rodillas, no para mantener quietas las manos sino porque no tenía a qué agarrarse. Su lata de tabaco, abierta de par en par, había desparramado su contenido, que flotaba libremente y hacía de él su juguete y su presa.

No lograba imaginar cómo le llevó tanto tiempo. Habría dado igual que saltara al fuego con Sixo y ambos habrían reído a carcajadas. De todos modos, la rendición estaba destinada a presentarse y era lo mismo salir a su encuentro con una carcajada, gritando ¡Siete-jo! ¿Por qué no? ¿Por qué tanta demora? Ya había visto a su hermano despedirse con la mano desde la parte de atrás de una narria, con el bolsillo lleno de pollo frito y los ojos llenos de lágrimas. Madre. Padre. No la recordaba a ella. Nunca lo había visto a él. Era el más joven de tres medio hermanos (la misma madre, distintos padres) vendidos a Garner y retenidos allí, con la prohibición de abandonar la granja, durante veinte años. Una vez, en Maryland, conoció a cuatro familias de esclavos que habían estado juntas durante un siglo: bisabuelos, abuelos, madres, padres, tías, tíos, primos, hijos. A medias blancos, parcialmente blancos, negros puros, negros mezclados con indios. Los miraba con respeto y envidia, y cada vez que descubría grandes familias de negros les pedía una y otra vez que identificaran quién era quién, cuál era su grado de parentesco, quién pertenecía, de hecho, a quién.

—Aquélla es mi tía. Éste es su hijo. Más allá está el primo de mi papá. Mi ma se casó dos veces… ésta es mi media hermana y aquéllos sus dos hijos. Ahora bien, mi mujer…

Nada semejante había sido suyo nunca y gracias a haber crecido en Sweet Home tampoco lo había echado de menos. Tenía a sus hermanos, dos amigos, Baby Suggs en la cocina, un amo que les enseñaba a disparar y escuchaba lo que decía. Una amita que preparaba sus jabones y nunca levantaba la voz. Durante veinte años habían vivido todos en esa cuna; hasta que se marchó Baby, llegó Sethe y Halle la tomó por esposa. Formó una familia con ella y Sixo estaba decidido a formar otra con la Mujer Cincuenta Kilómetros. Cuando Paul se despidió de su hermano mayor, el amo había muerto, la amita estaba nerviosa y la cuna se había partido. Sixo decía que era el médico quien enfermaba a Mrs. Garner. Decía que le hacía beber lo mismo que daban a los sementales cuando se rompían una pata y no podía gastarse pólvora, y de no haber sido por las nuevas reglas de Maestro, se lo habría dicho a ella en la cara. Todos se reían de él. Sixo siempre se sacaba de la manga una historia para explicar cada

acontecimiento. Incluido el ataque de Mr. Garner, que según él era un tiro en la oreja disparado por un vecino celoso.

—¿Dónde está la sangre? —le preguntaron.

No había sangre. Mr. Garner llegó inclinado sobre el cogote de su yegua, sudando y amoratado. Ni una gota de sangre. Sixo gruñó: fue el único que no se entristeció con su muerte. Más adelante, no obstante, lo lamentó profundamente; todos la lamentaron.

—¿Por qué lo llamó? —preguntó Paul D—. ¿Para qué necesitaba a Maestro?

—Necesita a alguien que sepa calcular —dijo Halle.

—Tú sabes hacer cuentas.

—No cuentas como ésas.

—No, hombre —lo interrumpió Sixo—. Necesitaba otro blanco aquí.

—¿Para qué?

—¿A ti qué te parece? ¿A ti qué te parece?

Bien, así eran las cosas. Nadie había contado con la muerte de Garner. A nadie se le ocurrió que podía morirse. Todo se sustentaba en que Garner estuviese vivo. Sin su vida, la de cada uno de ellos quedaba destrozada. ¿No es eso la esclavitud? En el apogeo de sus fuerzas, más alto que los hombres altos y más fuerte que la mayoría, se fijaron en él, en Paul D. Primero le quitaron el arma y luego los pensamientos, porque Maestro no se dejaba aconsejar por los negros. Llamaba impertinencia a la información que le daban y pergeñó una serie de correctivos (que registraba en su libreta) para reeducarlos. Se quejó porque comían mucho, descansaban mucho y hablaban mucho, lo que sin duda era cierto en comparación con él, porque Maestro comía poco, hablaba menos y nunca descansaba. Una vez los vio jugar —un juego de lanzamiento— y su mirada de profundo furor fue suficiente para hacer parpadear a Paul D. Era tan duro con sus alumnos como con ellos… excepto en la cuestión de los correctivos.

Durante años, Paul D pensó que Maestro había vuelto niños a los que Garner había vuelto hombres. Y eso fue lo que los hizo huir. Ahora, atormentado por el contenido de su lata de tabaco, se preguntaba qué diferencia había realmente entre los tiempos anteriores y posteriores a la llegada de Maestro. Garner los llamaba hombres y los anunciaba como

tales… pero sólo en Sweet Home y con su permiso. ¿Estaba nombrando lo que veía o creando lo que no veía? Eso era lo asombroso de Sixo e incluso de Halle; Paul D siempre tuvo claro que ellos dos eran hombres, lo dijera o no Garner. Le preocupaba que, con respecto a su propia hombría, no pudiera satisfacerse a sí mismo. Sí, hacía cosas de hombre, ¿pero era un obsequio de Garner o su propia voluntad? ¿Qué habría sido él —antes de Sweet Home— sin Garner? ¿En el país de Sixo o de su propia madre? ¿O, que Dios me ayude, en la barca? ¿El hecho de que un hombre blanco lo dijese lo volvía real? ¿Y si una mañana Garner despertaba y cambiaba de idea? ¿Si retiraba su palabra? ¿Habrían huido entonces? Y si no cambiaba, ¿se habrían quedado allí los Paul toda su vida? ¿Por qué necesitaron los hermanos toda una noche para tomar una decisión? Discutiendo si se unirían o no a Sixo y a Halle. Porque habían estado aislados en una mentira maravillosa, desestimando como una cuestión de mala suerte la vida de Halle y Baby Suggs con anterioridad a Sweet Home. Ignorantes de o divertidos con las aciagas historias de Sixo. Protegidos y convencidos de que eran seres especiales. Sin sospechar que existía el problema de Alfred, Georgia; tan enamorados del aspecto del mundo que soportaban cualquier cosa y todas las cosas con tal de seguir vivos en un lugar donde una luna que no tenían derecho a mirar estaba, sin embargo, a la vista. Amando pequeñeces y en secreto. Su pequeño amor era un árbol, por supuesto, aunque no como Hermano, que era añoso, robusto e invitador.

En Alfred, Georgia, había un álamo temblón demasiado joven para llamarse árbol. Un retoño que apenas le llegaba a la cintura. El tipo de rama que uno cortaría para azotar a su caballo. El sonsonete asesino y el álamo temblón. Conservó la vida con sonsonetes que asesinaban la vida, y observaba un álamo que la confirmaba, y jamás, ni durante un segundo, creyó que escaparía. Hasta que llovió. Después, después de que los cherokíes señalaran y le hicieran correr hacia las flores, sólo quería moverse, sencillamente, avanzar, ponerse en marcha un día y estar en otro sitio al siguiente. Resignado a vivir sin tías, primos, hijos. Sin mujer incluso, hasta encontrar a Sethe.

Y ella lo echó. Cuando la duda, el pesar y hasta la última pregunta no planteada quedaron enterrados, mucho después de convencerse a sí mismo

de que a fuerza de voluntad había logrado ser, en el mismo momento y lugar en que deseó arraigar… ella lo echó. De habitación en habitación. Como a un fantoche.

Sentado en el porche de una iglesia-mercería, un pelín borracho y sin mucho que hacer, podría albergar esos pensamientos. Pensamientos lentos y titubeantes que calaban hondo pero no tocaban nada sólido a lo que un hombre pudiera aferrarse. Por eso se aferraba las muñecas entre las rodillas. Pasar por la vida de esa mujer, entrar en ella y permitir que ella entrara en él, le había predispuesto a esta caída. El deseo de vivir su vida con una mujer íntegra era nuevo; perder esa sensación le dio ganas de llorar y de pensar cosas profundas que no tocaban nada sólido. Cuando iba a la deriva, pensando únicamente en la siguiente comida y en dormir una noche seguida, cuando tuvo todo encerrado y apretado en su pecho, no experimentó una sensación de fracaso, de que las cosas no funcionaran. Cualquier cosa que funcionara un poco, funcionaba. Ahora se preguntaba si no habría salido todo mal y, empezando por el plan, todo había ido mal. En realidad, el plan era bueno. Había sido elaborado hasta el último detalle y habían eliminado toda posibilidad de error.

Sixo, enganchando los caballos, vuelve a hablar inglés y cuenta a Halle lo que le dijo su Mujer Cincuenta Kilómetros: siete negros de su casa se unirían a otros dos que iban al norte. Que los otros dos lo habían hecho antes y conocían el camino. Que uno de los dos, una mujer, los esperaría cuando el follaje del maíz fuera alto… una noche y la mitad del día siguiente esperaría, y si se presentaban los llevaría a la caravana, donde los demás permanecerían escondidos. Que emitiría un cascabeleo y ésa sería la señal. Sixo iría y también su mujer, Halle llevaría a toda su familia. Los dos Paul dijeron que necesitaban tiempo para pensarlo. Tiempo para preguntarse dónde terminarían y cómo vivirían. En qué trabajarían, quién los aceptaría. ¿Debían tratar de conectarse con Paul F, cuyo amo, recordaban, vivía en algún sitio llamado «huella» o algo así? Les llevó toda la noche decidirlo.

Ahora lo único que deben hacer es esperar a que pase la primavera, hasta que el maíz esté alto y la luna gorda.

Y planificar. ¿Es mejor partir en la oscuridad o salir al amanecer para ver con mayor claridad el camino? Sixo escupe ante semejante sugerencia. La noche les dará más tiempo, además de la protección del color. No les pregunta si tienen miedo. Hace algunas escapadas nocturnas al maizal, para enterrar mantas y dos cuchillos cerca del río. Le preguntan si Sethe podrá cruzarlo a nado. Estará seco, explica, cuando el maíz haya alcanzado su máxima altura. No tienen comida para separar, pero Sethe afirma que cuando se aproxime el momento conseguirá una jarra de almíbar de caña o melaza y algo de pan. Sólo quiere tener la certeza de que las mantas estén donde deben estar, pues la necesitarán para atar a la niñita a su espalda y para cubrirse durante el viaje. La única ropa que tienen es la que llevan puesta. Y no tienen zapatos, naturalmente. Los cuchillos les ayudarán a comer, pero también entierran soga y un cazo. Un buen plan.

Observan y memorizan las idas y venidas de Maestro y sus alumnos; qué se necesita, cuándo y dónde; cuánto tiempo lleva. Mrs. Garner, que pasa las noches inquieta, duerme profundamente toda la mañana. Algunos días los alumnos y su maestro dan lecciones hasta el desayuno. Un día por semana se saltan por completo el desayuno y recorren quince kilómetros hasta la iglesia, esperando que a su regreso les sirvan una comida bastante abundante. Maestro escribe en su libreta después de cenar; los alumnos limpian, remiendan o afilan herramientas. El trabajo de Sethe es el más incierto porque debe estar a disposición de Mrs. Garner en todo momento, incluida la noche, cuando el dolor o la debilidad o la soledad son insoportables para ella. O sea: Sixo y los Paul saldrán después de la cena y esperarán en el río a la Mujer Cincuenta Kilómetros. Halle llevará a Sethe y los tres hijos antes del alba… antes de que asome el sol, antes de que las gallinas y la vaca lechera necesiten atención, de modo que cuando llegue la hora en que el humo debería salir por la chimenea del fogón, estén en el río o cerca, con los demás. Así, si Mrs. Garner necesita a Sethe por la noche o la llama, Sethe la atenderá. Sólo tienen que esperar a que pase la primavera.

Pero. En la primavera Sethe estaba embarazada y en agosto la carga de su hijo es tan pesada que quizá no pueda seguir el ritmo de los hombres, que podrán llevar alzados a los niños, aunque no a ella.

Pero. Los vecinos, desalentados por Garner cuando estaba vivo, ahora se sienten libres de visitar Sweet Home y pueden aparecer en el momento más inoportuno.

Pero. Los hijos de Sethe ya no pueden jugar en la cocina, de modo que ella corre de un lado a otro, entre la casa y los alojamientos… agitada y frustrada, tratando de vigilarlos. Son demasiado jóvenes para hacer trabajos de hombre y la niña apenas tiene nueve meses. Sin la ayuda de Mrs. Garner su trabajo aumenta, lo mismo que las exigencias de Maestro.

Pero. Después de la conversación sobre el lechón, de noche atan a Sixo con el ganado, además de poner cerrojos en carboneras, corrales, cobertizos, gallineros, el cuarto de herramientas y la puerta del granero. No hay dónde meterse ni dónde reunirse. Ahora Sixo lleva un clavo en la boca constantemente, para ayudarse a desatar la cuerda cuando llegue el momento.

Pero. Le informan a Halle de que tiene que hacer sus trabajos extras en Sweet Home y no tiene derecho a ir a ningún sitio que no le indique Maestro. Sólo Sixo —que se ha escapado furtivamente para ver a su mujer — y Halle —que ha estado colocado fuera durante años— saben qué hay más allá de Sweet Home y cómo llegar.

Es un buen plan. Puede llevarse a cabo en las narices de los vigilantes alumnos y su maestro.

Pero. Tienen que alterarlo… un poquitín. Primero cambian la salida. Memorizan las instrucciones que les da Halle. Sixo, que necesita tiempo para desatarse, abrirá la puerta a golpes sin asustar a los caballos y partirá más tarde, reuniéndose con los demás y con la Mujer Cincuenta Kilómetros en el río. Los cuatro irán directamente al maizal. Halle, que ahora también necesita más tiempo a causa de Sethe, decide llevarla con los niños de noche, sin esperar a que alboree. Irán directamente al maizal y no se reunirán con los demás en el río. El maíz les llega a los hombros: nunca será más alto. La luna está hinchada. Apenas pueden cosechar, o tallar, o despejar, o acarrear, a la espera de un cascabeleo que no es de un pájaro ni de una serpiente. Un día, a media mañana, lo oyen. O lo oye Halle y se lo transmite a los otros en forma de canción: «Shhh, shhh. Alguien ha dicho

mi nombre. Shhh, shhh. Alguien está diciendo mi nombre. Oh, Señor, oh, Señor, ¿qué debo hacer?».

Durante el descanso de la comida abandona el campo. Tiene que hacerlo. Debe decirle a Sethe que ha oído la señal. Ha estado dos noches seguidas con Mrs. Garner y Halle no puede correr el riesgo de que no sepa que esta noche no estará disponible. Los Paul lo siguen con la mirada. Bajo la sombra de Hermano, donde comen pastel de maíz, lo ven marchar contoneándose. El pan sabe bien. Se lamen el sudor de los labios para darle un gusto más salado. Maestro y sus alumnos ya están en la casa, almorzando. Halle se contonea. Ya no canta.

Nadie sabe qué ocurrió. Con excepción de la mantequera, nadie volvió a ver a Halle. Lo que supo Paul D fue que Halle desapareció sin haberle dicho nada a Sethe, y después lo vio hundido en mantequilla. Tal vez cuando llegó a la puerta y pidió permiso para ver a Sethe, Maestro percibió un matiz de ansiedad en su voz… el matiz que le haría coger su fusil siempre preparado. Tal vez Halle cometió el error de decir «mi esposa» de una manera que iluminó la mirada de Maestro. Ahora Sethe dice que oyó disparos pero no se asomó a la ventana del dormitorio de Mrs. Garner. No obstante, a Halle no lo mataron ni lo hirieron ese día, porque Paul D lo vio más tarde, después de que ella huyera sin ayuda de nadie, después de que Sixo riera y su hermano desapareciera. Lo vio enmantequillado y con los ojos sin relieve de un pescado. Tal vez Maestro le disparó, disparó a sus pies para recordarle que allí tenía prohibido el paso. Tal vez Halle se metió en el granero para esconderse y se quedó encerrado con el resto del ganado del Maestro. Tal vez cualquier cosa. Desapareció y cada uno de ellos estaba solo.

Después de comer, Paul A vuelve a acarrear madera. Deben reunirse en los alojamientos para la cena. No aparece. Paul D sale a tiempo hacia el río creyendo, esperando, que Paul A se haya adelantado: cierto maestro de escuela se ha enterado de algo. Paul D llega al río, tan seco como Sixo prometió. Espera allí, con la Mujer Cincuenta Kilómetros, a Sixo y Paul A. Sólo se presenta Sixo, con las muñecas sangrantes y pasándose la lengua por los labios ardientes como una llama.

—¿Has visto a Paul A?

—No.
—¿A Halle?
—No.
—¿No se sabe nada de ellos?
—Nada. En los alojamientos sólo están los niños.
—¿Sethe?
—Sólo sus hijos dormidos. Ella debe de seguir allá.
—No puedo marcharme sin Paul A.
—No puedo ayudarte.
—¿No debería volver a buscarlos?
—No puedo ayudarte.
—¿Tú qué piensas?
—Pienso que han ido directamente al maizal.

Sixo se vuelve, entonces, hacia la mujer, se abrazan y susurran. Ahora ella está iluminada con un destello que proviene de su interior. Antes, mientras estuvo arrodillada en los guijarros del río con Paul D, no era nada, sólo una figura en la oscuridad que apenas respiraba.

Sixo está a punto de arrastrarse para ir a buscar los cuchillos que enterró. Oye algo. No oye nada. Olvida los cuchillos. Ahora. Los tres trepan por la orilla mientras Maestro, sus alumnos y otros cuatro blancos avanzan hacia ellos. Con lámparas. Sixo empuja a la Mujer Cincuenta Kilómetros y ella sale corriendo por el lecho del río. Paul D y Sixo corren en sentido contrario, hacia el bosque. Los rodean y los atan.

El aire se vuelve dulce entonces. Perfumado por las flores que tanto aman las abejas. Atado como una mula, Paul D siente la humedad del rocío y lo invitadora que está la hierba. Piensa en eso y en dónde puede estar Paul A, cuando Sixo gira sobre sus talones y coge la boca de un fusil apuntado. Se larga a cantar. Otros dos empujan a Paul D y lo atan a un árbol. Maestro está diciendo: «Vivo. Vivo. Lo quiero vivo». Sixo oscila y golpea a uno en las costillas, pero con las manos atadas no puede poner el arma en posición para usarla de ninguna otra manera. A los blancos les basta con esperar. ¿A que termine su canción, quizá? Cinco fusiles le apuntan mientras ellos escuchan. Paul D no puede verlos cuando se apartan de la luz de la lámpara. Por último uno de ellos golpea a Sixo en la cabeza con su fusil y cuando

vuelve en sí ve delante una fogata de nogal y está atado a un árbol por la cintura. Maestro ha cambiado de idea: «Este nunca servirá». Debió de convencerlo la canción. El fuego no prende bien y los blancos están enfadados consigo mismos por no estar preparados para esta emergencia. Han ido a aprehender, no a matar. La hoguera que logran sólo es suficiente para cocinar harina de maíz. Escasea la leña seca y la hierba está húmeda de rocío.

A la luz del fuego, digno de una harina de maíz, Sixo se endereza. Ha puesto fin a su canción. Ríe. Con un sonido ondeante como el que emiten los hijos de Sethe cuando dan volteretas en el heno o se salpican con agua de lluvia. Se están cocinando sus pies y el paño de sus pantalones ahuma. Ríe. Algo le resulta divertido. Paul D imagina lo que es cuando Sixo interrumpe su carcajada para gritar:

—¡Siete-jo! ¡Siete-jo!

El fuego sigue obstinadamente ahumado. Le disparan para hacerlo callar. No tienen más remedio.

Con grilletes y andando en medio de las flores perfumadas que tanto aman las abejas, Paul D oye hablar a los blancos y por primera vez se entera de su propia valía. Siempre ha sabido o creído saber que tenía un valor —como mano de obra, como bracero capaz de sacar beneficios en una granja—, pero ahora descubre su verdadero valor, se entera de cuál es su precio. El valor en dólares de su peso, su fuerza, su corazón, su cerebro, su pene y su futuro.

En cuanto los blancos llegan adonde dejaron atados los caballos y los montan, están más tranquilos y hablan entre sí de las dificultades que afrontan. Los problemas. Unas voces le recuerdan a Maestro lo consentidos que estaban esos esclavos en manos de Garner. Había una ley contraria a lo que él había hecho: permitir que los negros se colocaran en su tiempo libre para comprar su propia libertad. ¡Hasta les dejaba empuñar armas! ¿Y crees que acoplaba a sus negros para tener algunos más? ¡No! ¡Planificaba sus matrimonios! ¡Es el colmo! Maestro suspira y dice como si yo no lo supiera. Ha ido precisamente a poner las cosas en orden. Ahora Sweet Home estaba más arruinada que cuando Garner murió, debido a la pérdida de dos negros como mínimo y quizá tres, porque no está seguro de que

encuentren al que se llama Halle. Su cuñada está demasiado débil para ayudar y encima tiene entre sus manos una desbandada a gran escala. Tendrá que vender a éste aquí por novecientos dólares y asegurarse a la preñada con su parto y también al otro, si lo encuentra. Con el dinero de «éste aquí» podría conseguir dos jóvenes, de doce o quince años. Y tal vez con la preñada, sus tres negritos y lo que salga del parto, él y sus sobrinos tendrían siete negros y Sweet Home merecería las molestias que le estaba causando.

—¿Te parece que Lillian se salvará?

—Es dudoso. Muy dudoso.

—Tú estuviste casado con su cuñada, ¿no?

—Sí.

—¿También era frágil?

—Un poco. Se la llevó la fiebre.

—Bien, no estás obligado a mantener a ninguna viuda.

—En este momento, sólo pienso en Sweet Home.

—No te lo reprocho. Ya es bastante.

Le pusieron una collera con tres puntas para que no pudiera acostarse y le encadenaron los tobillos entre sí. El número que oyó ronda su mente. Dos. ¿Dos? ¿Dos negros perdidos? Paul D cree que el corazón se le saldrá del pecho. Van a buscar a Halle, no a Paul A. Debieron de encontrar a Paul A, y si un blanco te encuentra significa que estás perdido.

Maestro lo mira largo rato antes de cerrar la puerta de la choza. Lo mira atentamente. Paul D no le devuelve la mirada. Ahora chispea. Una llovizna de agosto plantea expectativas que no puede satisfacer. Piensa que tendría que haber cantado con Sixo. En voz alta, algo audible y rítmico para acompañar la melodía de Sixo, pero las palabras lo desconcertaron… no entendió las palabras. Aunque eso no tendría que haberle importado, porque comprendió el sonido: un odio tan desenfrenado que era júbilo.

La salpicadura cálida viene y va, viene y va. Cree oír unos sollozos desde la ventana de Mrs. Garner, pero podría ser cualquier cosa, cualquier persona, incluso la llamada de una gata en celo. Cansado de mantener la cabeza alta, apoya el mentón en la collera y piensa en la forma de llegar a la parrilla, hervir un poco de agua y echar dentro un puñado de harina de

maíz. Eso es lo que está haciendo cuando entra Sethe, mojada por la lluvia y con tripa, diciendo que escapará. Acaba de volver después de dejar a sus hijos en el maizal. No había blancos por allí. No logró encontrar a Halle. ¿A quién habían cogido? ¿Escapó Sixo? ¿A Paul A?

Le dice lo que sabe: Sixo está muerto, la Mujer Cincuenta Kilómetros huyó e ignora qué les sucedió a Paul A y a Halle.

—¿Dónde puede estar? —le pregunta Sethe.

Paul D se encoge de hombros porque no puede menear la cabeza.

—¿Viste morir a Sixo? ¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

—¿Estaba despierto cuando ocurrió? ¿Lo vio venir?

—Estaba despierto. Despierto y riendo a carcajadas.

—¿Sixo reía?

—Tendrías que haberlo oído, Sethe.

Del vestido de Sethe sale vapor a causa del pequeño fuego en el que él está hirviendo agua. Le resulta difícil moverse con los tobillos unidos y la alhaja que lleva al cuello lo turba. Avergonzado, evita la mirada de Sethe, pero cuando sus ojos se cruzan sólo ve negro en ellos: ha desaparecido el blanco del ojo. Ella dice que se irá y él piensa que nunca llegará ni a la puerta, pero no intenta disuadirla. Sabe que nunca volverá a verla y allí mismo su corazón se detuvo.

Los alumnos debieron de llevarla al granero inmediatamente después, para divertirse y, como ella le contó a Mrs. Garner, bajaron el látigo de cuero. ¿Quién demonios podía pensar que de todos modos escaparía? Debieron de creer que con la tripa y la espalda en ese estado no llegaría a ningún lado. A él no le sorprendió saber que la habían rastreado en Cincinnati, porque si lo pensaba ahora, el precio de ella era más alto que el suyo: una propiedad que se reproducía sin costes.

Y recordando su propio precio, lo que Maestro pensaba sacar por él, se preguntó cuál habría sido el de Sethe. ¿Cuál había sido el de Baby Suggs? ¿Cuánto debía Halle todavía, además de su trabajo? ¿Cuánto había sacado Mrs. Garner por Paul F? ¿Más de novecientos dólares? ¿Cuánto más? ¿Diez dólares más? ¿Veinte? Maestro debía saberlo. Él conocía el valor de todas las cosas. Se notaba en el auténtico pesar de su voz cuando dijo que Sixo

era inservible. ¿Quién sería tan tonto como para comprar a un negro cantor con un arma? Un negro cantor que gritaba ¡Siete-jo! ¡Siete-jo!, porque la Mujer Cincuenta Kilómetros huyó con su simiente plantada. ¡Qué risa! Tan ondulante y llena de alegría que apagó el fuego. Y era la carcajada de Sixo lo que rondaba su mente y no el freno en la boca, cuando lo sujetaron al potro. Después vio a Halle y luego al gallo, sonriente como si dijera aún no has visto nada. Cómo podía un gallo estar enterado de lo que era Alfred, Georgia.

QUÉ tal.

Stamp Paid seguía toqueteando la cinta, lo que producía un leve movimiento en el bolsillo de su pantalón.

Paul D percibió la agitación del bolsillo y bufó.

—No sé leer. Si has traído otro periódico para mí, estás perdiendo el tiempo.

Stamp sacó la cinta del bolsillo y se sentó en los peldaños.

—No. Esto es otra cosa. —Hizo girar la cinta roja entre el pulgar y el índice—. Otra cosa.

Paul D no dijo una palabra, de modo que los dos guardaron silencio un rato.

—Es difícil para mí, pero tengo que hacerlo —comenzó Stamp—. Debo decirte dos cosas. Probaré primero con la más fácil.

Paul D rio entre dientes.

—Si para ti es difícil, a mí podría matarme.

—No, no, nada de eso. Sólo he venido a pedirte perdón. Disculpas.

—¿Por qué? —Paul D sacó la botella del bolsillo del abrigo.

—Escoge cualquier casa, cualquier casa donde viva gente de color. En todo Cincinnati. Elige cualquiera y te alojarán encantados. Me estoy disculpando porque nadie te lo ofreció ni te lo dijo. Pero serás bien acogido en cualquiera que desees estar. Mi casa es tuya. También la de John y Ella, Miss Lady, Able Woodruff, Willie Pike… la de cualquiera. Escoge tú. No vas a seguir durmiendo en un sótano y me disculpo por todas y cada una de las noches que pasaste aquí. No sé cómo el predicador te lo permitió. Lo conozco desde que era un crío.

—Calla, Stamp. Me ofreció su casa.

—¿Sí? ¿Y?

—Bien, quería y no quería, en realidad prefería pasar un tiempo solo. Pero me lo ofreció. Y cada vez que lo veo vuelve a ofrecérmelo.

—Me quitas un peso de encima. Creía que todos se habían vuelto locos.

Paul D movió la cabeza negativamente.

—No, sólo yo.

—¿Piensas hacer algo al respecto?

—Oh, sí. Tengo grandes planes en la cabeza. —Dio dos tragos de la botella.

Cualquier plan salido de una botella es de corto aliento, pensó Stamp, pero por experiencia personal conocía la inutilidad de decirle que no beba a un hombre que quiere beber. Se sonó la nariz y pensó en la segunda cuestión que lo había llevado allí. Hoy había muy poca gente afuera. El canal estaba congelado, de modo que también se había interrumpido el tráfico. Oyeron los cascos de un caballo. Su jinete iba sentado al estilo del Este, pero, salvo eso, todo en él era indicativo del valle del Ohio. Al pasar los miró y de pronto tiró de las riendas y subió por la senda que llevaba a la iglesia. Se inclinó hacia delante.

—Eh —llamó.

Stamp se guardó la cinta en el bolsillo.

—Sí, señor.

—Estoy buscando a una chica que se llama Judy. Trabaja en el matadero.

—No creo que la conozca. No, señor.

—Dijo que vivía en Plank Road.

—Plank Road. Sí, señor. Un poco más arriba. Kilómetro y medio más o menos.

—¿No la conoces? Judy. Trabaja en el matadero.

—No, señor. Pero conozco Plank Road. Más o menos kilómetro y medio arriba.

Paul D levantó la botella y se echó un buen trago al coleto.

El jinete lo observó y luego miró a Stamp Paid. Aflojó las riendas, dio vuelta al caballo hacia el camino, cambió de idea y volvió.

—Oye —dijo a Paul D—. Allá arriba hay una cruz, por lo que supongo que ésta es o era una iglesia. Me parece que tendrías que tenerle un poco de respeto, ¿entiendes?

—Sí, señor —dijo Stamp—. Tiene toda la razón. Precisamente de eso he venido a hablarle. De eso.

El jinete chasqueó la lengua y salió al trote. Stamp dibujaba pequeños círculos en la palma de su mano izquierda con dos dedos de la derecha.

—Tendrás que elegir. Escoge cualquiera. Serás bien recibido donde quieras. Mi casa. La de Ella. La de Willie Pike. Ninguno de nosotros tiene demasiado, pero todos tenemos sitio para uno más. Paga un poco cuando puedas y nada cuando no puedas. Piénsalo. Ya eres adulto. No puedo obligarte a hacer lo que no quieras, pero piénsalo.

Paul D le dio la callada por respuesta.

—Si te he hecho daño, he venido a repararlo.

—No es necesario. No es necesario.

Una mujer con cuatro hijos pasó por el otro lado del camino. Saludó, sonriente.

—Hooo. No puedo entretenerme. Te veré en la reunión.

—Allí estaré. —Stamp le devolvió el saludo levantando la mano—. Acabas de ver a otra —le dijo a Paul D—. Scripture Woodruff, hermana de Able. Trabaja en la fábrica de cepillos y sebo. Tú verás. Si te quedas un tiempo, comprenderás que en ningún lado hay un puñado de gente de color más solidaria que aquí. El orgullo… bien, eso los fastidia un poco. Pueden llegar a confundirse cuando creen que alguien es demasiado orgulloso, pero cuando están en condiciones de hacer algo son buena gente y cualquiera te dará cobijo.

—¿Qué me dices de Judy? ¿Me aceptará?

—Depende. ¿En qué estás pensando?

—¿Conoces a Judy?

—Judith. Conozco a todo el mundo.

—¿También en Plank Road?

—A todo el mundo.

—¿Y? ¿Me aceptaría?

Stamp se inclinó y se desató un zapato. Doce abrochadores negros, seis a cada lado en la parte baja, llevaban hasta cuatro pares de ojetes, en la parte alta. Aflojó los cordones hasta abajo, acomodó con cuidado la lengüeta y volvió a atarlos. Cuando llegó a los ojetes, arrolló las puntas del cordón entre los dedos antes de insertarlas.

—Te contaré cómo llegué a tener el nombre que tengo. —El nudo quedó apretado, lo mismo que el lazo—. Me llamaban Joshua —dijo—. Me rebauticé por mi cuenta y te contaré por qué lo hice. —Le habló de Vashti —. No la toqué en todo ese tiempo. Ni una sola vez. Casi un año. Estábamos plantando cuando la cosa empezó y recogiendo cuando se acabó. A mí me pareció mucho más tiempo. Tendría que haberlo matado. Ella dijo que no, pero tendría que haberlo hecho. No tenía tanta paciencia como tengo ahora, pero imaginé que a lo mejor otra persona tampoco tenía mucha paciencia: su propia esposa. Se me metió en la cabeza averiguar si ella se lo tomaba mejor que yo. Vashti y yo estábamos juntos en el campo durante el día, y de vez en cuando ella faltaba toda la noche. No la toqué en todo ese tiempo y que me condenen si le decía más de tres palabras por día. Aprovechaba todas las oportunidades que tenía para acercarme a la casa grande a verla, a la esposa del amo joven, me refiero. Era apenas un chico. Diecisiete años, veinte quizá. Finalmente la vi en el patio trasero, junto al vallado, con un vaso de agua en la mano. Estaba bebiendo y mirando el patio. Me aproximé. Permanecí un tanto apartado y me quité el sombrero. «Disculpe, señorita», le dije, «¿Me disculpa?». Se volvió a mirarme. Yo sonreía. «Disculpe. ¿Ha visto a Vashti? ¿A mi mujer, Vashti?». Era pequeñaja. Pelo negro. Su cara no era más grande que mí mano. «¿Qué? ¿Vashti?», me dijo. Le expliqué «Sí señorita, Vashti. Mi mujer. Dice que le debe unos huevos. ¿Sabe si los trajo? La reconocerá si la ve. Lleva una cinta negra alrededor del cuello». Se ruborizó y comprendí que sabía. Él le había regalado eso a Vashti. Un camafeo en una cinta negra. Solía usarlo cada vez que iba con él. Volví a ponerme el sombrero. «Si la ve dígale que la necesito. Gracias. Muchas gracias, señorita». Retrocedí sin darle tiempo a que dijera nada. No me atreví a volver la vista hasta que llegué detrás de unos árboles. Seguía donde la había dejado, mirando fijamente el vaso de agua. Creía que me daría más satisfacción de la que me dio. También pensé

que ella podía poner punto final a la relación, pero todo siguió igual. Hasta que una mañana Vashti entró y se sentó junto a la ventana. Un domingo. Los domingos trabajábamos nuestras parcelas. Se sentó junto a la ventana, mirando hacia afuera. «He vuelto», dijo. «Josh, he vuelto». Le miré la nuca. Su cuello era muy pequeño. Decidí rompérselo. Partirlo… como una ramita. He estado desalentado muchas veces, pero nunca como en ese momento.

—¿Se lo partiste?

—No. Me cambié el nombre.

—¿Cómo saliste de allí? ¿Cómo llegaste aquí?

—En barca. Mississippi arriba hasta Memphis. Andando desde Memphis hasta Cumberland.

—¿Con Vashti?

—No. Murió.

—Oh. ¡Átate el otro zapato!

—¿Qué?

—¡Que te ates ese condenado zapato! ¡Está esperando a que lo hagas! ¡Átalo!

—¿Que me lo ate hará que te sientas mejor?

—No.

Paul D tiró la botella al suelo y fijó la vista en el carruaje dorado de su etiqueta. Ni un solo caballo. Únicamente un carruaje dorado envuelto en azul.

—He dicho que tenía que decirte dos cosas. Sólo te he dicho una. Tengo que decirte la otra.

—No quiero saberla. No quiero saber nada. Sólo si Judy me aceptará o no.

—Estuve allá, Paul D.

—¿Estuviste dónde?

—En el patio. Cuando lo hizo.

—¿Judy?

—Sethe.

—Jesús.

—No es lo que tú piensas.

—Tú no sabes lo que pienso.

—No está loca. Amaba a esos hijos. Estaba tratando de herir más que el heridor.

—Basta.

—Y divulgarlo.

—Stamp, déjame en paz. La conocí cuando era una niña. Le tengo miedo y la conocí cuando era una niña.

—No puedes tenerle miedo a Sethe. No te creo.

—Sethe me asusta. Yo me asusto a mí mismo. Y la chica que está en su casa es quien más miedo me da.

—¿Quién es esa chica? ¿De dónde viene?

—No sé. Apareció un día sentada en un tocón.

—Mmmm. Parece que tú y yo somos los únicos ajenos al 124 que la hemos visto.

—No sale a ningún sitio. ¿Dónde la viste?

—Durmiendo en el suelo de la cocina. Espié.

—En cuanto la vi supe que no quería estar cerca de ella. Tiene algo raro. Habla de una manera rara. Se comporta de una manera rara. —Paul D metió los dedos por debajo de la gorra y se frotó el cuero cabelludo, encima de la sien—. Me recuerda algo. Algo, parece, que tendría que recordar.

—¿Nunca dijo de dónde venía? ¿Dónde están los suyos?

—No lo sabe, o dice que no lo sabe. Lo único que le oí decir es que había robado la ropa que llevaba puesta y que había vivido en un puente.

—¿Qué clase de puente?

—¿A mí me lo preguntas?

—Por aquí no hay ningún puente que yo no conozca. Nadie vive en los puentes ni debajo. ¿Cuánto tiempo lleva allí con Sethe?

—Desde agosto. El día de la feria.

—Mala señal. ¿Estuvo en la feria?

—No. Cuando volvimos estaba allí… dormida en un tocón. Vestida de seda. Zapatos flamantes. Negra como el carbón.

—No me digas. Mmmm. Hubo una chica encerrada en la casa cercana al Deer, con un blanco. El verano pasado lo encontraron muerto y ella había desaparecido. Tal vez sea la misma. La gente dice que el blanco la tenía allí desde que era una cachorrita.

—Pues ahora es una zorra.

—¿Fue ella la que hizo que te largaras? ¿No lo que yo te dije sobre Sethe?

Un escalofrío recorrió a Paul D. Un espasmo helado que le hizo apretarse las rodillas. No sabía si era la mala calidad del whisky, las noches en el sótano, la fiebre porcina, los frenos de hierro, los gallos sonrientes, los pies quemados, los muertos que reían, la hierba siseante, la lluvia, las flores de manzano, la joya en el cuello, Judy en el matadero, Halle en la mantequilla, las escaleras blancas como un fantasma, los cerezos silvestres, los camafeos, los álamos temblones, la cara de Paul A, las salchichas o la pérdida de un corazón rojo, muy rojo.

—Dime una cosa, Stamp. —Los ojos de Paul D estaban legañosos—. Dime una sola cosa. ¿Cuánto se supone que soporta un negro? Dímelo. ¿Cuánto?

—Todo lo que puede —replicó Stamp Paid—. Todo lo que puede.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

TRES

EL 124 estaba tranquilo. Denver, que creía saberlo todo acerca del silencio, se sorprendió al descubrir lo que podía hacer el hambre: acallarte y agotarte. Ni Sethe ni Beloved lo sabían o les importaba. Estaban demasiado ocupadas racionando sus fuerzas para pelear. De modo que era Denver quien tenía que salir del límite del mundo y morir, porque si no lo hacía morirían todas. La carne entre el pulgar y el índice de la mano de su madre era delgada como la seda china y en toda la casa no había una sola prenda que no le colgara como una bolsa. Beloved mantenía la cabeza alta ayudándose con las palmas de las manos, dormía estuviera donde estuviese y gimoteaba pidiendo dulces aunque cada día que pasaba estaba más corpulenta, más rellena. No quedaba nada excepto dos gallinas ponedoras y pronto alguien tendría que decidir si un huevo de vez en cuando valía más que dos gallinas fritas. A más hambre, más debilidad; a mayor debilidad, más calladas estaban… lo que era mejor que las furiosas rencillas, los golpes del atizador contra la pared, los gritos y llantos que siguieron a aquel feliz enero en que jugaron juntas. Denver había participado de los juegos, reprimiéndose un poco por costumbre, aunque nunca se había divertido tanto. Pero en cuanto Sethe vio la cicatriz, la punta de lo que Denver había mirado cada vez que Beloved se desnudaba —la pequeña sombra curva de una sonrisa en el lugar de las cosquillas, bajo el mentón—, una vez que Sethe la vio, la tocó y cerró los ojos durante largo rato, las dos la eliminaron de los juegos. Los juegos de cocina, los juegos de costura, los juegos de peinado y disfraz. Juegos que a su madre le gustaban tanto que cada vez fue llegando más tarde al trabajo, hasta que ocurrió lo que era previsible: Sawyer le dijo que no volviera. Y en lugar de buscar otro trabajo, Sethe se

dedicó a jugar más con Beloved, que nunca tenía suficiente de nanas, ropa nueva, lo que quedaba en el fondo del cuenco del pastel, la parte de arriba de la leche. Si la gallina sólo ponía dos huevos, ambos eran para ella. Parecía que su madre había perdido el juicio, como cuando Grandma Baby pedía el rosa y no hacía las cosas que solía hacer. Pero era distinto, porque a diferencia de Baby Suggs, apartó por completo a Denver. Hasta la canción que antes le cantaba, ahora sólo la cantaba para Beloved: «Altos, Johnny. Anchos, Johnny, no te vayas de mi lado, Johnny».

Al principio jugaban juntas. Un mes seguido y a Denver le encantaba. Desde la noche que patinaron en el hielo bajo un firmamento tachonado de estrellas y bebieron leche endulzada junto al fogón, hasta los pasatiempos con cuerda que Sethe inventaba para ellas a la luz de la tarde y las sombras proyectadas sobre la pared durante el crepúsculo. En pleno invierno y con los ojos enfebrecidos, Sethe ideaba un huerto y un jardín… hablando, hablando sin parar de los colores que tendría. Jugaba con el pelo de Beloved, se lo trenzaba, lo cardaba, lo ataba, lo aceitaba, hasta que Denver se ponía nerviosa mirándola. Se cambiaban las camas y las ropas. Caminaban del brazo y sonreían siempre. Cuando se terminó el mal tiempo, se arrodillaron en el patio trasero para diseñar un jardín en una tierra demasiado dura para removerla. Los treinta y ocho dólares de ahorro de toda una vida les sirvieron para darse festines con comidas exóticas y decorarse con cintas y vestidos, que Sethe cortaba y cosía como si tuvieran que ir deprisa a algún lado. Telas brillantes… con rayas azules y estampados chillones. Anduvo seis kilómetros para llegar a la tienda de John Shillito a comprar cinta amarilla, botones lustrosos y trozos de encaje negro. A finales de marzo, las tres parecían mamarrachos sin nada que hacer. Cuando fue evidente que sólo estaban interesadas la una en la otra, Denver empezó a apartarse del juego, pero las observaba, atenta a la menor señal de que Beloved estuviese en peligro. Finalmente, convencida de que no había ningún riesgo y al ver a su madre tan feliz, tan sonriente —¿cómo podían salir mal las cosas?—, bajó la guardia. Al principio su problema consistió en tratar de descubrir quién era la culpable. Tenía los ojos puestos en su madre, en busca de algún indicio de que salía a la superficie eso que estaba en su interior, y volvería a matar. Pero era Beloved quien exigía.

Conseguía todo lo que quería, y cuando Sethe se quedó sin nada para darle, Beloved inventó el deseo. Deseaba la compañía de Sethe durante horas para observar la capa de hojas ocres que les hacían señas desde el fondo del riachuelo, en el mismo lugar donde Denver, de pequeña, jugaba en silencio con ella. Ahora las jugadoras eran otras. En cuanto concluyó el deshielo, Beloved contemplaba su rostro contemplador, ondulado, plegado, extendido, desaparecido entre las hojas. Se apretaba contra el suelo, ensuciando sus desfachatadas rayas, y tocaba las piedras con la cara. Llenó canasta tras canasta con las primeras cosas que el tiempo cálido produjo en el terreno —dientes de león, violetas, forsitias— y se las regaló a Sethe, que las arregló, las acomodó, envolvió con ellas toda la casa. Ataviada con los vestidos de Sethe, se acariciaba la piel con la palma de la mano. Imitaba a Sethe, hablaba como ella, reía con su risa y utilizaba el cuerpo de la misma forma que ella, hasta el andar, la manera en que Sethe movía las manos, suspiraba por la nariz, erguía la cabeza. A veces, cuando las encontraba haciendo galletitas con figuras humanas o pegando retazos en la vieja colcha de Baby Suggs, a Denver le resultaba difícil diferenciarlas.

Luego hubo un cambio de humor y comenzaron las peloteras. Al principio lentamente. Una queja de Beloved, una disculpa de Sethe. Alguna reducción del placer por parte de la mujer mayor. ¿No hacía demasiado frío para estar afuera? Beloved le dirigía una mirada que significaba: ¿Y qué? Era hora de acostarse y había poca luz para coser. Beloved no se movía. Decía: «Hazlo» y Sethe obedecía. Cogía lo mejor de todas las cosas… y siempre era la primera. El mejor asiento, el trozo más grande, el plato más bonito, la cinta más brillante para su pelo… y cuanto más cogía, más hablaba Sethe, explicaba, describía cuánto había sufrido, las penurias que había pasado por sus hijos espantando moscas en el emparrado, arrastrándose de rodillas hasta un cobertizo. Nada de eso producía la impresión esperada. Beloved la acusaba de haberla abandonado. De no haber sido buena con ella, de no haberle sonreído. Decía que eran la misma persona, que tenían el mismo rostro, ¿cómo pudo abandonarla? Y Sethe lloraba, afirmando que nunca lo había hecho ni había tenido la intención de hacerlo… que tenía que sacarlos de allí, alejarlos, que siempre había tenido leche y también el dinero para la lápida, aunque no el suficiente. Que su

plan siempre había consistido en que todos se reunieran en el más allá, eternamente. Nada de eso interesaba a Beloved. Dijo que cuando lloraba no había nadie. Que encima de ella yacían hombres muertos. Que no tenía qué comer. Fantasmas sin piel le metían los dedos allí, la llamaban amada en la oscuridad y puta a la luz del día. Sethe imploraba perdón, contaba, enumeraba repetidas veces sus motivos: Beloved era más importante, significaba para ella más que su propia vida. Gustosa cambiaría su lugar por el de ella. Renunciaría a su vida, a cada minuto de su vida, con tal de recuperar una sola de las lágrimas de Beloved. ¿Sabía cuánto le dolía a ella que los mosquitos picaran a su niña? ¿Que dejarla en el suelo para correr a la casa grande la volvía loca? ¿Que antes de dejar Sweet Home, Beloved dormía todas las noches sobre su pecho o acurrucada en su espalda? Beloved negaba todo: Sethe nunca se acercó a ella, nunca le dijo una palabra, nunca sonrió y, peor aún, no se despidió ni miró hacia atrás antes de alejarse de ella.

En una o dos ocasiones en que Sethe intentó reafirmarse —ser la madre incontestable cuya palabra era ley y que sabía más— Beloved golpeaba cosas, tiraba todos los platos de la mesa, arrojaba sal al suelo, rompía el cristal de una ventana.

No era como ellas. Era una salvaje y nadie le dijo Vete de aquí, chica, vuelve cuando tengas un poco de sentido común. Nadie le dijo Si me levantas la mano te haré saltar por los aires. Cuando talas el tronco, la rama muere. Honra a tu madre y a tu padre para que sean largos los días que sobre esta tierra el Señor te ha dado. Te ataré al pomo de esa puerta, nadie trabajará por ti y Dios abomina de los malos modales.

No, no. Pegaban los platos, barrían la sal, y poco a poco Denver cayó en la cuenta de que si Sethe no despertaba una mañana y cogía un cuchillo, podía hacerlo Beloved. Aunque asustada por aquella cosa de Sethe que podía asomar a la superficie, le avergonzó ver a su madre sirviendo a una chica no mucho mayor que ella misma. Cuando la veía sacar el cubo de noche de Beloved, Denver corría a quitárselo. Pero el dolor fue insoportable cuando estaban prácticamente sin comida y Denver notó que su madre no probaba bocado… aunque después picoteaba lo que había en los bordes de la mesa y el fogón: la harina de maíz pegada al fondo de la olla, las cáscaras

y peladuras de las cosas. Una vez la vio hundir el dedo largo en un tarro de jalea vacío antes de aclararlo y dejarlo a un costado.

Se hartaron e incluso Beloved, que cada vez estaba más corpulenta, parecía tan exhausta como ellas. Sea como fuere, cambió el atizador por un gruñido o un suspiro y el 124 estaba tranquilo. Decaída y adormecida de hambre, Denver vio marchitarse la carne de su madre entre el pulgar y el índice. Vio los ojos de Sethe brillantes pero muertos, alertas pero vacíos, prestando atención a todo lo referente a Beloved —sus palmas carentes de líneas, su frente, la sonrisa bajo la mandíbula, retorcida y demasiado larga, todo excepto su tripa gorda. También vio Denver que las mangas de su propia blusa de la feria le cubrían los dedos, que los dobladillos que antes dejaban a la vista sus tobillos ahora barrían el suelo. Veía a las tres peripuestas, de punta en blanco, lánguidas y hambrientas, pero encerradas en un amor agotador. Entonces Sethe vomitó algo que no había comido y Denver sintió lo mismo que si le hubieran dado una bofetada. La tarea que había emprendido, de proteger a Beloved de Sethe se convirtió en la tarea de proteger a su madre de Beloved. Ahora era obvio que su madre podía morir y abandonarlas a ambas. ¿Qué haría Beloved entonces? Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, sólo funcionaba con tres —no con dos—, y dado que ni a Beloved ni a Sethe parecía importarles qué les tenía reservado el día siguiente (Sethe era feliz si Beloved lo era, Beloved daba lengüetadas a la devoción como si fuera un helado), Denver supo que ahora la carga recaía en ella. Tendría que salir del patio, traspasar la linde del mundo, dejar a las dos e ir a pedirle ayuda a alguien.

¿A quién? ¿A quién podía abordar que no la avergonzara al enterarse de que su madre se comportaba como una marioneta, finalmente quebrada en su intento de arreglárselas? Denver estaba enterada de la existencia de varias personas, pues había oído hablar a su madre y a su abuela. Pero personalmente sólo conocía a dos: un viejo de pelo blanco que se llamaba Stamp y Lady Jones. Y Paul D, por supuesto. Y aquel chico que le había hablado de Sethe. Pero éstos no servirían de nada. Su corazón se agitó y una comezón ardiente en la garganta la obligó a tragar saliva. Ni siquiera sabía qué camino tomar. Cuando Sethe trabajaba en el restaurante y cuando

todavía tenía dinero para ir a la compra, giraba a la derecha. En tiempos en que Denver iba a la escuela de Lady Jones, iba a la izquierda.

El tiempo era benigno, el día hermoso. Corría abril y todo lo que se abría a la vida era vacilante. Denver se cubrió el pelo y los hombros. Con el más brillante de los vestidos carnavalescos y los zapatos de un desconocido, permaneció en el porche del 124, dispuesta a ser tragada por el mundo del otro lado del patio. Donde unas cosas pequeñitas rascaban y a veces tocaban. Donde se decían palabras que te dejaban sorda. Donde si estabas sola, sentir podía abatirte y pegarse a ti como una sombra. Donde había lugares en los que habían ocurrido cosas tan malas que cuando te acercabas podían volver a ocurrir. Como en Sweet Home, donde el tiempo no pasaba y según había dicho su madre también a ella la esperaba el mal. ¿Cómo reconocería esos lugares? Y más aún —mucho más—, donde había blancos y nunca se podía saber si eran buenos o malos. Sethe había dicho que se notaba en la boca y a veces en las manos. Grandma Baby decía que no había defensa: podían merodear a voluntad, cambiar de idea, e incluso cuando creían comportarse correctamente, hacían algo muy distinto a lo que hacían los verdaderos seres humanos.

—Me sacaron de la cárcel —le dijo una vez Sethe a Baby Suggs.

—También te metieron en ella —respondió.

—Te cruzaron el río.

—A lomos de mi hijo.

—Te dieron esta casa.

—Nadie me dio nada.

—A mí me consiguieron trabajo.

—Ellos le consiguieron una cocinera a Sawyer, chica.

—Algunos son buenos con nosotros.

—Y cada vez que lo son resulta una sorpresa, ¿no?

—Antes no hablabas así.

—No te metas conmigo. Hay más ahogados nuestros que todos los de ellos que hayan vivido desde el principio de los tiempos. Depón las armas. Esta no es una batalla, sino una derrota.

Recordando estas conversaciones y las últimas palabras de su abuela, Denver permaneció en el porche, al sol, imposibilitada de dar un paso. Le

picaba la garganta, le palpitaba el corazón… y entonces Baby Suggs rio con risa limpia y cantarina:

—¿Quieres decir que nunca te he hablado de Carolina? ¿Ni de tu papaíto? ¿No recuerdas cómo llegué a caminar como camino ni los pies de tu madre, por no hablar de su espalda? ¿Acaso nunca te conté todo eso? ¿Por ese motivo no puedes bajar los peldaños? Jesús mío.

—Pero tú dijiste que no había defensa.

—No la hay.

—¿Qué hago entonces?

—Saber que no la hay y trasponer el patio. Adelante.

Volvió. Habían pasado doce años y el camino volvió. Cuatro casas a la derecha, juntas y alineadas como esos pájaros a los que llaman reyezuelos. La primera tenía dos peldaños y una mecedora en el porche; en la segunda había tres escalones, una escoba apoyada en la viga, dos sillas rotas y un arriate de forsitias al costado. Ninguna ventana en la fachada. Un chiquillo estaba sentado en el suelo, mascando un palo. La tercera casa tenía persianas amarillas en sus dos ventanas del frente y tiesto tras tiesto de hojas verdes con corazones blancos o rojos. Denver oyó el cacareo de las gallinas y el movimiento de una puerta cuyos goznes fallaban. En la cuarta casa, los capullos de un sicómoro habían caído sobre el tejado e impresionaban como si en el patio creciera la hierba. Una mujer, de pie en la puerta abierta, levantó la mano a medias a modo de saludo y congeló sus movimientos cerca del hombro, cuando se agachó para ver a quién estaba saludando. Denver bajó la cabeza. Al lado había un pequeño terreno cercado, con una vaca. Recordaba el terreno pero no la vaca. Sentía el cuero cabelludo húmedo de tensión debajo del pañuelo. Más allá flotaban unas voces, voces masculinas, más cercanas a cada paso que daba. Denver mantuvo los ojos fijos en el camino por si eran blancos, por si iba caminando por donde querían caminar ellos, por si decían algo y tenía que contestarles. ¿Y si me saltan encima, me cogen, me atan? Se aproximaban. Tal vez debiera cruzar… ahora. ¿La mujer que casi la había saludado seguiría con la puerta abierta? ¿Iría a salvarla o, enfurecida porque Denver no le había devuelto el saludo, le negaría su ayuda? Tal vez debiera retroceder un poco, acercarse a la casa de la mujer que la había saludado.

No llegó a decidirse, era tarde… ya estaban frente a ella. Dos hombres. Negros. Denver suspiró aliviada. Ambos se llevaron la mano a la gorra y la saludaron con un murmullo. Denver supuso que su mirada mostraba gratitud, pero no abrió la boca a tiempo para responder. Se movieron a su izquierda y pasaron de largo.

Fortalecida y alentada por este encuentro, ganó velocidad y comenzó a observar deliberadamente su entorno. Le impresionó descubrir lo pequeñas que eran las cosas: el canto rodado al borde del camino, por encima del que antes no veía nada, era apenas una piedra a ras del suelo. Las sendas que conducían a las casas no eran kilométricas. Los perros ni siquiera le llegaban a las rodillas. Las letras talladas por gigantes en hayas y robles, estaban a la altura de sus ojos.

La habría reconocido en cualquier sitio. La valla de postes y recortes de madera ahora era gris y no blanca, pero la habría reconocido en cualquier sitio. El porche de piedra bordeado de hiedra, con cortinas amarillo claro en las ventanas; el sendero de ladrillos hasta la puerta principal y las tablas de madera que rodeaban la casa hasta el fondo, pasando bajo las ventanas en las que se había parado de puntillas para ver por encima de los alféizares. Denver estaba a punto de repetir esa postura cuando comprendió lo tonto que sería que la descubrieran una vez más espiando el salón de Lady Jones. El placer que sintió al hallar la casa se disolvió, repentinamente, en un mar de dudas. ¿Y si no vivía más allí? ¿O no recordaba a su antigua alumna después de tanto tiempo? ¿Qué le diría? Denver se estremeció, se secó el sudor de la frente y llamó.

Lady Jones se acercó a la puerta esperando pasas. Un niño, probablemente, por la suavidad de la llamada, enviado por su madre con las pasas que necesitaba si quería que su contribución a la cena mereciese tanta molestia. Habría cualquier cantidad de tartas sencillas y pasteles de patatas. A regañadientes había ofrecido su creación especial, aunque agregando que no tenía pasas, de modo que pasas fue lo que la presidenta dijo que le haría llegar… con tiempo suficiente para que no tuviera pretextos. Lady Jones, temiendo por adelantado la fatiga de batir, había abrigado la esperanza de que aquélla se hubiera olvidado. Su horno había estado frío toda la semana y sería un esfuerzo enorme lograr que alcanzara la temperatura deseada.

Desde que muriera su marido y su vista se volviera borrosa, había descuidado sus otrora eficacísimas tareas domésticas. Se mostraba indecisa en cuanto a preparar algo para la iglesia. Por un lado, quería recordarle a todo el mundo lo que era capaz de hacer en la cocina; por el otro, no tenía ganas de hacerlo. Cuando oyó llamar a la puerta suspiró y fue a abrir esperando que las pasas estuviesen, al menos, limpias.

Era mayor, por supuesto, e iba vestida como un adefesio, pero la reconoció al instante. En esa cara estaban los hijos de todo el mundo: los ojos redondos como una moneda, descarados pero recelosos; los dientes grandes y fuertes entre oscuros labios esculpidos que no los cubrían. Cierta vulnerabilidad a través del puente de la nariz, encima de las mejillas. Y la piel. Perfecta, económica: apenas suficiente para cubrir el hueso y ni un milímetro más. Ahora debe de tener dieciocho o diecinueve años, pensó Lady Jones, observando un semblante lo bastante joven para tener doce. Cejas densas, pestañas espesas de bebé y la inconfundible llamada de amor que resplandecía en todos los niños hasta que escarmentaban.

—Hola, Denver —dijo—. Me alegro de verte.

Lady Jones tuvo que cogerla de la mano para hacerla entrar, pues la sonrisa parecía lo único que esa chica era capaz de controlar. Según decían era una simplona, pero Lady Jones nunca lo creyó. Después de haberle dado clases, de verla devorar una página, una regla, una cifra, sabía que no era ninguna simplona. Cuando dejó de asistir a sus clases, Lady Jones pensó que era por la paga. Un día se acercó a su ignorante abuela —una predicadora del bosque que remendaba zapatos— en el camino y le dijo que daba igual si no le pagaba. La abuela respondió que la chica estaba sorda y sorda creyó Lady Jones que seguía, hasta que la invitó a sentarse y Denver oyó.

—Te agradezco que hayas venido a verme. ¿Qué te trae por aquí?

Denver no respondió.

—Bien, nadie tiene por qué tener una razón para ir de visita. Prepararé un poco de té.

Lady Jones era mulata. Ojos grises y pelo rubio crespo, del que odiaba hasta el último mechón… aunque nunca logró dilucidar si era por el color o por la textura. Se había casado con el hombre más negro que encontró, tuvo

cinco hijos de todos los colores del arco iris y envió a todos a Wilberforce, después de enseñarles todo lo que sabía junto con los otros que asistían a su salón. Su cutis claro permitió que la aceptaran en una escuela normal para chicas de color en Pensilvania y saldó la deuda dando clases a los que no eran seleccionados. Enseñaba las primeras letras a los niños que jugaban en la tierra hasta ser lo bastante crecidos para hacer faenas. La población de color de Cincinnati tenía dos cementerios y seis iglesias, pero como ninguna escuela y hospital estaba obligado a recibirlos, se educaban y morían en casa. En el fondo de su corazón tenía la convicción de que con excepción de su marido, todo el mundo (incluidos sus propios hijos) despreciaba su persona y su pelo. Había oído decir «todo ese pelo rubio es una basura» y «negra blancuzca» desde que era una cría, en una casa llena de niños negros como el azabache, de modo que todo el mundo le disgustaba un poquitín, pues estaba convencida de que odiaban su pelo tanto como lo odiaba ella. Una vez firmemente asentada su educación, prescindió del rencor y fue indiscriminadamente amable, guardando su auténtico afecto para los niños no escogidos de Cincinnati. Ahora una de esas criaturas estaba ante ella, con un vestido tan esperpéntico que ofendía el encaje de aguja del asiento.

—¿Azúcar?

—Sí. Gracias. —Denver vació la taza de un trago.

—¿Más?

—No, señora.

—Toma un poco más. Venga.

—Sí, señora.

—¿Cómo está tu familia, cariño?

Denver se paralizó en medio de un trago. No había forma de decirle cómo estaba su familia, de modo que expresó lo que ocupaba el primer plano de su mente.

—Quiero trabajar, Miss Lady.

—¿Trabajar?

—Sí, señora. Cualquier cosa.

Lady Jones sonrió.

—¿Qué sabes hacer?

—No sé hacer nada, pero aprendería si usted tuviese algo de más.

—¿De más?

—Comida. Mi ma no se siente bien.

—Oh, nenita —dijo Lady Jones—. Oh, nenita.

Denver la miró. Entonces no lo sabía, pero fue la palabra «nenita» dicha en voz baja y con tanta bondad, la que inauguró su vida en el mundo como mujer. La senda que siguió para alcanzar esta categoría dulce y espinosa estuvo jalonada de pedazos de papel con los nombres manuscritos de otras personas. Lady Jones le dio arroz, cuatro huevos y algo de té. Denver dijo que no podía estar mucho tiempo lejos de casa debido al estado de salud de su madre. ¿Podía hacer faenas por la mañana? Lady Jones le informó que nadie, ni ella misma ni nadie que conociera, podía pagarle a alguien para que hiciera el trabajo que cada uno hacía por sí mismo.

—Pero si todo lo que necesitas es comer hasta que tu madre se ponga bien, bastará con que lo digas.

Mencionó el comité de su iglesia, creado para que nadie pasara hambre. Esta información puso nerviosa a Denver, que dijo «de ninguna manera», como si pedir ayuda a gente desconocida fuese peor que pasar hambre. Lady Jones se despidió de ella y le pidió que volviera en cualquier momento.

—En cualquier momento —insistió.

Dos días después, Denver estaba en el porche y vio algo sobre el tocón, en el borde del patio. Se acercó y vio que era un saco con judías blancas. Otro día, una fuente con conejo frío. Una mañana encontró allí una cesta con huevos. Al levantarla, salió volando un papel. Lo recogió y lo miró. «M. Lucille Williams» decía, con letras achaparradas. En el dorso había una mancha de engrudo. Por ende, Denver tuvo que hacer su segunda visita al mundo exterior al porche, aunque todo lo que dijo cuando devolvió la cesta, fue:

—Gracias.

—No hay de qué —respondió M. Lucille Williams.

De vez en cuando, a lo largo de toda la primavera, aparecían nombres junto con los lotes de comida. Evidentemente, para la devolución del cazo o la fuente o la cesta, pero también para hacerle saber a la chica, si le

interesaba, quién era la donante, porque algunos paquetes iban envueltos en papel y aunque no hubiera nada que devolver, aparecía el nombre. En muchos habían puesto una X con dibujos alrededor y Lady Jones intentaba identificar la fuente, o el cazo, o el paño de cocina. Cuando sólo era una conjetura, Denver seguía sus instrucciones e iba de todas maneras a dar las gracias… fuese o no la benefactora en cuestión. Cuando se equivocaba y la persona visitada decía: «No, querida. Ese cuenco no es mío. El mío tiene el borde azul», tenía lugar una breve conversación. Todas conocían a su abuela y algunas hasta habían bailado con ella en el Claro. Otras recordaban los tiempos en que el 124 era un apeadero, el lugar donde se reunían para oír noticias, saborear una sopa de rabo de buey, dejar a sus hijos, cortar una falda. Una recordó el tónico preparado en el 124 y que curó a un pariente. Otra le mostró el ribete de una funda de almohada, cuyos estambres de flores azules habían sido bordados en la cocina de Baby Suggs junto a la luz de una lámpara de aceite, mientras discutían la Cuota de Asentamiento. Todas recordaban la fiesta con doce pavos y tinas llenas con puré de fresas. Una dijo que había envuelto a Denver cuando sólo tenía un día de vida y que había cortado unos zapatos para los pies hinchados de su madre. Quizá se apiadaban de ella. O de Sethe. Quizá lamentaban los años de su propio desdén. Quizás eran buena gente, sencillamente, capaces de cierta maldad recíproca durante mucho tiempo, pero cuando se presentaban problemas hacían rápidamente lo que podían para ayudar a solucionarlos. En cualquier caso, el orgullo personal y la arrogancia de y hacia el 124, parecían haber tocado a su fin. Murmuraban, naturalmente, se hacían preguntas, meneaban la cabeza. Algunas hasta soltaron una carcajada ante los vestidos provocativos de Denver, pero eso no les impidió ocuparse de que comiera ni enturbió el placer que les daba escuchar su delicado «Gracias».

Visitaba como mínimo una vez por semana a Lady Jones, que cobró ánimos suficientes para hacer un pan de pasas especialmente para ella, ya que tanto se había aficionado a los dulces. Le regaló un libro con versículos de la Biblia y prestó atención mientras murmuraba las palabras o las gritaba. En junio Denver ya había leído y memorizado las cincuenta y dos páginas: una por cada semana del año.

Mientras la vida exterior de Denver mejoraba, su vida hogareña se degradaba. Si los blancos de Cincinnati hubieran aceptado negros en su manicomio, habrían encontrado candidatas en el 124. Fortalecidas por los lotes de comida —por cuyo origen nunca se interesaron Sethe ni Beloved —, habían arribado a una condenada tregua urdida por el diablo. Beloved andaba por allí, comía, iba de cama en cama. A veces gritaba «¡Llueve! ¡Llueve!» y se arañaba la garganta hasta sacarle rubíes, destellantes contra su piel de medianoche. Entonces Sethe gritaba «¡No!», volcaba sillas para llegar a su lado y le secaba los rubíes. Otras veces Beloved se acurrucaba en el suelo, con las muñecas entre las rodillas, y se quedaba horas enteras en la misma posición. O iba al riachuelo, metía los pies en el agua y se salpicaba las piernas. Luego acudía a Sethe y le pasaba los dedos por los dientes hasta que caían lágrimas de sus grandes ojos negros. Entonces Denver pensó que la relación se había invertido: Beloved inclinada sobre Sethe parecía la madre y Sethe la niña en plena rendición, pues salvo los momentos en que Beloved la necesitaba, Sethe se confinaba a sí misma a un rincón. Cuanto más volumen tenía Beloved, más empequeñecía Sethe; cuanto más brillantes eran los ojos de Beloved, más rajas de insomnio parecían aquellos ojos que antes nunca apartaban la mirada. Sethe ya no se peinaba ni se salpicaba la cara con agua. Permanecía sentada en la silla del rincón, pasándose la lengua por los labios como un niño castigado, mientras Beloved engullía su vida, la incorporaba, estaba henchida de ella, ganaba altura con ella. Y la mujer mayor se le rendía sin siquiera un murmullo.

Denver las servía a ambas. Lavaba, cocinaba, engatusaba a su madre para que comiera un poco de vez en cuando, proporcionaba dulces a Beloved con la mayor frecuencia posible, para aplacarla. Era difícil saber qué haría en cualquier momento. Cuando el calor apretaba, se paseaba por la casa desnuda o envuelta en una sábana, con su tripa sobresaliente como una sandía.

Denver creía comprender la relación entre su madre y Beloved: Sethe intentaba contrapesar la sierra, Beloved se la hacía pagar. Pero ese intercambio nunca tendría fin y ver a su madre humillada la avergonzó y la enfureció. Sin embargo, sabía que el mayor miedo de Sethe era el mismo que ella había experimentado al principio: que Beloved se marchara. Que

antes de que Sethe le hiciera comprender lo que significaba pasar los dientes de esa sierra bajo el diminuto mentón, sentir el chorro de sangre de la criatura oleoso en sus manos, sostener su cara para que no se le cayera la cabeza, estrujarla para poder absorber, aún, los estertores mortales que discurrían por ese adorado cuerpo regordete y lleno de vida, Beloved pudiera marcharse. Que se marchara antes de que Sethe le hiciera comprender que peor aún —mucho peor— era lo que había matado a Baby Suggs, lo que Ella sabía, lo que Stamp había visto y lo que había hecho temblar a Paul D: cualquier blanco podía apropiarse de toda tu persona si se le ocurría. No sólo hacerte trabajar, matarte o mutilarte, sino ensuciarte. Ensuciarte tanto como para que ni tú mismo pudieras volver a gustarte. Ensuciarte tanto como para que olvidaras quién eras y nunca pudieras recordarlo. Y aunque ella y otros lo habían soportado, no podía permitir que le ocurriera a los suyos. Lo mejor que tenía eran sus hijos. Los blancos podían ensuciarla a ella, pero no a lo mejor que tenía, lo más hermoso y mágico, la parte de ella que estaba limpia. Ningún sueño insoñable sobre si el torso decapitado y sin pies que colgaba de un árbol con una señal era su marido o Paul A. Si entre las chicas ampolladas en el incendio de la escuela de color, provocado por los patriotas, estaba su hija; si una banda de blancos invadía las partes pudendas de su hija, ensuciaba los muslos de su hija y la arrojaba fuera del carro. Ella podría tener que trabajar en el matadero, pero no su hija.

Y nadie, ninguna persona en esta tierra, enumeraría las características de su hija del lado animal del papel. No. Oh, no. Tal vez Baby Suggs pudiera preocuparse por eso, vivir con la posibilidad de que ocurriera; Sethe se había negado… y todavía se negaba.

Esto y mucho más le oyó decir Denver desde su silla del rincón, tratando de persuadir a Beloved —la única persona a la que sentía que debía convencer— de que lo que había hecho era correcto porque emanaba del verdadero amor.

Beloved, con sus nuevos pies gordos apoyados en el asiento de una silla colocada delante de la que estaba sentada, con sus manos desprovistas de líneas sobre el vientre, la miraba. Sin entender nada, excepto que Sethe era

la mujer que le había quitado la cara, dejándola encogida en un lugar oscuro, olvidando sonreír.

Al fin y al cabo hija de su padre, Denver decidió hacer lo que fuera necesario. Resolvió dejar de confiar en que las bienhechoras dejaran algo en el tocón. Se colocaría en algún lado, y aunque tenía miedo de dejar solas a Sethe y a Beloved todo el día sin saber qué calamidades sobrevendrían, llegó a comprender que su presencia en esa casa no tenía la menor influencia en lo que hiciera cualquiera de las dos. Las mantenía vivas y ambas hacían caso omiso de ella. Gruñían cuando les venía en gana, se amohinaban, explicaban, exigían, se pavoneaban, se acobardaban, gritaban y se provocaban hasta las cimas de la violencia y luego no pasaba nada. Había llegado a notar que cuando Beloved estaba tranquila, ensoñadora, ocupada con sus propios asuntos, Sethe se recreaba volviendo al principio. Susurraba, musitaba alguna justificación, alguna información esclarecedora para Beloved y explicaba cómo había sido y por qué. Era como si Sethe no quisiera realmente el perdón: deseaba que le fuera negado. Y Beloved la ayudaba.

Alguien tenía que salvarse, pero si Denver no conseguía trabajo nadie se salvaría, no quedaría nadie en casa, ni ella misma. Era una idea nueva ésta de tener que cuidarse y conservarse. Y tal vez no se le habría ocurrido de no haber tropezado con Nelson Lord cuando salía de casa de su abuela mientras Denver entraba para agradecer medio pastel. Lo único que él hizo fue sonreír y decir: «Cuídate, Denver». Ella lo oyó como si el lenguaje se hubiera creado para decir esas cosas. La última vez que le había hablado, sus palabras le taponaron los oídos. Ahora le abrieron la mente. Desherbando el jardín, arrancando verduras, cocinando, fregando, planeaba qué haría y cómo. Con toda probabilidad, los Bodwin ayudarían, pues ya lo habían hecho dos veces. En una ocasión a Baby Suggs y en otra a su madre. ¿Por qué no también a la tercera generación?

Se perdió tantas veces en las calles de Cincinnati que era mediodía cuando llegó, aunque había salido al amanecer. La casa estaba retirada de la acera y tenía grandes ventanas que daban a una calle bulliciosa y muy transitada. La negra que abrió la puerta principal dijo:

—¿Sí?

—¿Puedo entrar?

—¿Qué quieres?

—Ver a Mr. y Mrs. Bodwin.

—Miss Bodwin. Son hermanos.

—Ah.

—¿Para qué quiere verlos?

—Estoy buscando trabajo. Pensé que ellos podían saber algo.

—Tú eres de la familia de Baby Suggs, ¿no?

—Sí, señora.

—Pasa, que estás dejando entrar las moscas —siguió hablando mientras llevaba a Denver a la cocina—. Lo primero que debes saber es a qué puerta llamar.

Pero Denver sólo la oyó a medias porque estaba pisando algo suave y azul. Todo a su alrededor era blando, suave y azul. Había cajas de cristal llenas de cosas brillantes. Libros sobre las mesas y en los estantes. Lámparas perladas con la base de metal reluciente. Y un olor a colonia como la que volcaba en la casa esmeralda, pero mejor.

—Siéntate —dijo la mujer—. ¿Sabes cómo me llamo?

—No, señora.

—Janey. Janey Wagon.

—¿Cómo está usted?

—Bien. He oído decir que tu madre está enferma.

—Sí, señora.

—¿Quién la cuida?

—Yo. Pero tengo que encontrar trabajo.

Janey rio.

—¿Quieres que te diga una cosa? Estoy aquí desde los catorce años y recuerdo como si fuera ayer el día que entró Baby Suggs, bendita sea, y se sentó exactamente donde te has sentado tú. La trajo un blanco. Así consiguió la casa en que vivís. Y también otras cosas.

—Sí, señora.

—¿Qué le ocurre a Sethe? —Janey se apoyó en el fregadero y se cruzó de brazos.

Era una cosa pequeña, pero a Denver le parecía enorme. Nadie la ayudaría si no lo decía… si no lo contaba todo. Era evidente que Janey no lo haría y que si no lo hacía no le permitiría ver a los Bodwin. Así, Denver contó a esa desconocida lo que no le había dicho a Lady Jones y a cambio Janey reconoció que los Bodwin necesitaban una criada, aunque no lo sabían. Estaba sola allí, y ahora que sus patrones se hacían mayores ya no podía atenderlos como antes. Cada vez con más frecuencia le pedían que pasara la noche allí. Tal vez los convenciera de que dejaran hacer a Denver el turno de noche yendo después de cenar, digamos, y quizá preparar el desayuno. De esa forma Denver podría cuidar a Sethe durante el día y ganar algo por la noche. ¿Qué le parecía?

Denver había explicado la presencia de la chica que estaba en su casa y que atormentaba a su madre, diciendo que era una prima que había ido de visita, también había enfermado y las fastidiaba a ambas. Janey parecía más interesada en el estado de Sethe y por lo que le dijo Denver tuvo la impresión de que la mujer se había vuelto loca. Ésa no era la Sethe que ella recordaba. Esta Sethe había perdido la cabeza, finalmente, como Janey sabía que ocurriría… tratando de arreglárselas por su cuenta y con la nariz levantada. Denver se revolvió en la silla cuando oyó criticar a su madre y mantuvo los ojos fijos en el fregadero. Janey Wagon siguió hablando del orgullo hasta retrotraerse a Baby Suggs, para quien sólo tuvo palabras de elogio.

—Nunca fui a esos oficios que celebraba en el bosque, pero siempre fue buena conmigo. Siempre. Nunca habrá otra como ella.

—Yo también la echo de menos —acotó Denver.

—Por supuesto. Todo el mundo la echa de menos. Era una buena mujer.

Esta vez Denver no dijo nada y Janey la observó un rato.

—¿Ninguno de tus hermanos ha vuelto nunca para ver cómo estáis?

—No, señora.

—¿Nunca habéis sabido nada de ellos?

—No, señora. Nada.

—Supongo que lo pasaron mal en esa casa. Dime, esa mujer que está en tu casa, la prima, ¿tiene líneas en las palmas de las manos?

—No —replicó Denver.

—Bien —dijo Janey—. Supongo que después de todo hay Dios.

La entrevista concluyó cuando Janey le dijo que volviera unos días después. Necesitaba tiempo para convencer a sus patrones de lo que precisaban: una criada nocturna porque a Janey la necesitaba su propia familia.

—No quiero dejar a esta gente, pero no pueden tenerme todo el día y también las noches.

—¿Qué había que hacer de noche?

—Estar aquí. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

Janey se encogió de hombros.

—Por si acaso se incendia la casa —sonrió—. O el mal tiempo enloda tanto los caminos que no llego temprano. Por si acaso hay que servir a unos invitados tardíos o limpiar después. Cualquier cosa. No me preguntes a mí lo que necesitan de noche los blancos.

—Estos son unos blancos buenos.

—Oh, sí. Lo son. No puedo decir que no lo sean. No los cambiaría por otros, eso te lo aseguro.

Después de tantas garantías, Denver se fue, aunque no antes de ver, en un estante junto a la puerta trasera, la boca de un negrito llena de dinero. Tenía la cabeza echada hacia atrás, en posición forzada, y las manos en los bolsillos. Saltones como lunas, sus ojos eran toda la cara que tenía más arriba de la roja boca abierta. Su pelo era una mata de puntos espaciados, formados con cabezas de clavos. Y estaba de rodillas. Su boca, ancha como una taza, contenía las monedas necesarias para pagar una entrega o cualquier otro servicio, pero también podría haber contenido botones, alfileres o jalea de manzanas silvestres. A través del pedestal en el que estaba arrodillado habían pintado las siguientes palabras: «A su servicio».

Las novedades que conoció Janey se divulgaron entre las mujeres de color. La hija muerta de Sethe, a la que había aserrado la garganta, había vuelto para arreglar las cuentas. Sethe estaba agobiada, moteada, agonizante, mareada, cambiando de forma y, en un sentido general, endemoniada. Su hija le pegaba, la ataba a la cama y le arrancaba los pelos. Les llevó días enteros asimilar la situación, entrar en ebullición, serenarse y

evaluar la situación. Se dividieron en tres grupos: las que creían lo peor, las que no creían una palabra de toda la historia y las que, como Ella, lo pensaron.

—Ella. ¿Qué es todo eso que he oído de Sethe?

—Me han dicho que está con ella. Es todo lo que sé.

—¿La hija? ¿La asesinada?

—Es lo que me han dicho.

—¿Cómo saben que es su hija?

—Está allí sentada. Duerme, come y alborota. Muele a Sethe a palos todos los días.

—Que me aspen. ¿Una criatura?

—No. Adulta. La edad que tendría si hubiese vivido.

—¿Estás diciendo de carne y hueso?

—Estoy diciendo de carne y hueso.

—¿Le pega?

—Como si fuera de trapo.

—Supongo que se lo ganó.

—Nadie se gana algo así.

—Pero Ella…

—Pero nada. Lo justo no es necesariamente correcto.

—No puedes andar matando a tus propios hijos.

—No, y los hijos no pueden andar matando a su ma.

Fue sobre todo Ella quien convenció a las demás de que se imponía un salvamento. Era una mujer práctica y opinaba que para todo mal hay un remedio. La meditación, como decía, enturbiaba las cosas e impedía la acción. Nadie la quería y no le habría gustado que la quisieran, pues en su opinión el amor era una grave desventaja. Había pasado la pubertad en una casa donde la compartían padre e hijo y cuando se refería a este último lo llamaba «lo peor». Había sido «lo peor» quien le hizo sentir asco por el sexo y con quien comparaba todas las atrocidades. Una matanza, un secuestro, una violación… cualquier cosa no era nada comparada con «lo peor». Entendía la cólera de Sethe en el sotechado veinte años atrás, aunque no su reacción, que consideraba orgullosa y mal orientada. También pensaba que Sethe era demasiado complicada. Cuando salió de la cárcel y

no hizo un gesto hacia nadie, y vivió como si estuviese sola, Ella la descartó y a partir de entonces no le dio ni el saludo.

La hija, al fin de cuentas, parecía tener un poco de sentido común. Al menos había salido de la casa, pedido la ayuda que necesitaba y luego manifestado su deseo de trabajar. Cuando Ella oyó decir que el 124 estaba ocupado por algo que golpeaba a Sethe, se enfureció y contó con otra oportunidad para comparar lo que podía ser el mismísimo diablo con «lo peor». Además había algo muy personal en su ira. Fuera lo que fuera lo que Sethe había hecho, a Ella no le gustaba la idea de que los errores pasados se apropiaran del presente. El crimen de Sethe era espantoso y su orgullo había ido aún más lejos, pero no podía soportar la posibilidad de que el pecado se instalara en la casa, con insolencia y desparpajo. La vida cotidiana era todo lo que tenía. El futuro era el ocaso y el pasado algo que había que dejar atrás. Y si no se quedaba atrás, podías tener que echarlo a patadas. La vida de esclavitud, la vida en libertad… cada día era una prueba. No se podía contar con nada en un mundo en el que hasta cuando eras una solución, eras un problema, «Lo único que falta es permitir la entrada del diablo», a quien nadie necesitaba. Nadie necesitaba que la malignidad adulta se sentara a la mesa con ánimo vengativo. Mientras el fantasma se limitara a asomarse desde su lugar fantasmal —sacudiendo cosas, llorando, rompiendo— ella lo respetaba. Pero si se presentaba de carne y hueso en su mundo, bueno… la culpa al que la tiene. No le molestaba cierta dosis de comunicación entre un mundo y el otro, pero aquello era una invasión.

—¿Debemos rezar? —preguntaron las mujeres.

—Hmmm. Primero. Luego debemos poner manos a la obra.

El día que Denver debía pasar su primera noche en Cincinnati, Mr. Bodwin tenía que atender unos asuntos en el límite de la ciudad y le dijo a Janey que iría a recoger a la chica nueva antes de la cena. Denver estaba sentada en los peldaños del porche, con un hatillo en el regazo. Su vestido carnavalesco se había desteñido por el sol y ahora era un arco iris más pálido. Miraba a la derecha, en la dirección por donde vendría Mr. Bodwin. No vio acercarse a las mujeres, que lentamente fueron formando grupos de dos y tres, desde la izquierda. Denver tenía la vista fija en la derecha. Se sentía un poco angustiada, pensando si su trabajo sería satisfactorio o no

para los Bodwin, y también incómoda, porque se había despertado llorando de un sueño acerca de un par de zapatos que corrían. No había conseguido quitarse de encima la tristeza del sueño y el calor la oprimía mientras hacía las faenas. Con demasiada anticipación ató una camisa de dormir y un cepillo de pelo, formando un hatillo. Nerviosa, toqueteaba el nudo y miraba a la derecha.

Cada una llevó lo que pudo y lo que consideraba que funcionaría. Metido en los bolsillos del delantal, dando vueltas alrededor de sus cuellos, apoyado en el espacio entre sus pechos. Otras llevaron la fe cristiana… como escudo y espada. La mayoría aportó un poco de ambas cosas. No tenían noción de lo que harían una vez que estuviesen allí. Partieron, bajaron por Bluestone Road y se reunieron a la hora acordada. El calor retuvo en su casa a unas cuantas que prometieron asistir. Otras, que creían la historia, no querían participar en la confrontación y no habrían ido cualquiera fuese el clima. Las había que, como Lady Jones, no creían la historia y desdeñaban la ignorancia de quienes la creían. Así, se conformó una compañía de treinta mujeres que bajaron lentamente, muy lentamente hacia el 124.

Eran las tres de la tarde de un viernes tan húmedo y caluroso, que el hedor de Cincinnati se había extendido a las afueras: desde el canal, desde la carne colgada y las cosas que se pudrían en los tarros, desde pequeños animales muertos en los campos, el alcantarillado y las fábricas de la ciudad. El hedor, el calor, la humedad… seguro que el diablo hacía notar su presencia. En cualquier otro sentido, todo tenía el aspecto de un día de trabajo común y corriente. Podrían haber estado yendo a la lavandería del orfanato o del manicomio; a pelar mazorcas en el molino, o a limpiar pescado, lavar despojos, acunar a bebés blancos, barrer tiendas, raspar pieles de cerdo, prensar manteca, empaquetar salchichas o esconderse en las cocinas de las tabernas para que los blancos no vieran cómo manipulaban su comida.

Pero hoy no era así.

Cuando estuvieron reunidas las treinta y llegaron al 124, lo primero que vieron no fue a Denver sentada en los peldaños sino a sí mismas. Más jóvenes, más fuertes, incluso como chiquillas dormidas en la hierba. Los

bagres hacían chisporrotear grasa en la sartén y se vieron a sí mismas sirviendo ensalada alemana de patatas en la fuente. Tartas de frutas que rezumaban almíbar coloreaban sus dientes. Sentadas en el porche, corriendo al riachuelo, tomándole el pelo a los hombres, alzando hijos sobre sus caderas o, si eran muy crías, apoyándose en los tobillos de los viejos que les apretaban las manos mientras la llevaban así de paseo. Baby Suggs reía y se deslizaba con su peculiar andar, apremiante. Madres, ahora muertas, movían los hombros al son de las armónicas. El vallado sobre el que se inclinaban o al que se encaramaban había desaparecido. El tocón del nogal blanco se había abierto como un abanico. Pero allí estaban, jóvenes y felices, jugando en el patio de Baby Suggs, sin sentir la envidia que experimentaron al día siguiente.

Denver oyó murmullos y miró a la izquierda. Se levantó al verlas. Las mujeres se agruparon, susurrando, pero no pusieron un pie en el patio. Denver las saludó con la mano. Algunas le devolvieron el saludo pero no se acercaron. Denver volvió a sentarse, preguntándose qué estaría ocurriendo. Una mujer se arrodilló. Otras doce o quince la imitaron. Denver vio las cabezas gachas, pero no llegaba a sus oídos la oración… apenas las sílabas afirmativas que la respaldaban: Sí, sí, oh sí. Óyeme. Óyeme. Hazlo, Hacedor, hazlo. Sí. Entre las que no se habían arrodillado y que permanecían con la vista fija en el 124, se encontraba Ella, intentando ver a través de las paredes, detrás de la puerta, qué era lo que había realmente allí. ¿Era cierto que la hija muerta había regresado? ¿O era un simulacro? ¿Estaba azotando a Sethe? Ella había recibido sus buenas palizas sin amilanarse. Recordaba los dientes de abajo que había perdido con el freno y las cicatrices que rodeaban su cintura por el grosor de una soga. Había alumbrado, pero no amamantado, a una cosita blanca y peluda, engendrada por «lo peor». Vivió cinco días sin emitir ningún sonido. La idea de que esa cosita también volviera para azotarla puso en funcionamiento su mandíbula y aulló.

Al instante, todas, las que estaban arrodilladas y las que no, se unieron a su grito. Dejaron de rezar y retrocedieron al principio. Al principio no había palabras. Al principio era el sonido y todas sabían cómo sonaba.

Edward Bodwin conducía un coche por Bluestone Road. Le disgustaba un poco, porque prefería su figura a horcajadas de Princess. Encorvado sobre sus propias manos y sujetando las riendas, representaba la edad que tenía. Pero había prometido a su hermana que se desviaría para ir a recoger a la chica nueva. No necesitaba pensar en el camino: se dirigía a la casa en que había nacido. Tal vez fue su punto de destino lo que lo llevó a pensar en el tiempo… en la forma en que pasaba gota a gota o volaba. Hacía treinta años que no veía la casa. Ni el nogal blanco de delante, ni el riachuelo en el fondo, ni la casa entre uno y otro. Ni siquiera el prado que atravesaba el camino. Recordaba muy pocos detalles interiores porque tenía tres años cuando su familia se mudó a la ciudad. Pero recordaba que la cocina estaba detrás de la casa, que tenía prohibido jugar cerca del pozo y que las mujeres morían allí: su madre, su abuela, una tía y una hermana mayor antes de que él naciera. Los hombres (su padre y su abuelo) se trasladaron con él y su hermana pequeña a Court Street, sesenta y siete años atrás. La tierra —más de treinta hectáreas a ambos lados de Bluestone— era lo principal, naturalmente, pero él sentía algo más entrañable y profundo por la casa, razón que lo llevaba a arrendarla por muy poco si podía, aunque no le molestaba no recibir ninguna renta, pues sabía que los inquilinos evitarían como mínimo el deterioro total que se produciría en caso de abandono.

Hubo una época en que enterraba cosas allí. Cosas preciosas que quería proteger. De niño, todos los objetos de su propiedad estaban a disposición de su familia. La propiedad privada era una indulgencia para adultos, pero cuando llegó a serlo tuvo la impresión de que no la necesitaba.

El caballo iba al trote y Edward Bodwin enfriaba su bello bigote con su propio aliento. En su sentido general, las mujeres de la Sociedad coincidían en que, aparte de sus manos, era su característica más atractiva. Oscuro y aterciopelado, su belleza se veía realzada por su fuerte barbilla siempre bien rasurada. Pero tenía el pelo completamente blanco, como su hermana… y así lo había tenido desde joven. Su cabellera lo convertía en la persona más visible y memorable de todas las reuniones, y los caricaturistas se habían valido de la espectacularidad de sus canas y su gran bigote negro cada vez

que pintaban el antagonismo político local. Veinte años atrás, cuando la Sociedad estaba en la cumbre de su oposición a la esclavitud, daba la impresión de que su colorido era el meollo de la cuestión. «Negro desteñido», lo llamaban sus enemigos; en un viaje a Arkansas, unos barqueros del Mississippi, enfurecidos por los barqueros negros con los que competían, lo cogieron y le untaron betún en la cara y el pelo. Aquellos tiempos impetuosos habían quedado atrás y lo que quedaba era el sedimento de la mala voluntad, las esperanzas rotas, las dificultades irreparables. ¿Una república pacífica? No mientras él viviera.

Hasta el clima se estaba volviendo excesivo para él. Sentía demasiado calor o se helaba, y aquel día levantaba ampollas. Se bajó el sombrero para que el sol no le diera en el cuello, donde una insolación era una posibilidad real. Los pensamientos de mortalidad no eran novedosos para él (ya había pasado los setenta), aunque aún tenían la capacidad de perturbarlo. A medida que se aproximaba a la antigua heredad —el lugar que seguía apareciendo en sus sueños— cobró más conciencia de la forma en que avanzaba el tiempo. Medido por las guerras a las que había sobrevivido aunque sin participar en ellas (contra los miamis, los españoles, los secesionistas), era lento. Pero medido por el entierro de sus objetos personales, era un parpadeo. ¿Dónde, exactamente dónde, estaba su caja de soldaditos de plomo? ¿Y la cadena de reloj sin reloj? ¿Y de quién ocultaba las cosas? De su padre, con toda probabilidad, un hombre profundamente religioso que sabía tanto como Dios y se lo decía a todo el mundo. Edward Bodwin lo consideraba un hombre extraño en muchos sentidos, aunque tenía una orientación muy clara: la vida humana es sagrada, cualquier vida humana. Y eso seguía creyendo su hijo, aunque cada vez tenía menos razones. Desde entonces nunca hubo nada tan estimulante como los viejos tiempos regados de cartas, peticiones, reuniones, debates, reclutamiento, peleas, rescates y sedición lisa y llana. No obstante, había funcionado —más o menos—, y en caso contrario, él y su hermana se ocupaban de burlar los obstáculos. Como hicieron cuando una esclava fugada vivió en su heredad con la suegra y se metió en un mundo de problemas. La Sociedad logró volver del revés el infanticidio y la acusación de salvajismo, planteando un caso más para favorecer la abolición de la esclavitud. Buenos

tiempos, aquellos, cargados de inquietudes e ideología. Ahora sólo quería saber dónde estaban sus soldaditos y su cadena de reloj sin reloj. Eso sería suficiente para soportar este día de insoportable calor: recoger a la chica nueva y rememorar dónde estaba su tesoro. Luego a casa, la cena y, Dios mediante, el sol se pondría una vez más para bendecirlo con una buena noche de sueño.

El camino hacía un recodo y mientras se aproximaba a la curva oyó a las cantoras antes de verlas.

Cuando las mujeres se reunieron fuera del 124, Sethe estaba partiendo trozos de una barra de hielo. Guardó el punzón en el bolsillo de su delantal para echar los trozos en una palangana con agua. Cuando los sones entraron por la ventana, estaba estrujando un paño frío para ponerlo en la frente de Beloved. Ésta, que sudaba a mares, estaba tumbada en la cama del cuarto de servicio con una piedra de sal en la mano. Las dos mujeres lo oyeron al mismo tiempo y levantaron la cabeza. Cuando las voces se hicieron más audibles, Beloved se incorporó, lamió la sal y entró en la habitación grande. Intercambió una mirada con Sethe y ambas se dirigieron a la ventana. Vieron a Denver sentada en los peldaños y más allá, donde el patio se unía al camino, las caras absortas de treinta vecinas. Algunas tenían los ojos cerrados, otras habían fijado la vista en el cielo caliente y despejado de nubes. Sethe abrió la puerta y cogió la mano de Beloved. Permanecieron juntas en el vano de la puerta. Para Sethe fue como si el Claro hubiese ido a ella, con todo su calor y sus hojas ardientes, donde las voces femeninas buscaban la combinación acertada, la clave, el código, el sonido que quebraba el envés de las palabras. Una voz tras otra hasta encontrar la melodía, y cuando alcanzaban el tono buscado surgía una ola de sonido lo bastante amplia como para arrancar las vainas de los castaños. Abrumó a Sethe, que se echó a temblar como el bautizado al que le salpican agua en la cabeza.

Las mujeres reconocieron a Sethe de inmediato y se sorprendieron a sí mismas cuando no sintieron miedo al ver lo que había a su lado. La niña-diablo era lista, pensaron. Y hermosa. Había adquirido la forma de una mujer preñada, desnuda y sonriente bajo la canícula del sol vespertino. Negrísima y reluciente, se alzaba sobre sus largas piernas rectas, con la tripa

sobresaliente. Enredaderas de pelo envolvían su cabeza. Jesús. Su sonrisa era deslumbrante.

Sethe siente un ardor en los ojos y quizá para aliviarse levanta la vista. El cielo es azul y límpido. Ni un asomo de muerte en el verde resuelto de las hojas.

Cuando baja los ojos para volver a mirar los rostros amorosos que tiene ante sí, lo ve. Guiando la yegua, reduciendo la velocidad, el sombrero negro de ala ancha apenas suficiente para ocultar su rostro, pero no su propósito. Va a entrar en su patio, en busca de lo mejor que tiene. Oye un aleteo. Pequeños colibríes hunden sus picos como agujas en su pelo, a través del pañuelo, y baten las alas. Si piensa algo, es no. No no. No no no. Vuela. El punzón para el hielo no está en su mano: es su mano.

De pie y sola en el porche, Beloved sonríe. Pero ahora su mano está vacía. Sethe se aleja de ella, corre, y Beloved siente en la mano el vacío dejado por la mano de Sethe. Ahora corre hacia los rostros de la gente que está ahí afuera, mezclándose y abandonando a Beloved. Dejándola sola. Otra vez. A continuación, también corre Denver. Alejándose de ella, hacia la multitud. Forman una montaña. Una montaña de gente negra que cae. Y por encima de todas, elevándose con un látigo en la mano, el hombre sin piel mira. La mira.

Descalza y savia de manzanilla,
me quito los zapatos, me quito el sombrero.
Descalza y savia de manzanilla
devuélveme los zapatos, devuélveme el sombrero.

Apoyo la cabeza en un saco de patatas,
el diablo aparece sigiloso por detrás.
Gime solitaria la máquina de vapor,
ama a esa mujer hasta quedar ciego de amor.

Ciego de amor, totalmente cegado:
la chica de Sweet Home te ha chiflado.

Su llegada es la ruta inversa de su salida. Primero la fresquera, la despensa, luego la cocina, antes de abordar las camas. Here Boy, débil y con el pellejo lleno de parches, duerme junto a la bomba, y Paul D comprende que Beloved se ha ido de verdad. Ha desaparecido, dicen algunas, reventó ante sus propios ojos. Ella no está tan segura. «Quizá —dice—, quizá no. Podría estar oculta entre los árboles, a la espera de otra oportunidad». Pero cuando Paul D ve al viejo perro —dieciocho años como mínimo—, tiene la certeza de que el 124 se ha librado de ella. Pero abre a medias la puerta de la fresquera, esperando oírla. «Tócame. Tócame. En la parte de adentro y llámame por mi nombre».

Ve el jergón cubierto con periódicos viejos, roídos por los ratones en los bordes. El bidón con manteca de cerdo. Los sacos de patatas, ahora vacíos, apilados en el suelo de tierra. A la luz del día no imagina ese espacio oscuro con la luz de la luna colándose por las grietas. Ni el deseo que lo acometió y lo obligó a avanzar hacia esa chica, como si ella fuese el aire puro en la superficie del mar. Copular con ella ni siquiera fue divertido. Era más bien un impulso insensato para conservar la vida. Cada vez que aparecía y se levantaba las faldas, un ansia de vida lo agobiaba y no podía controlarlo, así como no podía controlar el funcionamiento de sus pulmones. Después, varado y tragando aire en medio de la repulsa y la vergüenza personal, también se sintió agradecido por haber sido acompañado a un ámbito profundo como el océano, al que una vez perteneció.

La luz del día filtrada disuelve la memoria, la transforma en motas de polvo flotantes. Paul D cierra la puerta. Mira hacia la casa y, sorprendentemente, ésta no le devuelve la mirada. Sin su carga, el 124 sólo es otra casa deteriorada por la acción del tiempo, que necesita reparaciones. Tranquila, como había dicho Stamp Paid.

—Solía haber voces alrededor de esa casa. Ahora está tranquila —dijo Stamp—. He pasado unas cuantas veces y no oí nada. Escarnecida, supongo, porque Mr. Bodwin ha dicho que la venderá en cuanto pueda.

—¿Es el hombre al que intentó clavar el punzón? ¿Ése?

—Sí. Su hermana dice que esa casa tiene muchas complicaciones. Le comentó a Janey que se la quitaría de encima.

—¿Y él? —preguntó Paul D.

—Janey dice que él no quiere venderla, aunque tampoco lo impedirá.

—¿Quién puede querer una casa allí? El que tenga dinero no querrá vivir en las afueras.

—Me da igual —respondió Stamp—. Pasará un tiempo, calculo, hasta que se la quiten de las manos.

—¿No piensa denunciarla?

—Parece que no. Janey dice que sólo quiere saber quién era la negra desnuda que estaba en el porche. La estaba observando tan atentamente que no se dio cuenta de lo que hacia Sethe. Sólo vio a unas mujeres de color forcejeando. Creyó que Sethe quería matar a alguna, dice Janey.

—¿Y Janey le explicó algo distinto?

—No. Dice que está muy contenta porque su amo no ha muerto. Si Ella no la hubiese sujetado, lo habría matado. Le horroriza pensar que esa mujer pudiera haber matado a su amo. En tal caso, ella y Denver tendrían que buscar trabajo.

—¿Y le dijo Janey a su amo quién era la mujer desnuda?

—Le dijo que no había visto a ninguna mujer desnuda.

—¿Tú crees que las mujeres la vieron?

—Bien, algo vieron. De todos modos yo confío en Ella que dice que la miró a los ojos. Estaba de pie, junto a Sethe. Pero por la forma en que la describen, no me parece que sea la chica que vi yo en la cocina. La que yo vi era flaca. Ésta era corpulenta. Dice Ella que estaban cogidas de la mano y Sethe parecía una niña a su lado.

—Una niña pequeña con un punzón. ¿Llegó muy cerca de él?

—Hasta él, dicen. Antes de que Denver y las demás la sujetaran y Ella le diera un puñetazo en la mandíbula.

—Tiene que saber que Sethe iba tras él. Tiene que saberlo.

—Tal vez. No sé. Si lo pensó, supongo que decidió olvidarlo. Algo muy propio de él. Ese hombre nunca nos entregó. Es firme como una roca. Te diré algo, si lo hubiese alcanzado, hubiera sido lo peor que pudiera ocurrimos a todos. Creo que sabes que es el que salvó a Sethe de la horca.

—Sí. Maldición. Esa mujer está loca. Loca.

—Sí, bien… ¿acaso no lo estamos todos?

Rieron. Una risilla contenida al principio y luego cada vez más alta, hasta que Stamp sacó el pañuelo del bolsillo y se secó los ojos, mientras Paul D apretaba la palma de la mano en el suyo. A medida que adquiría forma ante sus ojos la escena que ninguno de los dos había presenciado, su seriedad y su confusión los hizo desternillarse de risa.

—¿Cada vez que un blanco llega a la puerta de su casa tiene que matar a alguien?

—Tal vez pensó que iba a cobrarle el alquiler.

—Es una suerte que no repartan correspondencia por allí.

—Nadie recibiría ninguna carta.

—Excepto el cartero.

—Podría ser un mensaje muy duro.

—Y el último. —Cuando terminaron de reír respiraron hondo y menearon la cabeza.

—¿Y aun así permite que Denver pase la noche en su casa? ¡Ja!

—Ah, no, deja en paz a Denver, Paul D. Es la niña de mis ojos. Estoy orgulloso de esa chica. Fue la primera en forcejear con su madre. Antes de que nadie supiera qué demonios estaba ocurriendo.

—Entonces le salvó la vida a ese hombre, podríamos decir.

—Podríamos. Podríamos —dijo Stamp, pensando de pronto en el salto, el balanceo y el movimiento de su brazo cuando rescató a la recién nacida de pelo crespo pocos centímetros antes de que le partieran el cráneo—. Estoy orgulloso de ella. Evoluciona bien. Muy bien.

Era verdad. Paul D la vio a la mañana siguiente, cuando iba al trabajo y Denver salía del suyo. Más delgada, la mirada serena, más parecida que nunca a Halle.

Fue la primera en sonreír.

—Buen día, Paul D.

—Ahora es bueno. —La sonrisa de Denver, sin el gesto de mofa que recordaba, era acogedora y en su boca había rasgos de la de Sethe. Paul D se tocó la gorra—. ¿Cómo van tus cosas?

—No me pagan para quejarme.

—¿Vas a casa?

Denver dijo que no. Se había enterado de que había trabajo por la tarde en la fábrica de camisas. Esperaba ahorrar algo y además ayudar a su madre con su trabajo nocturno en casa de los Bodwin y un puesto en la fábrica. Cuando Paul D le preguntó si la trataban bien en esa casa, respondió que mejor que bien. Miss Bodwin le enseñaba su especialidad. Paul D le preguntó cuál era su especialidad. Denver rio y dijo que los libros.

—Dice que podría ir a Oberlin. Está experimentando conmigo.

Él no dijo: «Cuidado. Cuidado. No hay nada peor en el mundo que un enseñante blanco». Se limitó a asentir y luego planteó la pregunta que quería hacer.

—¿Tu madre está bien?

—No —replicó Denver—. No. No, no está nada bien.

—¿Crees que debería pasar a verla? ¿Le parecería bien a ella?

—No sé —dijo Denver—. Paul D, creo que he perdido a mi madre.

Los dos guardaron silencio un momento y luego él dijo:

—Hmmm, esa chica. Ya sabes. Beloved.

—¿Qué?

—¿Estás segura de que era tu hermana?

Denver se miró los zapatos.

—A veces. A veces creo que lo era… —Jugueteó con la blusa, quitó algo con la mano. Súbitamente lo miró a los ojos—. Pero nadie puede saber eso mejor que tú, Paul D. Quiero decir que tú la conociste muy bien.

Él se pasó la lengua por los labios.

—Bien, si quieres conocer mi opinión…

—No quiero, tengo la mía.

—Has madurado.

—Sí.

—Bien. Bien, buena suerte con el trabajo.

—Gracias. Ah, Paul D, no tienes por qué mantenerte alejado, pero ten mucho cuidado con la forma en que le hablas a mi ma, ¿me oyes?

—No te preocupes —dijo Paul D.

Entonces la dejó, mejor dicho Denver lo dejó a él, porque un joven corría hacia ella, gritando:

—Eh, Denver. Espera.

Ella se volvió, con el rostro encendido como si alguien hubiese prendido un mechero de gas.

La dejó de mala gana, porque quería seguir conversando, desentrañar el sentido de las historias que había oído: el blanco fue a buscar a Denver y Sethe lo apuñaló. El fantasma de Baby volvió transformado en un ser maligno y envió a Sethe a atacar al hombre que había impedido que la colgaran. Había un punto de coincidencia. Primero vieron al fantasma y luego dejaron de verlo. Después de tirar al suelo a Sethe y quitarle el punzón de las manos, volvieron la mirada hacia la casa y había desaparecido. Más adelante, un chiquillo contó que estaba buscando carnada detrás del 124, junto al riachuelo, y vio que una mujer desnuda atravesaba la arboleda, con peces en lugar de pelo.

De hecho, a Paul D no puede importarle menos cómo se fue ni por qué. Lo que le interesa es cómo se fue él y por qué. Si se mira a sí mismo con los ojos de Garner, ve una cosa. Con los de Sixo ve otra. Con unos se siente honrado. Con los otros, avergonzado. Como cuando trabajó para ambos bandos en la guerra. Huyendo de Northpoint Bank and Railway para unirse al Regimiento 44 de Color en Tennessee, creyó haber cumplido una hazaña, sólo para descubrir que había llegado a otro regimiento de color a las órdenes de un comandante de Nueva Jersey. Se quedó cuatro semanas. El regimiento se desmanteló antes de que resolvieran la cuestión de si los soldados debían usar armas o no. Finalmente se resolvió que no y el comandante blanco se vio en un brete para darles una orden que no fuera la de matar blancos. Algunos de los diez mil hombres se quedaron allí para limpiar, acarrear y construir cosas; otros pasaron a otro regimiento; la mayoría fueron abandonados, librados a su propia suerte, con la amargura como paga. Él trataba de tomar una decisión, cuando un agente de Northpoint Bank lo pescó y se lo llevó de vuelta a Delaware, donde se deslomó trabajando un año como esclavo. Luego Northpoint aceptó trescientos dólares a cambio de sus servicios en Alabama, donde trabajó para los rebeldes, primero separando a los muertos y después fundiendo hierro.

Cuando él y su grupo peinaban los campos de batalla, su tarea consistía en separar a los heridos confederados de los muertos confederados. Con

cuidado, les decían. Mucho cuidado. Hombres blancos y de color, con las caras tapadas hasta los ojos, se abrían camino entre los prados, con lámparas, atentos a los quejidos de vida en medio del indiferente silencio de los muertos. En su mayoría jóvenes e incluso algunos niños, le avergonzaba un poco sentir compasión por los que, imaginaba, eran hijos de los guardianes de Alfred, Georgia.

En cinco intentos no había tenido un solo éxito permanente. Cada una de sus escapadas (de Sweet Home, de Brandywine, de Alfred, de Wilmington, de Northpoint) se había visto frustrada. Solo, a cara limpia, con un pelo inolvidable y sin un blanco que lo protegiera, nunca dejaron de atraparlo. El período más largo fue cuando huyó con los convictos, estuvo con los cherokíes, siguió su consejo y vivió escondido con la tejedora de Wilmington, Delaware: tres años. Y en todas esas fugas, en ningún momento dejó de quedarse perplejo por la belleza de esa tierra que no era suya. Se ocultaba en su seno, le arrancaba su comida, se sujetaba a sus orillas para beber agua y hacía todo lo posible por no amarla. La noche en que el cielo era emocionante, débil bajo el peso de sus propias estrellas, se obligaba a no amarla. A no amar sus cementerios ni sus ríos bajos. O una casa… solitaria bajo un árbol de jaboncillo, tal vez una mula atada y la luz contra su pellejo. Cualquier cosa podía emocionarlo y él se esforzaba en no amarla.

Tras unos meses en los campos de batalla de Alabama, lo requisaron para una fundición de Selma con otros trescientos hombres de color, capturados, prestados o apresados. Y allá lo pilló el fin de la guerra; salir de Alabama cuando lo habían declarado libre tendría que haber sido una gloria. Tendría que haber sido capaz de ir andando directamente desde la fundición de Selma hasta Filadelfia, siguiendo los caminos principales, subiendo a un tren si quería, o tomando pasaje en una barca. Cuando él y dos soldados de color (que habían sido apresados en el Regimiento 44) iban a pie de Selma a Mobile vieron a doce negros muertos en los primeros treinta kilómetros. Dos eran mujeres y cuatro niños. Pensaba que aquella sería, sin duda, la caminata de su vida. Los yanquis controlando dejaban a los rebeldes fuera de control. Llegaron a los aledaños de Mobile, donde había unos negros poniendo vías para la Unión, vías que anteriormente

habían arrancado para los rebeldes. Uno de los que iban con él, el soldado raso Keane, había estado en el Massachusetts 54. Le contó a Paul D que les habían pagado menos que a los soldados blancos. Para él era un asunto peliagudo que, como grupo, hubiesen rechazado la oferta que les hizo el Massachusetts de compensar la diferencia. Paul D estaba tan impresionado por la idea de que les pagaran dinero para pelear, que miró al soldado raso Keane con asombro y envidia.

Keane y su amigo, el sargento Rossiter, confiscaron un esquife y llegaron a la bahía de Mobile. Allí el soldado raso contrató una lancha cañonera de la Unión, que los llevó a los tres. Keane y Rossiter desembarcaron en Memphis para buscar a sus comandantes. El capitán de la cañonera permitió que Paul D se quedara a bordo hasta Wheeling, en West Virginia. Desde allí trazó su propio camino hasta Nueva Jersey.

Cuando llegó a Mobile había visto más muertos que vivos, pero al entrar en Trenton, las muchedumbres de personas vivas —que no cazaban ni eran cazadas— le proporcionaron un regusto tan sabroso de la vida en libertad que jamás lo olvidó. Bajando por una calle muy concurrida de gente blanca que no necesitaba que les explicara su presencia, las miradas que le echaban sólo tenían que ver con su ropa repugnante y su pelo inolvidable. Pero nadie dio la alarma. Luego se produjo el milagro. En una calle, delante de una hilera de casas de ladrillos, oyó que un blanco lo llamaba («¡Oye, tú!») para que lo ayudara a descargar dos baúles de un cabriolé. Cuando terminaron, el blanco le dio una moneda. Paul D caminó horas enteras con la moneda en la mano… sin saber qué podía comprar con ella (¿un traje?, ¿una comida?, ¿un caballo?) y si alguien estaría dispuesto a venderle algo. En un momento dado vio a un verdulero voceando su mercancía desde un carro. Paul D señaló un manojo de nabos. El verdulero se lo dio, cogió su única moneda y le dio varias. Atónito, Paul D retrocedió. Paseó la mirada a su alrededor y al ver que nadie se interesaba por el «error» ni por él, siguió andando dichoso, masticando nabos. Sólo algunas mujeres lo miraron ligeramente asqueadas al pasar. Su primera compra con dinero ganado le hizo sonreír de oreja a oreja, aunque los nabos estaban marchitos. En ese mismo momento decidió que para comer, caminar y dormir en cualquier sitio estaba hecha la vida. Y a eso se atuvo durante siete

años, hasta que se encontró en la parte meridional de Ohio, hacia donde habían ido una vieja y una chica que conoció en otros tiempos.

Ahora su llegada es la ruta inversa de su salida. Primero se queda en el fondo, cerca de la fresquera, sorprendido por la exuberancia de flores de un verano tardío donde deberían estar creciendo verduras. Diantos, dondiegos de día, crisantemos. Un extraño emplazamiento de latas llenas de tallos podridos, con brotes apergaminados como cicatrices. Marañas de hiedra seca alrededor de varas de judías y picaportes. Periódicos desteñidos sujetos con clavos al retrete y en los árboles. Una cuerda demasiado corta salvo para saltar a la comba tirada cerca de la tina, frascos y frascos rebosantes de luciérnagas muertas. Como la casa de una niña, la casa de una niña muy pequeña.

Va a la puerta delantera y la abre. La casa está muda. En el lugar donde una vez lo había bañado un pozo de luz roja, apresándolo, no hay nada. Frío y desolación. Más bien una ausencia, aunque una ausencia que tendría que atravesar con la misma decisión que el día en que confiando en Sethe cruzó la luz palpitante. Mira deprisa la escalera blanca brillante. La barandilla está rodeada de cintas, lazos, ramilletes. Paul D entra. La brisa interior que arrastra consigo mueve las cintas. Cuidadosamente, no con apremio pero sí sin perder un minuto, sube los peldaños luminosos. Entra en la habitación de Sethe. Esta no está allí y la cama se ve tan pequeña que se pregunta cómo pudieron dormir juntos en ella. No tiene sábanas y como las ventanas del techo no se abren, la atmósfera es sofocante. Hay ropa de colores chillones tirada por el suelo. Colgado de un perchero está el vestido que llevaba Beloved la primera vez que la vio. Un par de patines de hielo anidan en una cesta del rincón. Vuelve la mirada a la cama y la observa. Tiene la impresión de que ése es un lugar en el que él no está. Con un esfuerzo que le hace sudar, se fuerza a imaginarse a sí mismo en esa cama, y cuando logra verse comienza a sentirse animado. Va al otro dormitorio, el de Denver, que está tan pulcro como desordenado el otro. Pero tampoco encuentra a Sethe. Tal vez ha vuelto a trabajar, ha mejorado desde que habló con Denver. Vuelve a bajar la escalera, dejando la imagen de sí mismo en la cama estrecha. Se sienta ante la mesa de la cocina. Falta algo en el 124. Algo más amplio que la gente que vivía allí. Algo más que Beloved o la luz

roja. No sabe qué es, pero por un instante le parece que más allá de su conocimiento está el resplandor de algo exterior que lo abraza mientras lo acusa. A su derecha, donde está entreabierta la puerta del cuarto de servicio, oye un tarareo. Alguien está canturreando una melodía. Algo suave y dulce como una nana. Suena en sus oídos algo así como «Altos, Johnny, anchos, Johnny, los diantos se inclinan». Naturalmente, piensa, está allí… y allí está. Tendida bajo una colcha de colores alegres. Su pelo, como las delicadas raíces oscuras de las plantas buenas, se extiende y caracolea sobre la almohada. Sus ojos, fijos en la ventana, son tan inexpresivos que no está seguro de que lo reconozca. Hay mucha luz en esa habitación.

—La mala hierba crece alta —canta Sethe—. Hay lana de oveja sobre mi hombro, vuela el trébol y el botón de oro. —Juega con un mechón de pelo.

Paul D carraspea para interrumpirla.

—Sethe…

Ella vuelve la cabeza.

—Paul D.

—Oh, Sethe.

—Yo hacía la tinta, Paul D. Él no habría podido escribir si yo no hubiese hecho la tinta.

—¿Qué tinta? ¿Quién?

—Te afeitaste.

—Sí. ¿Me queda mal?

—No. Tienes buen aspecto.

—Es la confusión del diablo. ¿Qué es eso que he oído decir de que no te mueves de la cama?

Ella sonríe, deja que la sonrisa se esfume y vuelve la vista hacia la ventana.

—Tengo que hablar contigo —dice Paul D.

Sethe no contesta.

—Vi a Denver. ¿Te lo dijo?

—Viene de día. Denver. Sigue conmigo mi Denver.

—Tienes que levantarte de allí, chica. —Está nervioso. Esa situación le recuerda algo.

—Estoy cansada, Paul D. Muy fatigada. Necesito descansar un poco.

Ahora sabe qué es lo que le recuerda y le grita:

—¡No te me mueras! ¡Ésa es la cama de Baby Suggs! ¿Eso es lo que estás planeando? —Está tan furioso que podría matarla. Se domina, recordando la advertencia de Denver y susurra—: ¿Qué estás planeando, Sethe?

—No tengo ningún plan. Ninguno.

—Oye, Denver estará aquí durante el día y yo durante la noche —dice Paul D—. Te cuidaré, ¿me oyes? A partir de este mismo momento. En primer lugar, no hueles bien. Quédate allí. No te muevas. Iré a calentar agua. —Se interrumpe—. ¿Te parece bien, Sethe, que caliente un poco de agua?

—¿Y que me cuentes los pies? —le pregunta.

Paul D da un paso hacia ella.

—Te frotaré los pies.

Sethe cierra los ojos y aprieta los labios. No, piensa. Este pequeño espacio junto a la ventana es todo lo que necesito. Y descanso. No hay nada que frotar ni ninguna razón para hacerlo. No queda qué lavar, suponiendo que él supiera cómo hacerlo. ¿Lo hará por partes? ¿Primero la cara, luego las manos, los muslos, los pies, la espalda? ¿Terminando por sus agotados pechos? Y si la lava por sectores, ¿se mantendrán unidas las partes? Abre los ojos, sabiendo el riesgo que entraña mirarlo. Lo mira. La piel de hueso de melocotón, el pliegue entre sus ojos alertas y expectantes y lo ve… ve eso que hay en él, una bendición que lo ha convertido en el tipo de hombre capaz de entrar en una casa y hacer llorar a las mujeres. Porque con él, en su presencia, pueden. Llorar y decirle cosas que sólo se cuentan entre sí: que el tiempo no se queda quieto; que ella llamó, pero Howard y Buglar siguieron bajando por la vía y no la oyeron; que Amy tenía miedo de quedarse con ella porque sus pies eran feos y su espalda tenía muy mal aspecto; que su ma había herido sus sentimientos y no pudo encontrar su sombrero en ningún sitio y…

—¿Paul D?

—¿Qué, nena?

—Me abandonó.

—Venga, chica, no llores.

—Era lo mejor que yo tenía.

Paul D se sienta en la mecedora y examina la colcha con parches variopintos. Deja caer las manos desmayadamente entre las rodillas. Se pueden sentir muchas cosas por esta mujer.

Le duele la cabeza. De repente recuerda a Sixo intentando describir lo que sentía por la Mujer Cincuenta Kilómetros. «Es amiga mía. Me une a mí mismo. Junta las partes que son y me las devuelve en el orden que corresponde. Es bueno, sabes, tener una mujer que sea amiga de tu mente».

Está contemplando la colcha pero piensa en la espalda de hierro forjado de Sethe; en la deliciosa boca todavía hinchada en la comisura de los labios como secuela del puñetazo de Ella. Los acerados ojos negros. El vestido despidiendo vapor delante de la lumbre. Su ternura para la collera de él… con sus tres varitas mágicas, como atentas serpientes de cascabel recién nacidas, con una curva de sesenta centímetros en el aire. Ella nunca lo mencionó ni miró las marcas, de modo que no tuvo que sentir la vergüenza de haber estado acorralado como una bestia. Sólo esa mujer, Sethe, podía dejar intacta su hombría. Quiere unir su propia historia a la de ella.

—Sethe —dice—, tú y yo tenemos más ayer que nadie. Necesitamos alguna suerte de mañana.

Se inclina y le coge la mano. Con la otra, le acaricia la cara.

—Tú eres lo mejor que tienes, Sethe. Lo mejor que tienes eres tú.

Entrecruza sus dedos con los de ella.

—¿Yo? ¿Yo?

HAY una soledad susceptible de mecerse. Los brazos cruzados, las rodillas levantadas; mantener este movimiento, a diferencia del de un barco, serena y contiene al mecedor. Es algo interior… apretadamente envuelto como la piel. Y hay una soledad que vagabundea. El vaivén no logra retenerla. Tiene vida propia. Es una cosa seca y expansiva que hace que el sonido de los propios pies yéndose parezca provenir de un lugar distante.

Todo el mundo sabía cómo la llamaban, pero nadie conocía su nombre. Olvidaba y no reclamaba, no está perdida porque nadie la busca y aunque la buscaran… ¿cómo pueden llamarla si no conocen su nombre? Aunque reclama, no es reclamada. En el sitio donde se abre la hierba, la chica que esperaba ser amada llora e irrumpe la pena, irrumpe la pena en sus distintas partes para que a la risa glotona le sea más fácil tragársela entera.

No era una historia para transmitir.

La olvidaron como a una pesadilla. Después de figurarse historias, darles forma y decorarlas, quienes la vieron aquel día en el porche la echaron al olvido fácil y deliberadamente. Más tiempo les llevó olvidar a quienes habían hablado con ella, habían vivido con ella, se habían enamorado de ella, hasta que notaron que no podían recordar ni repetir una sola palabra de lo que ella había dicho y comenzaron a creer que, salvo lo que ellos mismos

pensaban, nunca había dicho nada. Así, finalmente también la olvidaron. Recordarla parecía imprudente, insensato. Nunca supieron dónde o por qué se encogió, ni de quién era el rostro sumergido que tanto necesitaba. Ni dónde podría haber estado y no estaba la memoria de la sonrisa bajo su mentón, un pestillo cromado con líquenes de floración verde manzana adheridos al metal. ¿Qué le había hecho creer que sus uñas estaban en condiciones de abrir cerraduras sobre las que había llovido?

No era una historia para transmitir.

De modo que la olvidaron. Como un sueño desagradable durante una noche confusa. En ocasiones, sin embargo, el crujido de una falda al despertar o los nudillos frotando una mejilla, parecían pertenecer a un soñador. A veces la imagen de un pariente o amigo íntimo —mirada durante largo tiempo— se modifica y algo mucho más conocido que ese rostro querido se mueve en su interior. Pueden tocarlo si quieren, pero no lo hacen porque saben que de hacerlo, las cosas nunca serán iguales.

Esta no es una historia para transmitir.

Riachuelo abajo, en la parte de atrás del 124, las huellas de sus pies vienen y van, vienen y van. Son muy familiares. Si un niño o un adulto caminara encima, sus pies encajarían perfectamente en los de ella. Si los sacan, volverán a desaparecer, como si nadie hubiese andado jamás por allí.

Más tarde desaparece todo rastro y no sólo se han olvidado las huellas sino el agua y lo que hay allá abajo. El resto es el tiempo, la atmósfera. No la respiración de los olvidados y desaparecidos nunca reclamados, sino el viento en los aleros, el hielo primaveral derritiéndose demasiado rápidamente. Sólo el clima. No el clamor de un beso, sin duda.

Beloved.

TONI MORRISON. De nombre Chloe Anthony Wofford, se licenció en Filología Inglesa en la Universidad de Howard, obteniendo un master en la de Cornell. Fue profesora en la Texas Southern University y en la de Howard. Más tarde se dedicó a la edición, trabajando entre otras para Random House. Se dedicó nuevamente a la enseñanza, esta vez en la Universidad Estatal de Nueva York, y fue en ese periodo, concretamente en 1970, cuando publicó por primera vez. Más tarde sería profesora en la Universidad de Princeton. Miembro de la Academia Americana de las Artes y las Letras y del Consejo Nacional de las Artes, ha recibido varios premios literarios destacando el Pulitzer y American Book Award en 1988, y el Nobel de Literatura en 1993.

Su producción es escasa, y aunque ha cultivado varios géneros, destaca en el de la novela, alrededor de la comunidad negra, con descripciones muy detalladas y diálogos vivos.

[1] *Beloved* significa «amada». *(N. de la T.)* <<

[2] *Here Boy* significa «aquí, chico». *(N. de la T.)* <<

[3] *Sweet Home* significa «dulce hogar». *(N. de la T.)* <<

[4] *Stamp Paid* significa, literalmente, «sello pagado». *(N. de la T.)* <<

[5] *Hi* y *Ho* son formas de saludo y, en este caso representan, aproximadamente, llamadas de atención. *(N. de la T.)* <<